UNA AUTORA BESTSELLER

LESLIE WOLFE



LA CHICA QUE MATASTE

LE ACUSAN DE HABER MATADO A SU MUJER.

PERO ¿REALMENTE LA ASESINÓ?

JENTAS

LA CHICA QUE MATASTE

Leslie Wolfe
La chica que mataste
Título original: The Girl You Killed
Copyright © Leslie Wolfe, 2021
Copyright © Jentas A/S, 2026
Traducción: Enrique Barrasa © Jentas A/S.
Cubierta: Jentas A/S
ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1456-7

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

Published by agreement with Italics Publishing and Trident Media Group LLC.

Para Astrid

1

UNA CARTA

Le habían quitado todo.

En cuestión de días, la vida de Craig Brafford había sido destrozada, puesta patas arriba y hecha trizas en pedazos irreconocibles teñidos de matices de pesadilla.

Media docena de policías habían registrado su casa en busca de quién sabe qué, sin dejar nada intacto y rompiendo cosas por despecho; él había visto las fotos. Ahora no había nadie y la puerta estaba sin cerrar, una invitación para que los delincuentes locales la saquearan y ocuparan en cuanto su detención saliera en las noticias de la noche. Le había rogado a su abogado, el exitoso Lamar Goodridge, que se pasara por allí para cerrar la casa con llave y activar la alarma.

—No es mi trabajo. —El hombre había respondido tranquilamente con voz grave y gélida, cargada de desprecio—. Apenas puede permitirse mis servicios —había añadido, mientras miraba el reloj de oro que adornaba su muñeca. El abogado cobraba novecientos dólares por hora, y Craig habría pagado con gusto por su tiempo, pero el señor Goodridge no podía permitir que lo vieran preocupándose por uno de sus clientes o haciéndoles recados.

Humillado, había bajado la cabeza y no había vuelto a mencionarlo, encogiéndose impotente ante la idea de que su hermoso hogar fuera invadido por hordas de chusma callejera. Goodridge había aceptado su caso gracias a un considerado anticipo que había dejado vacías las cuentas de Craig. Aun así, Goodridge seguía frunciendo el ceño cuando lo miraba, como si ver al recluso vestido con un mono naranja fuera de alguna manera ofensivo, como

si nunca hubiera visto a un preso. Tal vez Goodridge se preguntaba si Craig podría pagar sus facturas legales cuando terminara su calvario. O quizá intentaba adivinar si su cliente lo había hecho o no, aunque lo primero que el propio Goodridge había dicho en su primer encuentro había sido:

—No me importa si es usted inocente o no; se merece la mejor defensa que el dinero pueda pagar. Es decir, *su* dinero. Todo lo demás... —Dejó que la palabra se desvaneciera en el silencio, acompañado de un encogimiento de hombros y de un gesto de la mano que transmitía su indiferencia por todas las personas potencialmente inocentes que no podían permitirse una representación legal decente y que perderían su libertad solo por esa razón: no ser lo bastante ricas. Aunque fueran inocentes.

Su abogado era muy engreído. Rara vez trabajaba en casos *pro bono* y, cuando lo hacía, solo representaba a gente de Sunnyside, el barrio donde había nacido y crecido en la más absoluta indigencia. Él llamaba a esa preferencia no oficial: «Un tributo a sus ancestros». Ya fuera un cliente *pro bono* o de pago, sus ojos inquisitivos parecían perforar la mismísima alma de quien se sentara frente a él, y se le escapaban muy pocas cosas. Probablemente por eso cobraba tanto y por eso rara vez perdía un caso.

Por culpa del adelanto, se había quedado sin dinero para la fianza; Craig no tenía ni un centavo, ni en efectivo ni a crédito. La fianza de quinientos mil dólares bien podría haber sido de cinco millones. Demasiado orgulloso y demasiado avergonzado para pedir ayuda a la gente adinerada que conocía, se preparó para pasar varias semanas en confinamiento. Con un rápido golpe de martillo, el juez decretó su prisión preventiva y su abogado se encogió de hombros ante su preocupación por el tiempo que tendría que pasar entre rejas a la espera de juicio.

Luego lo llevaron a la penitenciaría Houston Southeast Jail, donde lo encerraron con el resto de los presos.

Había supuesto que la «*inocencia hasta que se demostrara la culpabilidad*» se aplicaría de algún modo a su tiempo en prisión. Estaba muy equivocado. Con la rapidez y eficiencia de una cinta transportadora mecánica, el sistema le había despojado de la dignidad que le quedaba, lo había empujado y examinado, infligiéndole dolor físico cada vez que no seguía las normas, y le

había asignado un número sin dedicar ni un instante a considerar su presunta inocencia.

Ahora era el prisionero número cinco-tres-tres-siete-uno-nueve.

El número resonaba en su cabeza, como el estribillo obsesivo de una canción no escrita de la que no podía librarse, el epítome de su dignidad perdida, de su identidad a punto de desaparecer y de su libertad embargada. Pálido y sintiendo sus entrañas atadas en un nudo permanente de angustia y miedo, había agachado la cabeza y aguantado, día tras día, esperando, deseando, recitando el mantra involuntario que había quedado atrapado en su cerebro.

«Cinco-tres-tres-siete-uno-nueve».

Ahora era solo eso. Se había *convertido* involuntariamente en cinco-tres-tres-siete-uno-nueve y enseguida se había dado cuenta de que era mucho mejor aceptarlo que luchar, que rechazar su nueva realidad y sus muchos insultos y heridas, todo en nombre de un precepto que solo parecía tener valor en las películas. No era verdad que todo el mundo era inocente hasta que se demostrara su culpabilidad. En la cárcel, él era culpable. Así de simple. A nadie le importaba que él se estuviera pudriendo en aquel infierno, olvidado por todos, ahogado en su rabia y su vergüenza.

Acabar en ese sitio… Eso no debería haberle ocurrido. A él no. Jamás.

No encajaba allí. La figura atlética pero esbelta, de casi un metro ochenta, no era un testimonio de miles de horas pasadas levantando pesas en el gimnasio, como la mayoría de sus compañeros de cárcel. Las manos, finas y nervudas, con dedos largos y uñas limpias, daban fe del estatus de ejecutivo que tanto le había costado conseguir. La frente alta, el cabello peinado hacia atrás, los rasgos delicados y los profundos ojos color avellana lo presentaban como un hombre carismático y atractivo, una cualidad que siempre había valorado de sí mismo, pero que había comenzado a temer desde el día que había puesto un pie en la penitenciaría Houston Southeast Jail.

Allí, el denominador común de todo era el miedo. Un miedo primario, animal, incesante.

Sin embargo, ya habían pasado tres semanas, con una lentitud inquietante, mientras aprendía a responder cuando le llamaban «siete-uno-nueve» o «recluso». Había descubierto que algunos de los guardias no eran más que personas normales y corrientes ganándose la vida, mientras que a otros les encantaba infligir dolor a

los presos que tenían bajo su control. Como E. Mellor, el funcionario de prisiones de dos metros y unos ciento cuarenta kilos, que tenía un brillo sádico en los ojos y una sonrisa que le estiraba los labios sobre unos dientes rechinantes como el gruñido de un depredador. A veces, Mellor deslizaba la mano por la punta de su porra de goma en un gesto obsceno que no prometía nada bueno al recluso que no bajara la mirada y no le pagara. El oficial E. Mellor —a saber lo que significaba la E de su placa— le había quitado a Craig los últimos dólares que tenía cuando llegó a la penitenciaría y había seguido exigiendo más de una fuente que ya se había secado.

Esa noche, al menos, Mellor no estaba a la vista; el guardia que recorría los pasillos era un latino mayor, N. Chávez, según su placa. La piel se le había oscurecido por años de fumar tabaco barato y la barriga cervecera, que hacía que los botones de su camisa estuvieran a punto de salir disparados como si fueran semillas de sandía escupidas, anunciaba cirrosis en un futuro cercano. Ojeras y un bigote manchado y canoso completaban el retrato del único guardia que aún no le había puesto una mano encima desde que estaba allí encerrado. Los demás —Mellor más que ninguno— lo habían empujado contra la pared o le habían dado con las porras en los riñones de pasada, solo para enseñarle cómo funcionaban las cosas. Solo porque querían.

Una transmisión distorsionada salió de la radio de comunicación en la solapa de Chávez, y él respondió rápidamente con un código numérico; luego se dirigió a la celda de Craig con un gruñido y una expresión de frustración en el rostro.

Craig se levantó y se acercó a los barrotes, que agarró con dedos fríos, sudorosos y temblorosos.

—Las manos —dijo Chávez, para indicarle que se diera la vuelta y metiera las manos por la abertura que había en los barrotes. Luego le puso un par de esposas en las muñecas a Craig; el contacto del metal frío le provocó escalofríos por la espalda—. Ha venido a verte tu abogado —añadió Chávez.

Craig enarcó las cejas.

—¿Ahora? —Goodridge había estado allí esa mañana, preparándolo para el día siguiente, el tercero de su juicio.

Chávez se encogió de hombros. Sujetándolo del brazo, lo sacó de la celda y lo condujo por el pasillo hacia una de las salas de visita.

—¿Por qué estás aquí?

—Yo no hice nada, lo juro —respondió, con la voz triste, derrotada.

Una risotada surgió de la celda por la que acababan de pasar.

—Otro hombre inocente en la cárcel —anunció en alto una voz gutural con un fuerte acento guatemalteco, y enseguida los demás reclusos empezaron a gritar, a decir obscenidades y reírse a su costa.

—Aquí nadie es culpable de nada —dijo Chávez, con bastante sarcasmo en la voz—. Ni siquiera los que aceptan acuerdos. —Le lanzó una mirada rápida y luego se encogió de hombros, como si hubiera decidido que ya no le importaba una mierda.

—Por asesinato —contestó, bajando la voz—. Dicen que maté a…

—Venga, entra ahí —dijo Chávez, empujándolo con suavidad hacia la sala. La puerta emitió un zumbido y se cerró tras ellos.

Un hombre con traje a medida y zapatos caros se levantó en cuanto entraron.

Craig se giró hacia Chávez.

—Este no es mi abogado.

Chávez lo miró boquiabierto y cogió la radio.

El abogado levantó la mano.

—No hay ningún error. Soy Arthur Flanagan, abogado patrimonial —dijo, antes de sacar una tarjeta de visita de un tarjetero y entregársela. A continuación, abrió su maletín—. Tengo una carta para usted.

Sacó un sobre grueso, con el interior de plástico de burbujas, y se lo entregó a Craig. Pero lo cogió Chávez con un gesto rápido y decidido.

—Tengo que revisarlo antes de que puedas verlo. Es el procedimiento.

El abogado esperaba de pie, impaciente, exudando un aroma fresco de colonia cara que deleitaba las fosas nasales de Craig, recordándole lo que había perdido. ¿Abogado patrimonial? ¿De qué patrimonio? ¿Había muerto alguno de sus padres?

Chávez tiró de la lengüeta y abrió el sobre.

—¿De quién es esto? —preguntó el recluso.

Los ojos del abogado se desviaron hacia su maletín abierto. Tal vez guardaba un bloc de notas allí.

—Es de Andrea Wilmore Brafford —respondió con calma—. Con instrucciones de que se debe entregar a usted en caso de que ella muera.

A Craig se le cortó la respiración. Intentó hablar, preguntarle cuándo le habían dado aquel sobre, pero tenía la garganta reseca y solo le salió un gemido estrangulado y áspero. Dio un paso adelante y agarró el brazo del abogado, pero el hombre retrocedió. Chávez le agarró el codo y él se detuvo, congelado en el sitio, sintiendo que la sangre se le escurría de la cara.

—Cálmate, ¿vale? —Chávez le soltó el brazo y sacó del sobre unas cuantas páginas dobladas escritas a ordenador. Las inspeccionó con rapidez y luego se las entregó. Antes de que Craig pudiera empezar a leer, el guardia miró dentro del sobre—. Aquí hay algo más —dijo Chávez, que puso el sobre bocabajo sobre su mano y lo agitó con suavidad.

Un colgante con una cadena de plata tintineó al caer del sobre y posarse en la mano del guardia. Cuando Craig reconoció las piedras azules, una oleada de náuseas lo golpeó con fuerza en lo más profundo del estómago mientras la habitación empezaba a girar a su alrededor. *«No. Esto no está pasando»*. Los pensamientos pasaban por su mente a gran velocidad. *«No puede estar pasando. Aún recuerdo lo que hice. Y sé lo que no hice»*.

—Muy bonito —dijo el guardia, cerrando el puño alrededor del colgante—. Pero no puedes quedártelo, conoces las normas.

—No... No... No... Por favor, déjame tocarlo un momento —suplicó, tartamudeando, con las lágrimas salpicándole las mejillas—. Déjame asegurarme de que es...

—Vale, pero solo un momento —dijo Chávez, abriendo de mala gana la palma de la mano, y dejó escapar un profundo suspiro que apestaba a mostaza, cebolla y tabaco barato.

Conmocionado, tocó la cadena con dedos temblorosos; después, el cierre desgarrado; y luego pasó el pulgar por la piedra central del colgante, como había hecho tantas veces en el pasado. Tragó saliva, sin dejar de mirar el pequeño objeto enroscado en la regordeta palma del guardia. Era real. La pesadilla era real.

El sudor le brotó desde la raíz del pelo y empezó a deslizarse por su frente. Levantó las manos esposadas para limpiarse la ceja y se fijó en la carta que seguía sosteniendo sin darse cuenta.

Con la respiración entrecortada, hojeó las páginas en busca de algo que diera sentido a todo aquello, que respondiera a sus preguntas. No encontró nada hasta que llegó a la última página,

donde el párrafo final le aclaraba todo con unas simples y paralizantes palabras.

La chica que mataste te está observando desde el paraíso, recostada en la nube número nueve con un margarita en la mano, esperando que tengas todo lo que te mereces en la vida después de que ella se haya ido. Adiós, mi amor. Tú eras el elegido.

La sangre se le subió a la cabeza en una oleada de rabia, el corazón le latía con fuerza, los puños se apretaron con tanta fuerza que le crujieron los nudillos, y la última página de la carta se arrugó y se manchó de sudor al caer al suelo.

—Andi, no... No... ¿Cómo has podido hacerme esto? —susurró.

Con los ojos clavados en el vacío como un animal herido y presa del pánico, se precipitó hacia la puerta enrejada y empezó a golpear el sucio cristal de vidrio armado con los dos puños mientras las esposas de acero se le clavaban en la carne.

—¡Dejadme salir de aquí! —gritó—. ¡Yo no maté a mi mujer, lo juro!

Repitió la frase una y otra vez, con la voz quebrada, amenazada por las lágrimas de rabia, impotencia y desesperación. La única respuesta que recibió fue el golpeteo rítmico y surrealista de otros reclusos contra los barrotes de acero, amortiguado por la puerta cerrada.

—¡Eh, basta ya! —gritó Chavez.

Pero Craig no lo oyó. Siguió golpeando la puerta, dándole patadas, y se hizo sangre en los nudillos mientras suplicaba y pedía ayuda. Incapaz de pensar con claridad, no se dio cuenta de las lágrimas que corrían por su rostro manchado.

Chávez tocó el botón de la radio que tenía en el pecho.

—Necesito asistencia aquí. —Después recogió las páginas de la carta esparcidas por el suelo, las volvió a meter en el sobre y deslizó allí el colgante, antes de doblar el sobre y metérselo en el bolsillo del pecho—. El fiscal tiene que ver esto. Es una prueba.

Las palabras del guardia le golpearon el pecho como un puño, pero él siguió aporreando la puerta con todas sus fuerzas bajo la

mirada decepcionada de Chávez y la de asco del abogado hasta que cayó de rodillas, agotado, sollozando tan fuerte que no podía respirar.

—Yo no la maté, lo juro —dijo titubeando, ahogado, jadeando—. Yo… no lo hice.

Chávez se acercó a él y lo agarró del brazo.

—Cálmate, ya. Mañana tienes que ir al juzgado.

Craig miró al guardia a través del borrón de lágrimas.

—No lo entiendes —suplicó, agarrando la manga del hombre—. El colgante, ella… —Se detuvo a tiempo al darse cuenta de lo que estaba a punto de decir.

La puerta se abrió con un zumbido y el agente Mellor entró con un brillo de excitación en los ojos.

—Siete-uno-nueve, te vienes conmigo.

VARIOS MESES ANTES

2

LA ENTREVISTA

El delfín giró de forma juguetona en el aire y luego cayó al agua con un chapoteo, salpicando gotas saladas sobre el pantalón de traje azul marino y los zapatos a juego de Andi. Ella dio un paso atrás, con sus tacones resonando sobre el cemento liso y húmedo que rodeaba la piscina.

Con una amplia sonrisa, echó una mirada cariñosa al lugar, preguntándose por qué se había mantenido alejada de allí después de la graduación. Había estudiado en la Universidad A&M de Texas, y el Centro de Investigación de Biología Marina de Galveston era su lugar favorito del mundo. Como estudiante, había pasado cada momento disponible en esa piscina, nadando con delfines y rayas, preparándose para un día como aquel, en el que podría unirse al equipo de investigación marina no como estudiante, sino como investigadora científica júnior. Algún día, quizá pronto, podría tener un equipo a su cargo, pero ese viaje que llevaba años planeando empezaría allí mismo, junto a la piscina, tras una entrevista en persona que tenía que superar.

Esa misma mañana, se había pasado varias horas dando vueltas por el dormitorio en ropa interior, incapaz de decidir qué ponerse. ¿Debería llevar un atuendo formal para la entrevista, mostrando a la organización el respeto que se merecía? ¿O debería volver a sus viejos hábitos, llevando pantalones cortos y una camiseta por encima del bikini, esperando en secreto que la persona que la entrevistara fuera tan apasionada del mar y de sus habitantes como ella, y que no le preocupara el código de vestimenta?

—Solo tienes una oportunidad para causar una buena impresión

—le aconsejó su padre, lo que inclinó de inmediato la balanza a favor del traje que, además, nunca tenía ocasión de usar. Le quedaba increíblemente bien a su esbelto cuerpo, resaltando el azul de sus ojos y los mechones aclarados por el sol de su pelo corto y despeinado.

Ahora parecía que no pertenecía al lugar en el que se sentía como en casa. Miró la hora y luego dirigió la vista hacia el edificio principal, preguntándose si había entendido mal dónde iba a ser la entrevista.

—Tú debes ser Andrea —dijo una mujer joven con voz alegre, tras haber cruzado la piscina a crol, deslizándose suavemente a través del agua. Apoyó los codos en el borde de la piscina y se limpió las gotas de la cara con un gesto rápido y sencillo de la mano—. Soy Marjorie —añadió—, la directora del programa.

Andrea se agachó junto a la piscina y estrechó la mano chorreante de la mujer.

—Llámame Andi, por favor.

—Andi, claro —dijo con una sonrisa agradable y abierta que rozaba sus ojos marrones—. Puedes llamarme Marj.

La sonrisa de Andi se ensanchó. Ya le caía bien.

—Muy bien, charlemos un rato —dijo Marj, apoyando las palmas de las manos en el borde de la piscina como si se dispusiera a salir, pero se detuvo en seco—. Podemos hacerlo en un despacho o aquí, con los delfines —inclinó la cabeza, divertida—. Por casualidad, no tendrás un bañador...

Andi ya se estaba desabrochando la chaqueta, con una amplia sonrisa. Pocos momentos después, tras abandonar su ropa formal doblada sobre un banco, se unió a Marj en la piscina, dándole la bienvenida a la sensación refrescante del agua salada sobre su piel acalorada tras lanzarse impecablemente de cabeza.

—Estoy lista —dijo en cuanto reapareció.

—Primero, te voy a hablar un poco del programa —dijo Marj—. Teniendo en cuenta tus logros académicos, creo que encajarías a la perfección. El estudio tiene un presupuesto para dos años y evalúa el efecto del cambio climático en los patrones de migración y el crecimiento poblacional de los delfines.

—Excelente —dijo Andi, con un entusiasmo inconfundible en la voz—. Encaja mucho conmigo.

—Sí, ya lo he visto en tu currículum, aunque decidiste realizar un

estudio diferente para tu proyecto de fin de carrera. ¿Leones marinos, eh? Aquí en el Golfo de México, no hay leones marinos. —Andi habría jurado que había oído un deje de pena en la voz de Marj. Había encontrado un alma gemela, alguien que compartía su pasión por la vida marina.

—Formé parte de un programa de intercambio de estudiantes con la sede de la Universidad de California en San Diego.

—¿Con Scripps?

Andi asintió.

—Sí, con el Instituto de Oceanografía Scripps.

—¿No te desviaste mucho de tus estudios anteriores?

—Yo no lo veo así. Los primeros tres años me dediqué a la vida marina, mientras que el último año aproveché la oportunidad de estudiar su entorno en detalle, específicamente el delicado equilibrio que asegura que la rica fauna marina de la Tierra siga existiendo.

—Háblame de tu proyecto sobre los leones marinos. Tengo entendido que lo revisaron y lo publicaron. Enhorabuena.

—Gracias —respondió ella, un poco sorprendida. Marj había hecho los deberes. Se rio por lo bajo—. Todo comenzó por una cría de león marino que encontré muerta en la playa. Era casi adulta y la había matado una hélice. Ese semestre estábamos dando los patrones de contaminación y se me ocurrió hacer un estudio de las vibrisas. Quería ver si era posible medir los niveles de tóxicos oceánicos metabolizados en los bigotes. —Sonrió con timidez, mirando por un instante las olas que golpeaban contra el muro—. Los leones marinos no mudan el pelo, así que, a diferencia del cabello humano, sus bigotes siguen creciendo durante toda su vida, trazando la historia de su entorno. —Dejó de hablar un momento, recordando quién era Marj—. Pero eso ya lo sabes.

—¿Quién analizaba los bigotes en busca de toxinas? —preguntó, mientras el interés iluminaba sus ojos.

—Un laboratorio privado que trabaja para farmacias y para la policía científica. Tengo un conocido —añadió, sintiendo que se le encendían las mejillas. Sentía como si su estudio fuera menos valioso porque había recibido ayuda para encontrar el laboratorio donde realizar las pruebas—. El doctor Ellefson, el forense jefe del condado de Harris, es amigo de la familia. Él me habló de ese laboratorio.

El interés de Marj se mantuvo firme, su entusiasmo era tan fuerte como el de Andi.

—¿Qué encontraste?

—La cría de león marino había estado expuesta a varios metales pesados, entre ellos hidrocarburos y plásticos. El estudio destacó —añadió, sintiendo que se le sonrojaba la cara como cada vez que hablaba de sus logros— porque habíamos documentado unos dos años de la evolución de la contaminación del agua del hábitat de los leones marinos a través de la evolución de los bigotes del cachorro. Como los anillos del tronco de un árbol, aunque de manera secuencial, no concéntrica.

Marj le dirigió una mirada larga llena de admiración.

—Es increíble. Esa es la manera de pensar que necesitamos incorporar a nuestro equipo.

Andi estuvo sonriendo todo el camino mientras conducía de regreso a casa desde Galveston en su Beetle rojo descapotable, cantando con la música de la radio. Se detuvo un par de veces para llamar a Craig, pero no consiguió hablar con él. Quería compartir la buena noticia con su marido, pero eso tendría que esperar. Debía estar con un cliente, enseñando una propiedad o firmando papeles. Esas eran las únicas veces en las que él no contestaba a las llamadas, ni de ella ni de nadie.

Su padre tampoco contestaba, así que le dejó un emocionado mensaje antes de volver a cantar junto a Maroon 5 y su *Beautiful Mistakes*. Se sonrojó mientras dejaba que su imaginación la llevara a cómo pensaba celebrar su nuevo trabajo con Craig en la cama, tal y como sugería la canción. Y con champán, enfriado a la perfección y servido en copas altas tipo flauta, aunque ella se conformaba con una coca cola o una cerveza bien fría bebidas directamente de la botella.

Todavía no le habían ofrecido formalmente el puesto de investigadora científica. Pero Marj le había dicho que ella era la candidata más prometedora, que su formación académica encajaba a la perfección y que su pasión era un pasaporte casi directo para el equipo al que quería unirse. El resto de los pasos eran solo una formalidad. Otra entrevista con un profesor asociado, muy probablemente con el señor César, *el César*, como los alumnos habían apodado a ese hombre tan alto e imponente. Ella había asistido a su clase de Fisiología Animal Comparada, y él le había escrito la carta de recomendación que le abrió las puertas para su año en San Diego, refiriéndose a ella como «su estudiante más prometedora hasta la fecha». No le preocupaba no pasar la entrevista

con el César. Probablemente no sería más que una conversación informal entre profesor y antigua alumna, con algún consejo sobre cómo sortear los peligros de una carrera en el campo de la investigación.

Luego debería pasar una verificación de antecedentes, pero no tenía nada que ocultar o temer. Debía rellenar unos formularios para que pudieran obtener su historial crediticio y penal. No encontrarían nada malo. Sí, podía celebrarlo esa noche con champán porque eso hacía feliz a Craig, y si él sonreía, su mundo giraba en el sentido correcto.

La canción terminó un par de segundos antes de que doblara la esquina hacia su calle. Ella y Craig compartían su apartamento desde que ella se mudó allí justo después de terminar la universidad. Era un piso de dos habitaciones en la decimoséptima planta de un edificio exclusivo en Caroline Street. Tenía sus encantos, como su cercanía inmediata al parque Discovery Green y al Toyota Center, lo que les permitía salir a caminar o ver un partido sin tener que coger el coche ni preocuparse por aparcar en el centro.

A Andi le encantaba ese apartamento. Representaba su transición a un estilo de vida adulto que disfrutaba: había pasado de ser una estudiante universitaria a una esposa joven, locamente enamorada, llena de ilusión y con ganas de exprimir al máximo cada día. Se encontraba a bastante distancia de su futuro trabajo, a casi una hora en coche sin contar con el tráfico de primera hora de la mañana. Así que tal vez la idea de Craig de vender el apartamento y mudarse a las afueras, reduciendo a la mitad esa distancia, no era tan mala.

Las primeras notas de *Stronger*, de Kelly Clarkson, sonaron al entrar en Caroline Street, pero Andi pulsó un botón para silenciar la radio y redujo la velocidad. La calle estaba llena de coches de policía con luces intermitentes rojas y azules, tan brillantes que eran visibles desde lejos incluso con la deslumbrante luz del sol. Una parte de la acera estaba acordonada con cinta amarilla en la que ponía: «NO CRUZAR», justo enfrente de la entrada al garaje de su edificio.

Un escalofrío la recorrió, y se detuvo por completo. Habían acordonado *su* edificio. El hecho de que en el teléfono de Craig hubiera saltado directamente el buzón de voz hizo sonar las alarmas en su mente, aunque era martes a mediodía y él estaba en el trabajo. Él estaba bien... Tenía que estarlo. El mundo no giraba solo en torno a él.

Sin embargo, al ver la furgoneta del médico forense, un nuevo escalofrío le recorrió el cuerpo. Alguien había muerto... Alguien de su edificio; alguien a quien tal vez conocía. Se acercó al edificio conduciendo despacio hasta que un policía levantó la mano para que se detuviera y se acercó a su lado, con el ceño fruncido y la cara sudorosa.

—Esta calle está cerrada al tráfico. Dé la vuelta a la manzana.

—Vivo aquí —respondió ella, señalando el rascacielos que se alzaba sobre sus cabezas—. Mi apartamento está en este edificio.

El policía apretó los labios durante un breve instante.

—Necesito ver su carné de conducir.

Andi le entregó el trozo de plástico mientras buscaba una figura conocida entre los numerosos investigadores de la escena del crimen que entraban y salían a toda prisa del edificio. Las puertas de entrada, de cristal azulado y grueso, estaban sujetas con correas para mantenerlas abiertas. Los técnicos de la policía científica, vestidos con monos blancos, llevaban varias cajas con bolsas de pruebas a sus furgonetas. Incapaz de ver qué se estaban llevando, dirigió su atención a las personas que salían del edificio.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, temerosa de oír la respuesta.

El policía negó con la cabeza.

—Lo siento, señora, no podemos divulgar ningún detalle. Tendrá que enterarse por las noticias.

—¿Ha... Ha sido en mi apartamento? —balbuceó, sintiendo como si una garra helada del miedo le apretara el pecho—. Vivo en el diecisiete once.

—No, señora —respondió el agente, devolviéndole el carné de conducir. Una intensa oleada de alivio llenó de lágrimas los ojos de Andi—. Aparque al otro lado de la calle si hay sitio, o en la parte de atrás, y utilice la entrada de servicio lateral. Suba directamente a tu apartamento, ¿de acuerdo? No se le ocurra empezar una misión de investigación para sus amigos de las redes sociales. Sería obstrucción a la justicia...

—Sí, lo sé —respondió ella, deseando salir de allí.

El agente se llevó los dedos a la sien y le hizo un gesto para que avanzara. Andi condujo despacio, sin dejar de mirar la entrada principal del edificio. Dos técnicos llevaban un cadáver en una camilla, envuelto en una bolsa negra con cremallera. La silueta

parecía frágil y diminuta, ocupaba muy poco espacio. Tal vez fuera una mujer delgada y menuda.

Gracias a un golpe de suerte, se quedó una plaza de aparcamiento libre al otro lado de la calle justo cuando ella pasaba, así que maniobró su coche con rapidez para ocuparla antes de que otra persona pudiera reclamarla. Subió el techo y cerró el coche con el mando a distancia antes de cruzar la calle y dirigirse a la entrada lateral.

Mientras los dos técnicos metían la camilla en la furgoneta, reconoció a un tercer hombre que salía del edificio. Andi se acercó a la cinta amarilla y lo saludó con la mano. El hombre le devolvió el saludo y se dirigió hacia ella enérgicamente, con un atisbo de sonrisa en sus labios pálidos y finos.

—Doctor Ellefson —lo saludó con calidez en la voz.

El hombre levantó las manos enguantadas en señal de disculpa tácita.

—Andi —dijo, mirándola con aprecio—. Estás muy guapa. ¿Era hoy la entrevista para el trabajo en la universidad?

—Sí —contestó ella, alegre, olvidando por un momento que estaban de pie al lado de la escena de un crimen—, me ha ido muy bien. Creo que la he clavado.

—Claro que sí —respondió el hombre con orgullo—. Te daría el abrazo que te mereces, pero... —hizo un gesto con las manos enguantadas— he tocado cosas.

—No te preocupes —respondió ella, ya sin sonreír—. Cuando termines, si tienes tiempo, sube a tomar un café. Vivo en el diecisiete once. —Mientras estaba hablando, se dio cuenta de que no era posible. Tenía que hacer una autopsia.

—Me pareció reconocer tu edificio, pero no estaba seguro —respondió en un tono suave que llevaba el recuerdo de la preocupación, o quizá Andi se lo había imaginado. No era tan descabellado pensar que el doctor Ellefson pudiera haberse preocupado por un momento al saber que le habían llamado para ocuparse de una muerte sospechosa en el edificio de Andi—. Rebecca es la que se sabe todas las direcciones de memoria. Estaría perdido sin ella.

—Yo también —susurró ella, sonriendo con timidez—, aunque por motivos diferentes. —Compartieron un breve momento de amistad y cordialidad en silencio, cada uno a un lado de la cinta amarilla. Justo

cuando el doctor Ellefson se disponía a marcharse, Andi le preguntó —: ¿Qué ha pasado?

Él miró a izquierda y derecha, y luego dijo en voz baja:

—Ha aparecido una chica muerta en el segundo piso.

—¿Por sobredosis? —preguntó Andi, que conocía las estadísticas de criminalidad de su barrio.

Él asintió con un movimiento de cabeza apenas perceptible.

—Ya sabes que no puedo hablar de un caso abierto, cielo; pero, cuando esté cerrado, puedes preguntarme lo que quieras. Tal vez la próxima vez que nos veamos en casa de tu padre para jugar al póker —dijo con un brillo en los ojos.

Andi sabía que a él le gustaban las noches de cartas tanto como a ella.

—Te tomo la palabra —dijo ella; le encantaba hablar de casos antiguos con el forense, aunque a veces los detalles de esas conversaciones no eran bienvenidos en la mesa de juego.

Una vez, la mujer del doctor, Rebecca, profesora de Literatura Inglesa en la Universidad A&M de Texas, dijo en broma que utilizaban su conversación sobre autopsias y medicina forense como una forma de distraer a los otros jugadores y ganar. Por supuesto, no era cierto.

El doctor Ellefson asintió y le sonrió una vez más; su rostro arrugado y sus amables ojos se volvieron firmes y profesionales mientras caminaba hacia la furgoneta. Su escaso pelo, que le llegaba hasta los hombros y era casi totalmente blanco con algunos mechones rubios, ondeaba con la brisa de la tarde cuando subió a la parte trasera, seguido de cerca por uno de sus ayudantes.

Andi entró en el portal climatizado de su edificio con pasos vacilantes. Mientras esperaba el ascensor, sintió una punzada de culpabilidad al darse cuenta del alivio que le había provocado saber que el cadáver que llevaban en la bolsa de plástico negra no era el de Craig. Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar que alguien había exhalado su último aliento solo unos pisos más abajo del apartamento donde ella y Craig disfrutaban de una vida dichosa, ajenos a las batallas de los demás. Tal vez esa chica había gritado pidiendo ayuda y nadie la había escuchado. O tal vez había muerto tranquilamente mientras dormía, sin saber que nunca volvería a despertarse.

Mientras el ascensor la elevaba a la decimoséptima planta, se dio

cuenta de que no conocía a ninguno de sus vecinos del segundo piso. Por mucho que lo intentara, no lograba ponerle cara a la figura atada a la camilla, aunque seguro que se había cruzado con ella alguna vez. Tal vez se miraron durante menos de un segundo, asintieron y sonrieron, y luego apartaron la mirada en un gesto tácito de indiferencia. A la gente ya no le importaban las personas. Todos vivían aislados en sus propias burbujas, intoxicados y abrumados por el exceso de lo que ocurría, y rara vez dejaban entrar a alguien nuevo.

O tal vez Craig tenía razón. El barrio se estaba volviendo demasiado peligroso y desagradable, no era el lugar adecuado para formar una familia. No cuando todo tipo de personajes oscuros habían conseguido acceso a lo que antes eran edificios decentes gracias a sus ganancias de dudosa procedencia. Le encantaba aquel apartamento, era el primer hogar que Craig y ella habían compartido, pero pronto, en solo unos días, se mudarían a las afueras, dejando todo aquello atrás.

Puede que nunca llegara a saber quién era su vecina del segundo piso.

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: ¿Cuál era el estado mental de Andrea en ese momento?

JANELLE LARIMER: Parecía estar bien, pero eso fue antes de…

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: Gracias. No hay más preguntas para este testigo, señoría.

3

UN CLIENTE

El cliente, un hombre arrogante de mediana edad que respondía al nombre de Solomon Donati júnior, llevaba una expresión permanentemente ceñuda en el rostro. Sus pobladas y oscuras cejas convergían sobre su nariz, formando firmes crestas que le enmarcaban la frente. Abrió la puerta de su millonaria residencia colonial con una sonrisa de bienvenida en sus labios tensos. Esa sonrisa murió al instante cuando vio a Craig Brafford en la puerta de su casa.

—¿Y por qué demonios iba a poner mi casa en manos de un novato como tú? —preguntó, cruzando los brazos sobre el pecho y bloqueando la entrada con su cuerpo fornido.

En doloroso contraste, el esbelto cuerpo de Craig, vestido con un traje de color gris antracita y camisa blanca, se quedaba corto en más de un sentido. El empresario marítimo medía al menos veinte centímetros más que el joven agente inmobiliario. Craig siempre había pensado que la altura favorecía a quienes disfrutaban de la vista desde la estratosfera. Quizá estaban más cerca de los ángeles, como le dijo una vez una señora mayor. En realidad, él no se lo creía, pero, de todas maneras, los hombres altos no tenían problema en imponer su voluntad más rápido y con menos esfuerzo que los de baja estatura como él.

Había hecho todo lo que se le había ocurrido para crecer uno o dos centímetros mientras aún era posible. Había pasado todos sus años de instituto y universidad en la cancha de baloncesto, donde estaba de prestado por culpa de su altura. Envidiaba la estatura de los jugadores profesionales y estaba convencido de que el baloncesto

tenía algo que ver con ello. Convencido de que podría engañar a su genética y exprimir un poco más de longitud de sus huesos en crecimiento, no escatimó esfuerzos. Acabó siendo casi cinco centímetros más alto que su padre, lo que significaba que sus esfuerzos probablemente habían dado algún fruto, pero no era Michael Jordan.

Su altura —al igual que su edad, veintinueve años— era inamovible. Todo lo demás era un juego.

Se cepillaba el pelo hacia arriba y había aprendido a usar un espray flexible en el tupé para dar forma a su pelo castaño, buscando la *percepción* de que era un centímetro más alto. Había aprendido con avidez cómo conseguir que lo aceptasen y lo valorasen, descubriendo cómo volverse indispensable para las personas, sin importar su prominencia o lugar en la cadena alimenticia humana. Comprendía el poder de una sonrisa cálida y sincera, y la esgrimía como si fuera una espada reluciente.

Inteligente y creativo, tras licenciarse con matrícula de honor en Empresariales, Craig descubrió que el arma más eficaz de su arsenal eran los sentimientos de los demás. Estos dictaban el comportamiento de las personas más a menudo de lo que lo hacía su intelecto. Pronto se convirtió en un virtuoso tocando las cuerdas del corazón de muchos, desde clientes hasta socios comerciales y, en realidad, de todo el mundo. Tan solo cinco años después de graduarse y siendo el miembro más joven del equipo, anhelaba convertirse en el agente inmobiliario con mejores resultados de su empresa. Sin embargo, en su agenda digital había pocos nombres de clientes que pudieran hacerlo posible; su juventud se lo impedía. Su jefe le asignaba las operaciones de menor importe, reservando las grandes comisiones para los miembros más veteranos del equipo. Craig estaba allí para ayudar con la venta de apartamentos en Tanglewood y cuando había que enseñar alguna propiedad en Chinatown y nadie más quería hacerlo.

Sin embargo, el hombre que en esos momentos estaba considerando si cerrarle la puerta en la cara a Craig no era un cliente potencial salido de la oficina. Había sido el resultado de incontables horas de investigación leyendo miles de publicaciones insulsas en las redes sociales de mujeres adineradas sin nada mejor que hacer que parlotear sobre sus casas nuevas. Y nuevas viviendas significaban que las antiguas estaban a punto de salir al mercado. El

irritantemente alto e implacable Solomon Donati júnior era un objetivo que le había costado horas interminables localizar, alguien a quien no podía permitirse perder.

Craig tragó saliva, sintiendo que se le hacía un nudo en la garganta.

—Porque yo puedo venderla más rápido y conseguirle más dinero que nadie —respondió él, con la voz llena de confianza y una sonrisa cálida y tranquilizadora, medida con cuidado para no parecer exagerada, que apenas dejaba ver unos dientes blancos perfectos, nada que ver con la mueca de un idiota ansioso.

—Ah, ¿sí?

Craig le sostuvo la mirada sin inmutarse mientras se le formaban gotas de sudor en las raíces del pelo. Necesita desesperadamente un cliente importante. Si atraía a alguien como Donati, quizá su jefe le mostraría un poco más de respeto.

Despacio, el hombre extendió la mano y dio a la de Craig un apretón firme y medido; luego se apartó, invitándolo a entrar. La casa era un edificio grande de dos plantas, relativamente nuevo, que seguro que tardaría un tiempo en venderse, sobre todo si el cliente conocía los valores del mercado y quería sacarle un beneficio.

El interior, con sus grandes ventanales y sus relucientes suelos de madera, estaba bastante bien. La encantadora piscina que había en el patio trasero, que contaba con sombrillas de estilo hawaiano y un bar, era sin duda un elemento que podría atraer a algún que otro jubilado rico de California o Nueva York. La cocina, equipada con electrodomésticos caros y modernos, había sido decorada por alguien con un sentido del gusto muy dudoso. Algunos de los armarios eran azules, mientras que otros eran de color crema. Craig se sorprendió a sí mismo mirándolos con incredulidad, preguntándose por qué alguien haría algo así a una vivienda con clase y encanto. A lo mejor al comprador no le importaba. Quizá podría venderlo como el nuevo diseño de armario de cocina pijo o algo así. Daba igual el reto al que tuviera que enfrentarse, lo superaría.

Craig se giró hacia el cliente con una sonrisa.

—Tiene una propiedad estupenda, señor Donati.

El ceño del cliente se frunció durante un breve instante y luego se desvaneció un poco.

—Llámame Sol.

Craig asintió.

—Bueno, Sol, puedo hacerle ganar mucho dinero con esta casa. ¿Cuánto le costó? —preguntó, aunque él ya sabía cuándo había adquirido el cliente la mansión de casi trescientos metros cuadrados y por cuánto. Había hecho los deberes. Pero cada trampa debía cebarse adecuadamente, y eso requería tiempo y paciencia.

—La compramos hace cuatro años, por unos setecientos —contestó Donati con sinceridad. Por lo general, sus clientes solían mentir un poco, ya fuera diciendo un importe a la baja para demostrar lo listos que eran o al alza para indicar que la casa tenía más valor. Pero Sol era difícil de descifrar—. Hoy en día el mercado es un animal diferente.

—Exacto —respondió Craig; la emoción de su voz era genuina—. Estamos hablando de alrededor de un millón de dólares, y eso solo si tiene mucha prisa.

—No tengo prisa —respondió el cliente, clavando los ojos en los de Craig. No había ni un atisbo de emoción en el rostro de Donati—. Aunque tampoco quiero que este asunto se quede pendiente demasiado tiempo.

—Entendido —respondió Craig con calma. Caminó de un lado a otro por la sala un poco más, estudiando la distribución en detalle y permitiendo que la curiosidad de su cliente aumentara—. ¿Cuándo puedo empezar a enseñarla?

—En unas tres semanas. Ya está lista la casa nueva. El lunes vienen los de la mudanza para trasladarlo todo.

Craig se quedó mirando las paredes durante otro largo rato, frotándose la mandíbula bien afeitada con los dedos fríos. No tardó demasiado en darse cuenta de que el cliente se impacientaba.

—Voy a ser completamente honesto con usted, Sol, aunque eso vaya un poco en contra de nuestras prácticas comerciales habituales en lo que respecta a la gestión de las expectativas de los clientes.

Hizo una pausa, y el cliente lo invitó a continuar con una inclinación de cabeza y un gesto de la mano, algo impaciente. Lo había empujado hasta donde podía llegar sin romperse.

—Si dispongo de tiempo, estoy seguro de que puedo conseguirle un millón cien mil por su casa. —Un destello de excitación iluminó los ojos oscuros de Donati—. Pero, si me firma un contrato de exclusividad por, digamos, un mes, haré todo lo que esté en mi mano para conseguirle un millón doscientos mil.

Donati, que se metió las manos en los bolsillos del pantalón, fue el primero en romper el contacto visual. Llevaba pantalones azules y una camisa de golf blanca de Brioni, ambos impecablemente lavados y planchados, una señal inconfundible de que provenía de una familia adinerada. Seguro que no eran ridículamente ricos, pero lo suficiente como para haber sido criado de cierta manera. Se dirigió hacia la ventana que daba a la piscina del patio trasero y miró al exterior durante un largo y tenso silencio.

—Dos semanas —respondió Donati—. Tienes dos semanas, y te rebajarás la comisión un uno por ciento.

Craig frunció el ceño y fingió considerar la oferta. Había ido dispuesto a recortar dos puntos y aceptar una semana de exclusividad.

—De acuerdo —dijo finalmente, con un suspiro mal disimulado—. Es usted un negociador duro. Prepararé un contrato de exclusividad de dos semanas, sin exclusividad después, con un descuento del uno por ciento en mi comisión durante el tiempo exclusivo.

—Durante todo el tiempo —añadió Donati, con tono firme—. Y tendrás tres meses para venderlo; si no, se cancela el acuerdo y contrato a otra persona.

Craig asintió pensativo.

—De acuerdo, pero ¿y si consigo más de un millón doscientos mil? —Los ojos de Donati volvieron a brillar—. ¿Consideraría pagar un cinco por ciento extra por cualquier cantidad que consiga por encima de un millón doscientos mil?

Donati volvió a evaluarlo, como había hecho en la puerta de su casa. Luego extendió la mano.

—Sí, claro. Tráeme ese dinero y te haré un vaquero muy feliz, hijo.

Craig estrechó la mano del hombre con entusiasmo.

—No vamos a incluir ese acuerdo del cinco por ciento en el contrato; espero que lo entienda.

Una sonrisa ladeada en los labios de Donati selló el acuerdo. Craig sacó rápidamente un formulario de contrato de su maletín y empezó a rellenarlo mientras Donati miraba su reloj con impaciencia.

—¿Qué piensas hacer para que esta casa supere el millón doscientos mil? —preguntó, deteniéndose junto a la mesa del comedor que Craig estaba utilizando como escritorio.

Craig levantó la vista de los papeles con una rápida sonrisa dibujada en la cara.

—Tengo algunos ases en la manga —respondió—. Mi ingrediente secreto, por así decirlo. —Continuó rellenando los detalles del acuerdo de forma apresurada con letras mayúsculas—. No se preocupe. Ahora que me he ganado el privilegio de ayudarlo con la venta de esta propiedad, siempre estaré ahí para usted.

—Ja, ja, ja —se rio Donati—, no lo dudo. —Siguió paseando y no habló durante un rato. El tenso silencio solo era interrumpido por el sonido de papeles revueltos y gorjeos lejanos procedentes del patio trasero—. Me gusta aislar, alienar y agotar los recursos —añadió, en un tono inesperadamente suave, como si fuera un padre enseñando algo a su hijo—. Así es como cazo *yo*. Mis clientes compran lo que vendo pensando que soy su último recurso, su salvación.

Craig lo observó, inmóvil, durante lo que pareció un momento eterno. Su breve frase respondía a la gran pregunta que no dejaba dormir a Craig. «*Aislar, alienar, agotar recursos*». Era brillante.

—Yo no soy ni de lejos tan sofisticado —dijo, agradecido—. Conozco muy bien el mercado y pienso en términos globales, no locales. Lo más probable es que su comprador no sea tejano. Espero que no le importe.

Donati se rio entre dientes y no dudó cuando Craig deslizó la documentación hacia él. Tras coger el bolígrafo de Craig, firmó con energía, una firma complicada e ilegible con una ligera inclinación hacia arriba, la marca distintiva de un triunfador seguro de sí mismo.

—Cuando te canses del negocio inmobiliario, ven a trabajar para mí —dijo mientras dejaba el bolígrafo de Craig sobre el contrato y empujaba los papeles al otro lado de la mesa—, pero después de vender mi casa, hijo, no antes. —Le dio una palmada en la espalda a Craig y soltó una carcajada, con aliento a humo de puro.

Craig se permitió reírse suavemente.

—Entendido, sí, señor. Gracias. —Tras estrechar una vez más la mano del cliente, cogió su maletín y se dirigió a la puerta—. Por cierto —dijo mientras estaba a punto de agarrar el picaporte; un pensamiento inconcluso lo había incitado a aprovechar la oportunidad única que presentaba el buen humor del empresario—. El último jueves de este mes, mi mujer y yo vamos a celebrar una pequeña reunión para líderes empresariales locales y clientes vip. Si usted y su señora no tienen nada mejor que hacer…

—Envíame todos los detalles —respondió Donati, asintiendo

ligeramente con la cabeza, sin sonrisa y con el ceño aún fruncido—. Será interesante verte trabajar en una habitación llena de gente.

Le dio las gracias y se marchó, cuidando de no mostrar demasiado entusiasmo en su manera de andar al salir. En cuanto arrancó el motor diésel de su Mercedes negro todoterreno y se cerró la puerta de la casa del millón de dólares, respiró hondo y su sonrisa desapareció, sustituida por una tensión en la mandíbula que hizo que le dolieran los músculos y se le anudaran bajo la piel.

Tenía menos de veinte días para mudarse a la nueva casa que acababa de comprar, prepararla para la fiesta y encontrar a otros nueve hombres de negocios prominentes dispuestos a asistir.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: Como socio de la empresa y supervisor del acusado, ¿cuál era su opinión sobre Craig Brafford desde el punto de vista profesional?

JEREMY HUGHES: Nuestra empresa prosperó con él a bordo. Era inteligente, dedicado y muy trabajador. También muy ambicioso.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Se refiere al tipo de ambición que empuja a la gente a violar la ley?

JEREMY HUGHES: El tipo de ambición que hace el trabajo. Usted debería saberlo, señor fiscal del distrito. Apuesto a que así es exactamente como *usted* llegó a donde está hoy.

4

COMIDA

A Andi le encantaba la comida italiana.

El restaurante Mille Ponti había traído la cocina italiana al centro de Houston, con sabores deliciosos que seducían con la promesa de un sabroso queso parmesano y una untuosa salsa Alfredo que se escurría de cada fetuchini. No importaba cuántas veces se hubiera prometido a sí misma probar algún sitio nuevo, siempre acababa en Commerce Street, mirando el logotipo rojo, blanco y verde que representaba una góndola en un canal veneciano. Allí se sentía como en casa.

Esta vez, esperaba que el restaurante que le resultaba tan acogedor la ayudara a disipar la oscura tristeza que le apretaba el corazón como si fuera un puño de hierro. Era como si estuviera sumergida en un mar de amenaza inminente, de un horror inexplicable a punto de abatirse sobre ella, impidiéndole respirar y paralizándola.

El bullicio de la hora punta por fin estaba remitiendo y había algunas mesas libres en el patio. A Andi le encantaba cenar al aire libre y creía que no había mejor manera de disfrutar de una comida italiana que hacerlo como les gustaba a los italianos, los inventores de las «comidas al fresco». Quizá solo necesitaba la luz del sol y un cielo azul para ahuyentar las sombras.

Llegó unos minutos tarde a su cita para comer con Janelle Larimer. Era su mejor amiga desde que tenían ocho años, cuando el padre de Andi compró una casa al lado de la de los Larimer. Era un recuerdo agridulce para Andi.

Aunque por aquel entonces era muy pequeña, aún recordaba la

inesperada muerte de su madre y la devastación que su ausencia había supuesto para su padre y para su propio corazón roto. Durante semanas, ambos lloraban hasta quedarse dormidos, pero escondían su dolor el uno al otro como si el duelo fuera un pecado. Como si se tratara de un acto vergonzoso destinado a ser llevado a cabo en la oscuridad y el aislamiento, bajo la amenaza de un fuerte castigo si de alguna manera se expusiera a la luz del día o a la presencia de otras personas.

Durante el día, apenas hablaban, como si perturbar el pesado silencio que envolvía la casa vacía pudiera poner en peligro de algún modo el preciado recuerdo de su madre. Andi seguía yendo a la escuela. Su padre le preparaba el desayuno, la comida y la cena. En silencio, tras dedicarle una sonrisa poco convincente y despeinarle un poco el pelo, le ponía un plato delante y le deseaba *bon appétit*, como hacía siempre antes de sentarse a la mesa. Pero él ya no estaba allí. Sus ojos miraban casi siempre al vacío, como si buscara algo que no estaba. Rara vez hablaba. Cada vez que lo intentaba, las lágrimas ahogaban su voz y giraba la cabeza, alejándose de Andi y ocultando su dolor. Ella soportó el silencio y la pérdida, demasiado joven para saber cuál era peor o cómo encontrar su rumbo en un mundo puesto patas arriba.

—¿Cómo no me di cuenta? —era la única frase que repetía una y otra vez, con la cara contraída en un intento desesperado por contener las lágrimas y el lamento que debía llenar su pecho ansiando salir.

—Todas las señales estaban ahí —añadió una noche, todavía sentado a la mesa del comedor, con los codos apoyados entre platos medio llenos apartados. Se frotaba la frente con rabia, como si intentara llegar a algo enterrado allí, más allá de la piel y los huesos, y arrancárselo.

Aquella noche ella extendió el brazo, cruzando la mesa, para tocar el de su padre, pero él no pareció percibir su cercanía. Estaba a miles de kilómetros de distancia, probablemente intentando aferrarse al recuerdo ya desvanecido de su mujer, a lo que había perdido.

Entonces, una noche en la que ella temía apagar la luz de su habitación, sabiendo que las lágrimas no tardarían en aparecer donde el beso de su madre había dejado un abismo, su padre entró a trompicones en su cuarto, cayó de rodillas y abrió los brazos de par en par.

—Perdóname, hija, mi dulce niña —sollozó—. Yo... no he sabido cuidar de ti cuando más me necesitabas. Estaba demasiado ocupado culpándome por no ver la enfermedad de tu madre hasta... ¿Me perdonas?

Aún recordaba cómo se había abalanzado sobre sus brazos y se había acurrucado contra su pecho cubierto de lágrimas, escuchando los fuertes latidos de su corazón. Lloraron abrazados durante lo que parecieron horas, pero, cuando la luz del amanecer disipó las sombras de la noche más larga de toda su existencia, ya tenían un plan. Se iban a mudar.

Su padre, el doctor Hunter Wilmore, un veterinario conocido y respetado, eligió una casa de ladrillo de una sola planta a poca distancia de Clear Creek y del parque Walter Hall. Tenía grandes ventanales, por los que entraba la luz del sol para calentar sus maltrechos corazones, y un gran jardín con árboles maduros de los que podrían colgar columpios y hamacas. Resultó que estaba justo al lado de la casa de una niña esmirriada de la edad de Andi, una chica de espíritu aventurero con rizos rebeldes y fuego en la sangre.

Janelle no se lo creía, pero tanto Andi como su padre le atribuían el mérito de haberles devuelto la vida aquel otoño. Siempre estaba metida en líos, era una polvorilla. Una vez trepó tan alto por un roble del patio trasero de los Wilmore que tuvieron que llamar a los bomberos. En otra ocasión, convenció al doctor Wilmore para que la ayudara a quedarse con un cachorro que, según ella, le había regalado un vecino. El veterinario convenció a los Larimer para que adoptaran al cachorro, pero unas semanas más tarde se dio cuenta de que la astuta niña lo había engañado. Fueron necesarias dos horas de interrogatorio para que Janelle confesara que se había encontrado con una camada de cachorros de coyote en el bosque detrás del parque y que había robado uno de la madriguera.

Ese otoño las niñas empezaron juntas tercero. Entraron en el patio cogidas de la mano. Andi, tímida e insegura, caminaba medio paso por detrás de Janelle, que no le soltaba la mano. Desde ese día, fueron inseparables. Hasta la universidad.

Andi había elegido seguir los pasos de su padre, y el doctor Wilmore soñaba de forma no tan secreta con poner su lucrativa consulta veterinaria en manos de su hija en algún momento, cuando llegara el momento de jubilarse. Pero la pasión de Andi no era pasar los días tratando a un paciente peludo detrás de otro.

Le encantaba el mar.

No, era mucho más que eso: Andrea Wilmore era uno con el mar, con todas sus criaturas, grandes y pequeñas. Encerrarla en un despacho durante días y días sería un pecado, o eso creía el doctor Wilmore.

Andi había intentado convencer a Janelle de que estudiara Biología Marina con ella, pero su mejor amiga se había mantenido firme, aunque de vez en cuando se le llenaban los ojos de lágrimas.

—No, de ninguna manera. Eso no es para mí. Te he visto sentada en esas pozas de marea, llenas de quién sabe qué bichos, pasándotelo bomba. Pero ¿tú *me* has visto a mí en el agua? Si pasa nadando un pececito y siento que el agua se mueve contra mi pierna, salgo zumbando para salvar la vida. Además, grito.

Janelle gritaba como nadie, emitiendo un sonido desgarrador que sembraba el pánico instantáneo en cualquiera que aún respirara y que pensaría que el cielo tenía que estar cayéndose. Por desgracia, no era apta para la biología marina ni para ningún otro campo de estudio similar. Janelle había optado por una licenciatura en Administración y le había ido muy bien, pues había sacado solo sobresalientes y había terminado la carrera en un tiempo récord.

Se habían mantenido en contacto durante sus años universitarios; habían ido juntas a fiestas en los dos campus, habían tenido citas dobles, charlaban casi todas las noches y hablaban casi todos los días de camino a la universidad. Compartían la misma vieja hamaca que había detrás de la casa de los Wilmore para ver la puesta de sol, a veces bebiendo té helado o, como de mayores, cerveza fría directamente de la botella. Su amistad, forjada a lo largo de los años, se hizo más fuerte que nunca. El trabajo de Janelle había hecho mella en su tiempo libre, al igual que la relación de Andi con Craig, pero aun así se las arreglaban para quedar un par de veces al mes para comer, una o dos para cenar y hablaban bastante por teléfono.

Mientras se le hacía la boca agua al percibir el aroma del pollo a la parmesana, Andi se detuvo junto a la valla del patio, buscando a Janelle. Era fácil reconocerla: su melena negra y rizada hacía que destacara entre la multitud. La vio al otro lado del patio, sentada en una mesa junto a la barandilla, con vistas al río Buffalo Bayou.

Después de acercarse en silencio, Andi rodeó los hombros de Janelle con los brazos y le dio un sonoro beso en la mejilla. Janelle chilló de alegría y luego le devolvió el beso.

—Guau, pero ¡qué guapa! —dijo Andi—. ¿Maquillaje nuevo? ¿Te has cambiado de peinado? ¿Lo conozco?

—Vaya, qué perspicaz eres —respondió Janelle—. Sí, llevo una marca nueva de maquillaje. Esta vez me he comprado uno caro.

—Bien por ti. Se nota. —Andi se sentó frente a Janelle y arrastró su silla de hierro forjado más cerca de la mesa, haciendo que las patas chirriaran ruidosamente contra el cemento—. ¿Y el pelo?

—¿Qué? ¿Esto? —respondió Janelle, tirando de un par de trenzas con cuentas que surgían del lado izquierdo de su raya—. He hecho lo que he podido —se rio—. No puedo pasarme un millón de horas haciéndome trencitas en el pelo, así que esto es lo más trenzado que lo voy a tener.

—Me parece muy bien, pero estás evitando el tema principal —dijo Andi mientras cogía el menú y fingía mirarlo, aunque sabía lo que quería.

Janelle bajó los ojos y sonrió mientras jugaba con el dobladillo de su servilleta blanca; sus uñas perfectamente arregladas seguían el hilo hasta la esquina y luego volvían a donde desaparecía en el pliegue.

—He conocido a un chico.

—Ajá —exclamó Andi, con una sonrisa de oreja a oreja. Se recostó contra el duro respaldo de la silla—. Venga, cuéntame todos los detalles, no te dejes ni uno... Ya somos mayorcitas las dos —dijo entre risitas.

—Pues él es...

—¿Qué os traigo, chicas? —El camarero era alto y delgado, no tenía más de veintidós años y las miraba con una sonrisa lujuriosa en sus pálidos labios. A través de la rejilla metálica de la mesa, recorrió con la mirada las piernas de Janelle y luego las de Andi. Janelle llevaba una falda corta y una blusa sin mangas, mientras que Andi llevaba vaqueros y una camiseta sin mangas. La atención del camarero volvió a centrarse en la piel expuesta de Janelle mientras fingía que estaba apuntando algo.

Las dos chicas se miraron y soltaron una risita.

—Tomaremos una *bruschetta* de entrante y de segundo yo quiero una ensalada mixta —dijo Andi.

—¿Te has vuelto vegetariana, tía? —Janelle desvió la mirada hacia el camarero y pestañeó con coquetería, flirteando con él de broma—. Trae también un carpacho y un pollo Marsala.

El camarero consiguió despegarse de la mesa y desaparecer.

—No tienes vergüenza —se rio Andi.

—¿Crees que se le caerá la comida… —Janelle volvió a pestañear y se mordió el labio provocativamente— si le doy un buen meneo? —Le guiñó un ojo y las dos empezaron a reírse a carcajadas.

—Venga, déjalo ya. Estabas a punto de hablarme de tu chico misterioso.

—Ah, sí. —Janelle se puso seria durante un segundo, pero luego se dibujó en sus labios una sonrisa diferente—. No es… el tipo de chico con el que suelo salir —confesó, bajando la mirada un momento—. Se llama Troy y es gerente de proyectos en una empresa de construcción.

Andi frunció un poco el ceño. ¿Y qué problema tiene Troy? ¿Por qué ese pobre hombre no cumple las expectativas de la diosa?

Janelle miró fijamente a Andi durante un segundo y luego soltó:

—Está divorciado y tiene un hijo. Uf.

—No pasa nada —respondió Andi, que extendió la mano por encima de la mesa y apretó la de Janelle—. Muchos matrimonios fracasan, pero la gente merece una segunda oportunidad. Oye —le dijo al ver que no levantaba los ojos de la servilleta que examinaba con atención—, mientras tú seas feliz, todo está bien.

Cuando Janelle volvió a mirar a Andi, su sonrisa había desaparecido.

—¿Cuándo supiste que Craig era el elegido?

Andi respiró; por alguna razón, sus pulmones estaban hambrientos de aire. La pregunta de Janelle trajo un remolino de pensamientos, dudas y preguntas sobre sí misma y sobre su futuro con Craig.

La joven que estaba sentada frente a ella estaba a punto de clavar el tenedor en un trozo de ternera cruda cubierta de alcaparras y cebolla roja finamente picada. Era su mejor amiga y, aun así, había cosas que no se atrevía a decir en voz alta, que no podía compartir con ella. Cosas tan personales y tan retorcidas que ni siquiera Janelle las podría entender.

Craig era como una droga para ella… Cocaína pura, directa en vena, sin cortar. Anhelaba sus caricias, temblaba con solo pensar en ellas y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por verlo sonreír, por saber que él seguía queriéndola cada vez más, tal como ella a él. Apenas recordaba nada de los últimos doce meses, desde que lo

había conocido; todo había sido arrastrado al olvido por un torbellino de emociones tan intenso que había borrado lo demás de la memoria física.

Cuando hacían el amor, se quedaba agotada y débil, con ganas de más; no se saciaba nunca de él. Lo que siempre empezaba como un baile de iguales en los preliminares terminaba con él tomándola como deseaba, volviéndose de algún modo dominante mientras ella se volvía sumisa, ansiosa, deseosa, anhelante... Él era el elegido... Para ella, no existía nadie más.

—Vaya, la pregunta te ha dejado sin palabras, ¿eh? —Janelle se rio, luego pinchó otro trozo de carne y lo enrolló hábilmente con el tenedor antes de darle un mordisco.

Andi soltó una ligera risita.

—¿Cómo supe que él era el indicado? Bueno, pues..., supongo que cuando me di cuenta de que no me veía compartiendo la vida con nadie más. Ni siquiera sé cuándo fue ni cómo, pero él se convirtió en una obsesión para mí. Solo podía pensar en él.

—Ya veo... —respondió Janelle—. Es curioso cómo funciona el amor, ¿verdad? —Había tristeza en su voz, un sentimiento de pérdida no expresado.

—¿A qué viene esa cara tan larga? —Andi mordió un trozo de la crujiente *bruschetta*. El sabor del ajo y la albahaca fresca le llenó la boca.

—Pensé que me mantendría siempre libre, sin ataduras, ¿recuerdas? —Dejó el tenedor y bebió un sorbo de agua con gas fría —. Soltera y sin hijos. Una mujer independiente. Yo sola contra el mundo.

—¿Y ahora todo eso ha cambiado?

—Está cambiando. —Suspiró y apartó el plato a medio terminar a un lado—. Lo peor de todo es que parece que ya no me importa nada de esa mierda de la independencia —dijo mientras miraba fijamente a Andi, como si le estuviera pidiendo ayuda—. *Estoy* cambiando. Y es aterrador.

Andi dio otro bocado y lo masticó rápido.

—No pasa nada, ¿sabes? Puede que descubras que la persona en la que te estás convirtiendo es mejor que tu antiguo yo. Y a lo mejor disfrutas mucho más de tu nuevo yo.

Janelle sonrió, con un agradecimiento tácito en los ojos.

—¿Eres feliz? Quiero decir, realmente feliz, en el fondo de tu

corazón.

Su pregunta atravesó el corazón de Andi como una afilada estalactita de hielo. Aunque en esa sencilla pregunta no había razón alguna para que ese escalofrío se extendiera por sus venas, le había producido una especie de mal presentimiento.

—Sí, lo soy —respondió con sinceridad, aunque le parecía que estaba mintiendo. Se sentía culpable en cierta manera—. No permitiría que fuera de otra manera. No puedo imaginarme una vida sin Craig. —Esa parte parecía cierta.

—No me digas que saca la basura todas las noches… —Janelle enarcó la ceja derecha, pero el destello que había en sus risas anteriores se había desvanecido.

Andi asintió. Se sentía mal alardeando así de su felicidad, pero Craig se merecía un reconocimiento.

—Todas las noches, como un reloj.

Janelle soltó una risita, pero sus ojos permanecieron serios, sombríos.

—Muy bien, entonces, hay esperanza para mí. —Se hizo a un lado, dejando sitio para que el camarero sirviera los platos principales, y después acercó el pollo Marsala a Andi—. Si quieres podemos compartirlo.

—No, gracias. —Aquella inquietante sensación de presentimiento había vuelto, royéndole las entrañas sin descanso. Dejó el tenedor sobre el plato de ensalada que no había tocado y se reclinó en la silla, ensimismada, a miles de kilómetros de distancia del soleado patio de su restaurante favorito.

—Ahora me toca preguntar a mí —dijo Janelle—. ¿A qué viene esa cara tan larga?

Andi luchó por volver a la realidad. Uno de sus miedos era real, amenazador.

—Aún no me han contestado de la universidad. —Sentía las manos frías y las apretó con fuerza entre sí—. Estaba convencida de que me iban a dar el trabajo, pero no sé nada de ellos.

Janelle frunció el ceño un instante.

—Estas cosas llevan su tiempo. Seguro que el papeleo lo está ralentizando todo. ¿Les enviaste una nota de agradecimiento?

—Sí, en cuanto volví a casa, pero eso fue hace casi una semana.

Janelle masticó en silencio durante un rato. Normalmente, eso era una mala señal.

Trabajaba para el Ministerio de Trabajo y conocía muy bien las prácticas y estadísticas de los Departamentos de Recursos Humanos. Janelle había dado el visto bueno al currículum y a la carta de presentación que Andi había enviado a la universidad para solicitar el puesto de investigadora. Además, la había entrenado con simulacros de preguntas de entrevista, enseñándole lo que debía decir y cómo actuar.

—Estoy segura de que pronto se pondrán en contacto contigo para explicarte los pasos siguientes —dijo, seria—. ¿Alguna vez te has buscado en Google?

Andi asintió.

—No hay nada malo.

—Bien —dijo Janelle sonriendo. Cortó un trozo de pollo, se lo metió en la boca y entrecerró los ojos mientras masticaba—. No me importa cuántas calorías he consumido hoy, ha merecido la pena. —Se limpió suavemente los labios con la servilleta, con cuidado de no estropearse el brillo de labios—. Ah, casi se me olvida. Hace un par de noches vimos a Craig.

—¿Vimos?

—Troy y yo. —Las mejillas de Janelle se sonrojaron un poco—. Estaba en Game Nite, tomando algo con ese tío, mmm…

—¿Quién?

Janelle apretó los labios, frustrada.

—No recuerdo su nombre. Alto, sexi, con barba corta… Fue testigo en tu boda.

—Ah, Jude. —Andi bebió un sorbo de agua—. Es el mejor amigo de Craig.

Janelle lanzó a Andi una rápida mirada inquisitiva y luego apartó la vista.

—¿Qué pasa? —preguntó Andi. Un poco del frío de antes volvió.

—Nada —dijo Janelle, negando con la cabeza—. De verdad, no es nada.

—Venga, dímelo —insistió Andi, esperando que el ligero temblor de su voz fuera imperceptible—. Sea lo que sea, suéltalo ya. —Janelle se quedó mirándola—. Soy yo, ¿recuerdas? Puedes contarme cualquier cosa.

—Está bien —respondió ella, mirando de reojo a su alrededor—. Mira, si no conociera tan bien a Craig y la relación que tiene contigo, diría que es gay.

—¿Qué? —Andi soltó una carcajada que hizo girar algunas de las cabezas que había en el patio—. Eso es imposible. Jude es su mejor amigo, nada más.

—Estaban sentados muy juntos, con las cabezas casi tocándose, susurrando. Craig ni siquiera se fijó en mí, y estaba allí de pie junto a su mesa.

—Así se comporta Craig cuando habla de negocios con Jude. —Se rio por lo bajo, aliviada—. No hablan de nada más, ni siquiera de deportes.

—Si tú lo dices…

—Janelle —dijo Andi, extendiendo las manos sobre la mesa para tomar las de su amiga entre las suyas—. Craig no es gay. Si lo fuera, ¿no crees que yo lo sabría? Ahora mimo, tú y yo estamos sentadas juntas, cogidas de la mano. ¿Nos estamos acostando?

Janelle sonrió con un brillo travieso en los ojos.

—No, pero muchas veces me he preguntado si…

—¡Calla! —Andi le tiró la servilleta a Janelle, que aterrizó en su cabeza, y ambas estallaron en carcajadas.

Caminaron juntas hasta sus coches y se despidieron con un largo abrazo. Y, sin embargo, escondido bajo todo ese buen estado de ánimo, acechaba un frío implacable, enroscado como una serpiente venenosa dentro del vientre de Andi. Una sensación de temor de la que no podía librarse.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Qué puede decirnos sobre el comportamiento de Andrea Wilmore Brafford después de esa entrevista de trabajo?

JUDE DRENNON: ¿La que hizo en la universidad? Andi parecía estar bien, pero voy a decirle una cosa: nada de esto habría pasado de no ser por esa amiga suya, Janelle. A esa entrometida tendrían que echarla del país. Siempre está metiéndose en la vida de la gente, buscando, pinchando, fastidiando, sembrando sospechas, escudándose en que es una buena amiga.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Qué tipo de sospechas?

5

INVESTIGACIÓN

La nueva casa era un sueño.

Craig debía haber tenido acceso a información privilegiada, como, por ejemplo, que el vendedor estaba en apuros; estaba claro que se había aprovechado de su trabajo como agente inmobiliario. No había otra forma en la que él pudiera haberles conseguido la extensa propiedad de trescientos veinte metros cuadrados de terreno perfectamente ajardinado. Estaba muy por encima de lo que podían permitirse.

Unos días antes, había sorprendido a Andi llamándola por teléfono para invitarla a ir a ver la casa. Ella pensaba que solo se la iba a enseñar, pero él la esperaba sosteniendo en los dedos un llavero con sus iniciales grabadas, listo para dejarlo caer en la palma de su mano. La sorpresa fue abrumadora, la casa era absolutamente perfecta. Sin embargo, había sentido una pizca de pena por haber sido excluida de todo el proceso; de encontrarla, de discutir la compra y hacer la oferta... De todo aquello que hacía de comprar una casa juntos una parte fundamental de la vida matrimonial.

Él se había disculpado profusamente y le había explicado que solo había tenido dos minutos para hacer una oferta. La propiedad iba a salir al mercado a un precio muy inferior al de su valor real y solo tuvo que retrasar la venta hasta que presentó su oferta, con la esperanza de que el vendedor firmara el acuerdo con rapidez. Jude lo había ayudado a conseguir la hipoteca sobre la marcha.

—Bienvenida a casa, cariño —le susurró al oído mientras la levantaba en brazos para cruzar el umbral.

La dejó en el reluciente suelo de mármol blanco de un

impresionante vestíbulo que se abría a un amplio salón de techos abovedados. Tras cogerla de la mano, le enseñó la casa con el estilo típico de un agente inmobiliario demasiado entusiasta, en un juego en el que ella era una compradora exigente y él intentaba venderle la casa.

—Esta sala de proyecciones se ha diseñado pensando en el entretenimiento y el lujo, para disfrutar de ella en esas noches lluviosas en las que apetece pasar la tarde con los seres queridos viendo una buena película. Las luces con regulador de intensidad por control remoto, las paredes oscuras, el sistema de sonido envolvente integrado y las cortinas de terciopelo que absorben el sonido proporcionan una experiencia visual única. Tras añadir unos cómodos sillones y una pantalla a tu gusto, tendrás tu propia sala de cine.

Ella sonrió encantada, un poco aturdida, todavía incapaz de creer que la fantástica propiedad ahora era suya.

—Molduras —continuó, con la voz cargada de orgullo y emoción —, marcos a medida de primera calidad alrededor de las ventanas y las puertas, granito en la cocina y los baños…

—De acuerdo —dijo ella, rodeándole el cuello con los brazos y sellando su boca con un beso—, me la quedo —susurró sin aliento cuando él la soltó.

—¿No vas a echar de menos nuestro pequeño apartamento? —preguntó él con fingida preocupación en la voz.

—Déjame pensar… —contestó, siguiéndole el juego—. No, creo que no. —Estallaron en una carcajada resonante que terminó en un beso apasionado y un apresurado revolcón sobre el granito de la isla de la cocina.

Eso había sucedido hacía unos días, pero aún le ardían las mejillas cuando recordaba los detalles de aquella tarde y la forma en la que todo su ser había cobrado vida con su contacto: como arcilla templada, lista para ser moldeada en lo que él deseara que fuera y deseosa de que le diera la forma de sus fantasías, de que llenara por completo sus manos, de que su cuerpo se adaptara perfectamente al suyo.

Ahora estaba de pie en el apartamento, entre un montón de cajas de cartón embaladas, casi lista para dar el trabajo por terminado. Los armarios de la cocina, con las puertas abiertas de par en par, estaban vacíos, desolados, listos para que el equipo de limpieza los dejara

impecables para cualquier comprador interesado. Arrancó un trozo de papel de cocina, cogió una botella de producto de limpieza con pulverizador y limpió una vez más las encimeras de formica; los limpiadores no tendrían que esforzarse demasiado. Le daba un poco de miedo quedarse quieta y desocupada, a solas con sus pensamientos; en algún lugar debajo de toda la emoción de la nueva casa y la mudanza, ese miedo tácito envolvía con dedos helados su corazón.

La voz de Craig se filtraba a través de las finas paredes de su despacho. Seguía haciendo llamadas de trabajo, aunque eran casi las siete de la tarde y aún no habían cenado. Los de la mudanza irían al día siguiente a primera hora. Le emocionaba la idea de vivir en su nueva casa, más cerca de la universidad y de la casa de su padre. Durante unos instantes, esa euforia reavivada ahogó la angustia que se le enroscaba en las entrañas, silenciándola. Si no pensaba en ello durante un rato, desaparecería en la nada de la que había surgido, porque carecía de todo fundamento. Tenía que ser así. Todo era perfecto y no había nada que temer.

Sonó el timbre, sobresaltándola. No esperaba a nadie, pero un montón de gente había entrado y salido sin cesar durante los últimos días, ya que Craig quería hacer reparaciones en el apartamento antes de ponerlo a la venta. No miró por la mirilla, simplemente abrió la puerta. Después se quedó petrificada.

Estaba mirando una placa policial, sostenida delante de su cara por una rubia oxigenada con gafas oscuras y surcos marcados flanqueando las comisuras caídas de sus labios.

—Detective Otwell, Departamento de Policía de Houston —dijo la mujer. Habló con voz autoritaria y seca—. Tengo que hacerle unas preguntas sobre Nikki Edwards. ¿Puedo entrar? —Señaló hacia el apartamento de Andi con la mano izquierda, en la que sostenía un bloc de notas y un sobre.

Andi frunció el ceño y miró por encima del hombro los montones de cajas que cubrían las paredes del salón.

—No conozco a ninguna Nikki, eh…

—Edwards.

—Sí, claro, entre. —Se hizo a un lado, invitó a la policía a entrar con un gesto de la mano y cerró la puerta tras de sí—. Nos estamos mudando; disculpe el desorden.

La policía se encogió de hombros mientras escudriñaba la

habitación como si estuviera investigando a Andi y Craig, no a una mujer desconocida. Como si fueran sospechosos de quién sabe qué delito.

—¿Cuándo se marchan? —preguntó, con las gafas de sol todavía puestas. Andi no sabía si se trataba de una técnica para ocultar sus ojos durante las entrevistas o si le molestaba la luz.

—Mañana —respondió Andi con calma—. ¿Qué puedo hacer por usted, detective?

La voz de Craig se oía a través de las paredes mientras iniciaba otra llamada telefónica.

—¿Quién es?

—Mi marido. Está trabajando —dijo Andi mirando las gafas oscuras y reflectantes sin ocultar su irritación—. Lo siento, detective, pero estamos muy ocupados con la mudanza. Si puedo responderle a algo, lo haré con mucho gusto. Si no es así, por favor, disculpe, pero...

—Nikki Edwards —dijo la mujer, hablando despacio—. ¿La conocen usted o su marido?

—No, ¿quién es?

—Era... —la policía permitió que se creara un momento de silencio tenso, casi aterrador— su vecina del segundo piso.

—Ah, ¿la que murió de sobredosis la semana pasada?

—¿Cómo sabe que sufrió una sobredosis?

Andi se mordió el labio durante un breve instante. Con los policías, debía tener cuidado con lo que decía. Podrían tergiversar sus palabras por su prisa por hacer detenciones, justificadas o no.

Otwell acercó la punta de su bolígrafo al bloc de notas, dispuesta a escribir algo.

—No lo sabía. Lo he deducido por los cotilleos del edificio y tampoco es una suposición tan descabellada teniendo en cuenta que estamos en el centro de Houston.

Hubo un instante de silencio.

—Claro —dijo la detective mientras volvía a observarla, pero Andi le sostuvo la mirada sin inmutarse—. ¿Y no la conocía?

—Ya le he dicho que no.

—¿Y su marido? Necesitaré hablar con él también.

—Él tampoco la conocía. Lo hablamos después de enterarnos de su muerte. Yo llegué a casa de la universidad justo cuando se estaban llevando su cuerpo. Fue algo horrible...

—Sí, este tipo de cosas suelen serlo. —Otwell cerró la tapa de su bloc de notas con un rápido gesto de la mano—. Ella tenía más o menos su edad... A lo mejor la vio alguna vez, aunque fuera de pasada.

Andi negó con la cabeza y mantuvo los labios apretados. ¿Cuántas veces tendría que decirle que no conocía a esa pobre chica?

—La verdad es que me sorprende que haya tardado tanto en ponerse en contacto con nosotros. Supongo su caso no era una prioridad.

Esa afirmación provocó líneas de tensión alrededor de la boca de la policía.

—Nada más lejos de la realidad —dijo la mujer, apoyando la mano derecha en la cadera—. Lo que se ve en las películas no se corresponde con la realidad. Estas cosas llevan su tiempo.

—¿Y cuál *es* la realidad? —preguntó Andi con dulzura, sonriendo —. Seguro que están hasta arriba de trabajo.

—Pues sí, ya lo creo que sí. Desde principios de año, ha habido más de trescientos asesinatos en la ciudad. Una sobredosis accidental rara vez justifica las horas perdidas haciendo entrevistas de seguimiento.

Andi esperó a que continuara, pero no lo hizo. Otwell abrió su bloc de notas de nuevo y le preguntó:

—¿A dónde se mudan? Necesito saberlo por si tengo que hacerles más preguntas.

—A Brookhaven, justo al lado de Bellfort Avenue. —Andi dijo la dirección exacta y el policía la anotó.

—Qué bien —comentó con evidente envidia—. Es un barrio mucho mejor que este. Enhorabuena. —Se dio la vuelta para marcharse y le entregó el sobre que tenía bajo el bloc de notas—. He encontrado esto en el pasillo, delante de su puerta.

Andi lo cogió y reconoció el logotipo de la Universidad A&M de Texas. Sintió que se le iba la sangre de la cara mientras la habitación empezaba a dar vueltas. No podía ser... La habían rechazado. Las notificaciones de rechazo llegaban por correo postal; todo lo demás se hacía por correo electrónico o a través de una llamada telefónica. No iba a tener el trabajo de sus sueños, la carrera para la que se había estado preparando toda su vida.

—¿Está bien? —le preguntó la policía, sujetándola del brazo para que no se cayera.

Andi asintió lo más enérgicamente que pudo, ansiosa por librarse de ella para poder abrir la carta en paz. Tal vez había una razón por la que no le habían ofrecido el trabajo, algo que podía arreglar. A lo mejor todavía había esperanza.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Conoció usted a Andrea Wilmore Brafford en persona mientras investigaba la muerte de Nikki Edwards?

DETECTIVE BARBARA OTWELL: Sí.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: En ese momento o durante las investigaciones posteriores, ¿encontró alguna conexión entre Andrea Wilmore Brafford y Nikki Edwards?

DETECTIVE BARBARA OTWELL: No. Los casos no tienen ninguna relación.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: Durante su entrevista, ¿cómo le pareció que estaba Andrea Wilmore Brafford?

DETECTIVE BARBARA OTWELL: Feliz. Recuerdo que pensé que debían estar recién casados, porque ella estaba radiante. Pero después vio la carta.

6

EL PADRE

El doctor Wilmore no trabajaba los lunes por la mañana.

Como la consulta veterinaria había empezado a irle mejor de lo que había previsto, trabajaba muchas horas a la semana, incluyendo una jornada completa los sábados y media los domingos. Se merecía dormir hasta tarde los lunes por la mañana, pero Andi sabía que ya estaría de pie a las ocho o así, sorbiendo su primera taza de café e ignorando la rebanada de pan tostado que siempre se preparaba igual que como solía hacerlo la madre de Andi.

Pero nunca la tocaba.

Más tarde, en un homenaje silencioso, la tiraba al lago Clear, donde se la comían los peces si los patos no llegaban antes a los trozos, que se hundían con rapidez.

Andi aparcó su Beetle en el camino de entrada tras el corto trayecto en coche desde su nueva casa, que estaba a solo unos minutos de distancia. La mañana primaveral perfecta, con cielos azul intenso e increíbles y una suave brisa, pasó desapercibida; su mente estaba en otro lugar, atrapada en un debate interior sobre lo que estaba a punto de hacer.

Su padre abrió la puerta antes de que ella pudiera meter la llave en la cerradura.

—Andi, qué sorpresa. —La rodeó con los brazos y le dio un beso en la mejilla, y luego apoyó la cara contra la suya durante un momento que ella disfrutó. La fuerza y el calor de su padre eran justo lo que necesitaba. Aun así, de alguna manera eso la entristeció—. ¿Qué te trae por aquí tan temprano? ¿Y tan arreglada? —La guio al interior de la casa que había sido su hogar hasta unos dieciocho

meses antes. Ya le resultaba un poco extraña, pero a la vez familiar. El aroma a tostadas y a café recién hecho, a suavizante de lavanda y a velas con olor a manzana.

—Voy de camino a una entrevista de trabajo.

—Ah —dijo él mientras le servía una taza de café. Volvió a poner la cafetera en su sitio y se sentó a la mesa de la cocina, con las manos entrelazadas, dispuesto a escuchar.

El silencio llenó la habitación con palabras no dichas, pero los pensamientos giraban en la cabeza de Andi; no sabía qué decir.

—Quería invitarte a una pequeña reunión que vamos a hacer con unos amigos para celebrar nuestro sexto mes de casados —dijo con voz entrecortada. Había sonado como si aún fuera una niña pequeña y estuviera diciendo una mentira. No era así, pero la invitación no era la única razón por la que se había pasado por allí.

Una nube cubrió los ojos de su padre. De repente, parecía cansado; en su cara destacaban detalles que Andi no había visto antes. Las venas de sus sienes, la miríada de arrugas alrededor de sus ojos, las articulaciones ligeramente hinchadas de sus manos y la tristeza que intentaba ocultar cuando sonrió y levantó los ojos para encontrarse con los suyos.

—Estoy agradecido y honrado, cariño, pero no creo que fuera bien recibido allí. Los demás invitados son de tu edad, ¿cierto? —Ella asintió—. ¿Ves? No encajaría. Probablemente todos esperarían a que yo me fuera para empezar con lo que sea que hagan los jóvenes hoy en día: bailar con la música a todo volumen, contar chistes subidos de tono o fumar marihuana. —Se rio, pero su voz estaba cargada de tristeza—. Estoy seguro de que tu marido apreciará mi decisión de desearos a ambos un feliz aniversario desde la distancia. —Extendió la mano por encima de la mesa y le tocó la cara con dedos cálidos, acariciándole la mejilla como solía hacer para animarla cuando estaba triste o se había raspado una rodilla—. Os enviaré algo bonito. Una botella de... ¿Cómo se llama el champán que le gusta a Craig? Dom Perignon, ¿no?

Andi parpadeó para contener unas lágrimas inoportunas, pero se apoyó en su mano.

—Te equivocas con él. Le encantaría que vinieras. —Mientras pronunciaba esas palabras, los ojos de su padre se desviaron hacia un lado y retiró la mano.

—Andi, sabes que eso no es verdad, pero no pasa nada. Yo soy tu

pasado y él es tu futuro. Yo... —se atragantó y carraspeó en voz baja antes de continuar— espero que hayas elegido bien y que yo esté equivocado. Me haría tremendamente feliz darme cuenta de que lo he juzgado mal. Lo sabes, ¿verdad?

Ella asintió. A su padre nunca le había gustado Craig y nada de lo que ella dijera lo haría cambiar de opinión. Ya llevaban juntos casi un año y Andi le había dicho de todo para convencerlo sin lograrlo. No había nada en concreto que no le gustara de Craig, nada que pudiera expresarse con palabras.

—Es instinto paternal —le había dicho en alguna ocasión antes de casarse.

Después de llevarla al altar a regañadientes, dejó de hablar de ello, respetando la santidad de su matrimonio. Pero el problema estaba ahí, enterrado a poca profundidad, asomando su fea cabeza cada vez que intentaba reunir a las dos personas más importantes de su vida.

—Quería preguntarte algo más —dijo, con la voz más clara, aunque aún cargada con el temblor de las lágrimas que amenazaban con salir—. ¿Sigues buscando un técnico veterinario?

A su padre se le iluminó la cara.

—¡Sí! Estamos desesperadamente cortos de personal desde que ampliamos el horario de la consulta. ¿Conoces a alguien interesado?

Andi se levantó e hizo una reverencia, que acompañó de una tímida sonrisa.

—A mí.

Él se quedó boquiabierto y se hizo el silencio en la habitación. Afuera, a través de la ventana bañada por el sol, Andi vio un arrendajo azul posado en una rama de roble. Por alguna razón, su mente se aferró a la imagen tranquilizadora del pájaro al igual que se habría agarrado a un salvavidas en un mar tempestuoso.

—Andi, ¿por qué? —preguntó el doctor Wilmore, en un susurro atónito. Sus cejas blancas y despeinadas estaban levantadas, formando líneas paralelas en la parte superior de su frente. Se pasó la mano por el pelo corto un par de veces en un gesto que transmitía su desconcierto.

Ella bajó los ojos y se sentó a la mesa.

—Podría cambiar de carrera sin problema, papá. Estaría bien que trabajáramos juntos, ¿no? Ya tengo muchos de los créditos necesarios para sacarme la licencia. Solo me falta la formación

práctica, y podría conseguir una parte en tu consulta, ayudándote. Después, podría volver a la universidad y cambiar de programa doctoral para convertirme en doctora en Medicina Veterinaria en lugar de en doctora en Biología Marina. Podría crecer y aprender bajo tu ala. —Sonrió, pero le ardían los ojos—. Aprendería del mejor.

Su padre dejó salir una larga bocanada de aire de sus pulmones y estiró la mano por encima de la mesa para apretar la suya. Una lágrima rodó por la mejilla de Andi. Desvió su atención hacia el arrendajo azul, deseando que cantara.

—Nada me gustaría más que pasar mis días contigo, mi niña; pero ya hemos hablado esto, tu pasión no es poner vacunas a las mascotas ni cortarles las uñas. —Inspiró ruidosamente; su respiración era agitada y superficial—. Tu sitio está en el mar, al sol, como Cousteau en su *Calypso*. ¿No era antes tu modelo a seguir, tu héroe? —Se inclinó más sobre la mesa y le cogió las dos manos—. ¿No vimos todos sus documentales juntos?

Ella se quedó mirando sus manos, sin habla, incapaz de levantar la mirada para encontrarse con la suya.

—¿Qué está pasando en realidad? —preguntó él, con la voz cálida y paciente—. Cuéntamelo. Sea lo que sea, tú y yo encontraremos la forma de arreglarlo.

Ella sacudió la cabeza y dejó de luchar contra las lágrimas.

—Nadie me quiere, papá. Me han rechazado en todas partes. La universidad fue la primera; me enviaron una carta y no me dieron ninguna explicación. Tan solo me dijeron que gracias, pero no. —Lloriqueó y le lanzó una rápida mirada antes de volver a bajar los ojos—. Además, no hay tantos puestos de trabajo para la investigación biológica. En dos semanas ya había solicitado trabajo en todos. No hay nada para mí… Parece que nunca seré una investigadora marina. Ese sueño está roto.

—¿Y la entrevista de hoy?

Ella apretó los labios con fuerza durante un momento.

—Es para un puesto de recepcionista en una clínica dental —susurró.

—Dios mío, Andi… —Se levantó, se acercó a ella y se agachó junto a su silla. Ella enterró la cara contra su pecho y sollozó mientras él le acariciaba el pelo en silencio—. Encontraremos algo, ya verás —dijo al cabo de un rato—. Ánimo, jovencita. Tienes toda la vida por delante, no puedes rendirte después de solo tres intentos.

Ella lloriqueó y cogió un pañuelo de papel para limpiarse los ojos.

—¿Lo entiendes ahora? Prefiero trabajar contigo en tu consulta que ser la recepcionista de un dentista cualquiera. Lo siento, pero no puedo encontrarle sentido a la vida si se supone que lo único que tengo que hacer es concertar citas y cobrar de más a la gente.

Él se levantó y empezó a pasearse despacio por la habitación, con las manos entrelazadas a la espalda, como hacía siempre que pensaba.

—Ya le has dedicado siete años a la biología. Estás a mitad de camino en tu doctorado. No puedes renunciar. Ni ahora ni nunca.

—Pero ¿y si no hay futuro para mí en la biología? Necesito tener un sueldo, papá. Necesito que mi vida signifique algo.

—Sí, sí —respondió él enseguida—, pero no creo lo consigas trabajando como técnica veterinaria. Perderías un año de tu vida sacándote la licencia.

—Solo durante un tiempo —insistió ella—. Y, si me gusta, cursaré los créditos del doctorado en Veterinaria que me falten y me uniré a tu consulta.

Él negó con la cabeza y se tapó la boca con la mano, como si tratara de evitar que salieran las palabras.

—Nada me haría más feliz que tenerte cerca de mí todos los días. Pero eso rompería tu corazón, y el mío también, porque no es lo que quieres en realidad. —La miró fijamente—. Vamos a pensarlo un poco más. No eches por tierra todo lo que has construido por un par de cartas de rechazo. Espera. Llegarán nuevas oportunidades. La biología marina es tu pasión, mi niña. Merece la pena luchar por ello —añadió, cerrando la mano, y dio un puñetazo al aire—. Lucha por ello. Con uñas y dientes.

—¿Uñas de tigre? —bromeó ella, haciendo alusión a un viejo juego al que jugaban juntos cuando era pequeña.

—Garras de tigre —dijo él riéndose—. Sí, exacto. Dientes de sable y garras de tigre. —Los sonidos de las risas se apagaron, dejando paso a un tenso silencio—. Pensé que estabas ocupada mudándote a tu nueva casa.

Ella hizo un gesto despectivo con la mano.

—La empresa de Craig le ofreció pagarle una mudanza completa. Lo han hecho todo ellos. No he tenido que mover ni un dedo. Tienes que venir a verla, es increíble.

El doctor Wilmore frunció el ceño y volvió a pasarse la mano por

el pelo. En algún momento del último año, todos los mechones de su cabeza se habían vuelto de color blanco brillante.

—¿Cómo te imaginas que puede permitirse todo eso? ¿Una casa más grande que la mía, una mudanza completa? ¿Estás segura de que estás enterada de todo lo que pasa, Andi?

—Uf, papá, basta ya de sospechas, por favor. —Se puso de pie y comenzó a recorrer la habitación con rabia, tocando objetos familiares al pasar, como si intentara calmarse. La superficie brillante de los armarios lacados, la carcasa de acero inoxidable de la tostadora que todavía estaba caliente, los botones de la cafetera…—. Tú no estás allí viéndolo trabajar todos los días hasta las diez, incluidos los fines de semana. Es ambicioso y dedicado, un buen marido y un gran apoyo. Es igual que tú.

—*No* se parece en nada a mí. —Las palabras le salieron tan cortantes como unas cuchillas de afeitar. Cerró los ojos un momento, probablemente arrepentido de su arrebato.

—Es amable y cariñoso, muy trabajador y me hace feliz. Me encanta mi vida, papá; lo único que va mal es mi carrera, y eso me rompe el corazón. Es como si las estrellas se hubieran alineado en mi contra, impidiéndome cumplir mi sueño. Lo único que hago todo el día es buscar trabajo, hacer entrevistas, escribir cartas de presentación y esperar a que Craig vuelva a casa.

El ceño de su padre volvió a fruncirse mientras su mano encontraba y cubría su boca una vez más. Cuando habló, su voz había recuperado su calidez habitual:

—Ven a la noche de póker el jueves que viene.

Ella bajó la mirada con tristeza.

—Llegaría muy tarde, papá. Vamos a celebrar una fiesta en casa para los clientes de Craig.

Él se mordió el labio, probablemente para evitar hacer un comentario sobre el trabajo de Craig. Andi conocía su opinión y no le interesaba volver a oírla.

Al igual que su padre había hecho en su momento, Craig estaba haciendo todo lo que podía por su familia, por su futuro juntos.

Agradecida de que hubiera decidido no decir nada más contra su marido, le dio un beso en la mejilla y salió corriendo. Iba a llegar tarde a su entrevista de trabajo.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Cuáles fueron las

circunstancias de su interacción con Andrea Wilmore Brafford?

DOCTORA MARJORIE HITCHENS: La entrevisté para un puesto de investigadora científica en el Departamento de Biología Marina de la Universidad A&M de Texas.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Le pareció que Andrea Wilmore Brafford estaba cualificada para ese trabajo?

DOCTORA MARJORIE HITCHENS: Le faltaba un año para doctorarse en nuestra especialidad, y demostró la mentalidad y la pasión necesarias para alcanzar el éxito en nuestra línea de trabajo. Era la candidata ideal.

7

JUDE

El Game Nite Bar and Grill estaba abarrotado a esa hora de la tarde, poco después de las siete. Un bar deportivo ruidoso y animado incluso en sus noches tranquilas, esa noche estaba casi insoportable, aunque a Craig le gustaba que hubiera gente. El lugar olía a parrillas grasientas, a *bacon* chisporroteante y a hamburguesas cubiertas de *cheddar* fundido acompañadas de grandes cantidades de cerveza. De vez en cuando, algo de comida o bebida caía al suelo o se derramaba sobre las mesas pegajosas, pero eso formaba parte del encanto rebelde del lugar.

Jude llegaba tarde, y Craig mataba el tiempo comiéndose los cacahuetes que ponían siempre de aperitivo: los partía con habilidad entre los dientes, antes de pelarlos y masticarlos, ávido de su sabor salado. Con la mirada fija en una de las pantallas de televisión instaladas sobre la barra, se estaba bebiendo una Heineken fresquita directamente del botellín, animando de vez en cuando a los Rockets cuando metían alguna canasta.

Una chica alta y rubia, con vaqueros cortos rotos y una camiseta sin mangas, pasó contoneándose, probablemente de camino al baño. Meneaba las caderas mientras se abría paso entre los borrachos, ignorando sus comentarios lascivos y sus aullidos de lobo. Cuando se acercó a la mesa de Craig, hizo contacto visual con él y aminoró un poco el paso, dejando que sus dedos recorrieran la superficie rayada de la mesa. Él sonrió, halagado por su atención. Podía llevarse a cualquiera a casa con ella esa noche, pero lo estaba mirando a él. Eso le hizo sentir bien.

—Tío, eres increíble —dijo Jude detrás de él al pasar, antes de

sentarse en la mesa. Dio dos palmadas en el hombro de Craig, su saludo habitual—. Tienes una mujer fantástica en casa, una chica increíble, ¿y te quedas embobado mirando a una guarrilla en un bar? ¿De qué vas, colega?

La sonrisa de Craig se desvaneció y rompió el contacto visual con la rubia. Cuando volvió a levantar la vista, la chica ya no estaba. A su lado, Jude sonreía, mostrando dos filas de dientes impecablemente blancos. Esa sonrisa le valió la atención instantánea de la camarera, una pelirroja con largos y sedosos rizos que habrían puesto celosa a Cher. Su pronunciado escote tampoco estaba nada mal, y ella sabía muy bien hasta dónde debía inclinarse mientras tomaba nota del pedido de Jude o con qué lentitud morderse el labio brillante. Aunque no le interesaba, Craig disfrutó igualmente del espectáculo.

—Solo estaba matando el tiempo mientras llegabas —contestó tras dar un sediento trago a la botella de cerveza casi vacía—. Mirar sin tocar está permitido. —Dejó el botellín en el posavasos y al instante fue sustituido por otro lleno y abierto.

La Cher pelirroja dejó caer una Bud Light delante de Jude y luego añadió:

—Te puedo conseguir lo que quieras muy rápido. ¿Vale, cariño?

Craig se rio. No entendía por qué Jude no estaba entre la pelirroja y la morena de pelo liso de la barra que no le había quitado ojo desde que había entrado en el bar, practicando sexo épico hasta quedarse sin aliento, en lugar de perder el tiempo con él.

—Admite que estabas celoso —bromeó.

—¿Celoso? ¿De qué? —Chocaron sus botellines y bebieron un trago. Jude se limpió la boca con el dorso de la mano en un gesto rápido que dejó gotas de espuma adheridas a su barba pulcramente recortada—. La rubia estaba mirando las llaves de tu coche, tío. Le interesaba el Mercedes, no tu encantadora personalidad.

—Y una mierda —replicó Craig, rugiendo de risa—. Te estás convirtiendo en el monstruo de ojos verdes. A partir de ahora, te llamaré señor Celos.

—Ah, ¿sí? Entonces, explícame por qué siempre dejas la llave del coche sobre la mesa cuando salimos, si tienes bolsillos de sobra, como el resto de nosotros, que somos personas decentes que no sentimos la necesidad de restregar la estrella de tres puntas en la cara de los demás.

Aquel comentario le aflojó un poco la mandíbula mientras se

sonrojaba. Lo *hacía* a propósito. Le gustaba lo que sentía cuando la gente se daba cuenta y le lanzaba miradas rápidas llenas de envidia o, en el caso de las mujeres, de interés sexual motivado por el materialismo. Había una sensación de validación, de autoestima, que se intensificaba con cada lugar en el que «olvidaba» su llave sobre la mesa, con el mando cuidadosamente colocado con el logotipo hacia arriba. Los camareros se movían más rápido. Sus porciones de carne eran de mejores cortes, más grandes, más jugosas. Su cerveza estaba más fría. Sus cacahuetes, más frescos. Las propinas también tenían que estar a la altura y ser mayores que el promedio, al menos un treinta por ciento, pero valía la pena. Quizá algún día podría enviar a la Cher pelirroja a casa con mil dólares de propina. Algún día. Podía imaginarse cómo se quedaría mirando la cuenta, luego le preguntaría si estaba seguro, después rompería a llorar y lo miraría con respeto. Con mucho respeto.

No esperaba que Jude se hubiera dado cuenta de lo que hacía con la llave. El hombre adinerado y culto, proveniente de una familia mucho mejor que la suya, no necesitaba valerse de esos trucos para conseguir la atención que él ansiaba. O quizá él no deseaba la atención que Craig anhelaba, aquella sin la que no podía vivir. Pero Jude era su amigo, lo había visto en sus peores y mejores momentos. Estaba seguro de que no le importaba su inocente truco de la llave del coche.

—Bueno, si la llave de mi coche te supone un problema en bares y restaurantes, me aseguraré de guardármela en el bolsillo. —Dio un trago y saboreó el líquido frío y sabroso—. No quiero privarte de ninguna oportunidad de ligar. Después de todo, como bien has dicho, soy un hombre felizmente casado.

Jude se rio y le dio un puñetazo de broma en el costado.

—¿Estás hablando en serio? ¿De verdad crees que a la gente le importa eso?

Craig se rio también, pero había un toque de seriedad oculto bajo esa risa.

—Claro que sí. Voy a demostrártelo. Dame tu llave, por favor —extendió la mano hasta que Jude, mirándolo como si acabara de verlo bailar desnudo bajo la luna llena, sacó la llave de su coche y la puso con firmeza en la mano de Craig.

El logotipo de Audi, cuatro aros entrelazados, era tan familiar para todos como la estrella de tres puntas de su mando. Puso las dos

llaves una al lado de la otra y le hizo una seña a la camarera, acompañada de un chasquido de dedos. Ella no tardó en acercarse.

—¿Qué te traigo, cariño?

—De momento, solo quiero saber tu opinión —dijo Craig, sonriendo—. Por favor, ayúdanos a resolver una disputa amistosa. —Por un momento, pareció preocupada—. Es una tontería, te lo prometo.

—Vale, dispara —dijo, metiendo la libreta en el bolsillo del delantal, y apoyó una mano en la cadera.

—Mirando estas dos llaves, ¿qué propietario de coche dejaría una propina mayor?

La pelirroja colocó una larga uña acrílica junto a la llave del Mercedes y dio dos golpecitos.

—Ah —reaccionó Craig—, lo sabía. Te lo dije. Pero tú también lo sabías, ¿verdad, señor Celos?

—Mierda —dijo Jude, antes de hacer un chasquido con la lengua; luego tocó el antebrazo de la camarera mientras su rostro se volvía serio—. ¿Conoces a alguien que quiera comprar un Audi TT? —Su voz era sombría, pero sus ojos brillaban de risa—. El vendedor está muy motivado.

La pelirroja negó con la cabeza, luego los miró a cada uno durante un instante antes de desaparecer, probablemente dudando de su cordura.

—Sí, acepto que he sido derrotado en mi propio desafío —dijo Jude con solemnidad—. Lo próximo que vas a decir es: «Te lo dije».

—No, eso ya lo he dicho —respondió Craig. Se le hinchó el pecho. Le encantaba la camaradería de Jude, los juegos a los que jugaban a menudo, el tiempo que pasaban juntos—. Lo siguiente que te voy a vender es el Mercedes-Benz descapotable que ha salido este año. Tú te lo puedes permitir, yo no. Me he tenido que conformar con uno de segunda mano —dijo esforzándose por parecer humilde durante un momento—. Pero aun así te he ganado por goleada.

Jude engulló el resto de su cerveza, llamó a la pelirroja para pedirle otra ronda y tocó el brazo de Craig para llamar su atención. Con rostro serio, le dijo:

—Ya que estamos hablando de las cosas que podemos permitirnos, tengo algo que discutir contigo. —Se calló un momento mientras la camarera colocaba dos botellines nuevos delante de ellos

y limpiaba la mesa de cáscaras de cacahuete—. La hipoteca que te conseguí…

—Sí, un millón de gracias, amigo. Hiciste posible que consiguiera mi casa nueva. No sé cómo, pero…

—Sí, vale, ya me diste las gracias —respondió Jude—. No me refería a eso. La empresa para la que trabajo crea hipotecas, pero las hipotecas reales proceden de varios prestamistas. Yo trabajo para una agencia que facilita un gran número de préstamos de este tipo.

—Sí, ya lo sé. ¿Qué quieres decir? —Craig cogió un cacahuete y abrió la cáscara. Se metió los dos diminutos cacahuetes que habían caído en su mano en la boca y empezó a masticar. Un poco de ansiedad le dibujó una arruga en la frente. ¿Pasaba algo con su hipoteca? ¿Iba a perder la casa?

—El caso es que tenemos unas condiciones estupendas para empleados, sus amigos y sus familiares. Tu préstamo tiene un interés de casi un punto menos gracias a eso. Puedo comparar diferentes prestamistas sin que se haga una consulta de crédito para cada uno, y el papeleo se hace en… Ya sabes, en secreto. —Su voz se convirtió en un susurro que Craig apenas podía oír.

Frunció el ceño.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que nadie tiene que comprobarlo. Se basa en mi palabra, en mi garantía, por así decirlo. Si yo digo que cumples los requisitos, entonces cumples los requisitos.

—Ah —dijo Craig, mientras las ruedas empezaban a girar en su mente cada vez más rápido—. Eso explica algunas cosas. ¿Hay algún límite para eso de los amigos y los familiares?

—Ninguno en absoluto.

—¿Puedes meterte en algún problema?

—No, a menos que un préstamo autorizado por mí no se pague. Si eso ocurriera, revisarían la documentación original, y si descubriesen que he infringido algunas normas o que la carpeta de archivos está vacía, sí que tendría problemas.

—Entonces, habrá que pagarlo —dijo Craig, mientras una sonrisa florecía en su rostro—. Puedo conseguirnos acceso a viviendas infravaloradas, como la que me he comprado yo o que necesitan una reforma. Le daremos una mano de pintura, o lo que sea, y las venderemos como solo yo sé.

Jude levantó su cerveza. Craig brindó con su botellín con un

entusiasta y sonoro tintineo.

—Vamos a ganar millones.

—Sí —asintió Jude—. Empezaremos mañana. Así podré permitirme ese maldito descapotable.

La sonrisa de Craig se suavizó mientras soñaba con un futuro en el que Jude y él trabajaban juntos ganando mucho dinero, viajaban, compraban cosas y vivían a lo grande. Ese futuro, su sueño más preciado, por fin se iba a hacer realidad.

La vida le sonreía.

8

PLANES

—Necesitamos poner algo en la repisa de la chimenea —dijo Craig. Su voz resonó con un eco extraño en la habitación con techo abovedado y escaso mobiliario—. Algo que capte la atención, que dé pie a una conversación.

Craig había vuelto de su cena con Jude mostrando una euforia que ella nunca había visto en él antes. Estaba exultante, de subidón por su propia adrenalina, inquieto, efervescente. A veces odiaba la atracción que Jude ejercía sobre su marido. Con solo unas palabras, ese hombre había provocado un cambio en la dirección y objetivos de su matrimonio. Craig casi no lo había hablado con ella antes de empezar a actuar. Tenía el empuje de un caballo de carreras pura sangre, más imparable que un tren de mercancías a toda velocidad.

Eran casi las doce de la noche de un lunes, pero Craig no mostraba signos de aminorar la marcha. Ella estaba de pie en medio de la habitación, cambiando su peso de un pie a otro, preguntándose qué vendría a continuación. ¿Hacia dónde estaba conduciendo Jude a Craig esta vez y cómo de enganchado estaba su marido?

—Quedaría bien una geoda grande, una catedral de amatista o algo parecido —añadió, pasando las manos por la repisa como si le estuviera quitando el polvo. Estaba impoluta, Andi tenía toda la casa impecable por la cena del jueves por la noche, que era la fuente del nerviosismo de Craig. A lo mejor esta vez Jude no tenía nada que ver.

A Craig le gustaba aparentar que esas fiestas no lo alteraban, pero ella sabía que no era así. Los días anteriores a la primera, estaba tan tenso como un resorte a punto de estallar, preocupado por cada pequeño detalle. Ya había organizado dos fiestas de ese tipo. La

primera vez fue dura; solo se presentaron cuatro invitados y eso lo avergonzó. Por suerte, entre los asistentes se encontraba uno de sus clientes más recientes, Sol Donati, y su mujer florero, una supermodelo a la que él duplicaba en edad. Donati, por quién Andi no sentía demasiada simpatía, había salvado la velada, entreteniendo a los escasos invitados codo con codo con Craig, ayudándolo a guardar las apariencias.

Debió correrse la voz, porque en la segunda fiesta había diez invitados en la lista, y se presentaron todos. Al final de la tediosa velada, tres se habían comprometido verbalmente a poner sus propiedades en venta con Craig. Él dijo que esa noche había sido un éxito decente.

Para la próxima tenían una docena de confirmaciones, entre ellas la de Donati.

Craig ya notaba la presión y estaba perdiendo los nervios. No había suficientes muebles en la casa, pero tampoco dinero para comprar más. Había solicitado otra tarjeta de crédito y estaba a punto de agotar el límite de esa también, solo que no se decidía en qué.

—Esa gente se da cuenta de estas cosas, Andi —había dicho ya al menos tres veces—. Distinguen la mierda barata igual que tú y yo podemos ver a través de cristal. Tenemos que causar una buena impresión. Debemos comportarnos como si ya hubiéramos conseguido algún negocio del brutal tamaño de los que nos pueden traer ellos.

Ella se había ofrecido a coger prestadas algunas cosas de casa de su padre, pero él había arrugado la nariz.

—No te ofendas, Andi, pero tu padre no tiene tanta clase. A él no le importan mucho las cosas materiales, ¿verdad?

Eso era cierto. El doctor Wilmore nunca había rechazado a un dueño de una mascota por motivos económicos, y eso hacía que su hija se sintiera orgullosa, no avergonzada. No era el momento adecuado para decirle nada de eso a Craig, aunque el tono despectivo de su voz le había atravesado el corazón como si fuera una navaja.

—¿Puedes conseguirme algo para esta maldita repisa? Tiene el tamaño de un campo de fútbol y queda fatal vacía. Las dos últimas veces estaba así... Y eso no puede volver a ocurrir. La gente se da cuenta de esas cosas. —Caminaba furiosamente de un lado a otro delante de la chimenea—. ¿Qué te parece uno de esos corales

grandes? —Hizo un gesto con las manos—. Alguno especial, que no se pueda comprar en una tienda de *souvenirs* costera cualquiera.

—Podría quedar bien —respondió Andi, respirando despacio. Necesitaba mantener la calma. Había visto a Craig así antes. Era posible que no se le acabaran las pilas hasta las cuatro de la madrugada.

—¿Y bien? —le preguntó, girándose hacia ella y apoyando las manos en las caderas. Llevaba la corbata y los dos primeros botones de la camisa desabrochados, pero seguía sudando—. ¿Puedes conseguir uno?

Andi frunció el ceño. No estaba segura de entender lo que le decía.

—¿Cómo, exactamente? ¿Comprándolo por Internet?

—No, de tu... lo que sea que estés haciendo para conseguir el doctorado. Es en biología marina, ¿no? Seguro que tienen alguna mierda rara en los laboratorios.

Ella levantó las cejas.

—¿Quieres que *robe* uno de la universidad?

Craig suspiró con desdén.

—No, no quiero que lo robes, quiero que lo pidas prestado. Si tiene que haber papeleo por medio, me da igual, pero intenta encontrar algo que podamos poner encima de esta... —Gesticuló con furia hacia la ofensiva repisa, manteniendo los labios apretados, probablemente para evitar que se le escapara alguna palabrota. Ella las odiaba.

—De acuerdo —suspiró.

Andi no tenía intención de hacer eso, prefería llamar a una amiga que coleccionaba corales raros o buscar en la tienda de regalos local algo que pudiera tener potencial tratándolo con un poco de lejía o pintura blanca en aerosol. El rojo funcionaría. También el gris oscuro.

—Estás sonriendo —dijo Craig, y luego la abrazó, levantándola un poco—. Tienes una idea. Te quiero, mi dulce mujer. Le besó los labios y luego la dejó en el suelo—. Hablemos de los muebles. Tengo algunas ideas.

Volvió a fruncir el ceño. El sofá de piel del salón se lo había prestado Jude. Les habría dejado quedárselo más tiempo, pero Craig quería algo mejor. Como de costumbre, a ella no le preguntaba qué quería tener en su nuevo hogar. Todo giraba en torno a los invitados,

sus socios comerciales y a su capacidad para ganar más y más dinero. Aunque a Andi no le importaba mucho porque, siempre que le dejaba llevar la batuta, acababa sorprendiéndola de manera positiva, impresionándola, superando sus sueños más salvajes, como había hecho con la casa.

—Craig, no tenemos dinero. —Esa afirmación le llenó los ojos de lágrimas—. Tal vez cuando consiga un trabajo te sea más fácil hacer todo lo que te propones. Pero de momento...

—Para eso estoy trabajando —respondió, elevando un poco la voz. Agarró el nudo de la corbata y tiró de él con fuerza hasta que pudo quitársela, luego la tiró en el sofá—. De eso va todo esto, de ganar pasta, de no tener que volver a preocuparme por el dinero. —La miró fijamente como retándola a decir algo.

Ella no lo hizo, sabía que no era el momento adecuado. Tal vez al día siguiente, cuando se hubiera calmado un poco.

Cruzó los brazos sobre el pecho y esperó, sosteniéndole la mirada, pero negándose a hablar.

—Genial —dijo, animado, como si ella estuviera de acuerdo con todo. Empezó a pasearse por la habitación y a señalar con las manos varias secciones—. No tendrán acceso a toda la casa, ¿verdad? Solo necesitamos la cocina, el comedor, la sala de estar y ese cuarto de baño de allí. Quiero juegos de toallas nuevos, bien colocados, que hagan juego con el mármol del baño. Un jarrón con plantas secas, con clase. Busca en Internet cómo se colocan. Tiene que evocar las palabras: «mucho dinero».

Andi sacudió la cabeza en silencio. Craig se repetía todo el rato, casi obsesivamente, como si se estuviera recordando a sí mismo lo que importaba de verdad. Parecía que estaba soñando despierto y en voz alta. Le encantaba la ambición de Craig, el fuego que había dentro de él, pero a veces ardía con demasiada intensidad. En días así, daba miedo, aunque solo fuera un poco, aunque fuera sin motivo. Su marido frenético, echando espuma por la boca mientras hablaba de muebles, toallas y pétalos de rosa secos, sería capaz de cancelar la fiesta si a ella se le rompiera una uña.

Craig se detuvo frente al sofá de Jude.

—Esta porquería tiene que irse. Quedaré con Jude para devolvérselo, o puedo ponerlo en uno de los dormitorios hasta que acabe la fiesta. Pero aquí vamos a necesitar una alfombra oriental de las grandes. —Se quedó inmóvil un momento, mirando el reluciente

suelo de madera de arce—. Será mejor que apostemos por la decoración moderna —añadió, hablando despacio, vacilante—. Nunca podré competir con esos ricachones —dijo, haciendo comillas con los dedos en el aire—, me dan mil vueltas. Pero sí que puedo enseñarles un par de cosas de la decoración moderna.

«Mañana te daré material para que te lo estudies y luego tendrás que hacer una preselección de alfombras. —Se giró hacia el otro extremo del salón—. Para ese rincón tengo una idea que nos costará muy poco dinero. —Se acercó a la ventana, probablemente imaginando lo que planeaba hacer. Ella lo siguió, intrigada, contagiada por su entusiasmo—. Compraremos un sofá de piel nuevo, pero ahí, mi encantadora mujer, vamos a poner nuestra cama.

—¿Qué? —Parecía que al final había perdido la cabeza por la presión—. ¿Estás loco? No podemos poner nuestra cama ahí.

—Sí, podemos. Lo he visto. Quítale las sábanas, deja solo el protector del colchón por si alguien derrama su bebida. Cúbrelo con una manta lujosa y un montón de cojines elegantes que combinen con la alfombra. La gente se va a tumbar en ella, ya verás. Está de moda. Así el salón parecerá un bar tipo *lounge*. Pero necesitamos mesas pequeñas y modernas repartidas por varios lugares. Después pondremos algunos pufs grandes. ¿Sabes los que te digo, esos que son lo bastante grandes como para usarlos de cama? Servirán como sillones o sofás improvisados. —Sus hombros se relajaron un poco mientras sonreía—. Vamos a parecerles más sexis que Google, ya verás. Solo tenemos que hacer que todo nos salga por cinco mil dólares. No he podido conseguir más crédito.

Un largo suspiro. Como siempre, estaba a punto de hacer algo asombroso.

—Vale —dijo Andi; lo único que tenía que hacer ahora era seguirle la corriente.

Craig se abalanzó sobre ella y le dio un beso rápido en los labios.

—¿Sabes todo lo que tienes que hacer mañana?

Contando con los dedos, Andi recitó:

—Decorar la casa, preselección de alfombras modernas, nuevos juegos de toallas, cuadros para el baño…

—¡Mierda! —exclamó él, golpeándose la frente con la palma de la mano—. Me había olvidado de los malditos cuadros. Nuestras paredes están vacías. No tenemos ninguno.

Una sonrisa traviesa se dibujó en los labios de Andi.

—Con unos cuarenta pavos en pintura acrílica y en espray tendremos las paredes decoradas. Tú limítate a elegir la alfombra, ¿de acuerdo? En cuanto tenga los colores, haré algo. El arte moderno es fácil. —Una punzada de duda la desinfló un poco—. Bueno, para esta gente, al menos. No parecen muy aficionados a ese tipo de arte.

Él la miró durante un largo instante, con ojos intensos, abrasadores.

—No sabes lo maravillosa que eres.

A ella se le encendieron las mejillas.

—Solo quiero hacer tus sueños realidad, eso es todo. Ojalá pudiera conseguir que los míos se cumplieran al mismo tiempo. —Dejó escapar un amargo suspiro—. Si yo tuviera también un sueldo, sería más fácil. Pensaba que, a estas alturas, ya me estaría ganando el pan. Pero nadie me quiere. —Al decir esas simples palabras, las lágrimas volvieron con toda su fuerza, sacudiéndole los hombros.

Envolviéndola con sus brazos, Craig se movía lentamente de un lado a otro, como si fuera un bebé al que hubiera que calmar.

—Shhh... Todo irá bien. Ya verás. —Le acarició el pelo mientras la cara de Andi permanecía enterrada en su hombro—. ¿Por qué no hago algunas llamadas para abrirte algunas puertas?

Ella se apartó, lloriqueando.

—No... De momento, no hagas nada. Prefiero conseguirlo por mi cuenta.

Él dobló un poco las rodillas, buscando sus ojos.

—Avísame si cambias de opinión, ¿de acuerdo? Llevo haciéndoles la pelota a estas personas el tiempo suficiente como para poder pedirles favores, ¿sabes? Quizá pueda hacer que las cosas sucedan para ti como tú las haces suceder para mí. ¿Eh? ¿Qué me dices?

Ella asintió, secándose los ojos con el dorso de las manos.

—Te avisaré. Lástima que no conozcas a nadie en mi campo.

Pero su atención había desaparecido. Sus ojos miraban al vacío con esa expresión intensa que ella había aprendido a reconocer.

—¿Qué comida puedes preparar que destaque?

No tenía respuesta. Cocinar no era su fuerte. Las dos últimas veces, se las había arreglado con bandejas de quesos y una selección de vinos buenos.

—¿Puedes hacer algo elegante, como por ejemplo una espuma de salmón?

«Oh, mierda».

—No tengo ni idea de cómo se hace eso —respondió Andi, con un tono de exasperación en la voz. ¿Debía ayudar a amueblar la casa, conseguir corales para la chimenea, hacer obras de arte para las paredes y cocinar cosas elegantes en tres días? ¿Y qué más? Tenía una entrevista el miércoles por la mañana y quería seguir buscando trabajo. Eso era más importante que un entrante estúpido y pijo—. Ni siquiera *he probado* nunca la espuma de salmón.

—Estoy seguro de que en Internet hay alguna receta —dijo sonriendo, mientras se acercaba a ella desabrochándose despacio la camisa, con la mirada fija y cargada de deseo.

—Craig —protestó ella en voz baja, apartándolo débilmente—. Estoy cansada.

—Por eso te voy a llevar a la cama —susurró mientras ella se fundía en sus brazos.

Aquella noche, después de que él se hubiera dormido, ella miró al techo con los ojos muy abiertos hasta que la luz del día empezó a proyectar sombras sobre las paredes desnudas.

9

EL JEFE

No hacía demasiado calor fuera, pero Craig apenas podía respirar. Llevaba pasándolo mal todo el camino de vuelta desde la casa que había enseñado, a pesar de la corriente de aire helado que salía de las rejillas de ventilación del salpicadero. De vez en cuando bajaba las ventanillas porque quería librarse del olor de aquel lugar repugnante. El hedor se había pegado a sus fosas nasales, a sus manos y a su ropa, devolviéndole recuerdos que preferiría no tener. La pobreza siempre tenía el mismo olor nauseabundo, sin importar el código postal.

Había tenido que enseñar una casa de mierda en East Houston, tan mugrienta que no había querido tocar los picaportes de la puerta ni poner su maletín sobre la encimera manchada. La cocina apestaba a especias de olor extraño y a vómito rancio. Apostaría mucho dinero a que habían meado en una de las paredes sin hacer el menor esfuerzo por limpiar el desastre. Debería haber sido una venta fácil, ya que se trataba de una propiedad sobre la que se iba a hacer una ejecución hipotecaria, por lo que tenía un gran descuento. Pero la clienta, una madre soltera con tres hijos y un marcado acento sudamericano, se había tomado el mayor tiempo en la historia inmobiliaria para tomar una decisión.

Unas interminables horas después, se presentó la oferta y el vendedor la aceptó con rapidez; el correo de confirmación le llegó antes de que hubiera tenido la oportunidad de librarse de la cliente. Era una pena, porque lo más probable era que no le concedieran la hipoteca; con gente como ella, los trámites casi siempre salían mal.

Aquella colosal pérdida de tiempo le había sido impuesta nada

menos que por su jefe, Jeremy Hughes, un dinosaurio cincuentón con muy poca ambición y la mentalidad de un galeote. Había sido feliz dirigiendo esa agencia inmobiliaria que ni siquiera era suya durante toda su carrera, sin aspirar a más, sin querer abrir una propia. Cobarde. Testarudo. Idiota.

Mientras aparcaba su Mercedes negro delante de la oficina, Craig le dirigió una mirada crítica. Cogió su maletín y la chaqueta que había dejado en el asiento del copiloto y entró apresurado.

La puerta se cerró tras él justo cuando escuchó la voz de Hughes.

—Brafford —lo llamó, con rabia evidente en su voz—. Entra.

Craig masculló una palabrota mientras miraba el techo, como si las manchas de agua de los paneles que antes eran blancos fueran la respuesta a sus preguntas. Muchas veces había pensado en renunciar a su trabajo y montar su propia agencia, pero aún no estaba preparado para dar ese paso. No disponía de suficiente liquidez y, lo que era más importante, no tenía acceso a nuevas propiedades. Para eso, necesitaba estar al amparo de una empresa estable y reconocida como Parker Jones Realty. Les daban a sus agentes acceso a su sistema nacional, donde los listados se preparaban antes de ser publicados en Internet para que los compradores los vieran. Necesitaba ese acceso; esa era la principal razón por la que no podía decirle a Hughes que se fuera a tomar por saco.

Llamó a la puerta abierta solo para captar la atención de Hughes. Su jefe estaba hojeando un grueso informe encuadernado con grapas de alta resistencia. Había pegatinas de colores marcando las páginas en las que había hecho anotaciones en cursiva ilegible y títulos resaltados con subrayador amarillo o verde.

—¿Quería verme?

Hughes señaló la silla que había frente a su escritorio desordenado y lleno de rayones sin levantar la mirada inyectada en sangre del informe. Un mechón de pelo ralo dejaba al descubierto su brillante cuero cabelludo, a pesar de sus esfuerzos por peinarlo hacia atrás y cargarlo de gel para que no se moviera. Una gruesa vena latía en su sien como una criatura viva retorciéndose bajo su pálida piel.

Hughes cerró el informe con un sonoro suspiro de frustración.

—¿Cómo ha ido? —preguntó. Una sonrisa amenazadora se dibujó en su boca.

Craig se encogió de hombros, esforzándose por ocultar su decepción por cómo había pasado la mayor parte del día.

—Han aceptado la oferta. Ahora hay que esperar a que se cierre la venta.

—¿Sabes por qué te he llamado? —dijo, mientras tamborileaba con los dedos sobre el grueso informe con un ritmo que solo él entendía.

Craig negó con la cabeza y cruzó las piernas, proyectando una actitud relajada.

—No tengo ni idea. ¿Tiene alguna propiedad nueva para mí?

—No. Quiero que hablemos de tu rendimiento y de las dos infracciones del código de conducta que te has marcado en el último mes.

Las cejas de Craig se alzaron. Eso no se lo esperaba.

—¿Qué?

—Felicidades por tu nueva casa —dijo Hughes en voz baja, cargada de frustración.

«Así que esa es la causa de su enfado, la envidia». Craig inclinó la cabeza durante un breve instante.

—Gracias, señor.

—No puedes hacer una oferta personal por una propiedad antes de que salga al mercado.

Craig se quedó mirando a Hughes con los ojos muy abiertos.

—Lo siento mucho…

—¿Vas a decirme que no lo sabías? ¿Cómo es posible? Cuando aceptaste este trabajo, firmaste un documento en el que se detallaban tus responsabilidades. Todas las propiedades adquiridas por nuestros empleados tienen que ser aprobadas previamente por un alto directivo.

Craig se inclinó hacia delante y extendió las manos en un gesto de apaciguamiento.

—Yo… no sé qué decir. No puedo creer que no me acordara de eso. Han pasado más de cinco años desde que firmé esos papeles, pero tiene razón. Debería haberle preguntado antes de hacer una oferta.

—Y yo habría denegado tu petición —dijo levantando la voz y golpeando el informe con la mano.

«Menudo cabrón». Se la habría denegado para comprársela él.

—Por favor, dígame en qué me equivoqué, aparte de en no pedirle su aprobación primero.

—El mismo documento que convenientemente olvidaste que

habías firmado especifica con claridad que ningún agente inmobiliario puede comprar una vivienda antes de que haya estado en venta durante al menos treinta días —dijo, dándole otro rapapolvo al informe—. Estamos en el negocio de hacer dinero para nuestros clientes y, a través de las comisiones que ganamos, para nuestra empresa. No para nosotros. Conseguiste esa casa antes de que saliera al mercado. Sabías que estaba infravalorada y, en lugar de dejar que los compradores pujaran por ella, hiciste una oferta a la baja.

—Ah, ahora lo entiendo —susurró Craig. La ansiedad se agolpaba en sus entrañas—. Por favor, señor, dígame cómo puedo arreglar esto.

Hughes lo miró con los orificios nasales abiertos y una expresión de desprecio inconfundible.

—Estoy tentado de hacer que te retiren la licencia de agente inmobiliario solo porque puedo. Me has dado razones de sobra.

Craig aflojó la mandíbula. Por primera vez desde que había comprado aquella casa, sintió que el miedo lo estrangulaba. Tragó con fuerza, con la garganta seca y la respiración entrecortada en los pulmones. El saco de mierda envidioso sentado frente a él podía aplastarlo a él y a sus sueños como a si fueran un insecto.

—Pero no lo haré —añadió Hughes, bajando la mirada y respirando ruidosamente, sin molestarse siquiera en ocultar su frustración—. Si lo hiciera, nos expondría a una demanda por parte del cliente. La oficina central me ha ordenado que te abra un expediente por insubordinación, que te ponga en un plan de mejora de desempeño durante noventa días y que te despida por causa justificada en el momento en que no acates las normas.

Craig respiró.

—Gracias, señor. Le agradezco mucho la segunda oportunidad que me está dando. Le juro que fue un descuido…

—No te atrevas a insultarme con tus mentiras —dijo. El golpe de su mano hizo sonar la taza de café y el portabolígrafos—. Sabes muy bien lo que hiciste y por qué.

Craig se apartó del escritorio, poniéndose instintivamente a distancia del hombre enfurecido, como si Hughes fuera a abalanzarse sobre él y molerlo a palos.

—Le pido disculpas de nuevo —susurró, sintiendo en la garganta el sabor amargo de la bilis naciente. Para pedirle disculpas a ese hijo

de puta necesitó hasta la última gota de fuerza de voluntad que pudo reunir—. Se lo compensaré. Lo prometo.

—Aún no he terminado contigo. —Hughes abrió el informe en una página marcada con una nota adhesiva verde—. He descubierto que hay un cargo de un servicio de mudanza completa realizado en tu nueva dirección. Nos has robado casi cinco mil dólares.

—No, no, señor, yo no he hecho nada. —Se levantó de un salto, cogió su maletín y lo abrió en la silla donde estaba sentado—. Tengo el cheque aquí mismo. He tenido que enseñar propiedades todos los días desde que Mary me dio la cantidad final la semana pasada. Me dijo que trajera un cheque la próxima vez que viniera a la oficina en horario laboral. —Extrajo el cheque, ya rellenado, y lo deslizó sobre el escritorio hasta que Hughes pudo cogerlo sin esfuerzo.

—¿Mary estaba al corriente de esto?

Él asintió enérgicamente.

—Por supuesto, ella hizo la reserva.

Hughes apretó los labios y miró a Craig con ojos escrutadores y llenos de dudas.

—Digamos que me lo creo —murmuró—. También está la cuestión de tu rendimiento. Has cerrado pocas ventas este mes y, salvo por la casa de Donati, no has conseguido a más clientes. —Sonrió, más bien enseñó los dientes con maldad. El pliegue de su labio superior era un signo revelador de lo mucho que deseaba librarse de Craig, causarle dolor.

—He estado trabajando en propiedades nuevas muy interesantes —respondió Craig, cerrando el maletín antes de dejarlo en el suelo. Permaneció de pie, con los hombros un poco encorvados hacia delante.

—Ese es tu problema, Brafford: solo persigues a los grandes, no te molestas en hacer el trabajo duro como el resto de nosotros. Algún día, esta ambición tuya…

—Nos hará ricos a los dos —dijo Craig, mirando a Hughes a los ojos con confianza.

Ahora sabía cuál era el problema de su jefe: la envidia y la falta de motivación. El hombre estaba más flácido que el pene de un hombre de ochenta años antes de la invención de la viagra. Le gustaba el dinero, envidiaba a la gente que lo tenía, pero no sabía cómo conseguirlo para sí mismo. Ese perro apestoso no sabía cazar. Pero

aún podía tentarlo para que se portase bien con una loncha de *bacon* de vez en cuando y aprendiera a lamer la mano que se lo daba.

—Este jueves, mi mujer y yo vamos a celebrar una cena para posibles clientes en nuestra casa nueva. Nos gustaría que se uniera a nosotros y los conociera. Todos tienen propiedades del tamaño de la de Donati o más grandes. Son clientes potenciales a los que llevo tiempo trabajándome.

Hughes se levantó y se inclinó hacia delante, con las palmas de las manos apoyadas en el escritorio. No había ni rastro del desprecio anterior en su rostro, el brillo del interés iluminaba sus ojos.

—¿Ibas a invitarme desde el principio?

—Sí, señor. Estaba esperando a que hubiera suficientes confirmaciones de asistencia para no hacerle perder el tiempo. La señora Hughes también es bienvenida; a mi mujer le encantaría conocerla. Le enviaré un mensaje con la dirección.

—Ya tengo la maldita dirección —dijo, golpeando de nuevo con la uña la portada del informe.

—Sí, claro.

El hombre enderezó la espalda, sin dejar de mirar a Craig. La frialdad de sus ojos había disminuido.

—Quizá tú y yo podamos trabajar juntos para conseguir clientes buenos. Me parece que tienes contactos. Si puedes permitirte una casa como la que has robado, la mudanza y todo lo demás, está claro que tienes dinero.

Craig asintió, ya que no confiaba en su voz para mentir convincentemente sobre sus recursos. El cheque que acababa de darle a su jefe sería devuelto a menos que consiguiera reunir cinco mil dólares antes de que cerraran los bancos esa noche. *«Joder»*.

—Me encantaría tener la oportunidad de aprender de usted cómo se consiguen los peces gordos. Podría observar cómo me desenvuelvo en la reunión el jueves y luego aconsejarme.

Hughes extendió su mano sudorosa y Craig se la estrechó.

—Me encantaría hacerlo, hijo —dijo. Esta vez, la sonrisa del hombre era sincera, aunque retorcida. Probablemente en su cabeza se estaba gastando las grandes comisiones que deberían ser solo de Craig, pero qué demonios, a veces había que pagar al gaitero, o de lo contrario podía arruinar toda la maldita fiesta.

Hughes cogió una hoja con una casa para vender y se la enseñó a Craig sin soltarla. Era otro tugurio de East Houston.

—Entonces, le daré esto a Patterson —dijo Hughes—. Tú vete a conseguir a los peces gordos, hijo.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: Había un expediente abierto a Craig Brafford en el archivo de Recursos Humanos con su firma. ¿Por qué fue?

JEREMY HUGHES: Por insubordinación, con noventa días de prueba.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Opina que el acusado no mostró demasiado respeto por las normas que rigen su profesión?

JEREMY HUGHES: Craig cometió un error con unos documentos, eso es todo. No fue nada grave. No quería informar de lo que había hecho el chico, pero hay que cumplir las normas.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Afirma entonces que Craig Brafford es un hombre honesto y respetuoso con la ley?

JEREMY HUGHES: Por lo que yo sé, sí.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: Señor Hughes, ¿puedo recordarle que está bajo juramento?

10

PÓKER

La repisa tenía un adorno que, sin duda, propiciaría conversaciones, aunque ojalá no fueran de las equivocadas. Estaba hecho con varios trozos de coral que Andi había comprado en la tienda de regalos local, cuidadosamente pegados entre sí, con las líneas de unión limadas y pintadas del color blanco más brillante que había podido encontrar.

Lo que había creado era biológicamente imposible, pero solo para un ojo experto. Si un ojo así asistiera a la cena, a ella le encantaría conocer a un alma gemela y compartir unas risas a costa de sí misma. Pero, como eso no iba a ocurrir, Craig estaría encantado y sus invitados, maravillados ante la llamativa agrupación de corales Merulina.

La enorme pieza blanca estaba flanqueada por un racimo de coral azul a la izquierda y otro de coral órgano rojo a la derecha. Había comprado los dos en su estado original, inalterados, por menos de diez dólares cada uno en una pequeña tienda de Galveston que conocía bien. Importaban cajas enteras de especies exóticas y las vendían a precio de ganga. Craig probablemente nunca pondría un pie en ese tipo de tienda.

Lanzó una mirada satisfecha a la repisa, miró la hora y salió corriendo por la puerta. Se le estaba haciendo tarde.

Condujo la corta distancia hasta la casa de su padre con la capota subida, ignorando el sol poniente que bañaba el paisaje con brillantes tonos naranjas y rojos. Sus pensamientos daban vueltas, ansiosos, mientras sopesaba la oferta de Janelle. La había llamado antes y le había sugerido que buscara todas las instalaciones que

contaban con biólogos marinos para confeccionarle una lista de posibles trabajos a nivel nacional. Luego le había preguntado:

—¿Estaría Craig dispuesto a mudarse a California o Florida por ti?

Recordó el silencio doloroso que se había apoderado de su animada llamada durante un momento interminable. Su sueño de trabajar en la profesión que había elegido, y para la que se había formado estudiando durante casi ocho años, se estaba deshaciendo como una telaraña al viento. Habría viajado hasta el fin del mundo para tener la oportunidad de cumplir ese sueño. Pero ¿cómo iba Craig a marcharse de Houston?

Antes preferiría morir.

La llamada terminó antes de que Janelle pudiera oír las lágrimas en su voz. Momentos después, la lista de posibles trabajos que había prometido llegaba a su bandeja de entrada. Ni siquiera abrió el correo; en su lugar, se decidió por una alfombra que le pareció perfecta, compró por Internet varios cojines de colores a juego para recoger en una tienda local y encontró una receta de espuma de salmón.

Ahora, mientras conducía hacia casa de su padre para asistir a la noche de póker, no dejaba de preguntarse por qué ni siquiera había abierto el archivo. ¿Cuántos trabajos habría? ¿Tres? ¿O treinta? ¿Debía renunciar por completo y resignarse a ser la mujer de Craig, la madre de sus hijos?

Instintivamente, se tocó el abdomen con la mano derecha mientras se preguntaba si una nueva vida estaba creciendo en su interior. Su cuerpo parecía diferente. Llevaba un tiempo sin tomar anticonceptivos y ni siquiera se lo había mencionado a Craig. Quizá había llegado el momento de decírselo; puede que a él no le gustara ese tipo de sorpresa, aunque deseara tener hijos tanto como ella.

Momentos después, con sus pensamientos inacabados guardados en un lugar seguro de su mente, entró en el porche protegido por mosquiteras, donde todos estaban reunidos. La estaban esperando; las cartas estaban apiladas en una baraja junto a su padre, intactas.

—Hola a todos —los saludó, alegre—. ¿Estáis listos para perder algo de dinero esta noche?

Su padre se puso de pie y la envolvió en un cálido abrazo, seguido de un sonoro beso en la mejilla.

—Hoy tienes buen aspecto. Te he echado de menos.

El asiento que había a la derecha de su padre estaba vacío,

reservado para ella. A continuación, estaban sentados el doctor Ellefson y su mujer, Rebecca. Se metió entre ellos, y puso los brazos sobre sus hombros en un abrazo lateral.

—Mírala —dijo Rebecca—, está preciosa. —Acarició la mejilla de Andi y luego tocó la tela de su blusa—. ¿Es seda auténtica?

Andi se rio entre dientes.

—No, a menos que la vendan en Walmart por nueve dólares con noventa y nueve —dijo, aunque la tela era preciosa, no cabía duda—. ¡Qué zapatos tan bonitos! —exclamó, admirando los zapatos de tacón bajo de Rebecca.

Con casi sesenta años, tenía clase, era elegante y siempre llamaba la atención por sus modales, su forma de hablar y su comportamiento. Rebecca, una profesora jubilada de Literatura Inglesa de la Universidad A&M de Texas, era la única sentada a la mesa verde que no era profesional de la medicina. Además de Andi, claro.

Su marido, el doctor Ellefson, era el médico forense del condado. Se le veía un poco cansado, demacrado, y su cálida sonrisa habitual estaba ausente. Con la mirada fija en la superficie de fieltro verde, pasó los dedos por ella, de un lado a otro, perdido en sus pensamientos.

Sentado junto a Rebecca estaba el doctor Robert Blass, un dentista jubilado de cincuenta y ocho años. Era un tipo muy divertido; siempre tenía un chiste o un juego de palabras en la manga. Se metía con todo el mundo indiscriminadamente. Andi sabía cuándo estaba a punto de convertir a alguien en el blanco de una broma por el brillo pícaro que iluminaba sus ojos antes de hablar. Le temblaban un poco las manos, probablemente por eso se había jubilado tan pronto. Su mujer, Kim, era higienista dental y seguía trabajando solo porque le encantaba alejarse de Bob al menos cuatro días a la semana, o eso decía. Kim, una mujer alta de ojos amables y bonito pelo castaño, rara vez se unía a ellos en las partidas. El póker no era lo suyo; prefería cocinar, y todos la adoraban por eso. Mientras se repartían las cartas y el dinero cambiaba de manos, ella se ocupaba de atender al alegre grupo, reponiendo bebidas y preparando aperitivos. A veces, les sorprendía al final de la partida con algo delicioso que nadie esperaba.

El mayor del grupo era Freddy DeMaria, de sesenta y ocho años, un psiquiatra jubilado. Consciente de su parecido con Robert De

Niro, se vestía y peinaba como él en la vida real, con el pelo largo y canoso, la barba recortada, camisa blanca desabrochada y americana informal. Era el blanco preferido del humor de Bob Blass y se lo tomaba como el apasionado estudioso de Freud que era, retorciéndolo y devolviéndoselo. Las bromas entre ambos eran un espectáculo por el que merecía la pena comprar entradas. Los demás asistentes, sabiendo que los dos necesitaban un poco de alcohol para entrar en calor y empezar a disparar, se aseguraban de que no les faltara la bebida.

Andi revolvió el pelo de Freddy y tomó asiento después de echar unos billetes en una caja, la entrada habitual. El botón del crupier estaba junto a su pila de fichas.

—¿Reparto yo?

—Has llegado tarde —respondió el doctor Blass, mirándola por encima de sus gafas de lectura—, pero nos encantan las caras bonitas. No deberías ser recompensada por tu tardanza; deberías ser castigada.

—Vaya —reaccionó el doctor DeMaria—. Qué elección de palabras tan intrigante, mi querido amigo.

Las mejillas del doctor Blass se pusieron al rojo vivo. Andi soltó una carcajada. El doctor DeMaria siempre hacía que todo girara en torno al sexo.

—¿Lo mismo de siempre? ¿Entrada de diez dólares, con subida máxima de veinticinco centavos?

—Sí, cariño —respondió su padre.

—Solo eso —añadió el doctor Ellefson—. No podemos permitirnos subir más contigo en la mesa.

Andi cogió la baraja de cartas.

—Gracias a todos por adelantar la partida un día. No me habría gustado perdérmela. —Mientras pronunciaba las palabras, resonaron en su interior de cierta manera. No solo eran ciertas, sino que se dio cuenta de que esas personas mayores que estaban reunidas en torno a la mesa verde, con su humor desenfadado y sus pésimas técnicas para marcarse faroles, eran lo mejor de su semana. ¿Qué decía eso de su vida?

—No sería lo mismo sin ti —dijo su padre, acercándose para besarle la sien. Luego cogió un par de fichas amarillas y las tiró al centro.

A su izquierda, el doctor DeMaria lanzó otra ficha amarilla. Ella

empezó a repartir.

—Me pregunto por qué es tan buena en este juego —dijo el doctor Blass, echando un rápido vistazo a sus cartas. Un destello de disgusto arrugó su nariz. El dentista no sabía disimular.

—Está aquí, ¿sabes? —dijo Rebecca con calma y voz tranquilizadora—. Puedes dirigirte a ella directamente.

Andi se rio.

—No creo que sea tan buena. Yo solo... Bueno, supongo que es cuestión de suerte.

—Está concentradísima —dijo el doctor Ellefson, mirando fijamente sus cartas como si tuviera problemas para comprender su valor. O tenía una mano malísima, o absolutamente fantástica—. Me he dado cuenta... —dijo, girándose hacia ella para mirarla con rapidez— de que no pierdes la calma en ningún momento. No te dejas llevar por las emociones. —Se aclaró la garganta en voz baja y dejó las cartas en la mesa con cuidado. Su mano era buena, pero aún podía cambiar—. No te permites hacerlo.

Sonriendo al médico forense, Andi descartó una carta del mazo y puso la siguiente bocarriba sobre la mesa.

—No, eso no es verdad —replicó su padre—. Mi niña comete los mismos errores por dejarse llevar por el corazón que todos los demás. —El tono de su voz estaba tocado por la amargura y la decepción.

Rebecca lo miró rápidamente y susurró:

—Hunter. Basta ya.

—No, sé de lo que hablo —dijo; el intento pacificador de Rebecca había tenido el efecto contrario al deseado—. Si no, ella vería lo que yo veo...

—Papá —dijo Andi, que le puso la mano en el antebrazo y apretó con suavidad—. Por favor, no empieces. Craig es mi marido y lo quiero. Por favor, respeta mis sentimientos.

Él bajó la cabeza como si sus pensamientos le pesaran demasiado como para sostenerla con la columna recta. Suspiró y susurró:

—Sí, sí, cielo. Perdóname.

—Si aceptaras a tu yerno como un miembro más de la familia, como a un hijo, me harías la mujer más feliz del mundo. Me estás destrozando por dentro...

Extrañamente, ni el doctor Blass ni el psiquiatra tenían nada

humorístico que decir, dejando que el silencio pesara en la mesa. Al final, el dentista tiró un par de fichas amarillas al montón y dijo:

—Lo igualo.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó Rebecca—. Creo que no he oído nunca esa historia.

11

UNA NOCHE

A Andi se le iluminó la cara y sonrió. Le encantaba recordar aquel primer día de Craig y ella.

—Pues, yo regresaba de la universidad una noche de octubre, al día siguiente de mi cumpleaños. Lo recuerdo porque el día anterior, en mi cumpleaños, había ido a ver a papá a la clínica y me estaban esperando con una tarta decorada con una cara de gato con unos bigotes enormes —dijo, mirando a su padre con calidez en los ojos.

—Oh, qué tierno —dijo Rebecca.

—Al día siguiente llovía mucho y estaba oscuro. En la I-45 en dirección norte, cruzando el puente de la bahía, mi coche empezó a balancearse y a hacer un ruido espantoso. Se me había pinchado una rueda. Paré en el arcén, pero me daba miedo salir del coche para mirar. Por allí, los coches circulan a mucha velocidad.

Rebecca se puso la mano en el pecho.

—¡Qué horror! ¿Qué hiciste?

—Después de un rato, decidí conducir despacio y coger la primera salida.

—¿Llevabas encendidas…? —empezó a preguntar el doctor Blass.

—Sí, iba con las luces de emergencia encendidas y conseguí llegar hasta la autopista 197, luego me detuve. La oscuridad era total. La verdad es que pensé que iba a morir esa noche. Lo sentía en mis huesos como si ya estuviera ocurriendo. —Fascinado, su padre escuchó la historia que había oído antes con una intensidad inusitada en sus ojos. Tocándole de nuevo el brazo con ánimo tranquilizador, la sonrisa de Andi floreció al recordar—. Estaba a punto de llamar a papá para que me rescatara cuando un coche se detuvo detrás del

mío. Pensé que era el fin. Allí sola, en mitad de la nada, estaba convencida de que ese tipo, quienquiera que fuera, me iba a matar. ¿Por qué no iba a hacerlo? Nadie se enteraría.

—Dios mío —susurró Rebecca, y luego bebió un pequeño sorbo de su cerveza—. Yo me habría desmayado.

—Tenía un espray de pimienta —dijo Andi, y su comentario desató una carcajada alrededor de la mesa.

—¿Qué os he dicho antes? —preguntó el doctor Ellefson—. Nada de sentimientos inútiles, solo una cabeza práctica y fría, bien sujeta a sus hombros. Buena chica.

—¿Y qué pasó después? —preguntó el doctor DeMaria—. No nos dejes con la intriga.

—Pues tenía el espray en la mano, lista para usarlo. Había cerrado las puertas, pero temía que rompiera la ventana o algo así. Sin embargo, se acercó a la ventanilla bajo esa lluvia torrencial y llamó de forma educada, con calma, como si la lluvia no estuviera cayendo con tanta fuerza. Me dijo: «Señora, no hace falta que salga del coche. Abra el maletero y le cambiaré la rueda». Y bajo ese aguacero, empapado por completo, me sonrió.

—Ooh, qué romántico… —dijo Rebecca—. Es una historia preciosa.

—Luego condujo detrás de mí hasta que llegué a la casa, para asegurarse de que no me ocurría nada. —Bajó la mirada y entrecerró los ojos, reviviendo el más preciado de sus recuerdos—. Al día siguiente me entregaron una docena de rosas de color rosa. Y así empezó todo para Craig y para mí.

Hubo otro momento de silencio y luego se oyó el sonido de una ficha golpeando el montón.

—Lo veo —dijo el doctor DeMaria—. Hay una base antropológica para que a los padres les cueste aceptar a sus yernos. A la hija ahora la posee otro hombre más joven…

—Anda, cállate ya —dijo el doctor Blass—. Aquí no estamos todos obsesionados con el sexo. Pero conozco a alguien que sí que lo está. ¿Te has mirado en el espejo últimamente?

En la mesa surgieron risas suaves mientras continuaba el juego.

—Papá, ¿qué sucede? —preguntó Andi. Había una mirada intensa y ardiente en los ojos de su padre que le provocaba escalofríos.

—Ah, sí —dijo finalmente; luego rompió el contacto visual y tiró las cartas sobre la mesa—. No voy.

Hubo otro momento de silencio mientras Rebecca sopesaba sus posibilidades.

—Subo —dijo, y arrojó un par de fichas verdes al montón.

—Te prometí que respondería a las preguntas que quisieras sobre el caso Edwards —dijo el doctor Ellefson, rompiendo el incómodo silencio. Estaba mirando a Andi.

Agradecida, se giró hacia él, contenta de poder olvidar por un momento el extraño comportamiento de su padre.

—Perdón... ¿El caso Edwards?

—La chica que murió por sobredosis en tu edificio. Nikki Edwards. ¿Te acuerdas de ella?

—Ah, sí —respondió Andi, sintiendo una punzada de culpabilidad por haber olvidado por completo todo lo relacionado con aquella pobre chica. Era como si su olvido quitara sentido a su corta vida.

El doctor Wilmore se inclinó sobre la mesa para captar la mirada del doctor Ellefson.

—¿Has dicho Nikki Edwards? ¿Una morena de veinte años con pelo largo, alta y guapa?

—Sí —respondió el forense—. Bueno, tenía veinticinco, pero sí. ¿De qué la conoces?

—Solía traer a su gata a mi clínica. Se murió por la edad. —Se pasó la mano por la barbilla, ensimismado—. ¿O fue de diabetes? No me acuerdo. No la he visto desde entonces.

—¿A quién? ¿A la gata? —preguntó el psiquiatra—. En realidad, eso es algo bueno.

El veterinario le dio un puñetazo de broma, riéndose.

—No, imbécil, a la chica.

—Entonces, ¿al final fue una sobredosis? —preguntó Andi.

—Sí —respondió el doctor Ellefson—. No era una usuaria habitual o al menos no llevaba drogándose mucho tiempo. Por lo general, los nuevos consumidores son los que cometen ese tipo de errores. No saben cuánto puede aguantar su cuerpo. —Miró sus cartas—. No voy. —Parecía que al final su mano no era tan buena.

Andi dudó. Había bastantes fichas en el bote, y su mano era bastante decente. Con tres de las cartas de la mesa, tenía un *full* de cuatros sobre dieces. Pero era una situación complicada; todos los cuatros estaban en el tablero, lo que significaba que cualquiera que tuviera una pareja más alta que sus dieces se llevaría el bote.

—Lo igualo —dijo finalmente, arrojando dos de sus fichas verdes

sobre la mesa.

Esperaba que la emoción de la partida disipara la oscuridad que los inquietantes comentarios de su padre habían provocado en el ambiente del grupo y en su propio corazón. ¿Por qué tenía que ver lo peor de Craig, cuando siempre era un hombre amable, que solo veía lo bueno de la gente? El odio que su padre parecía albergar hacia su marido tenía que terminar de algún modo, o ella se vería obligada a mantenerse alejada. Eso era lo que él no entendía: la estaba apartando, obligándola a tomar partido.

—Por cierto, estaba embarazada —añadió el doctor Ellefson.

—¿Quién? —preguntó DeMaria—. ¿La gata?

Las risas rugieron alrededor de la mesa como en los viejos tiempos, cuando ni un solo ceño fruncido nublaba la frente de su padre. Antes de que se volviera tan oscuro y odioso. Antes de que ella conociera a Craig.

Un par de horas más tarde se puso de pie, justo después de reunir una buena cantidad de fichas que ascendía a unos treinta y cuatro dólares más o menos.

—Tengo que irme —dijo, y la mayoría de los jugadores la abuchearon, rogándole que se quedara más tiempo. Por supuesto, Rebeca no participó en el abucheo; era una señora—. Craig celebra una gran fiesta mañana por la noche; esa es la razón por la que estamos jugando hoy en lugar de mañana, y todavía tengo que preparar un montón de cosas.

Rodeó la mesa y se despidió de todos con un abrazo.

—¿Cómo va la búsqueda de trabajo? —preguntó el doctor DeMaria.

—Pues… —respondió Andi— no va de ninguna manera. Nadie me quiere.

—¿Y la universidad? —preguntó el doctor Ellefson—. Estabas emocionada después de la entrevista.

Ella sacudió la cabeza, entristecida.

—No hubo suerte. Me enviaron una carta.

Rebeca la miró fijamente y luego miró a su marido, pero no dijo nada.

El último en la fila de abrazos era su padre. Andi dudó un poco, ya que estaba un poco disgustada por su reticencia a aceptar a Craig. En lugar de abrazarla, él tomó sus manos y las apretó con fuerza.

—¿Qué le pasaba a la rueda? —preguntó—. Andi, mírame.

—¿Eh?

—La rueda —repitió—, la que tenías pinchada la noche que conociste a Craig. ¿Qué le había pasado?

Ella se encogió de hombros.

—Llevé el coche al taller y me la arreglaron.

—¿Estaba perforada?

Andi frunció el ceño, intentando recordar. ¿Por qué le estaba haciendo su padre esas preguntas? ¿A quién le importaba la maldita rueda?

—N... no, dijeron que solo estaba desinflada. —Se acercó a él y le dio un beso en la cara barbuda—. Buenas noches, papá. Mañana te llamo.

Su padre no le soltó las manos.

—¿Y si tenías razón? —susurró, mirándola a los ojos con la misma intensidad que ella había notado antes—. Somos animales, nada más. Seguimos teniendo instintos, poderosos instintos que nos avisan cuando se acerca un depredador. Esos instintos han mantenido vivos a los humanos durante siglos en una jungla llena de leopardos, tigres y lobos. ¿Y si esa noche tenías razón?

Ella intentó liberar las manos.

—Papá, me estás asustando. ¿Razón en qué?

—¿Y si ese primer instinto tuyo fuera real, Andrea?

—¿Cuando pensé que iba a morir por lo de la rueda? —dijo en tono agudo—. Dios mío, papá, estás loco. Estaba sola y tenía miedo a la oscuridad. Era mi primer pinchazo, y fue de noche, bajo la lluvia. Nada más.

—Pero ¿y si...?

Ella se soltó de sus manos y apretó los labios durante un momento, sin estar segura de qué más decir. Su padre parecía desesperado por alguna razón; sus ojos estaban llenos de un miedo indescriptible. Quizá debería llamar al doctor DeMaria uno de esos días para pedirle su opinión profesional. Hasta donde ella sabía, así comenzaban los síntomas de la demencia, con cambios de personalidad y paranoia. Su padre era aún demasiado joven para eso, pero la gente enferma a cualquier edad. Tienen miniaccidentes cerebrovasculares y episodios isquémicos transitorios. Están perdidos y se vuelven irreconocibles.

Sin embargo, su padre debería confiar en lo que pensaba ella sobre Craig. Si la quería, tenía que encontrar la forma de entablar

una relación normal con su yerno. Si no, ¿cómo podría querer a su nieto?

Sin darse cuenta, se tocó el vientre con un gesto tranquilizador.

—Ha sido una velada excelente —dijo, sonando más fría de lo que hubiera querido—. Hasta ahora.

Lloró durante todo el camino a casa.

12

EN CASA

La casa estaba completamente a oscuras cuando llegó Andi, pero el Mercedes de Craig estaba en el garaje. Debía estar dormido, aunque faltaban unos minutos para la una y le gustaba trasnochar. Tras abrir las puertas con cuidado para no despertarlo, cruzó de puntillas el lavadero y la cocina, y se sentó en el sofá nuevo, sintiéndose agotada hasta los huesos. Necesitaba un momento antes de reunirse con él, para secarse las lágrimas y despejar la mente.

—Qué amable por tu parte unirte a mí —dijo Craig con calma, sobresaltándola. Estaba sentado en un sillón junto a la pared.

Ella jadeó y se puso de pie de un salto.

—Casi me da un infarto —dijo con un toque de risa insegura—. ¿Por qué estás sentado en la oscuridad?

—Te estaba esperando.

Craig no se levantó para besarla. Andi empezó a caminar hacia él, pero se detuvo a medio camino.

—¿Estás enfadado conmigo? —Se acercó rápido a la pared y encendió el interruptor de la luz. Con los ojos entrecerrados, estudió su rostro perfectamente inmóvil. ¿Qué demonios le pasaba?

—¿Debería estarlo? —preguntó con la misma calma, de manera inquietante—. ¿Por qué lo preguntas?

Ella esperó, empezando a perder la paciencia. Debía sentirse abandonado, la víspera de su gran fiesta, solo porque ella sabía aguantar la presión y no se agobiaba con cada pequeño detalle. Después del inusual comportamiento de su padre aquella noche, lo último que necesitaba era que Craig perdiera los nervios con ella.

Quería gritar, arañar algo hasta romperse una uña o tirar algo, partiéndolo en pedazos.

—Lo único que pasa es que mañana tenemos una fiesta muy importante, que podría arreglarlos la vida o arruinárnosla, y aquí nadie se está ocupando de nada.

Las manos de Andi encontraron rápidamente sus caderas.

—¿De qué me tengo que ocupar? Ya está todo listo. La compra está hecha. Lo único que tengo que hacer mañana es recoger algunas cosas y esparcirlas por ahí. Ya están pagadas, solo tengo que ir y meterlas en el coche. Hasta tu preciosa repisa está lista.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Craig.

—Sí, he visto los corales. Son impresionantes.

—Ya lo creo que lo son. Tienen un valor incalculable, son únicos. He tenido que firmar un documento; tengo que devolverlo todo el viernes —soltó, descubriéndose a sí misma tejiendo una elaborada mentira sin entender por qué. Se mordió el labio, obligándose a dejar de mentir—. Veo que has traído la cama aquí.

—Sí, yo solo.

Andi bajó los ojos por un momento, ocultando un destello de ira provocado por su comentario.

—Es una disposición interesante… —La cama estaba colocada en ángulo, no paralela a la pared, pero tampoco tocándola. Al menos había un metro de espacio vacío en todos los lados, para invitar a la gente a acercarse y sentarse tranquilamente. Respiró, dispuesta a mantener la calma—. ¿Y si compro alfombras más pequeñas que combinen con la grande? ¿Para colocarlas alrededor de la cama?

—Hazlo.

Andi sintió el escozor de las lágrimas.

—¿Tienes que ser así?

—¿Cómo?

—Monosilábico. Frío. Cabreado sin motivo.

Él juntó las manos en el regazo, apoyando los codos en los reposabrazos, y se quedó mirándola.

—¿De verdad crees que está todo listo para mañana? ¿Sabes quién va a venir?

Ella negó con la cabeza de nuevo, conteniendo el nudo que tenía en la garganta y parpadeando para contener las lágrimas.

—Gente que vive en casas de un millón de dólares. Gente que nació rica. ¿Crees que podemos engañarlos con un montón de

biología marina muerta en la maldita repisa de la chimenea? —Escupió las palabras como si su desprecio engullera sus orígenes, su mundo entero. Todo lo que era importante para ella.

—Escucha, si nuestra vida va a ser así, no quiero formar parte de ella.

Él se levantó bruscamente y se dirigió hacia ella con paso enfadado.

—¿Qué?

—Si esto te está causando tanta ansiedad, tal vez no merezca la pena. Arruinará nuestras vidas.

Frustrado, Craig levantó los brazos y los dejó caer.

—No es ansiedad, por el amor de Dios. Es una oportunidad. Es ambición. Es voluntad de triunfar contra viento y marea. —Empezó a andar de un lado a otro—. Nos hacemos amigos de estas personas, luego ponen sus casas a la venta conmigo y yo gano el doble de comisión. Me recomiendan a sus amigos y, de nuevo, doble comisión. No sé tú, pero yo no tengo intención de tardar treinta años en pagar esta casa.

Ella asintió, mordiéndose el labio para que no le temblara. Quería que la rodeara con sus brazos, sentir su aliento en el cuello y sus labios sobre los suyos, no una lección sobre negocios inmobiliarios.

—¿A cuánto asciende la hipoteca? No me lo has dicho.

Craig desvió la mirada un momento.

—No importa. Tú no tienes que preocuparte por nada. Solo asegúrate de que todo esté listo para mañana y de que brillemos. Demostrémosles a esos imbéciles privilegiados que somos igual de buenos que ellos.

Le cogió las manos y Andi se estremeció cuando sus dedos helados tocaron los suyos.

—¿Tienes frío? —Empezó a frotarle los brazos con las manos para calentarla.

Despacio, ella se recostó contra su pecho, anhelando su amor, mientras su angustia empezaba a disiparse. Tal vez tuviera razón al estar nervioso. Estaba jugando muy por encima de su nivel y se había metido en unas deudas considerables que no podían permitirse, sobre todo porque ella seguía en paro. Gran parte de lo que estaba pasando con Craig era culpa suya.

—Todo irá bien, Craig. Relájate. Ya tengo tres obras de arte que podrían gustarte, listas para colgar. Están en el dormitorio pequeño,

secándose. La mayor parte de la comida está hecha. El resto lo prepararé en cuanto vuelva de recoger las compras y de la entrevista.

Craig apartó las manos de Andi y las metió en los bolsillos.

—¿Qué entrevista?

Ella se dio la vuelta para mirarlo a la cara.

—Todavía estoy en una fase inicial del proceso. A ver si hay suerte.

—¿Dónde es el trabajo?

—En un banco —dijo, bajando los ojos ante su mirada—. Es para un trabajo de cajera en la sucursal local.

Él la miró con incredulidad.

—¿Mi mujer, una cajera de banco? ¿Has perdido la cabeza? ¿Sabes lo que me hará eso? ¿Lo que nos hará? —Sus gritos resonaban contra los altos techos y las paredes vacías.

Andi se rodeó el cuerpo con los brazos, sintiendo el frío de su ira recorrerle la sangre como esquirlas heladas.

—Entonces, no se lo digas a nadie —dijo intentando bromear, aunque su voz sonó triste—. Tengo que empezar en algún sitio, Craig, y nadie me contrata. Seguiré intentándolo hasta que consiga un trabajo, el que sea, y entonces empezaré desde ahí.

Despacio, Craig se acercó a ella y le tocó la cara con suavidad.

—Siento que no me lo dijeras, eso es todo.

—¿Por qué? —Las lágrimas manchaban sus mejillas, indeseadas, imparables.

—Para poder orientarte y darte algunos consejos. Podríamos investigar ese banco juntos, averiguar qué buscan en sus empleados; luego tú se lo venderías y se enamorarían de ti.

Andi se quedó mirando el suelo de madera donde habían caído sus lágrimas. La sal que contenían probablemente mancharía la madera.

—Gracias —susurró.

—Ganar tu propio dinero es importante para ti, ¿verdad? —Le pasó los dedos por el pelo y alrededor de la oreja, colocando unos mechones cortos detrás del lóbulo. Ella se estremeció, pero esta vez no fue el frío de sus dedos, sino el fuego que él sembró en su sangre —. Porque podríamos apañárnoslas perfectamente sin que tuvieras que aguantar el trajín diario de trabajar.

Ella se apartó de mala gana.

—¿En qué me convertiría eso, entonces? ¿En esposa? ¿En madre?

Eso está muy bien, pero puedo ser mucho más, Craig. Necesito serlo.

—Eres una esposa estupenda —susurró él, antes de besarle el cuello.

—Y seré una madre estupenda. Pronto.

Los labios de Craig se detuvieron en el sitio.

—¿Cómo de pronto?

Andi se rio y enterró los dedos en su pelo, del que tiró con suavidad.

—No lo sé, solo era un comentario.

—Bien —murmuró él, y sus labios reanudaron la exploración de su cuello—. Porque ahora mismo estamos bastante ocupados. —La cogió de la mano y la llevó a la cama—. Por cierto, necesitaremos una manta para esta cama. Que sea cara.

—Sí, está entre las cosas que voy a recoger mañana —dijo ella.

Con las manos de él en su cintura, se sentaron juntos, uno al lado del otro.

—¿A quién le importa un trabajo de cajera de banco con poco sueldo cuando podríamos hacer grandes cosas juntos? —Craig le desabrochó la camisa con pericia, despacio, demasiado despacio.

—¿Como qué? —Mantenerse concentrada en la conversación mientras las manos de su marido le recorrían el cuerpo exigía un gran esfuerzo. Solo quería dejarse caer en la cama.

—Jude y yo vamos a empezar un negocio juntos. Yo encontraré las casas, él las comprará baratas y las revenderemos al año siguiente, con un lavado de cara. Necesito tu ayuda para hacerlo realidad, Andi, cariño. —Su blusa, con todos los botones desabrochados, caía abierta hacia los lados. El pecho le subía y bajaba con fuerza—. Eres mi compañera de equipo, mi pareja —susurró, mientras sus labios recorrían el borde de su sujetador—. Mi fuerza… Mi esencia…

El calor que le transmitía su cuerpo la volvía débil, indefensa, y la dejaba lista para él. Andi gimió, saboreando cada sensación con los ojos entrecerrados.

Entonces sus manos se volvieron de acero al colocarla en posición, y sus ojos se clavaron en los de ella sin piedad, como si tratara de perforarle el cráneo y leerle la mente. Como si intentara dominarla.

El calor se convirtió en un repentino escalofrío que le heló el alma. Apartó el sentimiento y se abandonó a los brazos de Craig, recordándose lo mucho que la quería. Fuera lo que fuera lo que

estaba mal, solo estaba en su cabeza. Rehuyendo su mirada inflexible, cerró los ojos y los mantuvo apretados hasta que todo terminó.

13

LLAMADA TELEFÓNICA

La residencia Ellefson, una amplia casa de estilo *craftsman* situada en un terreno de unos mil metros cuadrados en una calle sin salida, tenía el jardín lleno de flores coloridas que florecían durante todo el verano. El forense había comenzado a dedicarse a la jardinería como pasatiempo, probablemente impulsado por el deseo de llevar aire fresco, sol y color a su vida. Su trabajo diurno lo mantenía encerrado en una morgue todo el día o visitando escenas del crimen, y ninguna de las dos cosas parecía muy saludable, al menos en opinión de Rebecca.

Estaba contenta con la pasión recién descubierta de su marido por los bulbos y las rosas en flor. A ella le gustaba leer en el porche, recostada en el columpio, con la espalda apoyada en un par de cojines, mientras él se entretenía a unos metros de distancia.

Durante los días laborables de verano, su rutina comenzaba a primera hora y los dos la disfrutaban tanto como para justificar tener que despertarse con el sol naciente. Esa mañana los cojines del columpio aún conservaban algo de la humedad de la noche. Rebecca permaneció de pie, apoyada en la barandilla y con una taza de café humeante en las manos.

Miró la hora y anunció:

—Son casi las ocho.

—Sí, debería irme. —El doctor Ellefson gimió mientras se levantaba y se masajeó la pierna derecha con dedos expertos durante un minuto—. Me duele otra vez esta maldita rodilla.

—Es la vejez lo que te duele, Aaron, nada más.

—Lo sé de sobra. —Cogió una maceta con un rosal del porche y la

puso en el suelo, junto al agujero que había cavado. Luego se acercó al grifo, lo abrió y cogió la manguera—. Deberías ver a esa gente abierta.

—¿A quiénes?

—A las personas mayores. La edad se nota mucho más por dentro que por fuera.

—Puaj. Muchas gracias. Paso. —Bebió un sorbo de café y saboreó el gusto amargo, deseosa de borrar la imagen que el comentario de Aaron sobre personas abiertas había traído a su vívida imaginación —. Hoy estás un poco sombrío. ¿Qué te pasa?

Él negó con la cabeza, se agachó junto al agujero y empezó a llenarlo con agua de la manguera.

—No lo sé. Algo que pasó durante la partida de anoche me mantuvo despierto un par de horas.

—Estabas algo inquieto, cielo. Me di cuenta. Te mueves como un rinoceronte, con suavidad y mucho estilo.

El doctor Ellefson soltó una carcajada.

—Hacía mucho que no me hacías un cumplido. —Cortó una rosa y se la ofreció.

Encantada, Rebecca la cogió y la olió. La fragancia de rosa era tenue, apenas perceptible.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué las rosas de aquí no huelen tan bien como las del hotel en el que estuvimos en Grecia?

Habían estado de vacaciones allí hacía unos años. La rosaleda del hotel Thessaloníki había sembrado en su marido la pasión por la horticultura. Aquellas flores mareaban con su fuerte aroma.

—No tengo por qué preguntármelo —respondió él, dedicándole una rápida sonrisa—. Es culpa de los químicos que les dan a las plantas para que crezcan más rápido. Los estadounidenses no tenemos paciencia. —Se acercó a los rosales más viejos, que florecían a pocos metros. Los había plantado hacía dos veranos. Con un rápido tajo de sus tijeras de podar, cortó una flor roja y se la ofreció—. ¿Hueles la diferencia?

Rebecca inhaló. El aroma de la rosa era embriagador, como si toda la esencia de la exquisita flor hubiera entrado en su cuerpo y se hubiera instalado en su pecho.

—Gracias —dijo, aspirando la fragancia una y otra vez—. No tenía ni idea.

—Un placer —respondió Aaron, agachándose junto al agujero.

Estaba lleno de agua hasta la mitad, ya podía plantar el nuevo rosal. Con cuidado, puso la maceta de lado y sacó la planta sin dañar las raíces. Luego, sujetándola con las dos manos, la introdujo en la tierra y le dio unos minutos para que el agua aflojara las raíces—. Hablando de no tener ni idea, ¿qué crees que está pasando con Andi? ¿Por qué no le dieron ese trabajo en la universidad? Pensaba que los exalumnos tenían prioridad.

Ella apoyó los codos en la barandilla de madera.

—Yo me he estado preguntando lo mismo. Haré un par de llamadas. Seguro que alguien me da una respuesta.

—¿Crees que debemos entrometernos en esto?

—No nos estamos entrometiendo, Aaron. No estoy moviendo ningún hilo. Solo voy a preguntar. Andi es como una hija para nosotros. Por cierto, ayer fue muy doloroso verla discutir con Hunter.

—Eso ha sido lo que no me ha dejado dormir. No puedo creer lo que vi. Hunter nunca se ha comportado de esa manera.

—¿Quieres decir como si estuviera loco?

—Sí, se podría decir así —respondió Aaron, lanzándole una rápida mirada inquisitiva antes de compactar la tierra que había alrededor de la raíz del rosal. No la presionó demasiado. Sentía el suelo blando bajo los dedos mientras el agua seguía abriéndose camino para separar las raíces y nutrirlas—. ¿Crees que tiene razón?

—¿Sobre lo que piensa de Craig? —preguntó Rebecca, frunciendo el ceño por un momento, pensativa. No recordaba ni una sola ocasión en la que Craig se hubiera comportado de un modo que justificara la opinión que Hunter tenía de él. Además, recordaba a la perfección que su madre también había odiado a Aaron sin motivo alguno. Había resultado ser un marido excelente, pero su madre había muerto con el corazón partido porque su hija se había casado con un hombre que tocaba a los muertos. Los padres también podían equivocarse; no eran más que personas que cometían errores—. No. Andi parece feliz y enamorada de él. ¿Viste cómo se le iluminaba la cara mientras nos estaba contando la historia de cómo se conocieron?

Satisfecho con su trabajo, el doctor Ellefson se levantó y se frotó las manos en los vaqueros de jardinería para librarse de la suciedad que aún tenía pegada en los dedos.

—Sí. Es feliz. Habría que estar ciego para no darse cuenta. —Cerró

el grifo y recogió sus herramientas—. A lo mejor a Hunter le cuesta lidiar con eso. Tras perder a su mujer, Andi es lo único que le queda. Quizá esté viendo un monstruo donde no lo hay, solo porque ese hombre le ha arrebatado a su única hija.

—Sí, puede que sea eso. He oído que se pasa todo el día en la clínica, trabajando jornadas de doce horas, seis días a la semana, y que también va los domingos.

—Se va a consumir. —Las herramientas de jardinería repiquetearon cuando las dejó caer en su caja dentro del cobertizo—. Y alejará a Andi si sigue con esta locura.

Rebecca lo miró con ojos suplicantes.

—Vale, hablaré con él —concedió con un suspiro—. Lo llevaré a pescar; solo estaremos nosotros dos y algunas cervezas. Quizá me diga de qué va todo esto y atienda a razones.

Agradecida, Rebecca le tocó el brazo cuando Aaron pasó por su lado de camino a la ducha. Ella lo siguió al interior, donde puso las dos rosas en dos jarrones pequeños y estrechos. Apoyada contra la pared del baño, conversó con Aaron mientras él se duchaba, sobre todo acerca de lo horrible que sería si Andi y su padre llegaran a distanciarse y de cuánto debía estar sufriendo esa pobre chica, dividida entre su padre y su marido.

Pero Rebecca solo podía pensar en la llamada que estaba a punto de hacer para averiguar qué había impedido a Andi conseguir el trabajo que quería. Parecía que se lo había tomado con resignación, pero Rebecca había notado la tristeza que había en sus ojos cuando respondió a la pregunta de Freddy DeMaria la noche anterior. Por suerte, aún conocía a suficientes profesores para averiguarlo.

En cuanto el coche de Aaron dobló la esquina y desapareció de su vista, Rebecca se sirvió un café y se sentó en el sofá, con las piernas cruzadas y el teléfono en la mano. Esperando con impaciencia a que fueran las nueve, cuando el personal docente llegaba al trabajo, repasó la lista de sus numerosos contactos guardados, buscando a alguien que pudiera saber algo sobre Andi.

—Ah, el César seguro que lo sabe —murmuró, refiriéndose al profesor César.

A las nueve y un minuto exactamente, hizo la llamada. Mientras sonaba el tono, se levantó y empezó a caminar nerviosa. Sin ningún motivo en particular, se sentía nerviosa y quería terminar la llamada de una vez.

Por suerte, el César contestó y pareció alegrarse de oírla. Charlaron sobre estudiantes, profesores, lo que habían hecho en verano y sobre quién más se había jubilado desde que Rebecca se fue. Después, ella dijo:

—Necesito un gran favor. Una protegida mía necesita que la aconsejen sobre cómo conseguir el trabajo para el que estudió. Puede que la conozcas, se llama Andrea Wilmore.

El silencio cayó pesadamente sobre la llamada. Era como si el profesor ni siquiera respirara.

—¿Podrías hacerme un inmenso favor y averiguar qué salió mal durante la entrevista?

—No necesito averiguarlo —respondió el César con voz sombría—. Ya lo sé.

Era el turno de Rebecca de contener la respiración. Escuchó las palabras de su antiguo colega sin decir ni una palabra. Luego le dio las gracias con susurros y de forma apresurada.

En cuanto colgó, dejó caer el teléfono sobre el sofá como si le estuviera quemando los dedos.

—Dios mío —susurró—, esto no puede estar pasando.

Se quedó mirando el teléfono, temiendo lo que estaba a punto de hacer, pero no veía otra opción. Con dedos temblorosos, cogió el teléfono y llamó a Hunter Wilmore. En cuanto contestó, fue directa al grano y le dijo:

—Hay algo preocupante que debes saber. Es sobre Andi. Sobre su incapacidad para encontrar trabajo.

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: ¿Dónde conoció a Andrea Wilmore Brafford?

HOLLY HUGHES: En la fiesta de Brafford. Mi marido es el jefe de Craig Brafford.

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: ¿Cómo la vio?

HOLLY HUGHES: Estaba perfectamente. Sonreía, saludaba a la gente, era una buena anfitriona.

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: ¿Parecía angustiada por su dificultad para encontrar trabajo?

HOLLY HUGHES: No, en absoluto. Y, con sinceridad, no entiendo cuál es el problema. He visto algunas cosas en las noticias, pero ¿de verdad está tan mal apoyar a tu marido en su negocio? Es lo que llevo haciendo yo toda la vida.

14

ZEGNA

Craig estaba teniendo una semana llena de altibajos.

El martes tuvo que dar un cheque de casi cinco mil dólares que no tenía para cubrir los gastos de la mudanza. Luego fue corriendo a pedirle un préstamo sobre el título de propiedad de su coche a un usurero baboso y gordo llamado Alf. El interés era del cincuenta y nueve por ciento durante los tres primeros meses.

De milagro, consiguió ingresar el dinero en el banco justo antes del cierre. A la mañana siguiente, ya habían cobrado el cheque de los gastos de la mudanza. Ese hijo de puta de Hughes no había perdido el tiempo.

El miércoles llamó a sus invitados para que le confirmaran que sabían la dirección y le dijeran qué les gustaba beber y cómo les gustaba que les rascasen la espalda. Luego fue corriendo a recoger la alfombra que Andi había encargado y llevarla a casa. Cuando la colocó, tuvo que admitir que su mujer tenía un gusto razonable. Con mucho esfuerzo, arrastró la enorme cama al salón él solo, sin que nadie le sostuviera las puertas, y después salió de nuevo para llevar a casa el nuevo sofá modular.

Finalmente, se sentó en uno de los sillones nuevos, sudoroso y cansado, y esperó a que Andi regresara.

Siguió esperando y luego esperó un poco más, casi hasta medianoche, mientras ella estaba fuera, jugando al póker con un grupo de personas de la tercera edad, sin preocuparse por él. Odiaba que fuera allí más de lo que podía expresar con palabras. Sobre todo, cuando necesitaba que estuviera concentrada.

A su mujer no parecía importarle lo más mínimo la fiesta por la

que él se había estado dejando la piel. No tenía ni idea de cuántas llamadas había hecho solo para que le colgaran, lo mandaran al infierno o lo amenazaran. Ella parecía inquieta, incapaz de centrarse, egocéntrica como nadie que él hubiera conocido antes. Lo único que le importaba era su estúpida carrera y ahora, además, los niños. Como si todo lo demás fuera de maravilla y estuvieran aburridos, sin nada mejor que hacer que procrear sin cesar y gastarse una fortuna en unos mocosos malcriados. Decían que criar a un hijo costaba lo mismo que un Ferrari nuevo, así que no valía la pena.

Tras un pésimo comienzo de semana, su suerte cambió. El jueves por la mañana, llegó una oferta por la casa de Donati al fax de su despacho cuando aún estaba en pijama. Un millón cuatrocientos mil, con compra inmediata en efectivo.

«Sí. Por fin».

Al día siguiente podría recuperar el título de propiedad del Mercedes.

Mientras hacía un baile de felicidad silencioso, marcó el número del comprador y convenció al chino para que subiera la oferta en setenta y cinco mil más. Después, redactó la oferta formal en un formulario con el membrete de Parker Jones y se la envió al comprador para que la firmara. A los pocos minutos, se la devolvió firmada.

Con una amplia sonrisa, llamó a Donati, le comunicó la buena noticia y le envió por fax la oferta formal. Se apresuró a prepararse un sándwich antes de salir a la carretera para un día complicado, pero tuvo tiempo de pasar por el pequeño dormitorio para ver los cuadros que había pintado Andi.

Tres grandes e impresionantes lienzos estaban apoyados contra las paredes. No sabía mucho de arte, pero había visto suficientes casas lujosas, decoradas a lo grande, para saber que los cuadros de su mujer habrían encajado a la perfección entre obras de arte de Jackson Pollock y otros artistas similares. Probablemente podría ser una artista medio decente si lo intentara, pero él tenía otros planes para ella.

Necesitaba a alguien en quien pudiera confiar para que hiciera las llamadas por él, enviara contratistas a las casas que él y Jude iban a comprar juntos, se asegurara de que el trabajo se hacía bien, pagara a los obreros y se preocupara de que las casas estuvieran listas para venderlas. Podría decorarlas para que se vendieran más caras,

organizar las jornadas de puertas abiertas, rellenar el papeleo... Probablemente necesitaría sacarse pronto la licencia de agente inmobiliaria. No había tiempo para ninguna tontería artística, como tampoco lo había para ninguna de sus estupideces sobre biología marina. Dedicándose a eso, no iba a ganar dinero. Andi no tardaría en superarlo y comenzaría a ver la perspectiva general que él quería que viera.

Agachándose y entrecerrando los ojos para leer la firma, dejó escapar un fuerte suspiro de alivio. Había tenido el sentido común de firmar con un nombre falso. Menos mal. Le preocupaba que su ego asomara la cabeza y que hubiera firmado los cuadros con su propio nombre. Entonces todo el mundo sabría que ni siquiera podían permitirse comprar arte, que tenían que *hacerlo*.

Medio bocadillo más tarde, estaba a punto de salir cuando el fax volvió a sonar. Desde el umbral de la puerta del garaje, giró sobre sus talones y volvió corriendo al interior, justo a tiempo para coger la oferta firmada de Donati cuando salía de la impresora, caliente y con olor a tinta.

Su jefe iba a estar encantado; qué buena suerte, justo el día de la fiesta. Craig estaba impaciente por ver la cara de la comadreja cuando le enseñara el acuerdo firmado, casi trescientos mil por encima del precio de venta.

Pero antes fue directamente a The Galleria y aparcó delante de Neiman Marcus. Fue corriendo hacia la puerta, pero, en cuanto entró en la tienda, se puso a caminar. Andaba de forma despreocupada, evitando mirar las etiquetas, con calma, como si pudiera perder todo el día allí.

Enseguida, un vendedor de ojos pequeños y brillantes empezó a adularlo. Cedió a las insistencias del hombre y se probó un traje de Brioni tras palpar la tela con las yemas de los dedos. La chaqueta de lino y lana lo cambió. Parecía más alto con ella, aunque el traje era de un gris claro, nacarado. Su espalda parecía más recta; sus hombros, más anchos; y su porte, más imponente. Los pantalones le quedaban demasiado ajustados, se le ceñían en los muslos. Una vez dentro del probador, miró el precio y se quedó de piedra.

—Siete mil dólares —susurró con tristeza en la voz. Se quedó unos instantes mirando su imagen en el espejo, deseando tener dinero para permitírselo. Todavía no, pero pronto podría.

—Los pantalones me quedan demasiado ajustados —le dijo al

vendedor cuando salió del probador, con las mejillas al rojo vivo, delatándolo—. No sé quién podría llevar esto y estar cómodo. ¿Puedes enseñarme otra cosa?

El vendedor asintió con la cabeza y lo miró solo una fracción de segundo más de la cuenta. Craig se tragó una palabrota. No había nada que odiara más que la pobreza, no tener suficiente dinero. No ser una de las personas que podían hacer lo que querían.

El hombre regresó con un traje azul marino que llevaba en los brazos extendidos como una ofrenda destinada a un dios.

—Este traje es de Ermenegildo Zegna. Tóquelo —animó a Craig—. Este increíble tejido de lana y seda es la seña de identidad de Zegna. Nadie más hace este tipo de trajes.

Craig sonrió. Se veía a sí mismo llevándolo. Todos los peces gordos que se cruzasen con él más tarde esa noche percibirían el fino tejido como algo *que ellos* llevarían. ¿Qué tenían los italianos con el lujo? Los italianos eran los amos del lujo. Era increíble. Un país pequeño, que ni siquiera tenía dos veces el tamaño y la población de California, y lo tenía todo. Ferrari, Lamborghini y Maserati conducían bajo la bandera italiana. En moda, la lista era aún más increíble: Gucci, Armani, Versace, Cavalli, Valentino, Bulgari y un largo etcétera. Debía ser algo que había en el aire. Tenía que ir allí a respirarlo.

El Zegna le quedaba como un guante. Sentía el lujo en cada poro de su piel. Los pantalones le quedaban perfectos y el precio le hizo tragar saliva, pero no podía decir que no.

—Me lo llevo —le dijo al vendedor.

Luego siguió al joven mientras lo ayudaba a elegir una camisa de seda y una corbata a juego, también de Zegna. Aunque tuvo bastantes dificultades para elegir entre las muchas marcas que reconocía, acabó eligiendo un par de zapatos de piel de Ferragamo para completar el atuendo. Sudando a mares, esperó a que el empleado se lo entregara todo a la cajera.

—Serán cinco mil trescientos ochenta y siete dólares con veintinueve centavos —le dijo la cajera rubia y menuda en voz baja cuando terminó de escanear las etiquetas.

«Maldita sea». En ninguna de las tarjetas le quedaba tanto límite. Y ese estúpido vendedor no se iba. ¿A qué demonios estaba esperando?

Sacó dos tarjetas de la cartera y le entregó primero la American

Express azul.

—Cobra dos mil con esta y el resto, con la Mastercard.

Ella vaciló solo una fracción de segundo y luego cogió las dos con unas uñas impolutas que repiquetearon agradablemente contra el plástico. Se le quedó mirando un poco mientras esperaba a que se aceptara el primer cargo. Craig contuvo la respiración y apretó los dientes hasta que la cajera le hizo firmar todo con una dulce sonrisa. El vendedor cogió los artículos que le entregó la cajera: el traje metido en una bolsa larga y todo lo demás en bolsas con el logotipo de Neiman Marcus, y lo acompañó a la salida.

—Yo me encargo a partir de aquí —dijo Craig, cogiendo las bolsas y el traje.

El vendedor le sujetó la puerta con una sonrisa. Craig se apresuró a salir para poner distancia entre él y aquellos ojos brillantes e insolentes.

A medio camino hacia su coche, Craig empezó a sonreír. Al diablo con ellos y lo que pensaran de él. Pronto compraría ese Brioni, a crédito o en efectivo, como fuera. Pero esos dos seguirían siendo trabajadores por horas al servicio de *sus* caprichos. No al revés.

Cruzó el aparcamiento a paso ligero. El día pintaba muy bien, y aún no eran ni las doce.

15

DEL CORAZÓN

El suflé era difícil de hacer. En cualquier momento podía desinflarse y convertirse en una papilla antiestética e insalvable. Era el primer intento de Andi. Nunca habría intentado hacerlo si no hubiera tenido tanto tiempo antes de las seis, cuando se suponía que debían empezar a llegar los invitados. Quizá esa no fuera la única razón. Quería que Craig estuviera contento y orgulloso de que ella hubiera contribuido a que la fiesta fuera un éxito. De lo contrario, habría dedicado su tiempo a buscar trabajo o a estudiar. Últimamente, a raíz de todo lo que estaba ocurriendo en sus vidas —la nueva casa, la creciente lista de socios de negocios de Craig a los que tenían que entretener—, había abandonado prácticamente su proyecto de doctorado.

«Solo ha sido un contratiempo temporal», se prometía a sí misma cada mañana cuando se ponía a hacer las tareas domésticas o a ayudar a Craig a superar su día. Y, cada mañana, rompía la promesa que se había hecho a sí misma.

Desde que Craig se había ido esa mañana, había preparado todo lo necesario para la fiesta, había dispuesto cuidadosamente los aperitivos en bandejas y los había cubierto con plástico transparente. Incluso había utilizado un cortador de galletas en forma de estrella para cortar rodajas de sandía, que colocó en una fuente y espolvoreó con frutos del bosque y hojas de albahaca. El último aperitivo que quedaba era la espuma de salmón, pero ella quería untarlo justo antes de la fiesta, para que las tostadas no absorbieran demasiada humedad y se pusieran blandas.

Pero el suflé era otra historia. Era como si esa cosa tuviera

voluntad propia y la tuviera secuestrada bajo amenazas. Si se movía mal, se precipitaba o incluso respiraba mal, se desinflaba por despecho. Murmurando una palabrota en voz baja, se prometió no volver a prepararlo, independientemente de los resultados finales de aquel día. Sin embargo, el olor a fresas le hacía la boca agua y hacía años que no probaba un suflé.

Casi no oyó sonar el teléfono debido al ruido de la batidora de mano. No pensaba contestar; detener la batidora podría desinflar las claras mientras hablaba por teléfono. Quienquiera que fuese podría esperar unos minutos. Pero entonces echó un vistazo a la pantalla y, al reconocer que el número era el de la recepción de la clínica veterinaria de su padre, apagó la batidora y dejó que se hundiera en la espuma llena de picos.

Nunca recibía llamadas de ese número. Su padre la llamaba desde su móvil. Algo no iba bien.

—¿Sí? —dijo con voz estrangulada, temblorosa. La escalofriante angustia que se enroscaba en sus entrañas empezó a desplegarse.

—¿Andi? Soy Gabriella, de…

—Sí, hola, Gabriella, ¿qué pasa?

—Es tu padre. Lo llevan al Baylor St. Luke›s Medical Center…

Sus rodillas cedieron y se sentó rápidamente en el borde de una silla de la cocina.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, con los ojos llenos de lágrimas. «Por favor, Dios, por favor, que esté bien».

—Creen que ha sido un ataque al corazón. Sabrán más cuando le hagan más pruebas en el hospital.

Sacando fuerzas de flaqueza, se quitó el delantal y se puso los zapatos sin dejar de hablar por teléfono.

—Andi, van directamente a la unidad de alta especialización en cardiología, el Texas Heart Institute…

—Sí, sí —contestó ella, corriendo a toda prisa por la casa en busca de las llaves del coche.

—Lo llevan allí porque ya ha estado antes. Lo han tratado un cirujano y varios médicos. No teníamos ni idea.

Andi se quedó inmóvil, con un torrente de hielo recorriéndole la sangre. Su padre sabía que estaba enfermo y no le había dicho ni una palabra.

—Gracias, Gabrielle. Me voy al hospital ahora mismo.

El trayecto fue un torbellino de lágrimas y una lucha por respirar,

con el pecho oprimido y el corazón entumecido, petrificada por el miedo. La noche anterior, se había despedido de él con palabras amargas. Esas no podían ser las últimas que le dedicara a su padre. No podían acabar así. No podía morir... Ahora no. *«Oh, Dios, por favor»*.

Frenó con un chirrido de neumáticos sobre el asfalto caliente bajo el porche blanco y salió corriendo hacia el hospital, dejando el motor en marcha y las llaves en el contacto.

—¿Señora? —la llamó un guardia de seguridad—. No puede aparcar ahí.

No se detuvo hasta llegar al mostrador de recepción.

—Mi padre, Hunter Wilmore. Acaban de traerlo —soltó sin aliento, inclinándose sobre el mostrador de recepción como si su proximidad fuera a motivar a la hastiada mujer a teclear más rápido.

—¿Ha dicho Woolmore?

—Wilmore: w, i, l, m, o, r, e.

—Vale —murmuró, corrigiendo lo que había escrito con una lentitud exasperante. Tenía las uñas tan largas que tecleaba con los laterales de los dedos en vez de con las yemas—. Tercera planta, UCI de Cardiología. Habitación tres, cero, siete.

—Gracias —gritó por encima del hombro mientras corría hacia los ascensores. Uno había empezado a cerrar sus puertas, pero ella deslizó la mano entre ellas y las detuvo. Luego les pidió disculpas a los dos hombres que la miraban con ojos críticos y pulsó el tres.

Solo entonces respiró.

Todavía estaba vivo, ¿no? Tenía que estarlo. En recepción no daban los números de habitación de los pacientes fallecidos, ¿verdad? Su mente giraba en círculos sin sentido mientras el ascensor subía hasta la tercera planta y abría sus puertas con un chirrido.

La unidad de cuidados intensivos de Cardiología era silenciosa y estaba llena de luz, procedente de los grandes ventanales de varias habitaciones vacías y de las luces fluorescentes del techo. Un pitido débil y distante rastreaba el ritmo cardíaco de alguien. Frenética, evitó el puesto de enfermeras vacío y buscó los números de las habitaciones, que encontró marcados en pequeñas placas metálicas plateadas fijadas a las paredes junto a las puertas correderas.

La tres, cero, siete estaba allí. Su corazón seguía latiendo.

Pálido, con los ojos cerrados, no reaccionó cuando ella abrió la

puerta con cuidado y se coló dentro. La habitación olía ligeramente a gel antibacteriano y a la loción para después del afeitado de su padre. La luz del sol se filtraba a través de las persianas abiertas. Los monitores mostraban un ritmo cardíaco constante, los pitidos eran el único sonido que podía oír.

Las lágrimas le quemaron los ojos. Todavía estaba allí. Aún estaba vivo.

Se puso en cuclillas a un lado de la cama, tomó con suavidad la mano de su padre entre las suyas y apoyó su acalorada mejilla contra ella.

—Lo siento —susurró.

No se merecía nada de lo que le había dicho la noche anterior o en otras ocasiones en las que habían discutido por su marido. No recordaba que hubieran discutido nunca por nada más. Su único defecto era que se preocupaba mucho por ella.

—No llores, dulce niña —le susurró, apretándole un poco la mano —. Estoy bien. Ya me conoces, soy tan duro como el acero. —Esbozó una sonrisa, pero era ladeada y débil. Abrió los ojos y los cerró de inmediato—. Hay mucha luz aquí.

Aunque tuvo la tentación de ir corriendo a cerrar las persianas, decidió no hacerlo. El sol era bueno para el alma, aportaba esperanza y ganas de sobrevivir.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Andi, parpadeando para eliminar las lágrimas rebeldes—. ¿Qué te han dicho?

—Que me voy a poner bien —dijo con voz débil. Abrió un poco los ojos y la miró—. No te preocupes por mí.

—Un infarto me da derecho a preocuparme, papá —respondió ella —. ¿Ha sido muy grave?

Giró ligeramente la cabeza, pero luego la miró.

—Estas cosas siempre son graves, pero estaré bien. —Abrió los ojos un poco más—. Te juro que estaré bien. Pregúntaselo tú misma a los médicos.

—Ya lo creo que lo haré —respondió ella, sorbiéndose los mocos —. No confío en ti con estos asuntos.

—Ah —respondió mientras una oleada de tristeza bañaba su rostro—. Estás hablando de tu madre y de cómo es posible que no viera que se estaba muriendo hasta que un día se cayó al suelo.

—No, papá... No he querido decir eso. ¿Llevas culpándote de su

muerte todos estos años? —Le besó la mano y volvió a apretarla—. Pues no deberías, nadie tiene la culpa.

—Entonces, ¿qué querías *decir*?

—Quería decir que no me puedo fiar de ti —respondió ella, con una pequeña sonrisa en la voz—. Mentiste sobre tu salud para protegerme. Sabías que esto iba a pasar, ¿verdad? No me fío de usted, señor —bromeó como siempre hacía con él.

—Lo sé. —Se movió un poco y se giró hacia ella—. Por eso te invito a que hables con mi médico cuando haga la ronda de por la tarde.

Ella cerró los ojos un instante, no quería que su padre viera su frustración. La dichosa fiesta… No podía quedarse mucho tiempo.

—¿Me perdonas? —preguntó. Una nueva lágrima se acumuló en el rabillo del ojo y cayó sobre el dorso de su mano. La limpió enseguida con la yema del dedo.

—¿Por qué, cariño?

—Por lo que dije anoche. No era mi intención… —dijo atragantándose, incapaz de encontrar las palabras—. No te merecías nada de eso.

—Ah, eso… No importa, Andi. Nada de lo que digas o hagas está más allá del perdón de tu viejo padre. —Dejó de hablar durante un momento, que ella atesoró, con la cabeza apoyada en su mano, aferrándose a él, sin saber por cuánto tiempo más su padre seguiría allí para que ella pudiera aferrarse a él—. ¿Puedo hacerte una pregunta? —Su voz sonaba un poco más fuerte.

—Claro.

—¿Eres feliz?

La pregunta la sacudió, resonando en su interior durante un largo instante. ¿Cómo era posible que una pregunta tan sencilla tuviera una respuesta tan complicada? Y, sin embargo, la respuesta era sencilla, si quería mirar más allá de sus miedos infundados y su egoísmo.

—Sí —respondió ella, levantando la cabeza para mirarlo a los ojos —. Soy feliz, papá. Me hace reír. Siempre está ahí cuando lo necesito. Se preocupa por mí y siempre me pone en primer lugar. Ojalá pudieras verlo como lo veo yo. —El pitido que emitía el monitor aumentó de frecuencia y Andi sintió que su padre se tensaba. Probablemente habría un mejor momento para decirle lo que quería contarle a continuación—. Quizá algún día —dijo sonriendo—, quién sabe. Llegaremos a ser una familia feliz, todos juntos.

—Bueno, si tú eres feliz, yo también lo soy —respondió él, y luego cerró los ojos.

—Papá, tengo que irme —dijo de mala gana, deseando poder quedarse para cuidarlo, hacerle compañía cuando estuviera despierto y dormitar a su lado durante la noche.

Había llamado a Craig varias veces de camino al hospital, pero sus llamadas iban directas al buzón de voz. No le había dejado ningún mensaje... Era a su marido a quien necesitaba, no a una grabación fría y despiadada. Y lo necesitaba más que nunca.

—Es esa fiesta, ¿no? —preguntó su padre en un susurro—. Vete, Andrea. No te preocupes por mí. Mañana seguiré aquí.

16

FIESTA

El Mercedes de Craig ya estaba en el garaje cuando ella llegó. Frunciendo el ceño, se preguntó por qué no había tenido noticias suyas si ya estaba en casa. Al pasar por delante de su coche para llegar a la puerta, tocó la rejilla negra delantera del vehículo. Estaba casi fría. Llevaba tiempo en casa.

Tragándose su decepción, cogió aire, dispuesta a mantener la calma y sobrevivir a la fiesta. Luego habría tiempo para hacer preguntas.

La puerta se abrió antes de que pudiera tocar el picaporte. Craig, que llevaba un traje que ella nunca había visto, la miró con incredulidad.

—¿Dónde demonios estabas? —Su voz estaba teñida de frustración y el tono era elevado, chirriante.

En lugar de mostrarse comprensiva, Andi estalló:

—He intentado hablar contigo no sé cuántas veces y no me has devuelto las llamadas.

Tiró el bolso al sofá, se quitó los zapatos y entró en la cocina con un suspiro de frustración. Parecía una zona de guerra. Esa noche no iba a haber suflé.

Vertió la mezcla de claras de huevo aplastadas en el fregadero y luego enjuagó las varillas bajo un fuerte chorro de agua. Después de secarlas, las dejó sobre la encimera y miró la hora.

—Mierda —murmuró. Faltaban menos de cuarenta y cinco minutos para que llegaran los invitados.

—No, de verdad, ¿dónde estabas? —dijo Craig con voz grave y amenazadora, y una mirada llena de odio.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Qué poco ha durado nuestra luna de miel —dijo Andi con naturalidad, retirando los ingredientes del suflé de la encimera, y sacó el salmón ahumado y el queso fresco. La puerta de la nevera se cerró de golpe tras darle una patada con el pie izquierdo—, ¿verdad, Craig?

—¿De qué estás hablando? —Apoyó las manos en las caderas, pero mantuvo las distancias con ella, como si fuera a tirarle comida y mancharle el traje nuevo.

—Dicen que la luna de miel dura hasta que la mujer derrama la primera lágrima. La verdadera luna de miel, no el viaje de dos semanas que hicimos después de la boda. —Se secó los ojos y utilizó un tenedor para echar el salmón ahumado en el robot de cocina.

A él no parecía importarle nada de lo que acababa de decir.

—Me has dejado aquí y te has ido quién sabe dónde. No te importa una mierda, ¿verdad? La gente está de camino y no hay nada listo.

—*Todo* está listo, joder —gritó ella, lanzando con rabia el tenedor al fregadero, donde repiqueteó contra el vaso de la batidora. Él dio un paso atrás—. Todo excepto tu preciosa espuma de salmón. —Echó el queso crema sobre el salmón y encendió el robot, que empezó a triturar en ráfagas rápidas y cortas—. Y también estará lista a tiempo si me dejas en paz. —Otra lágrima asomó en su ojo y añadió sal a la mezcla. Miró a Craig y le dijo fríamente—: Déjame en paz. Te avisaré cuando esté todo listo.

Él hizo justo lo contrario. Se acercó a ella despacio, con las manos extendidas en un gesto tranquilizador y los ojos llenos de comprensión.

—Cariño, nosotros no somos así. Tienes razón. Si tanto odias estas fiestas, no habrá más. Tú mandas. No quiero volver a verte así de alterada.

Lo apartó de un empujón y volvió a poner en marcha el robot, pero su enfado iba disminuyendo. Ansiaba que sus brazos rodearan su cuerpo y le dieran la fuerza que necesitaba.

—Papá ha tenido un infarto —dijo finalmente, con la voz cargada de lágrimas no derramadas.

Él la tomó entre sus brazos.

—Lo siento mucho, Andi, cariño —le susurró al oído—. ¿Está…?

—Está en el hospital. Ahí es donde estaba. —Se soltó, aunque le

habría encantado pasar un momento abrazada a él, sintiéndose segura, amada—. He vuelto para terminarlo todo para la fiesta, como prometí.

Él se quedó sin palabras por un breve instante.

—No tenía ni idea —dijo. Se palpó los bolsillos en busca de algo y sacó el teléfono—. No tenía batería. Siento mucho no haber estado a tu lado cuando más me necesitabas.

Ella asintió, mirando la espuma en lugar de mirarlo a los ojos. Por alguna razón, le parecía más seguro evitar su mirada.

—¿Traje nuevo?

—Sí —respondió él, con una sonrisa inconfundible en la voz—. ¿Te gusta? —Se giró hacia ella, dio unos pasos adelante y atrás, se desabrochó el botón de la chaqueta, abrió la solapa y se metió la mano en el bolsillo del pantalón, como si fuera un modelo profesional.

Le quedaba bien. Sonriendo, Andi se secó una lágrima rebelde y empezó a poner la espuma sobre galletas saladas colocadas en bandejas en filas uniformes y angulosas; parecían soldaditos con gorros rosas.

—No sé si quiero saber… —dijo, con el ceño algo fruncido. Últimamente había gastado mucho dinero que no tenían.

—No, es mejor que no lo sepas —respondió Craig con rapidez, haciendo un gesto con las manos tan desesperado que resultaba gracioso—. Hoy hemos vendido la casa de los Donati, y solo con el trato extra que hice con él podremos pagar esto con creces.

—Un trato extra, ¿eh?

Craig tenía olfato para el dinero. Lo ansiaba como la gente ansía el helado o el chocolate, como los adictos ansían su próxima dosis, siempre mayor que la anterior, nunca suficiente. Se alimentaba del dinero como otros se alimentan de café. Y tenía talento para ello, un don innato para olerlo, encontrarlo y ganarlo. En cuanto a gastarlo, Andi creía que a Craig le daba más placer que el sexo.

Todo estaba listo.

—Coloca estas bandejas en la isla de la cocina y esas otras, en la mesa del comedor. Ten cuidado de no manchar tu traje nuevo. —Por un momento, pareció petrificado ante la idea de estropear su atuendo—. Déjalo, ya lo hago yo. —Andi cogió dos de los platos y los llevó al comedor, luego volvió a por más—. Tú lleva las servilletas y los vasos. Ah, y también las botellas.

—Sí, señora —dijo él, trotando sobre el suelo de madera con lo que parecían unos zapatos nuevos con un poco de tacón. Estaba impresionante. Más alto, lleno de confianza en sí mismo, radiante. Cuando sonreía, era irresistible.

De pasada, Andi miró por la ventana del salón y se fijó en un joven vestido con una chaqueta blanca que merodeaba al final del camino de entrada.

—Craig, ¿quién es ese?

—¿El chico de fuera? Es el aparcacoches para la fiesta. —Se echó a reír, probablemente al notar su boca abierta y sus ojos como platos—. Es el hijo de los vecinos de al lado. No nos costará ni un centavo. Se conforma con las propinas, y tal vez algunas sobras, si las hay.

—¿Qué? ¿Vamos a perder la oportunidad de comer aperitivos rancios durante toda una semana? —Ella se rio y, de pasada, le tocó la cara—. Voy a vestirme.

Tardó unos diez minutos en ponerse lo que había elegido para la ocasión: un vestido largo de satén azul noche brillante con una generosa abertura en una pierna y un escote pronunciado. Combinaba a la perfección con los pendientes chandelier azules que le había regalado en una ocasión Janelle, y probablemente ninguno de los invitados se daría cuenta de que las piedras eran circonitas baratas. No es que le importara lo que notaran o no los invitados; lo único que no quería era que Craig se sintiera avergonzado de ella. Le encantaban esos pendientes, le hacían mantener la cabeza erguida y contonearse con elegancia al caminar porque si no, rebotaban como dos sonajeros en manos de un niño pequeño.

Llamó a Craig desde la puerta del dormitorio, sosteniendo dos pares de zapatos, uno en cada mano.

—¿Cuáles?

—Los de tacón, Andi —dijo él sonriendo—. Siempre los de tacón.

Con esos tacones ella era un par de centímetros más alta que él y la otra opción eran unos zapatos planos, pero a él no parecía importarle. Sonriendo, se puso los zapatos y se levantó. Había algo en los tacones, en la manera en que hacían que una mujer caminara con la espalda recta, sobre todo alguien como ella, a quien le gustaba pisar con fuerza y contonearse al caminar. Satisfecha con la imagen que le devolvía el espejo, se retocó el pintalabios y volvió a la cocina.

Él silbó al verla, y ella hizo una reverencia mientras se le hinchaba el corazón. Llevándose la mano a los labios, Craig le dijo:

—Falta algo en su impresionante atuendo, señora Brafford. Y creo que sé lo que es. Quieta.

Tras abrir su maletín, sacó una caja larga y extrajo un colgante azul con una cadena de plata. Era impresionante, aunque un poco inusual. El colgante era cuadrado, con un topacio azul central rodeado de pequeños zafiros. La cadena tipo rolo era lo que llevaría un hombre, no era fina y delicada como las joyas tradicionales de mujer, pero la moda no era el fuerte de Andi. Lo único que importaba era el hombre que la sostenía. Chillando de alegría, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó con fuerza.

Él se lo puso y ella lo tocó, palpando la piedra central con las yemas de los dedos; luego corrió hacia el espejo del baño. Craig estaba a su lado en el reflejo, radiante de orgullo. El color del colgante combinaba a la perfección con sus pendientes.

—Gracias —susurró—, no me lo esperaba.

La sonrisa de él se amplió.

—Me alegro de que te guste.

—¿Ha sido…, mmm, muy caro? ¿Las piedras son auténticas?

—¿Tú que crees? —La miró de pies a cabeza y silbó—. Señora Brafford, está usted increíble.

El sonido de un coche que entraba en su casa llamó su atención.

—Pongámonos serios —dijo Craig, echando un vistazo rápido al Cadillac Escalade blanco—. Es Donati. Ha llegado puntual.

Ella se dirigió hacia la entrada, dispuesta a saludar al invitado y a su despampanante mujer.

—Por cierto, ¿va a venir Jude?

—No —respondió Craig, bajando la voz hasta un susurro, probablemente porque Donati ya estaba lo bastante cerca como para oírlos—. Jude está aburrido de asistir a eventos de negocios.

A través del cristal esmerilado de la puerta principal, Andi vio cómo el aparcacoches cogía las llaves de la mano de Donati y suspiró. Por fin había empezado la temida fiesta.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: En el momento del arresto, ¿ya había realizado el registro de la residencia?

BARBARA OTWELL, DETECTIVE: No.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Qué encontraron?

BARBARA OTWELL, DETECTIVE: Había rastros de sangre en una de las sillas de la cocina. También había restos de sangre en la lechada de las baldosas que había bajo la mesa de la cocina, dañadas por la lejía, pero aún viables desde el punto de vista forense. Faltaba la cortina de la ducha del cuarto de baño principal y había indicios visibles de que la habían arrancado. Una pequeña parte seguía unida a las anillas. En mi experiencia profesional, las cortinas de ducha se utilizan a menudo como contramedidas forenses, como, por ejemplo, para deshacerse de un cadáver.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Fue localizada esa cortina de ducha?

BARBARA OTWELL, DETECTIVE: Sí. La encontraron en el vertedero, manchada de sangre. El fragmento recuperado coincidía perfectamente con el trozo que seguía unido a las anillas.

17

PROVOCANDO INCENDIOS

Craig tenía ganas de bailar.

Tan pronto como cerró la puerta tras despedir al último de sus invitados, cogió las manos de Andi y empezó a bailar con ella al ritmo de la música que había en su cabeza, un vals que tarareaba en su oído, cada vez más fuerte.

—Pa rum pum pum pum, pum pum, pum pum... —cantó, y giró con ella en brazos hasta que estallaron en carcajadas.

—Oh, por favor, para —dijo ella, apartándose para quitarse los zapatos—. Estoy destrozada. —Caminó descalza hasta el salón y se sentó en un sillón.

Un rápido golpe en la puerta llamó su atención. Era el hijo del vecino.

—¿Señor Brafford? Ya se han ido todos, señor —dijo el joven, pero no se marchó. Probablemente quería más dinero, como todo el mundo.

Craig se sentía generoso. La velada había sido un éxito rotundo. Sacó un billete de cien dólares de la cartera, se lo dio y le dio una palmada en el hombro.

—Gracias, chaval.

El chico sonrió.

—Llámeme si me necesita otra vez, señor.

Craig cerró la puerta con llave cuando se marchó y se apoyó en ella para recuperar el aliento. Había sido una fiesta fascinante.

Donati había llegado el primero. Fiel a su palabra, entregó de inmediato a Craig un sobre grueso y amarillo. Había tenido el detalle de redondear generosamente la parte en metálico de su comisión no

oficial, de catorce a veinte mil dólares. Craig aún le estaba dando las gracias cuando apareció su jefe con su mujer, Holly.

La señora Hughes era tal como él había imaginado que sería la esposa del dinosaurio. La mujer del jefe, una rubia excesivamente bronceada con el pelo corto peinado en un complicado recogido y bien fijado con laca, tenía una sonrisa permanente en los labios y una actitud de sabelotodo entrometida que irradiaba por todos los poros de su piel. Sin embargo, cuando habló, resultó ser muy agradable. Ella decía lo correcto en el momento oportuno y no tardó en elogiar a Craig por su hogar y el aspecto de Andi, aunque cuando mencionó la casa, le lanzó a Jeremy Hughes una mirada inquisitiva teñida de desdén. Más tarde, probablemente le preguntaría por qué uno de sus empleados más jóvenes podía permitirse una propiedad que parecía más valiosa que la suya. Pobre dinosaurio sin pelotas. A Craig se le ocurrió una idea al ver las miradas de reojo de Holly Hughes y la mandíbula apretada de su marido.

Mientras Andi acompañaba a Donati y a su mujer, Martine, al salón, él se coló en su despacho y sacó el sobre del bolsillo. Sacó la mayor parte del dinero y dejó en él dos mil quinientos dólares, lo volvió a cerrar y luego fue a buscar a su jefe.

Encontró a Hughes tomando una copa de vino y charlando con Andi. A través de la ventana del salón, vio que se acercaba otro vehículo. Eran Truman Haskett, un magnate con fábricas en la ciudad, y su acompañante, que era demasiado joven como para saber si era su mujer o su hija. Apremiado por el tiempo, llamó la atención de Hughes y se lo llevó a un rincón, lejos de miradas curiosas y oídos indiscretos.

Allí le entregó el sobre.

—Esto es para usted, señor.

—¿Qué es esto? —El susurro del hombre era casi hostil.

—Su mitad de la bonificación extraoficial que he recibido de Donati.

Incrédulo, Hughes abrió el sobre y silbó en voz baja. Su ceño se estiró un poco, pero no desapareció del todo.

—Cualquier ganancia inesperada que reciba, la compartiré con usted —añadió Craig—. Si le parece bien, claro.

Esas pocas palabras hicieron desaparecer el ceño fruncido del hombre. Sonrió a Craig y le dio una palmada en el hombro.

—Tienes lo que hace falta, Brafford, de eso no hay duda. Ahora,

sal ahí fuera a pescar peces grandes. —Luego se dirigió directamente a Donati mientras a Craig se le cortaba la respiración, temiendo lo que Hughes pudiera decir—. He oído que estás contento con mi chico —dijo, levantando la copa.

Como era un caballero, Donati levantó también su copa mientras lanzaba a Craig una mirada divertida a la par que comprensiva. El comentario de su jefe había sido una vergüenza solo para el propio Hughes, no para Craig, y definitivamente no para Donati.

—Sí, así es. El señor Brafford tiene la clase que busco en el agente inmobiliario con el que trataré de ahora en adelante. Trabajaré solo con él.

Una vez puesto en su sitio, Hughes se calló, por suerte, luciendo una educada sonrisa en el rostro durante el largo rato que pasó antes de que se alejara. Pero luego se redimió un poco cuando se presentó a todos los invitados y habló del éxito de Craig al conseguir vender la casa de los Donati por un precio muy superior al del mercado. La gente estaba más dispuesta a escucharlo de un tercero en lugar de oírlo directamente de Craig.

Eso ocurría cuando los hombres no estaban ocupados desnudando a Andi con la mirada. Cada vez que se paseaba por el salón con una bandeja de aperitivos o copas de champán perfectamente enfriado, los invitados dejaban de hablar y se limitaban a mirar. Las mujeres, sobre todo las jóvenes mujeres florero, se ponían verdes de envidia y le lanzaban miradas penetrantes, que su bella y brillante esposa ignoraba con amabilidad.

Los hombres eran un libro abierto para Craig. Él había estado en su lugar, mirando a alguna belleza de piernas largas, incapaz de apartar la vista de sus curvas mientras la visión de su cuerpo ondulante lo agitaba y desataba su imaginación, haciéndole preguntarse de qué color serían sus bragas y si serían de seda o de encaje. A qué olería, cómo temblaría si él tocara su cuerpo acalorado.

Mientras llevaba una bandeja vacía de vuelta a la cocina, Andi sonrió y le guiñó un ojo. La fiesta iba bien; todo el mundo se había presentado, la charla era animada y entusiasta, la comida era un éxito, y eso no era poco cuando el público estaba formado por personas adineradas y mimadas a las que no les faltaba de nada. Aunque a regañadientes, se estaba convirtiendo en su socia. Tal vez necesitaba saborear las recompensas de su trabajo antes de

apasionarse por atender a gente como esta, antes de poder mirarlos y verlos como lo que eran en realidad: oportunidades.

Pero, de momento, lo más urgente era llevarla a comprar un nuevo vestido de cóctel más corto y con un escote más profundo, tal vez incluso sin espalda. Nunca en la historia del dinero una piel como la de Andi había hecho ningún daño, a menos que estuviera cubierta bajo capas innecesarias de tela.

Mientras tanto, él tenía que ocuparse de las mujeres. Celosas del atractivo de Andi, podrían convertirse en un problema a menos que él hiciera que la noche fuera inolvidable para ellas. El cumplido adecuado, una mirada larga y profunda a sus ojos o un roce casual de su mano contra un hombro desnudo bastarían para encender su fuego interior; no hacía falta más que eso para hacerlas sonreír. La mayoría estaban hambrientas de atención y afecto; las personas con las que se habían casado eran adictas al poder y estaban siempre ocupadas fuera de casa.

Empezó su ronda con Martine Donati, una morena de pelo largo y sedoso y piel del color de un café con leche y caramelo. Le ofreció una nueva copa de champán, le quitó la vacía de la mano sonriendo y posó los ojos en sus labios carnosos, y luego un poco más abajo. Charlaron brevemente sobre la casa que acababan de vender y luego sobre su futuro hogar, una mansión de casi seiscientos metros cuadrados con dos hectáreas de terreno que aún les estaban construyendo.

Donati se acercó y puso las manos con posesividad sobre los hombros de Martine, acercándola a él. Craig mantuvo la calma y continuó hablando.

—Le ofrecí a este joven la oportunidad de venir a trabajar para mí en cuanto se vendiera la casa —dijo en voz baja, como si estuviera hablando solo con su mujer—. ¿Qué te parece?

—Lo que tú decidas está bien, Sol —respondió Martine, sin apartar los ojos de Craig. Luego se mordió el labio de forma seductora. Se acordaría de él durante un tiempo.

—Me siento muy halagado por su oferta, de verdad —dijo Craig, dirigiendo su atención a Donati.

—¿Pero?

Ningún salario, por muy generoso que fuera, podía justificar la pérdida del futuro que él y Jude habían planeado juntos. Estaría encerrado en una oficina, obligado a participar en unas dinámicas

aburridas solo para sobrevivir a la jornada sin ser apuñalado por la espalda por cosas sin sentido. En cuanto a Donati, era un hombre demasiado poderoso como para enemistarse con él. Ya había asistido a dos de sus fiestas y siempre le había dado su apoyo. De no haber sido por su respaldo, Craig y Andi habrían estado solos en casa esa noche, preguntándose cómo harían para pagar la próxima hipoteca. La verdad era la mejor política.

—¿Puedo ser completamente honesto con usted, señor?

—No permitiría que no lo fueras —lo animó, con una leve sonrisa y un gesto de la mano.

—Mi pasión es el sector inmobiliario. Mi sueño es tener mi propio negocio en un par de años, en cuanto consiga un poco de capital. —Donati era imposible de leer, pero había un destello de interés en sus ojos de acero. Interés, no ira—. Espero no haberlo decepcionado. Es solo que creo que uno nunca puede tener verdadero éxito a menos que siga su pasión.

Los labios de Donati se estiraron en una sonrisa.

—Eso fue lo que hice yo hace treinta años. Los barcos significan para mí lo mismo que las casas para ti.

—Exacto. —La voz de Craig estaba cargada de emoción. Más que un mentor, había encontrado su alma gemela—. Cuando miro una casa, veo una historia esperando a ser contada, una familia que inicia una nueva etapa en el viaje de su vida. Veo sueños a punto de hacerse realidad tanto para el vendedor como para el comprador. Es como si pudiera ayudar a forjar el futuro de toda esa gente.

Donati levantó su copa.

—Cuando estés listo para recaudar capital para tu futura empresa, llámame.

Ese comentario llamó la atención de Truman Haskett, que evaluó a Craig como si no lo hubiera visto antes, se rascó el bigote blanco con el dedo y luego se lo alisó. El interés se estaba extendiendo.

Dio las gracias a Donati con una inclinación de cabeza mientras alzaba su copa.

—Por usted y por toda su familia.

—Y por ti, hijo.

La siguiente parada fue la señora Hughes, quien parloteó sin pensar durante unos diez minutos sobre los muebles de la casa, diciendo lo que ella creía que quedaría mejor en vez de lo que ya tenían. Hizo un sinfín de comentarios sobre la cama en medio del

salón y sobre el color de las cortinas. Por suerte, cuando estaba a punto de perder la cabeza, Andi lo rescató diciendo que lo sentía mucho, pero que lo necesitaba en la cocina.

Unos momentos después, continuó su recorrido con Gemma Haskett y luego pasó al siguiente invitado, un hombre de una refinería mediana de petróleo llamado Bill Parsons, cuya pálida mujer se estaba convirtiendo en una flor marchita junto a la ventana.

Sus invitados se quedaron hasta más tarde de lo que era habitual para ese tipo de reuniones. Hughes se ganó con creces los dos mil quinientos que le había pagado, sin darse cuenta de que los roles habían cambiado con rapidez y ahora era él quien estaba trabajando para Craig a todos los efectos excepto sobre el papel. Había recorrido la sala con tanto fervor como lo había hecho Craig. No creía que Hughes fuera un perro que aún pudiera cazar, pero resultó que dependía de quién sujetara la correa.

Hughes y su mujer fueron los últimos en marcharse. El hombre le dio las gracias por una velada excelente. Mientras decía las palabras, dio una palmada en el bolsillo del pecho de su chaqueta, donde Craig lo había visto deslizar el sobre antes.

Él sonrió, amable, y respondió:

—Ha sido un placer. Me alegro de tenerlo a mi lado, señor. Algo me dice que vamos a hacer cosas maravillosas juntos.

Un destello de codicia brilló en los ojos de Hughes.

—Claro que sí. No lo dudes. —Se humedeció los labios y encendió un puro cubano bastante grande antes de salir por la puerta.

18

BOMBAZO

En el silencio que quedó tras la partida de los últimos invitados, Craig se quitó los zapatos y dio la bienvenida a la fría sensación del suelo de mármol del vestíbulo bajo sus pies. A continuación, la chaqueta del traje encontró una percha en el armario más cercano, y la corbata fue la siguiente. Se desabrochó los dos primeros botones de la camisa, se reunió con Andi en el salón y se sentó en el reposabrazos de su silla, recorriendo con los dedos su brazo desnudo.

—Gracias —susurró. Las animadas voces charlando que habían llenado la casa aún resonaban en la mente de Craig—. Ahora nos toca a ti y a mí. —Se inclinó para besarla, pero ella se apartó—. ¿Qué ocurre?

Ella le enseñó el teléfono que tenía entre las manos.

—Esta vez me han rechazado por correo electrónico, y han tardado menos de un día en hacerlo.

Ah, otra vez estaba con esa tontería de encontrar trabajo. Andi era implacable cuando se proponía algo. Esa cualidad sería muy útil cuando él consiguiera que se centrara en los asuntos importantes.

—Lo siento mucho, cariño —murmuró cerca de su oído. La mentira fluyó con facilidad; la había dicho tantas veces que le salió automáticamente, rodando por sus labios con el grado justo de empatía fingida—. Déjame hacer algunas llamadas. Ya has visto a la gente que había aquí esta noche. ¿Crees que alguno de ellos dudaría en contratarte?

Ella negó con la cabeza, sin dejar de evitar sus ojos.

—No. Tengo que hacer esto yo sola, Craig. Tengo que demostrarme a mí misma que puedo hacerlo.

—De acuerdo —respondió, aliviado.

No esperaba que aceptara su oferta. Era demasiado orgullosa e independiente para hacerlo. Si hubiera aceptado, él se habría enfrentado a un verdadero dilema. ¿Por qué iba a ayudarla a conseguir un trabajo en la empresa de otra persona cuando él necesitaba que colaborara con Jude y con él? Pero una promesa era una promesa y él habría hecho esas llamadas. Por suerte, Andi seguía siendo la mujer predecible e inocente de siempre.

—¿No hay ninguna mujer empresaria en tu entorno? Solo has invitado a hombres.

—Es que no quiero poner celosa a mi mujer —respondió, antes de darle un beso en la mejilla.

Andi sonrió y se recostó en el cómodo sillón. Empezaba a relajarse.

—No tendría celos, lo entendería.

—¿Eso quiere decir que ya no me quiere, señora Brafford? —dijo mientras se deslizaba del reposabrazos y se ponía en cuclillas a sus pies.

—No seas ridículo —respondió ella. Su voz sonaba fría y tensa, pero sus dedos le alborotaron el pelo antes de retirarse a su regazo—. A lo mejor ese es el motivo por el que no me dan los trabajos. Puede que no sea del género adecuado.

—¿En estos tiempos? No creo que sea por eso.

—Entonces, ¿por qué? —Su rostro se contrajo como si le hubiera subido bilis a la garganta. Tosió en silencio, tapándose la boca con la mano.

—Pues... No lo sé... Pero lo que sí sé es lo mucho que te necesito a mi lado. ¿No te gustaría trabajar conmigo? —Andi empezó a sacudir los hombros y se obligó a respirar profundamente—. ¿Qué te pasa?

—Nada... Creo que me ha sentado mal la espuma de salmón.

—A lo mejor es que has tomado demasiado champán.

—No he bebido... —empezó a decir, pero se tapó la boca con la mano y se puso de pie de un salto. Un momento después, estaba vomitando en el fregadero.

Craig corrió a su lado, sintiendo un escalofrío que le recorría la espalda.

—¿Qué te pasa?

Andi levantó la mano un momento y se enjuagó la boca con agua

fría. Luego cogió una botella de agua con gas de la nevera y le quitó el tapón. Tras beber un par de tragos, por fin lo miró.

—¿Recuerdas el día que me enseñaste la casa? —Sonrió, cansada y débil, pero sus ojos se desviaron hacia la isla de la cocina donde él le había hecho el amor aquel día.

—Claro que lo recuerdo —respondió él, desabrochándose con lentitud los botones de la camisa. Pero no era deseo lo que veía en los ojos de Andi. Era otra cosa, un calor apacible que le producía escalofríos.

Ella se tocó el vientre con la mano.

—Ese día me quedé embarazada. —La sonrisa de Andi se ensanchó mientras todo el mundo de Craig se derrumbaba—. Estoy bastante segura de que fue ese día.

«Oh, Andi, tenías que joderlo todo, ¿verdad?».

Los pensamientos se arremolinaban furiosos en su mente, mareantes, nauseabundos. Extendió la mano hacia la encimera y se agarró a ella.

—¿Es… estás embarazada? —tartamudeó, con los labios secos y la garganta contraída. Unas imágenes aterradoras invadieron su imaginación. Un niño, gritando a todo pulmón cada noche mientras él no podía pegar ojo. Su bella Andi, con el cuerpo deformado por el embarazo, contenta con satisfacer los caprichos del pequeño intruso en lugar de conquistar el mundo con él. Esa no podía ser su realidad —. ¿Estás segura?

Su sonrisa se había desvanecido y había sido sustituida por una mueca de preocupación y decepción.

—Estoy bastante segura, sí. —Le brillaban los ojos—. ¿No estás contento?

Él la rodeó con los brazos y la estrechó con fuerza, agradecido de poder ocultar sus ojos.

—Es que estoy un poco sorprendido, eso es todo —consiguió decir —. Pensaba que decidiríamos esto juntos. —Tragó saliva—. Cuando estuviéramos en una mejor situación financiera.

Ella se apartó.

—Conseguiré un trabajo, ya lo verás. Todo va a ir bien. —Se frotó la barriga—. Estoy segura de que seremos unos padres estupendos.

Aturdido, Craig retrocedió unos pasos; necesitaba beber algo fuerte urgentemente. Se dirigió a la cocina, abrió una botella de Johnnie Walker Black Label y se sirvió una generosa cantidad de

whisky con un puñado de cubitos de hielo en un vaso de cristal tallado. Luego lo engulló sin darle tiempo a enfriarse. Le quemó la garganta y esparció calor por sus venas.

Cuando regresó al salón, la encontró inmóvil, con los ojos llenos de lágrimas. Se tocaba el colgante que aún llevaba puesto y tenía la mirada perdida. Le cogió las manos y se las llevó a los labios.

—Si esto es lo que quieres, cuenta con todo mi apoyo. Pensé que tendríamos un poco más de tiempo para nosotros, eso es todo. Podríamos llegar muy lejos en la vida.

Ella no estaba respondiendo ni a su contacto ni a sus palabras. Volvió a estrecharla entre sus brazos y se balanceó de un lado a otro como hacía cuando estaba enfadada.

Después de un momento, ella se apartó y preguntó mirando al suelo:

—¿Qué planes tienes para mañana?

Tal vez la tormenta había pasado, Andi volvía a hablar de cosas prácticas. Aliviado, respiró tranquilo y dijo:

—Mañana estaré ocupado todo el día. Hablaré con todos mientras aún puedan recordar el sabor de tus fabulosos aperitivos. Después empezaremos a elaborar la siguiente lista. —Le puso las manos en la cintura y la acercó a él. Ella no se resistió, pero no había ninguna chispa.

—¿Qué lista?

—La de la próxima fiesta —dijo en voz baja—. ¿Recuerdas que lo hablamos? Así es como vamos a seguir consiguiendo casas para vender en exclusiva. ¿Sabes cuánto dinero hemos ganado hoy, con el trato extra con Donati que te he mencionado antes? —Ella negó con la cabeza—. Diez mil dólares en efectivo y libres de impuestos.

Ella lo miró fijamente.

—Felicidades, Craig. Sé que has trabajado muy duro para conseguirlo.

—Los dos hemos trabajado muy duro, Andi. Tú y yo. Has ganado más ayudándome que lo que habrías ganado en un mes de trabajo agotador en un banco.

—¿Y lo de formar una familia, Craig? ¿Está en tu lista de prioridades? ¿Lo estará alguna vez?

Había lágrimas en su voz y algo más, un destello de acero bajo su serenidad habitual.

—Haremos lo que tú quieras, cariño. —Se encogió de hombros y

empezó a pasearse lentamente—. No sé cuántas veces tengo que decirte esto. Si no te gustan las fiestas, no habrá más, pero sería un desperdicio de oportunidades y de futuros ingresos. Si quieres tener hijos, estoy de acuerdo, siempre y cuando sean míos —bromeó. Los labios de Andi temblaron—. Te estoy hablando en serio —añadió rápidamente—. No lo dudes. No importa la vida que decidas que tengamos, no quiero perderte. —Se acercó a ella despacio, mirándola a los ojos con intensidad, con pasión. Luego le dio un beso en el cuello.

Ella se mantuvo firme, impasible. Inflexible. ¿Qué más tenía que hacer? ¿Ponerse de rodillas y suplicar? Si daba un paso en falso, puede que ella saliera por la puerta dejándolo con una pensión alimenticia y un divorcio que no podía permitirse porque su sueldo apenas cubría los pagos de la hipoteca.

Pero Andi era, ante todo, una mujer práctica.

—¿Y tú? ¿Qué planes tienes para mañana?

Ella suspiró, se dio la vuelta y se rodeó el esbelto cuerpo con los brazos.

—Lo primero que voy a hacer es ir al hospital. Quiero hablar con los médicos de papá. Y a las dos tengo otra entrevista. —Sacudió la cabeza con una tristeza indescriptible en los ojos—. Es para un trabajo de recepcionista en una clínica de planificación familiar.

—Joder, Andi, ¿es que ya no te queda autoestima? ¿Cuándo vas a poner un límite y decir: «Ya está bien, no voy a seguir avanzando por este camino»?

Nunca le había gritado antes, que él recordara. ¿Qué era lo que le impedía trabajar con él, hacer lo que él quería que hiciera? ¿Era el ego? Porque estaba claro que no era la ambición.

—Pues parece que no —respondió ella con calma—. Sueño en secreto con abrirme camino hacia un trabajo en biología, trabajando de lo que sea hasta que consiga mi doctorado. Quizá por eso los laboratorios de investigación no me quieren. —Se acercó a él y lo miró fijamente—. Me paso el tiempo preguntándome por qué nadie quiere contratarme y por qué me he pasado casi toda la vida estudiando algo que no tiene ningún valor en el mercado laboral. —Inhaló con fuerza—. Y después me preguntó: «¿Soy yo? ¿Soy peor que cualquiera de mis conocidos que tienen trabajo? ¿De verdad soy tan mala? ¿Para qué sirvo?».

—Oh, Andi —susurró él—, lo siento mucho. Estoy seguro de que

podemos encontrar personas a las que les encantaría tenerte...

—No hables en plural, Craig. Tengo que encontrar trabajo yo sola. No quiero que nadie me contrate solo porque soy la mujer de su agente inmobiliario favorito. No lo permitiré, ¿entiendes? —Las lágrimas corrían por su rostro y los sollozos silenciosos le cortaban la respiración, pero eso no la detuvo—. Por eso, cuando me enteré de que estaba embarazada, pensé que por fin había algo que me iba a dar un propósito en esta vida. Algo importante que me permitiera marcar la diferencia. —Se puso a sollozar y cogió un pañuelo para secarse las lágrimas—. Siento estropear tus planes con este embarazo, pero este bebé es lo único que tengo.

Craig se tragó una retahíla de quejas. ¿Por qué ahora? ¿Por qué tenía que pasarle eso a él? ¿No se suponía que estaba tomando anticonceptivos? Esa mujer no era de fiar... Le había tendido una trampa. Había destruido todos sus sueños, arrasando todo a su paso sin siquiera saberlo.

Con suavidad, le tocó la cara con los dedos y le limpió una lágrima.

—No he reaccionado de la manera correcta, pero estoy feliz de tener todos los hijos que quieras. —Le levantó la barbilla con dos dedos—. Te lo juro. —Podía hacerse una vasectomía. A lo mejor se lo cubría su seguro.

Mirándolo a través de un borrón de lágrimas, Andi sonrió tímidamente.

—¿Lo dices en serio?

Se había acabado la crisis. La besó en los labios, demorándose un poco.

—Claro que sí.

Ella lo rodeó con los brazos y apoyó la cabeza en su hombro.

—Te quiero. Espero que sepas cuánto.

—Sí, claro que lo sé —susurró él—. ¿Lo sabe alguien más?

—Todavía no —respondió ella, apartándose un poco—. ¿Por qué?

—Porque deberíamos anunciarlo como Dios manda —dijo mientras los engranajes giraban con rapidez dentro de su mente inquieta—, con una fiesta. Pero una de verdad, para los amigos y la familia.

GOODRIDGE, ABOGADO DEFENSOR: Basándose en lo que

presenció en la fiesta del diecinueve de agosto, ¿cuál era su opinión sobre la relación del acusado con su mujer?

JEREMY HUGHES: Parecían felices. Estaba bien domesticada, si sabe a lo que me refiero. Sabía cuál era su lugar e hizo todo lo posible para ayudar a su marido a ganar dinero. El sector inmobiliario es un negocio brutal.

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: ¿Habló con usted esa noche?

JEREMY HUGHES: Solo me dijo las cortesías habituales. No estaba triste ni nada por el estilo. No crea todo lo que oye en los medios de comunicación. No creo que pasara nada de lo que han dicho.

19

HOUSTON AL AMANECER

Houston había amanecido húmedo, pero a finales de agosto era el mejor momento del día. El cielo púrpura se iluminaba con tonos anaranjados y dorados, los pájaros piaban con fuerza en los árboles, como si tuvieran que pelearse por el último gusano de la tierra, y el olor de la vegetación exuberante tocada por el rocío atraía a Rebecca al porche cada mañana.

Normalmente, esperaba a que Aaron hiciera el café y se preparara para la hora que le dedicaba a la jardinería antes de irse a trabajar. Aquella mañana, tras una noche en vela que había pasado sobre todo en el sofá del salón viendo la televisión con el sonido apagado mientras sus pensamientos divagaban, no esperó a que él se despertara.

Con la primera luz del día, encendió la cafetera y respiró hondo, aliviada de que por fin se hubiera acabado esa noche interminable. Después de un par de minutos y tres pitidos, llenó una taza hasta el borde y salió al exterior, donde la espabiló el persistente frío. Inhalando el aire fresco y perfumado, reprimió un escalofrío y se sentó en el último escalón, en lugar de hacerlo en la butaca de mimbre como siempre.

Mantuvo las manos alrededor de la taza de café, aspirando el vapor amargo que se desprendía del líquido negro que invadía sus sentidos con el apetitoso aroma de la crema de vainilla francesa. Sin embargo, por mucho que lo intentara, solo podía pensar en Hunter.

La puerta mosquitera que había detrás de ella chirrió.

—Buenos días, cielo —dijo Aaron—. ¿Tomando café tú sola?

Rebecca giró la cabeza y sonrió. Aaron parecía cansado, más que

de costumbre. Tenía ojeras y los párpados un poco hinchados. Debía haberse excedido con la sal en la cena. Las comidas saladas y grasientas eran la debilidad de Aaron, aunque él sabía mejor que nadie el daño que ese tipo de comida podía hacerle a la salud de una persona.

—Te traeré uno —se ofreció.

—Ya tengo, gracias —respondió él, levantando la taza, y brindó con la de Rebecca como si estuvieran bebiendo vino—. Salud.

Ella sonrió, pero la tristeza persistente no la abandonaba.

—¿En qué piensas? —preguntó Aaron, sentándose a su lado con un quejido.

—En Hunter. —En cuanto dijo su nombre en voz alta, las lágrimas aparecieron—. Podría haberlo matado, Aaron.

Su marido le pasó el brazo por los hombros. Ella lloró en silencio, dejando salir todo el dolor que se había alojado en su pecho y le había robado el sueño.

—Tu intención era buena —dijo Aaron en voz baja—. Hiciste lo que creíste mejor.

Ella asintió, gimoteando.

—Le provoqué un infarto, eso fue lo que hice.

—No... Los genes y el estilo de vida de Hunter le provocaron el infarto. —Sus palabras tranquilizadoras la hicieron sollozar con más fuerza—. Shhh... —susurró, apretándole los hombros—. Si no se lo hubieras dicho tú, podría haberlo escuchado de otra persona y habría tenido el mismo efecto. Tal vez no ayer ni hoy, pero definitivamente en un futuro cercano. —Le frotó la espalda con la mano para que entrara en calor—. La gente muere, Becca. Todo el mundo lo hace. Ese ataque al corazón se venía gestando desde hacía mucho tiempo y no tuvo nada que ver contigo.

Sollozando, ella lo miró a través de un velo de lágrimas.

—Has visto demasiada muerte, Aaron. Te has vuelto inmune a sus efectos psicológicos. Hablas del tema de una manera muy fría.

Él se rio y bebió un sorbo de café.

—¿Te imaginas cómo habría sido mi vida si no fuera frío con la muerte? No habría durado ni una semana.

—Es verdad —contestó, asintiendo con la cabeza—, pero sigo creyendo que las acciones tienen consecuencias, y las mías casi matan a un hombre. A un amigo muy querido. Puede que Hunter no se recupere nunca y tendré que vivir con eso el resto de mi vida.

—Vamos a analizar esa afirmación —dijo Aaron, dejando su café en el suelo antes de girarse para mirarla. Habló con voz sombría y desapasionada, como si estuviera declarando ante un tribunal—. Supongamos que tienes razón, que la noticia que compartiste con Hunter fue la causa de su ataque al corazón.

—Vale —susurró ella, frunciendo el ceño.

—¿Eras algo más que una mensajera?

—No, pero…

—Entonces, ¿por qué no asumes la responsabilidad, o al menos la compartes, entre tú, que solo fuiste la mensajera, y quien sea o lo que sea que…?

—Ah, ya veo a dónde quieres llegar, y eso no se puede aplicar en este caso.

—¿Por qué no? Arguméntame tu punto de vista. Luego analizaremos qué es un ataque al corazón, qué otras causas contribuyen a tener uno y cómo tampoco compartes responsabilidad con esas causas.

—¿Te refieres a los antecedentes familiares? Recuerdo que dijo que su madre había muerto de un ataque al corazón… ¿O fue de un derrame cerebral?

—Da igual, los dos son accidentes cardiovasculares. —Sonrió, la amabilidad de sus ojos era reconfortante—. Debería aprovecharme de esta victoria fácil, pero, para que lo sepas, las enfermedades cardiovasculares son la principal causa de muerte en Estados Unidos. Tendrías que argumentar que eso tampoco es un factor y que solo tú tienes la culpa de lo que le ocurrió a Hunter. Por cierto, él se alegrará de oírlo, porque eso significaría que, si se recupera del infarto que le *has* provocado, podrá comer todas las hamburguesas que quiera y fumar como un carretero, siempre y cuando no se te permita acercarte a él ni dirigirle la palabra nunca más. Vivirá para siempre, porque tú no estarás allí para causarle la muerte. Menuda suerte tiene el muy cabrón.

Rebecca lo miró con un desafío fingido.

—Nunca te voy a ganar, ¿verdad?

—No. Sobre todo cuando se trata de la muerte y de sus múltiples tentáculos. —Una sombra bañó su frente, arrugándola—. Me paso todo el día mirando la obra de esa bastarda. A estas alturas, ¿crees que no conozco muy bien cómo trabaja la muerte?

Ella se quedó mirándolo durante un largo momento, agradecida

de tenerlo en su vida. Muchos años atrás, cuando aún era joven, había temido que la edad abriera una brecha entre ellos, pero, con cada año que pasaba y cada nueva arruga en su rostro, lo quería más.

—¿Y qué hacemos con lo de Andi?

Aaron se encogió de hombros, cogió la taza y bebió un trago largo.

—Ya le has contado a Hunter lo que está sucediendo, que él haga lo que crea más conveniente.

Rebecca levantó las cejas.

—Está en un hospital. Apenas puede respirar y hacer pis, por el amor de Dios. Deberíamos decírselo a Andi. Es como una hija para nosotros.

Aaron se levantó y le ofreció la mano. Ella la aceptó y se puso de pie, ocultando un pinchazo de dolor lumbar bajo una mueca fugaz.

—Sí, Andi es como una hija para nosotros —dijo Aaron en voz baja, con un tono reflexivo y mesurado—. Pero su padre acaba de tener un infarto. Este otro asunto, por muy feo que sea, no debería pesar en su mente ahora mismo, cuando puede que solo pueda pasar unos días más con su padre.

Había una cruda realidad más allá de las amables palabras de Aaron.

—Eres una persona muy oscura —susurró Rebecca, dándose cuenta de que él tenía razón y de que Hunter podría dejarlos en cualquier momento. Ese día. Al siguiente. Pronto—. Has visto demasiada muerte. —Suspiró y luego apartó un mechón rebelde de la frente de su marido.

—Y tú eres una dama de brillante armadura —respondió él mientras le abría la puerta. Entraron en la casa, donde los pájaros no trinaban y el sol no brillaba—. Una armadura blanca —añadió mientras ella corría hacia las ventanas para abrir las persianas y dejar entrar algo de luz—. Nada menos que a lomos de un caballo blanco.

Rebecca se rio suavemente y lo miró con amor.

—Siempre dispuesta para salvar al mundo de todo mal —continuó diciendo Aaron con la misma voz desenfadada, pero con un trasfondo profundo y serio.

Rebecca se quedó inmóvil, con la mano suspendida en el aire antes de alcanzar la cuerda de la persiana.

—¿Estás insinuando que hice algo malo al intervenir?

—Tú *no* interviniste. Tus acciones no cambiaron el curso de la

historia. Querías saber la verdad por el bien de tu protegida. Hay personas que se pasan toda la vida sin saber qué sucedió para que fracasaran, para que perdieran cualquier posibilidad de alcanzar sus sueños. —Aaron la besó en la frente—. Andi es afortunada por tenerte. —Cogió la llave del coche de la mesa, se detuvo en la puerta y añadió—: Cuando llegue el momento, puede que intervengas, y no hay nada malo en ello; pero tienes que dejar que sea ella la que se acerque a ti. Tiene que ser dueña de su vida y de las consecuencias de sus actos.

20

UNA PROMESA

Aún era hora punta cuando Andi condujo hasta el hospital para ver a su padre. Mezclados con el temor por su salud, los recuerdos de la noche anterior la agitaban constantemente. Ella y Craig nunca habían discutido. Nunca habían tenido una pelea de verdad. Sin embargo, aunque él había hecho todo lo posible por ocultar sus verdaderos sentimientos, ella percibía que no le entusiasmaba nada su embarazo. No quería al bebé.

Quizá le costaba acostumbrarse a la idea de ser padre, porque desde luego no había pensado en ello como una prioridad. Primero quería tener seguridad económica, y cuanto más lo pensaba Andi, más se daba cuenta de que tenía razón. No podía conseguir trabajo por más que lo intentara. Habían firmado lo que parecía ser una hipoteca agobiante, aunque ella nunca había conseguido sonsacarle ningún detalle.

«Todo saldrá bien», se repetía a sí misma, forzándose a creerlo un poco más cada vez. Puede que él quisiera otra cosa, y puede que tuviera razón al decir que necesitaban estabilidad económica antes de ser padres, pero *ya* estaba embarazada, y eso no podía cambiarse. Sin embargo, se sentía culpable porque había dejado de tomar anticonceptivos sin pensar en las consecuencias. Creía que tendría que esperar mucho tiempo después de dejarlos para quedarse embarazada... Por lo menos, más de tres semanas.

La noche anterior había acabado mal, y ella tenía casi toda la culpa. Emocionalmente agotada después del infarto de su padre y esa fiesta interminable, entristecida y conmocionada tras ver la reacción

de Craig a lo que ella esperaba que fuera una noticia emocionante, aquel día la había dejado hecha un manojo de nervios.

Y había estallado.

Le había dicho cosas a Craig que él no se merecía escuchar, cosas que surgieron de un rincón profundo, retorcido y oscuro de su mente, cosas que ni siquiera ella sabía que pensaba. En voz alta y chirriante, lo había acusado de utilizarla, de no importarle una mierda sus sentimientos, lo que ella quería en la vida. Lo había aguijoneado con palabras afiladas y cortantes hasta que él había salido de la habitación dando un portazo tras de sí. Había vertido sobre él un torrente de acusaciones: nunca compartía con ella sus planes a largo plazo y no le dijo que quería comprar esa casa, y Andi seguía sin saber cuánto les había costado. ¿Cómo podía saber las dificultades económicas que atravesaban, cuando él nunca le contaba nada y, sin embargo, se compraba trajes de Zegna y zapatos de Ferragamo? ¿Y eso de contratar a una empresa de mudanzas? ¿Dónde había quedado lo de pedir ayuda a unos amigos y alquilar un camión?

Eso no cambiaba el hecho descorazonador de que ella era incapaz de ganar un sueldo. No era más que un gasto adicional, y ahora lo había empeorado al quedarse embarazada.

Por primera vez desde que estaban juntos, Craig había dormido en el salón, en la cama convertida en sofá, mientras que ella lo había hecho en la habitación de invitados, donde había llorado sobre la almohada hasta que se había quedado dormida. Cuando se despertó a las siete de la mañana, él ya se había ido.

Encontró el colgante azul donde se lo había quitado la noche anterior, y se lo puso como un gesto silencioso para mostrar lo arrepentida que estaba por su arrebato, como una manera de mantener a Craig cerca de su corazón. Lo llamó al móvil para disculparse, pero saltó el buzón de voz. Luego condujo hasta el hospital, sin tomar café ni desayunar, deseosa de ver a su padre.

¿Seguía vivo? Había comprobado su teléfono innumerables veces durante la noche y no tenía ningún mensaje. Si hubiera pasado algo, la habrían llamado independientemente de la hora, ¿no? Al entrar en el aparcamiento del hospital, tomó aire y lo retuvo durante unos segundos, tranquilizándose. No había razón ni excusa para que su padre percibiera su angustia. Probablemente solo le haría más daño, casi tanto como si le contara lo del embarazo.

Una lágrima se deslizó por su mejilla mientras entraba en el edificio y se dirigía a los ascensores. Parecía que nadie quería a ese bebé, pero ella sí, desesperadamente; el instinto de protegerlo a toda costa alimentaba su amor por la vida nonata que crecía en su interior.

Corrió hacia la habitación trescientos siete y se quedó paralizada en la entrada, sintiendo cómo la sangre se le iba del rostro. La cama estaba vacía; las sábanas, cambiadas; los monitores, apagados. Débil y con náuseas, se dirigió vacilante hacia el puesto de enfermeras.

—Estoy buscando a mi padre, Hunter Wilmore —le dijo a una joven que estaba revisando una pila de historiales—. Por favor, ¿me puede decir dónde está?

Ella no levantó los ojos de los papeles.

—En la quinta planta. Habitación cinco, diez, creo. —Por fin miró a Andi y sonrió—. Son buenas noticias. Ha salido de cuidados intensivos.

Andi respiró, todavía agarrada al mostrador para mantener el equilibrio, reacia a soltarlo. Al final lo hizo y se dirigió hacia los ascensores y luego, a la quinta planta.

Estaba despierto y leyendo un periódico. Un tubo le suministraba oxígeno a través de las fosas nasales y varios cables salían de su bata, conectados a una de las máquinas que había junto a la cama. En el dedo índice izquierdo llevaba un pulsioxímetro. El monitor situado sobre su cabeza emitía un pitido silencioso con una cadencia constante y tranquilizadora.

—Papá —susurró, y luego corrió hacia la cama.

Él dejó caer el periódico y abrió los brazos, y ella acurrucó la cara contra su pecho, escuchando los fuertes latidos de su corazón, como solía hacer cuando era pequeña.

—No llores, mi dulce niña —susurró—, no hay nada por lo que llorar. Me pondré bien, ya verás.

Andi se secó los ojos con los dedos y se sentó a un lado de la cama.

—Me diste un buen susto, papá.

—Ja, tendrías que haber visto a la señora Carson, la anciana que tiene un caniche mestizo. —Andi asintió. La conocía bien. La señora Carson llevaba yendo a la clínica desde que Andi era pequeña y solía ir a la clínica para acariciar y dar de comer a los animales internados —. Creo que casi le da un infarto a ella también cuando me tumbé en

el suelo y le pedí que llamara a Gabrielle. —Su voz era débil y sin aliento, pero había humor en ella—. Siempre es bueno tumbarse en el suelo cuando sientes que vienen estas cosas, para no partirte la cabeza —dijo mientras se golpeaba el cráneo con el dedo y soltaba una risita.

—Vale, papá, genial. Intentaré recordarlo la próxima vez que *me* esté dando un infarto. —Se rio y tocó el colgante.

—Siempre me ha gustado ese colgante, aunque parece un poco tosco —comentó—. Craig podría tener mejor gusto.

Los ojos de Andi se nublaron con un rápido fruncimiento de ceño. Tal vez todavía estaba confundido por todos los medicamentos que le habían administrado.

—¿Siempre? ¿A qué te refieres? Craig me lo regaló ayer, antes de la fiesta.

Le tocó a su padre fruncir el ceño.

—¿De verdad? —dijo casi en un susurro—. Debo estar confundido entonces. Algunos de estos medicamentos son como alzhéimer en vena. —El destello de una sonrisa asomó a sus labios mientras su ceño empezaba a disiparse—. Si yo fuera un perro y mi dueño —la señaló con un gesto de la mano— dijera que actúo confuso justo después de haber sufrido un infarto, le diría: «¿Qué esperabas? Va a estar un poco indispuesto durante un tiempo. Necesita descanso, paseos lentos, dieta blanda…».

—Ajá —comentó ella, y le señaló con el dedo—. Entonces, ya sabes lo que tienes que hacer.

Hunter se acomodó un poco y pulsó un botón para elevar el respaldo, probablemente preparándose para montar una defensa contra sus propios argumentos. La puerta de la habitación se abrió y entró un hombre vestido con un pijama sanitario de color verde. Llevaba una mascarilla quirúrgica colgando del cuello.

—Soy el doctor Pontiff, el cardiólogo del señor Wilmore —dijo, tendiéndole la mano.

Andi se abstuvo de sonreír al oír su nombre, apreciando el cálido y confiado apretón de manos. Resultaba sorprendente que los médicos siguieran estrechando la mano de los pacientes. Probablemente no les importaba porque, de todos modos, se las lavaban después de cada interacción con el paciente.

—Sí, todo el mundo tiende a reírse por lo bajo cuando me presento —añadió el doctor, que tenía un toque de humor en la

mirada—. Puede imaginarse cuál era mi apodo en el instituto, pero le prometo que hoy no voy a pontificar.

—Andi Wilmore —respondió ella, omitiendo su apellido de casada sin saber por qué—. Soy su hija.

—Me lo imaginaba. Hay cierto parecido. —Sacó un taburete de cuatro patas y se sentó a los pies de la cama a hojear el historial. Su sonrisa se desvaneció. Cuando levantó la vista, su mirada era muy seria—. Su padre sufrió un IAMSEST o infarto de miocardio sin elevación del segmento ST. Eso significa que el bloqueo era parcial, no completo. Le estamos tratando con inhibidores de la ECA y una combinación de medicamentos disolventes de coágulos y anticoagulantes para prevenir futuros coágulos. —Hizo una pausa, probablemente esperando las preguntas de Andi, pero ella no fue capaz de articular ninguna palabra—. Ahora mismo, su padre está fuera de peligro. Se encuentra en lo que llamamos un estado grave pero estable.

—Los médicos siempre lo pintan todo muy mal —dijo el doctor Wilmore—. Lo sé muy bien. Yo también soy así, pero, en mi caso, mis pacientes no entienden nada de lo que digo.

El cardiólogo sonrió, pero esa sonrisa no quitó la seriedad de su mirada.

—Usted es veterinario, ¿verdad? Entonces, entenderá perfectamente lo que voy a recomendarle.

Andi se llevó las manos al regazo para mantenerlas firmes. Su respiración se entrecortó, temiendo cada palabra que estaba a punto de salir de la boca del hombre. Las bromas de su padre le decían que estaba igual de asustado, solo que no quería demostrarlo. Ella le cogió la mano y se la apretó.

—Tendrá que vivir en una residencia asistida durante los próximos tres a seis meses, como mínimo —anunció el doctor Pontiff.

—¿Qué? No —dijo Andi, poniéndose de pie, pero sin soltar la mano de su padre—. No hay necesidad de eso. Yo puedo cuidar de él.

—Andrea —dijo el doctor Wilmore con suavidad—, deja hablar al doctor. A lo mejor sabe lo que está diciendo.

—Señorita Wilmore, su padre no puede hacer ningún esfuerzo durante un tiempo. Necesitará una enfermera las veinticuatro horas del día y un médico que pueda estabilizarlo en caso de que ocurra algo. Mientras tanto, estamos considerando varios procedimientos

para acelerar su recuperación. Angioplastia, para abrir las arterias y terapia con células madre, para ayudar al músculo dañado a recuperarse con más rapidez. Necesitará asistencia médica que usted no podrá proporcionarle en un entorno doméstico. Nadie podría.

Las lágrimas corrían por su rostro, pero no sollozaba. Era como si sus ojos se desbordaran por el dolor que sentía en el pecho. Se giró hacia su padre.

—Cuidaré de ti, lo prometo. Vendré todos los días, y superaremos esto juntos. Ya verás.

—Doctor Wilmore —dijo el doctor Pontiff al cabo de un rato—, quiero que sepa que estamos haciendo todo lo que está en nuestra mano para devolverle la salud lo antes posible. Y, señora Wilmore, lo peor ya ha pasado. Con cuidados y paciencia, es posible que su padre logre una recuperación completa.

Estaba descentrada. Pensamientos extraños y observaciones inusuales que no venían al caso acudieron a su mente: el color de la ventana y cómo refractaba la luz del sol con matices de azul verdoso sobre las paredes blancas, la cálida sequedad de la mano del doctor Pontiff cuando volvió a apretar la suya antes de salir de la habitación, el ligero parpadeo de la luz fluorescente del techo…

Se sentó a un lado de la cama, luchando por ordenar sus pensamientos errantes.

—T… te llevaré conmigo —balbuceó—. En cuanto te dejen volver a casa, te llevaré a vivir con nosotros. Esa casa es enorme —dijo con una risita—. Hay mucho espacio.

—Mi dulce niña —susurró él, llevándose su mano a los labios. La mantuvo allí un rato y cerró los ojos, brillantes—. Sabes muy bien que no sería bienvenido allí.

—Eso no es verdad —susurró ella—. Te equivocas.

—Él no me querrá allí, te lo aseguro. —Antes de que pudiera volver a resistirse, él dijo—: Necesito que hagas otra cosa por mí.

—Claro, lo que quieras —dijo ella, conteniendo la respiración. La petición de su padre había sonado bastante sombría…

—Cierra la casa. Me refiero a nuestra casa. Vacía la nevera, corta el agua. Véndela si quieres. Hace tiempo que está a tu nombre. La escritura está en mi escritorio, en el cajón del medio.

—¿Qué? ¿Vender nuestra casa? —Intentó contener un sollozo, pero no lo consiguió—. De ninguna manera… Vas a salir de esta… Vas a volver a casa. —Sus hombros se sacudieron mientras rompía a

llorar amargamente y sus palabras se convirtieron en sollozos apenas inteligibles—. No me vas a dejar sola aquí para lidiar con este mundo estúpido e increíblemente loco que no tiene sentido.

—Shhh, Andrea, no te voy a dejar —la tranquilizó, con un humor forzado en su voz—. Todavía no. Tardaré un tiempo. Incluso comeré tofu o lo que sea si eso te hace sentir mejor. Cenaré la comida para conejo de la clínica. ¿Qué dices, eh?

Ella lo miró como si fuera la última vez que fuera a verlo, preguntándose si todavía estaría allí al día siguiente. ¿Sería capaz de cumplir su promesa? ¿Cuántas personas habían hecho la misma promesa en esa misma cama, para acabar rompiéndola junto con los corazones de sus seres queridos? Lo único que tenía era el ahora... Los preciosos momentos que aún les pertenecían a los dos.

Eso y la nueva vida que crecía en su interior eran sus únicas certezas.

21

FAMILIA

Craig dijo una palabrota en voz baja, revolviendo la pasta con rabia mientras miraba la salsa Alfredo que se cocinaba a fuego lento en el cazo. La cena ya casi estaba lista, y Andi aún no había llamado ni regresado a casa. Eran casi las nueve.

A lo mejor se había excedido.

Salir del dormitorio la noche anterior dando un portazo había sido muy mala idea. Dejar que Andi llorara sola toda la noche tras un día complicado como el que había tenido podría resultar en un error fatal. Sí, se había quedado embarazada..., pero seguía siendo su Andi, su bellísima y deslumbrante mujer. El embarazo era poco más que una molestia. Algunos desaparecían por sí solos o eran falsas alarmas. Pero no podía volver a ocurrir.

Ese mismo día, había dudado antes de concertar la cita para la vasectomía. ¿Y si, dentro de veinte años, le apetecía tener un hijo? Alguien que se hiciera cargo del negocio y que fuera socio de los hijos de Jude si los tenía. Alguien que cuidara de él en su vejez, que le hiciera compañía, como Andi hacía con su padre. Por eso colgó sin pedir cita para el procedimiento. ¿Eran reversibles esas cirugías? ¿Había algún hombre que hubiera procreado después de revertir su vasectomía?

Ya tendría tiempo de averiguar todo eso.

Hasta entonces, tenía una mujer por ahí, a saber dónde, que no le hablaba. Eso era descorazonador. La necesitaba a su lado todo el maldito tiempo. Confiaba en ella: era su apoyo, su pilar, el acero que lo sostenía. Y ella no estaba porque él había abierto su bocaza, diciendo solo cosas equivocadas, cuando decir las correctas habría

supuesto una gran diferencia. Necesitar a las personas... era una mierda.

La pasta estaba lista, hervida a la perfección, al dente. Apartó la cazuela a un lado. Como estaba puesta la campana extractora, no oyó entrar a Andi.

—Hola —dijo ella, de pie en medio de la cocina, cambiando su peso de una pierna a la otra. Jugaba nerviosa con el colgante azul que él le había regalado, lanzándole miradas de disculpa a él, a la mesa puesta y a los fogones.

Llevaba el colgante. Era una buena señal.

—Cariño, lo siento mucho —dijo Craig, dejándolo todo y corriendo hacia ella.

La estrechó entre sus brazos y le besó los labios con avidez, de forma posesiva. Le habría gustado arrancarle la ropa de su cuerpo desafiante y tomarla allí mismo, en el suelo de la cocina, hasta que se olvidara de todo y de todos excepto de él.

Andi respondió apasionadamente, susurrando cosas que él no entendía.

—Me tenías muy preocupado —le murmuró al oído—. No me vuelvas a hacer esto.

—Estaba en el hospital —dijo Andi, apartándose con suavidad—. Con papá.

Craig frunció el ceño.

—Me lo imaginaba. ¿Cómo está?

Andi sacó una silla de debajo de la mesa y se sentó. Esa noche Craig se había esforzado mucho. La mesa estaba puesta con un mantel de damasco blanco, velas blancas listas para que las encendiera y los mejores adornos. Y, sin embargo, ella no parecía darse cuenta. Para Andi, probablemente era lo mismo que comer pescado frito en un plato de papel en la playa y lamerse los dedos grasientos después de cada trozo.

—Está bastante mal, Craig. Va a necesitar asistencia, cirugía y operaciones. —Se secó los ojos con un rápido movimiento de los dedos. Llevaba llorando mucho más tiempo que los pocos minutos que habían pasado juntos desde que había vuelto. Tenía los ojos rojos e hinchados.

Él apagó el fuego y apartó el cazo. Luego se giró hacia ella y se quedó inmóvil un instante, sintiendo que una oleada de rabia le incendiaba las entrañas. Tenía arena en los zapatos. Puede que

hubiera estado en el hospital un buen rato, pero ese no había sido el único lugar en el que había estado mientras él se volvía loco de preocupación y la llamaba una y otra vez, obteniendo como única respuesta el mensaje del buzón de voz.

Cada vez que tenía que tomar una decisión importante o quería huir de algo, Andi acudía al Golfo de México igual que la mayoría de la gente acude a ver a amigos y familiares en busca de respuestas, apoyo y consejo. Se había quedado mirando el océano durante horas, sin apenas moverse, y esa experiencia la recargó de alguna manera, como si el propio mar fuera su fuente de energía. Desde la boda, no había estado allí sin él.

Hasta ese momento.

La noche anterior, había llevado las cosas demasiado lejos.

No iba a repetir los mismos errores, eso estaba claro. Su gran boca iba a permanecer cerrada a menos que tuviera las palabras correctas preparadas, listas para ser pronunciadas con la entonación adecuada y el lenguaje corporal apropiado.

Abrió la nevera, sacó una de las mejores botellas de vino y cogió el sacacorchos de camino a la mesa. Con un par de movimientos rápidos, descorchó la botella con un sonoro chasquido y vertió un poco de borgoña en las dos copas. Permaneció de pie sosteniendo una en la mano e invitó a Andi a unirse a brindar con él.

—Pase lo que pase, estoy aquí para ti, para ayudarte con todo lo que necesite tu padre. —Chocó su copa contra la de ella.

Andi levantó la suya con dedos pálidos y temblorosos y apenas probó el vino antes de dejarla sobre la mesa. Sus ojos permanecían bajos, como si las baldosas de la cocina fueran mucho más interesantes que él.

¿Qué escondía?

—Tienes arena en los zapatos —comentó Craig, manteniendo un tono desenfadado.

Ella le lanzó una rápida mirada de disculpa.

—Me echaron del hospital a las siete. Quería ver el mar.

Él consiguió fingir una sonrisa alentadora.

—¿Y cómo te fue? ¿Viste la puesta de sol?

Otro instante de silencio.

—Sí y también algunas crías de tortuga —dijo ella con una leve sonrisa en los labios.

—¿Crías de tortuga? —Su voz había sonado seca y su tono, más

alto de lo que hubiera querido. ¿Por eso se había vuelto loco de preocupación? ¿Por unas crías de tortuga?

—En esta época eclosionan los huevos de las tortugas marinas —dijo riéndose en voz baja, mientras una lágrima rebelde rodaba por su mejilla—. Quería oír las olas, contemplar la puesta de sol, ver los pájaros... Esa es la única biología marina a la que tengo acceso. —Su voz estaba teñida de tristeza y pesar—. No iba a estar fuera mucho tiempo. Pero entonces tuve una idea irracional, casi mágica, de que si veía una cría abriéndose camino hacia el océano, estaría bien. Y papá también estaría bien. Y nuestro bebé...

Craig le apretó el hombro y ella se apoyó en él.

—Me gustaría haber estado allí contigo, eso es todo —dijo Craig con dulzura—. No tenía ni idea de dónde estabas. Tenía miedo.

—Lo siento —susurró Andi, bajando de nuevo la mirada—. Las cosas que dije...

—No pasa nada. Lo entiendo. —Dejó la copa vacía sobre la mesa y se acercó a la encimera para rallar el parmesano—. Mañana te explicaré nuestro estado financiero. Responderé a todas tus preguntas, te lo prometo. —Se giró hacia ella brevemente, sosteniendo un trozo de queso con dos dedos, e hizo un gesto con él —. Pero solo si prometes que no te vas a asustar.

Andi lo miró fijamente, preocupada.

—¿Tan mal estamos?

Craig continuó rallando el parmesano.

—No, no estamos tan mal. Piensa en esto como una inversión en nuestro futuro. Como en cualquier negocio, al principio solo estamos comprando cosas. Estamos construyendo, gastando dinero y recursos. Después empezaremos a ganar dinero, mucho dinero, que no tendríamos oportunidad de ganar si no hubiéramos invertido al principio. —Terminó de rallar y dejó el rallador en el fregadero, luego se lavó las manos—. Por eso no quería que vieras los números todavía. Puede que parezcan más aterradores de lo que son en realidad.

Aparentemente distraída, Andi se agarraba y se soltaba las manos sobre el regazo.

—Lo último que quiero es asustarte o hacerte sentir aún peor por no tener trabajo.

Ella asintió, moqueando, con los ojos aún bajos.

—Gracias por hacer la cena —susurró—. Huele genial.

Craig sonrió.

—Es tu comida favorita: pasta Alfredo con hierbas y bastantes especias, como a ti te gusta. —Hizo una reverencia rápida—. ¿Puede traerle algo más el chef, señora Brafford? ¿Tal vez un poco más de vino?

Andi sonrió y lo miró sin decir nada.

—¿Nada de nada? —Craig permaneció de pie, con la manopla de cocina en la mano, tomándose su papel tan en serio como podía. Deseaba saber qué decir o hacer para sacar a Andrea de dondequiera que estuviera y traerla al presente con él y aquella pasta.

Ella extendió una mano hacia la suya en un gesto silencioso de súplica.

—¿Podría papá venir a vivir con nosotros si la residencia es demasiado mala o cuando le den el alta?

Craig cogió aire. *«Genial... Entonces, ya solo nos faltaría un payaso para ser un puto circo»*.

Sin vacilar, respondió:

—Por supuesto que podría. Es de la familia. —Se sirvió más vino en la copa y se lo bebió de un trago—. Aunque me preocupa un poco, si te digo la verdad. Sé que no le caigo muy bien. Tengo miedo de que su presencia pueda dañar nuestra relación.

—Gracias —susurró Andi—. Necesitaba escuchar que lo acogerías en nuestro hogar. Estoy segura de que su presencia no dañaría lo que tenemos. —Otra lágrima descendió por su rostro—. Últimamente solo pienso en la familia, en qué fácil es perder a las personas a las que queremos y en lo importantes que son... No hay nada más importante en el mundo.

A Craig no le gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación, pero la estaba escuchando de todos modos. Siempre valía la pena ver de dónde venía el tren antes de pisar las vías. Antes de entrar en el túnel.

—¿Has hablado con tus padres últimamente? —preguntó Andi.

Craig bajó la cabeza para ocultar su frustración.

—Ya te dije que estamos distanciados. Tuvimos una especie de pelea.

—No vinieron a la boda. ¿Los invitaste, como habíamos hablado?

Él negó con la cabeza.

—No. Tomamos caminos separados hace mucho tiempo.

—Pero... ¿No los echas de menos?

Le tocó los labios con el dedo índice, para que dejara de hablar.

—Confía en mí, es mejor así. —Le cogió la mano y tiró de ella hasta que se puso de pie—. Tú eres todo mi mundo, Andi. —Le dio un beso rápido en los labios—. Pero apestas a hospital, y te lo digo con todo mi cariño. ¿Crees que podrías darte una ducha rápida antes de que se enfríe la pasta?

Unos minutos más tarde, cuando ella volvió de la ducha con un albornoz de rizo rosa y unas zapatillas de pelo, él había llenado los platos con fetuchini y salsa Alfredo, había añadido queso parmesano por encima y había espolvoreado la cantidad justa de perejil, orégano y albahaca frescos.

22

BUSCAR

Andi miró la pantalla con incredulidad. Era muy tarde... Había pasado con creces la hora a la que había puesto la alarma en su teléfono la noche anterior. Tenía una entrevista en menos de dos horas en pleno centro de Houston.

Saltó de la cama y corrió al baño, sedienta, con un sabor amargo en la boca. Estaba un poco mareada, débil incluso, y se arrepintió al instante de la prisa con la que había abandonado la comodidad de la cama. Puede que estuviera incubando algo.

Con rapidez, se enjuagó la boca y se cepilló los dientes. Luego empezó a vestirse, tras elegir con cuidado su atuendo. Estaba sobrecualificada para el trabajo de atención al cliente al que aspiraba, no quería que ir demasiado arreglada jugara en su contra.

Había sido una semana dura después del infarto de su padre y aquella fiesta. Su primera discusión con Craig había quedado en el olvido, o al menos eso esperaba. Había estado más dulce que nunca, más tranquilo con ella, más atento, aunque ella se daba cuenta de que estaba sometido a un estrés considerable. Continuaba trabajando muchas horas, algunas de la tarde, desde su despacho en casa, donde estaba siempre al teléfono, intentando contactar con personas influyentes. Andi lo oía a través de las paredes, no era nada fácil.

Con su padre en rehabilitación cardíaca —así llamaban a la residencia asistida temporal para personas que se recuperaban de todo tipo de problemas cardíacos—, Andi se había visto incapaz de pasar tanto tiempo con él como hubiera querido. Su cardiólogo, el doctor Pontiff, le había explicado sin medias tintas que los pacientes

se obligan a sí mismos a permanecer despiertos y parecer animados cuando recibían la visita de seres queridos cuando, en realidad, deberían estar descansando. Podía ir a verlo todos los días, por supuesto, pero solo durante una hora.

El mismo médico le había asegurado que la recuperación del doctor Wilmore marchaba según lo previsto y que el paciente se había mostrado dispuesto a hacer lo posible para recuperarse antes. La angioplastia se había realizado con éxito, reduciendo el riesgo futuro. Su padre se tomaba las medicinas y comía y descansaba bien. Pronto, en unos meses, podría irse a vivir con ella.

Todos los días, a eso de las cinco de la tarde, Andi se presentaba en el Centro de Rehabilitación Cardiaca y llevaba a su padre en silla de ruedas al exterior para pasar un rato juntos respirando aire fresco y disfrutando de la suave puesta de sol de principios de otoño. Aún no le había hablado de su embarazo. Insegura sobre cómo reaccionaría, dado que sus sentimientos hacia su marido no habían cambiado, pensó que lo mejor sería dejar pasar más tiempo antes de darle la noticia.

Craig tenía razón, como siempre, al sugerir que esperaran uno o dos meses más antes de contárselo a sus amigos y a la familia de ella en una acogedora fiestecita en casa. Quizá para entonces ya le habrían dado el alta a su padre y si no, seguro que lo dejaban salir una tarde. Rodeado de amigos que se alegrarían por ella y Craig, puede que el doctor Wilmore se relajase un poco y la noticia de su embarazo no le disgustara tanto como Andi temía.

Era difícil saber lo que iba a pasar. ¿Se pondría triste porque era el bebé de Craig? ¿O la noticia le alegraría porque era de su hija, su propio nieto? ¿Podría la pequeña vida que crecía en su interior convertirse en el puente entre los dos hombres más importantes de su vida? Eso esperaba. Le dolía el corazón cada vez que pensaba en la ruptura entre los dos.

Casi completamente vestida, trotó descalza por la casa mientras cogía sus cosas. El colgante azul fue el toque final a su atuendo, y se lo abrochó apresurada, justo antes de abrir la nevera para tomar una rebanada de queso suizo de camino a la puerta.

Una oleada de náuseas la paralizó y la hizo correr hacia el lavabo. Últimamente, las náuseas eran cada vez más intensas. Desde hacía dos noches las arcadas eran tan intensas que sentía como si el revestimiento de su estómago quisiera desprenderse. Cuando por fin

terminó de vomitar, estaba sin aliento y desfallecida por el esfuerzo. El sabor de su boca era amargo y extraño, aunque su estómago estaba vacío, excepto por un vaso de agua.

Cuando levantó los ojos del lavabo, se vio en el espejo. Estaba pálida, sus labios apenas tenían color y su rostro estaba demacrado. Había vomitado todas las mañanas de los últimos días, pero pronto acabaría. Toda la información que leía en Internet hablaba de que el primer trimestre era el peor y que luego todo se estabilizaba. Bueno, excepto por los antojos ridículos de comida, como pepinillos, comida china y limones.

Respirando despacio para contener las náuseas, pensó en una rodaja de limón, y ese pensamiento se convirtió en un antojo de algo ácido. Un rápido vistazo al teléfono le confirmó que aún tenía tiempo para hacer lo que se había propuesto ese día.

Era hora de conocer a los padres de Craig.

El día anterior, rebuscando entre los documentos personales de Craig, había encontrado su partida de nacimiento. Se llamaban Louise y Murray Brafford. Craig había nacido en un hospital de Austin. Solo tenía que buscar su dirección en Internet.

No muy contenta con su palidez fantasmal tras el ataque de náuseas, se maquilló rápidamente y se retocó el brillo de labios. Luego se dirigió a la cocina, donde encendió el portátil y esperó a que se cargara mientras cortaba un limón por la mitad y empezaba a lamer el zumo que goteaba, disfrutando de su frescor mientras le cortaba las náuseas.

Un momento después, jadeó y lanzó el limón a la basura mientras corría hacia la nevera. El zumo le estaba quemando el estómago. Le quitó la tapa a un envase de yogur y se tragó el equivalente a una cucharada. Al llegar a su estómago, calmó su dolor.

El primer trimestre se le estaba haciendo eterno.

Respirando aliviada, se sentó y comenzó su búsqueda. Unos instantes después, encontró a un tal señor Murray Brafford que vivía en Smithville, Texas. La aplicación de navegación de su teléfono le dijo que estaba a menos de dos horas si cogía la I-10. Pensó en enviar la dirección de los Brafford desde el portátil a su teléfono por un SMS, pero luego decidió no hacerlo.

Craig podría tropezarse con el mensaje y enfadarse mucho con ella por ir a conocer a sus padres en contra de sus deseos expresos. Tanto ella como Craig usaban ese portátil.

En lugar de eso, memorizó la dirección, preguntándose por qué estaba haciendo algo de lo que Craig no debía enterarse. No tenía secretos para su marido... Ese era el único. ¿Estaba mal ir a ver a sus padres y presentarse? ¿Había sido muy grave su pelea?

Estaba a punto de descubrirlo.

Borró el historial de búsquedas del navegador, apagó el portátil y cerró la tapa.

En el remoto caso de que no quisieran saber nada de su hijo, Craig nunca se enteraría de su viaje. Sería como si no hubiera ocurrido nunca. Pero, si su bebé podía tener más abuelos en su vida, ella quería contribuir a que eso fuera posible. Los abuelos hacían que la infancia fuera maravillosa.

23

VENTAJA

No había ninguna visita programada para ese jueves, y Craig había decidido dedicar el día a hacer llamadas telefónicas. Después de la fiesta del diecinueve de agosto, había firmado un par de acuerdos exclusivos y había puesto las casas en venta con la agencia, pero las había anunciado fuera del ámbito que Jeremy Hughes conocía. Había puesto los anuncios él mismo, pagándolos de su bolsillo, y había promocionado la propiedad entre residentes de California y Nueva York, *baby boomers* adinerados que buscaban jubilarse en algún lugar cálido e incluso extranjeros que querían asentarse en el país.

Había funcionado. Mucha gente mostró interés y una de las casas estaba a punto de venderse por más de cuatrocientos mil dólares por encima del precio que había puesto el cliente. Su comisión extraoficial era del diez por ciento de esa cantidad. Una pequeña parte iría a parar a su jefe, pero al menos la hipoteca estaría cubierta durante unos meses.

Sí, había funcionado. Pero no lo bastante rápido. Podrían pasar meses e incluso años antes de que quedaran disponibles otras propiedades de la *primera docena*, como llamaba a los asistentes a la fiesta del diecinueve de agosto. Necesitaba otra docena y después otra más.

Dejó la chaqueta del traje en el respaldo de la silla y se arremangó la camisa. Aun así, hacía calor en la sofocante oficina. Se aflojó la corbata y se dirigió a la cocina para ponerse otro café. Luego llenó la taza con un puñado de cubitos de hielo. De vuelta en su despacho,

hizo un gesto con la cabeza y sonrió a Mary, para luego observar durante un breve instante cómo se encendían sus mejillas.

Tenía ese efecto en las mujeres, independientemente de su edad. A lo mejor podía encontrar alguna manera de aprovecharlo. ¿Y si llamaba a las mujeres de la primera docena y les pedía referencias? ¿Les importaría a sus maridos? «Mierda... Seguro que sí». Craig sabía que a él le sentaría muy mal si algún agente inmobiliario llamara a Andi a sus espaldas.

¿Y si le pedía a Donati que le diera algún contacto? Ese hombre conocía a todo el mundo y estaba dispuesto a aportar capital a la aventura empresarial de Craig. Tal vez estuviera dispuesto a hacer algo más. ¿Los padres de Jude estarían dispuestos a ayudar? No conocían a mucha gente, pero le servía cualquier contacto. Craig nunca escatimaba en trabajo, esfuerzo ni creatividad cuando estaba decidido a alcanzar una meta. Sin embargo, carecía de algo muy importante: paciencia. No quería esperar años y años hasta que su negocio creciera. Quería que brotara como la planta de habichuelas de Jack, pero potenciada.

Lápiz en mano, se quedó mirando una hoja en blanco en la que había escrito: «LISTA» y había subrayado la palabra dos veces. Ningún nombre había aterrizado allí desde que había empezado a hacer llamadas aquella mañana. Cuando sonó su teléfono, se sobresaltó y dejó caer el lápiz, que rodó por el suelo hacia la pared y se detuvo al llegar a un pliegue de la moqueta desgastada.

No reconoció el número.

—Soy Craig Brafford —dijo en lugar del habitual «hola». Le encantaba ser profesional a riesgo de parecer engreído. Era mucho mejor que parecer superficial.

—Craig, soy Truman Haskett —dijo una voz seria que le resultaba familiar. Era un pez gordo de la primera docena, un magnate con fábricas y una mujer despampanante y demasiado joven para él.

Él sonrió. El número tres de la primera docena probablemente quería comprar o vender una casa.

—Señor Haskett, me alegra su llamada. ¿Qué puedo hacer por usted?

Un instante de silencio hizo que la frente de Craig se frunciera. La cosa no estaba empezando nada bien.

—Tengo un pequeño problema de liquidez —dijo Haskett finalmente, después de dejar escapar un largo suspiro de frustración.

Hablaba en voz baja, como si quisiera mantener la conversación en secreto—. Necesito deshacerme rápido de una propiedad que tengo, no sé si me entiendes…

Craig volvió a sonreír.

—¿Con qué rapidez quiere que se venda?

—Mañana sería perfecto.

—Oh —reaccionó Craig, recuperando su lápiz favorito del suelo.

—Tengo la oportunidad de invertir en ciertas materias primas y sacar tajada en el mercado, pero debo hacerlo ya.

—Entiendo. Estaré encantado de ayudarlo. Lo primero que necesito saber es la dirección de la propiedad.

—Está en el Memorial Villages, justo al lado de Taylorcrest Road. Es un buen barrio con excelentes colegios. Es una casa de trescientos setenta metros cuadrados moderna y de primera categoría, con todas las mejoras que se te ocurran porque mi mujer y yo no hemos escatimado ni un centavo.

Craig odiaba cuando los clientes le hablaban de sus inmuebles, era una pérdida de tiempo. Lo único que necesitaba era la dirección. Así podría sacar el historial de la propiedad, averiguar por cuánto se había comprado y otras cosas que necesitaba saber.

—Qué maravilla. Eso ayudará a venderla rápido. —Después de dudarlo, decidió no volver a preguntar por la dirección, pero intentó conseguirla de otra manera—. ¿Puedo verla?

—Es el número mil quinientos nueve de Timber Hill Court. Está vacía. Pásate por mi oficina a por las llaves. Se las dejaré a mi ayudante por si no puede sacarme de alguna de mis reuniones.

Craig tecleó rápidamente la dirección en el ordenador. La casa era impresionante, con un valor de mercado estimado en casi tres millones de dólares. Sin embargo, el señor Haskett la había comprado hacía solo cuatro años por menos de dos.

—¿Entonces? ¿Qué me dices? —preguntó Haskett, que parecía más impaciente de lo que Craig habría esperado. Esa pregunta, formulada en ese tono tan apresurado, recortó otro par de miles de lo que Craig estaba considerando decirle.

Se tomó un momento para pensar.

—Bueno, señor, si tuviera uno o dos meses, podría conseguirle más de tres millones por ella. Pero, si quiere cerrar la venta mañana, tendré que tantear el terreno y ver qué puedo hacer. No se preocupe, conseguiremos venderla, estoy seguro; pero tendrá pérdidas.

—Ah, ¿sí? —Haskett parecía a punto de cambiar de opinión.

Craig no podía permitirlo.

—Probablemente no obtendrá por ella menos de lo que pagó, pero no el precio de mercado actual.

—Ya veo.

Se había vuelto parco en palabras. Mala señal.

—¿Por qué no me pongo con esto de inmediato? Si firma un contrato de exclusividad conmigo para las próximas veinticuatro horas, empezaré a hacer llamadas y le conseguiré mejor precio que nadie con tan poca antelación, y solo trataré con compradores que quieran pagar en efectivo.

—Eso está mejor —dijo Haskett, riendo aliviado—. Por un momento, has hecho que me preocupara. Haz que me sienta orgulloso, hijo. —Luego, sin previo aviso, lo pasó con su ayudante, una mujer de voz agradable y modulada que ya conocía el contrato que Craig iba a enviar y las llaves que tenía que recoger.

Eficiencia.

Le encantaba eso de sus clientes ricos. Era como si cuanto más ricos se volvieran, mejor comprendían que el único bien insustituible era el tiempo. Por eso nunca había que malgastarlo.

En esa línea, con una sonrisa en la cara digna del gato de Cheshire, llamó a Jude.

—¿Estás listo para la acción? —preguntó en cuanto su amigo descolgó el teléfono.

—Por supuesto —notó la emoción en la voz de Jude.

—Perfecto, porque esto empieza ya. Reúnete conmigo en el mil quinientos siete de Timber Hill Court. —Podía oír a Jude escribiendo en su teclado—. ¿Es demasiado? ¿Puedes hacer que cuadren los números? Creo que puedo sacarla por dos millones, dos doscientos como mucho. —Craig contuvo la respiración, esperando que Jude pudiera conseguir el dinero de algún modo. Luego, en un año más o menos, cuando la revendieran por encima del valor de mercado, podrían ganar quinientos de los grandes cada uno. O más.

—Creo que puedo conseguir el dinero, pero necesito que consigas el precio más bajo.

—Es hora de hacerse rico, hermano. —Craig colgó y salió a toda prisa por la puerta del despacho—. Dile al señor Hughes que tengo un cliente nuevo —le dijo a Mary cuando pasó junto a ella al salir.

Por el rabillo del ojo, vio su sonrisa acompañada de un aleteo de

pestañas. Era guapa, un poco demasiado rellenita para su gusto y con las tetas demasiado grandes, pero follable al fin y al cabo.

La vida empezaba a sonreírle de verdad.

24

CASUALIDAD

La entrevista de Andi no duró mucho. Quizá fuera la más corta que había hecho. La entrevistadora, una mujer con obesidad mórbida que hacía mucho tiempo que había renunciado a sí misma, parecía distraída y con prisa. Andi hizo todo lo posible por ocultar su decepción y mostrar el entusiasmo necesario para conseguir el trabajo. No podía permitirse desperdiciar ni una sola oportunidad si alguna vez quería poder ganarse la vida.

Una vez fuera, bajo los penetrantes rayos del sol, respiró con tranquilidad. Miró el cielo azul y lo contempló hasta sentir que flotaba y que el cielo se acercaba, un azul infinito rodeándola sin fin. Hasta que se convenció de que todo era posible y que el único límite era el cielo infinito. Luego bajó la capota de su Beetle y se dirigió a Smithville.

Su primera parada fue en una de las enormes gasolineras por las que es famosa Houston, una RaceWay, donde pudo encontrar aseos limpios. Se apresuró a entrar y se cambió el atuendo de la entrevista por unos vaqueros elásticos, una camiseta de cuello de pico y sus Reebok favoritas. Dudó un momento mientras tocaba la piedra azul del centro de su colgante. ¿Debería quitárselo? ¿No era un poco exagerado para su atuendo deportivo? Sí que lo era, pero, combinado con su camiseta desgastada, el colgante parecía una de esas baratijas que usan las chicas jóvenes para conseguir un aspecto divertido y sin pretensiones. A primera vista no parecía tener mucho valor.

Le encantaba llevarlo. Salvo la modesta alianza con la que le había propuesto matrimonio, Craig nunca le había regalado joyas. No creía que el colgante fuera muy valioso, pero no le importaba. Significaba

mucho para ella porque era un regalo de su marido, no por su valor potencial en manos de un prestamista. A ella le daba igual si eran zafiros o cristales, pero eso no se lo podría decir nunca a Craig.

Condujo hacia el oeste por la I-10, con la capota bajada y la música a todo volumen, agradeciendo el flujo de aire mientras las náuseas la asaltaban de vez en cuando. Consiguió no detenerse hasta llegar a Smithville, aunque estuvo a punto de hacerlo un par de veces. Pararse en el arcén para vomitar en una cuneta no era la forma en que quería pasar el día. Su estómago se contrajo, se retorció y se rebeló como si una criatura alienígena estuviera a punto de salir de él y desgarrarlo en pedazos. Se obligó a resistir las ganas de vomitar, respiró hondo, encendió el aire acondicionado y dirigió las rejillas de ventilación hacia su cara, antes de empezar a meterse caramelos de menta en la boca sin parar.

Dejando la I-10 en el retrovisor, tomó la autopista 71 en Columbus y se dirigió hacia el norte. Cuando llegó a Smithville, era alrededor de la una de la tarde. Durante un segundo consideró la posibilidad de comer algo, pero se decidió por un café solo, que conllevaba menos riesgo de un ataque de náuseas. Al entrar en el centro de Smithville, buscó un Starbucks.

No había ninguno. El centro del pueblo le recordó a Andi los decorados del salvaje Oeste que había visto en Universal Estudios cuando había ido hacía muchos años con su padre. Parecía congelado en el tiempo; estaba segura de que el pueblo había cambiado mucho desde hacía al menos cincuenta años. Una rápida búsqueda en Google Maps le indicó cómo llegar a una tienda llamada The Olde World Bakery and Café. La palabra panadería que había en el cartel le hizo la boca agua, anticipando bollería caliente y pasteles esponjosos a los que podría hincar el diente con gusto.

El pequeño y acogedor local olía tan bien como era de esperar. Una mujer mayor estaba sacando una bandeja de cruasanes del horno, llenando el lugar con un aroma a chocolate fundido y masa bañada en mantequilla. Incapaz de apartar los ojos de la bandeja, corrió hacia el mostrador.

Un joven pecoso le sonrió desde detrás de una gran caja registradora de estilo antiguo.

—¿Qué le pongo, señorita?

—Mmm, un café solo grande y uno de esos..., no, que sean dos, por favor. Dos cruasanes calientes.

Le entregó su tarjeta de crédito y él le indicó que esperara a un lado hasta que estuviera listo su pedido. Un minuto después, lo recogió todo y se dirigió a la puerta, sin dejar de mirar el expositor donde estaban los productos recién horneados. Sin prestar mucha atención a por dónde iba en el estrecho local, rozó a un hombre y le derramó el café caliente encima.

—Ay, Dios mío, lo siento muchísimo —dijo ella, acercándose al mostrador para coger un puñado de servilletas de papel.

A sus sesenta años, el hombre tenía un poco de barriga, pero seguía llevando un cinturón tradicional con hebilla vaquera y un sombrero de ala ancha a juego. La miraba fijamente, aunque Andi no podía saber hasta qué punto estaba enfadado. Dos vasos de papel habían caído a sus pies, derramando su contenido sobre el suelo de mosaico.

—Por favor, permítame que le pague otro —dijo Andi, y luego se giró hacia el joven pecoso y le dijo—: Por favor, repite su pedido. Y el mío también... —Sus cruasanes estaban esparcidos por el suelo, empapándose de café derramado.

Empezó a secar la camisa de cuadros del hombre donde el café la había manchado y luego alargó la mano para hacer lo mismo con una mancha bastante grande que tenía en sus vaqueros, pero dudó. En lugar de eso, le entregó unas servilletas y le dijo:

—Tome, por si quiere...

—No pasa nada —respondió él con desenfado mientras ella estaba agachada en el suelo, recogiendo los cruasanes y los vasos, e intentando contener el líquido derramado con servilletas. El hombre le tocó el hombro—. No te preocupes.

—Ya está su pedido, señorita —dijo el dependiente—. No se preocupe por eso, lo limpiaré en un santiamén. Ocurre todo el tiempo.

Pagó los cafés y entregó dos de las tres tazas al hombre. Luego cogió unas cuantas servilletas más del dispensador y se las ofreció. Él las cogió sin decir nada, mirándola con ojos sonrientes.

Una oleada de náuseas le subió a la garganta. Tenía que salir de allí antes de añadir vómito fresco al trabajo de decoración que había hecho en la ropa del hombre.

—De verdad, lo siento muchísimo —dijo.

El hombre se llevó dos dedos al ala de su sombrero y asintió, sin dejar de sonreír.

Andi se apresuró a salir de allí y miró hacia atrás durante un breve instante mientras la puerta se cerraba. Su pie se enganchó en un guijarro y patinó hacia un lado, torciéndose el tobillo. Perdió el equilibrio y tuvo que apoyar la mano en la mesa de hierro forjado de otro cliente para no caerse. Por suerte, en esa ocasión no se derramó café; la mujer no tenía ninguno delante.

«*Vaya* —pensó—, *necesito un carné para caminar. Al parecer, ya no estoy capacitada para hacerlo*».

La mujer tenía una sonrisa agradable y unos ojos bondadosos bajo su largo flequillo castaño. Su pelo, brillante como la seda, estaba recogido en una juvenil coleta, desafiando su edad. Antes de que Andi pudiera disculparse, dijo:

—¿Estás bien, querida?

—S... sí —tartamudeó—. Lo siento mucho —dijo mientras se enderezaba. Le dolía un poco el tobillo. Intentó moverlo, poniéndole peso poco a poco. Le molestaba, pero podía soportarlo.

—¿Por qué no te sientas un momento? —dijo la señora, señalando una de las sillas.

Andi sacó la que tenía más cerca y se sentó.

—Gracias —dijo, esbozando una sonrisa cargada de vergüenza—. No quiero molestar...

—Qué bobada. Alguien que se las arregla para chocar dos veces en dos minutos debería sentarse un rato, recuperar el aliento y orientarse antes de incorporarse al tráfico —dijo con una sonrisa contagiosa—. Ya sabes, para no ponerte en peligro a ti mismo y a los demás.

Las mejillas de Andi se encendieron.

—Vaya, ¿también ha visto eso? —Señaló la cafetería, de donde acababa de salir el hombre con el que se había tropezado.

—Sí —respondió ella, y luego acercó su bolso como si estuviera haciendo sitio en la mesa. O quizá desconfiaba un poco de Andi.

El hombre se acercó a la mesa, dejó en ella los dos cafés y se sentó en la silla que había vacía.

—Vaya, hola de nuevo —dijo riendo entre dientes.

Andi se tapó la boca con la mano y jadeó.

—No me digan que están juntos.

El hombre apretó la mano de la mujer con sus dedos artríticos.

—Desde el día en que puse mis ojos en esta hermosa potra tejana —respondió.

Andi bajó los ojos, avergonzada.

—Deben pensar que estoy loca. Ando un poco distraída, eso es todo.

Ambos la miraron con un interés genuino mal disimulado.

—Cuenta, cuenta —preguntó la mujer—. Nos encantan los chismes. Como puedes ver, no pasan demasiadas cosas en nuestro pueblo.

—Es verdad —añadió el hombre—. Que derramaras ese café ha sido lo mejor del año.

—Son ustedes muy amables —respondió Andi, ocultando una oleada de malestar bajo una sonrisa, y la disipó con un trago de café. Se preguntó si haría mal compartiendo información personal con esos extraños. Estaba deseando contarle a alguien lo de su bebé; a alguien que se alegrara por ella, aunque fueran unos extraños a los que en realidad no les importaba—. Estoy embarazada —añadió, con la voz entrecortada por la emoción.

El hombre se quedó boquiabierto, sin palabras.

—Virgen Santa —dijo la mujer, aplaudiendo sorprendida. Luego se acercó a la mesa y apretó la mano de Andi—. Felicidades, querida. Debes estar encantada.

Se le iluminó la cara. Necesitaba su amabilidad como un soplo de aire fresco, para calmar sus preocupaciones y su corazón dolorido tras la fría reacción de Craig.

—Sí, lo estoy. Y también tengo náuseas todo el tiempo, pero esa es otra historia. —Miró la hora. Se estaba haciendo demasiado tarde. Aún tenía que ir a ver a los padres de Craig y quería estar en casa antes de que él regresara del trabajo—. Debería irme. Se me está haciendo tarde. Tengo que ir a un sitio. —Se levantó y cogió su taza de café y la bolsa de papel con los dos cruasanes, aún calientes—. Gracias a los dos por su comprensión y hospitalidad. Ha sido un placer conocerlos.

—Encantado, jovencita —respondió el hombre, cogiendo con fuerza las manos de su mujer.

Andi consiguió llegar al coche, cojeando solo ligeramente y sin que ocurrieran más incidentes. Desde detrás del volante de su Beetle, se despidió de la pareja con la mano y luego se marchó. Su primera parada fue en el arcén de la autopista, donde se agachó junto a la rueda delantera y vomitó. Ni siquiera un sorbo de café amargo le alivió el ardor de estómago ni le quitó el mal sabor que sentía en la

garganta. Unos minutos después, jadeando por el esfuerzo, se enjuagó la boca con agua embotellada y se sentó al volante, esperando un momento antes de reanudar su viaje hacia la casa de los padres de Craig. Sentía las manos débiles, como si girar el volante fuera a suponerle demasiado esfuerzo. Quería tumbarse, pero le faltaban varias horas para poder hacerlo.

Tardó menos de diez minutos en llegar a la residencia Brafford. Era un pequeño rancho en un terreno de un cuarto de acre, con una cerca blanca de estacas y un encantador roble antiguo en el borde de la propiedad. Con una oleada de ansiedad revoloteando en su interior, respiró hondo varias veces mientras se alisaba el pelo despeinado y se retocaba el brillo de labios.

—Ánimo —murmuró para sí misma antes de llamar al timbre.

La puerta se abrió de par en par. El hombre de la cafetería sonrió y la invitó a pasar con un gesto de la mano.

—¿Cómo? —preguntó, incrédula—. ¿Son ustedes los padres de Craig? —Una oleada de vértigo la invadió y se agarró al umbral de la puerta para mantener el equilibrio.

Los dos se miraron, visiblemente excitados.

—Sí, lo somos. Siéntate, querida, y pon los pies en este reposapiés —dijo la señora Brafford—. Te traeré hielo para ese tobillo. ¿Te apetece un té?

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿En qué momento se dio cuenta de quién era la joven?

MURRAY BRAFFORD: Lo supe desde el principio, cuando me encontré con ella en el café. Cuando reconocí el colgante, me sorprendí tanto que se me cayeron los cafés que llevaba en la mano. Pobrecita, pensó que había sido culpa suya.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Le dijo usted que había reconocido el colgante?

MURRAY BRAFFORD: No. Le dimos tiempo para que nos contara ella misma quién era y por qué estaba allí. Supusimos que había venido a la ciudad a buscarnos. Nos limitamos a esperar.

25

VISITA

Rebecca había elegido ese día lluvioso en particular para ir a visitar a Hunter, lo que suponía un cambio en su rutina matutina, que consistía en tomar café en el porche mientras Aaron se entretenía en el jardín y luego leer junto a la ventana. La lluvia caía con fuerza e intensidad, obligándolos a ambos a mantenerse en la parte cubierta, lejos del borde, donde las gotas golpeaban la barandilla.

Poco se dijeron después de que ella anunciara su intención de visitar a Hunter esa mañana.

Ella lo había estado posponiendo durante unos días, aún abrumada por la culpa, a pesar de la explicación científica de su marido sobre las causas y los desencadenantes de los infartos de miocardio. Aunque Aaron había intentado minimizarlo para que se sintiera mejor, Rebecca sabía que el estrés era un factor desencadenante y que ella le había provocado justo eso a Hunter, un estrés repentino e intenso.

Aaron se había ofrecido a acompañarla si esperaba a que él despejara su agenda lo suficiente como para ausentarse un par de horas. Después de pensárselo un poco, decidió que quería visitar a su viejo amigo a solas. Ya volvería durante el fin de semana con Aaron; estaba segura de que a Hunter le gustaría tener compañía.

Seguía lloviendo cuando entró en el aparcamiento del Centro de Rehabilitación Cardiaca. Corrió bajo la lluvia, chapoteando en pequeños charcos y empapándose los zapatos, pero se sintió vigorizada al llegar a la entrada. Tal vez necesitaba eso en su vida más de lo que se atrevía a admitir, alguna actividad enérgica que acelerara la circulación de la sangre por sus venas y la llenara de

adrenalina. Desde que se había jubilado, se contentaba con leer durante muchas horas cada día, perdida en un mundo de historias maravillosas. Hacía ejercicio a través de otros, como cuando viajaba por el Congo con Michael Crichton, perseguía a los malos con Harlan Coben, iba a la batalla con Ivanhoe, de Sir Walter Scott, o escapaba de la cárcel con el conde de Montecristo. La explicación de Aaron sobre cómo ocurrían los infartos no se le había olvidado; necesitaba cambiar algunas cosas en su vida para no correr el riesgo de que algún día el centro de rehabilitación en el que acababa de entrar se convirtiera en su hogar durante un tiempo.

Encontró a Hunter todavía en la cama, aunque eran casi las diez. Estaba despierto, mirando el techo blanco, con el rostro un poco tenso y muy pálido. Fueran cuales fueran los pensamientos que se agolpaban en su cabeza, no le hacían bien.

—Buenos días, dormilón —lo saludó, alegre, ocultando su preocupación.

—Ah —dijo él, y una gran sonrisa se dibujó en sus labios por un momento—. Me alegro de verte.

Rebecca se inclinó hacia él y lo besó la mejilla. Olía a hospital y a ropa sucia. Una barba de tres días, casi totalmente blanca, lo hacía parecer mayor de lo que era, abatido, al borde de la desesperación.

Hunter pulsó un botón en el panel lateral de la cama y el respaldo se elevó.

—Así. Mucho mejor. Ahora podemos hablar. —Hizo un gesto con la mano cortando el aire que había entre ellos—. Ya tenemos los ojos a la misma altura.

Al notar el temblor de sus dedos y la creciente palidez de su rostro, Rebecca sonrió y le entregó el regalo que había envuelto la noche anterior y que había conseguido proteger de la lluvia.

Radiante como un niño la mañana de Navidad, desenvolvió el delgado paquete rectangular con dedos temblorosos que rasgaban el papel con dificultad. La tristeza ahogó a Rebecca y le llenó los ojos de lágrimas, pero no lo ayudó.

—Es un cuaderno —dijo Hunter, pasando los dedos por la portada brillante y colorida—, y también hay un bolígrafo. —Su dedo trazó el contorno del delfín sonriente dibujado en él.

—Es para que lo uses como diario. Te será muy útil para poner tus pensamientos en orden.

Él se llevó el cuaderno al pecho con ambas manos, mostrando su

agradecimiento.

—¿Sabes lo que creo? —Su sonrisa regresó por un breve instante —. Que echas de menos asignar tareas escritas a tus alumnos.

Rebecca se rio por lo bajo.

—Puede que tengas razón, pero quizá es que he visto el bien que les hizo escribir para superar algunos de los retos más difíciles de sus vidas. Inténtalo. Puede que descubras que te gusta.

—Te prometo que lo haré —dijo Hunter con la voz impregnada de la maravillosa expectación de una nueva actividad que prometía emoción, o por lo menos alivio contra el interminable aburrimiento de mirar al techo—. No es que esté muy ocupado... No me dejan hacer nada.

—Bueno, ¿cómo te encuentras? —preguntó ella, cogiéndole el bolígrafo y el cuaderno de las manos para dejarlos en la mesilla de noche, a su alcance. Luego se sentó en un taburete que había acercado a su cama.

—Como cabría esperar, pero todavía sigo aquí. Me refiero a que no estoy bajo tierra.

Ella le apretó la mano, y él le devolvió el gesto de forma débil y temblorosa; ese ligero temblor estaba presente en sus dedos independientemente de lo que intentara hacer.

—¿Fue por mi culpa?

—¿Eh?

—¿Lo que te dije sobre la entrevista de Andi en la universidad fue lo que desencadenó tu infarto?

—No. En absoluto —contestó, y por un momento su voz sonó como antes, llena de vigor y determinación. Se apoyó más en las almohadas—. Fumar puros, el *whisky* de doce años, los filetes, las semanas de siete días en la clínica... Lo estaba haciendo todo mal. — Se aclaró la voz y pareció avergonzado por un momento—. Cuando ocurrió, me sorprendió que no hubiera sucedido antes.

—Puedo soportarlo —dijo Rebecca, mirándolo fijamente—. Ya soy mayorcita. Y si yo te hice esto, puedo...

—Los hombres de mi familia llevan tres generaciones muriendo de accidentes cardiovasculares de un tipo u otro. Las mujeres también, pero no todas, no como en el caso de los hombres. — Guardó silencio durante un rato, desviando a veces la mirada hacia la ventana mojada por la lluvia—. Me rendí, eso es todo. En lugar de

dar mis paseos, empecé a pasar más horas en la clínica y a comer comida basura; me daba todo igual.

—Estás deprimido —añadió Rebecca con rapidez.

—Yo soy el que tiene formación médica. Tú eres profesora de Literatura Inglesa. ¿Qué sabes tú de las depresiones? —bromeó, mirándola un instante antes de apartar la vista.

—De Hamlet a Holden Caulfield, creo que he tenido unas cuantas oportunidades de entenderlas, las suficientes como para reconocer una cuando me está mirando fijamente a la cara, mintiendo con sus dientes amarillentos por los puros.

—Ja. Me has pillado, ¿eh?

—Sí, pero hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué estás triste? ¿Por Andi?

No respondió. En lugar de eso, giró la cabeza hacia otro lado y se quedó mirando por la ventana, pero ella aún podía ver el brillo de las lágrimas en sus ojos. El silencio se apoderó de la habitación, el suave pitido de su monitor cardíaco era el único sonido que lo perturbaba.

—Hunter, Andrea se casó y abandonó el nido, pero eso es normal, y tú lo sabes. Así es como debe ser. —Él no dijo nada, solo mantuvo la mirada apartada de ella—. Tú no querías que se quedara contigo para siempre, ¿verdad?

Cuando por fin la miró, sus ojos eran ardientes y el dolor que se veía en ellos era inconfundible, pero había algo más. Angustia, miedo inmenso y pavor, como si estuviera viendo un choque de trenes a punto de producirse, incapaz de intervenir y salvar las vidas que estaban a punto de acabar en una matanza sin sentido.

—Por supuesto, quería que se casara, que formara su propia familia y abandonara el nido. ¿Qué clase de padre sería si no? —Cogió el vaso de agua, bebió un sorbo con la pajita roja y se aclaró la garganta en voz baja—. Pero siempre he deseado que encontrara un buen marido, un compañero auténtico y honesto. No alguien como... él.

Otra vez lo mismo. Fuera lo que fuera lo que Hunter tenía contra el marido de Andi, no iba a desaparecer.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó Rebecca en voz baja y comprensiva. A lo mejor podía llegar al fondo del asunto porque, para ella, no tenía sentido—. El chico no es nada feo, todo lo contrario. Podría ser más alto, lo reconozco, pero a Andi no parece

importarle. Tiene un buen trabajo, es educado y parece preocuparse mucho por Andi.

Él le tomó la mano con las suyas tras girarse para mirarla sin tener que mover la cabeza. Sus ojos se clavaron en los de ella con una tácita súplica de ayuda.

—Hay algo en él que no puedo identificar, que me da más miedo que cualquier otra cosa. —La soltó y le mostró una cicatriz que tenía en la mano derecha, a la altura de la base del pulgar, una línea blanca de unos dos centímetros de largo—. ¿Ves esto? Un dulce y pequeño *spaniel* me lo hizo con sus dientes de leche. No quería que le pusiera la vacuna de la rabia. —Luego señaló otra cicatriz que había en el interior de su dedo anular. Medía más de dos centímetros y medio—. Pude ver el interior de la articulación metacarpofalángica cuando la gata birmana la abrió con sus garras durante un examen del oído. Tuve suerte de que no me cortara los ligamentos. —Dejó de hablar un instante—. Cada vez que esto ocurría, y me ha pasado más de dos veces, justo antes de que uno de mis pacientes se enfadara tanto conmigo como para abalanzarse y hacerme sangre, sentía que se me ponían los pelos de punta. Era como si supiera que iba a ocurrir antes de que sucediera. —Dejó escapar de sus pulmones una sonora bocanada de aire que le produjo un escalofrío—. Era como si sintiera sus pensamientos.

—¿De qué está hablando?

—Del instinto —bramó, sobresaltándola—, instinto de supervivencia. Es ancestral. Es lo que nos mantenía con vida cuando vivíamos en cuevas —añadió, bajando el tono a uno normal pero aún apasionado. —Apretó los labios durante un momento—. Cada vez que miro a Craig Brafford, se me ponen los pelos de punta. Pensar que mi hija, mi niña ingenua y confiada, está sola con ese hombre o que duerme a su lado me resulta sencillamente insoportable.

Rebecca le cogió la mano antes de hablar.

—¿Estás seguro de que no son imaginaciones tuyas? Estamos envejeciendo, y la edad le hace cosas extrañas a nuestra mente. Así es como, en mi inculta opinión, llegamos a morir locos de remate. Llegamos allí poco a poco.

Hunter se rio.

—¿Crees que tengo alzhéimer o demencia? Di negativo en ambos antes de la boda de Andi. Y el mes pasado me repetí las pruebas al ver que no desaparecía el pavor, el miedo. Freddy hizo la evaluación;

me lo habría dicho si hubiera visto algo. No es de los que endulzan las cosas.

Rebecca frunció el ceño. No sabía qué más decir o hacer. Conocía a Hunter desde hacía más de treinta años y nunca había delirado ni se había obsesionado como hacía cuando se trataba de su yerno. Quizá merecía el beneficio de la duda.

—No voy a decir que entiendo esto, Hunter. Me limitaré a creerte y a confiar en ti, sin importar lo inverosímil que me parezca todo lo que me has contado.

—Gracias —respondió él con voz serena—. Eso es lo único que te pido, de verdad.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Rebecca. Hunter la miró de forma inquisitiva—. Con lo de Craig, quiero decir. Si esto es lo que sientes por él, entonces…

—Nada —dijo con amargura, golpeando con la mano el lateral de la cama—. Mi niña está enamorada de ese hombre y cualquier cosa que yo dijera o hiciera le rompería el corazón. Ya lo has visto. —Gimió de frustración—. Pero no dejaré de buscar la verdad que ese hombre intenta ocultar hasta que muera, aunque mi niña no quiera escucharla.

Con esas pocas palabras, Rebecca comprendió lo que le sucedía a su amigo.

—Por eso recurriste a las hamburguesas dobles con queso y a toneladas de patatas fritas, alcohol y quién sabe qué más, ¿no?

—Al helado también. —Sonrió con tristeza—. Y no a esa porquería baja en grasa de la sección de dietética del supermercado, sino al de verdad, al que me negué a mí mismo todos esos años cuando tenía algo por lo que vivir.

Ella se puso de pie y comenzó a caminar de un lado a otro por la habitación, despacio, mientras se retorcía la manos intentando pensar en la mejor manera de llegar a Hunter más allá de su famosa muralla de terquedad. Luego se detuvo a los pies de su cama.

—Si tu hija va a ser feliz con ese hombre y te equivocas sobre tus… presentimientos, querrás estar allí, al lado de Andi y ver crecer a tus nietos, aunque sean hijos de él; así que debes pensar cómo hacer que eso funcione. —Se mordió el labio un momento antes de continuar—. Si tienes razón y este hombre es problemático, debes estar ahí para cuando Andi te necesite, porque lo hará cuando el desamor llame a

su puerta; eso es un hecho. De cualquier modo, deja de autocompadecerte y vuelve a centrarte. Ella te necesita.

Hunter se quedó un momento con la boca abierta.

—Soy un completo imbécil —murmuró.

Lo había convencido. Sonriendo, le dijo:

—No eres tan viejo y no te estás muriendo, y todavía tengo que ganarte miles de dólares en la mesa de póker.

—Te dejaré algo en mi testamento —respondió Hunter con una leve risita, bajando los ojos, algo avergonzado.

—Lo quiero mucho antes de que estires la pata —se rio Rebecca, dándole un puñetazo en el brazo.

Hunter levantó los ojos y la miró. Estaban llenos de lágrimas.

—Gracias, querida amiga.

Ella sonrió y asintió con la cabeza.

—¿Qué vas a hacer con eso que te dije sobre Andi, lo del trabajo en la universidad?

Una breve sobra nubló su mirada.

—Nada. Andi nunca haría eso. No me ocultaría un secreto así. Tiene que ser un error. Quizá alguien se equivocó de nombre o algo así. Seguro que no es nada.

De camino a casa, Rebecca pensó en la entrevista de Andi para el trabajo en el Departamento de Biología Marina de la universidad y en la afirmación de Hunter de que tenía que tratarse de un error administrativo. Seguro que estaba en lo cierto; era lo único que tenía sentido. Debían haber confundido a Andi con otra persona.

Sin embargo, algo le carcomía las entrañas, algo indescriptible, un atisbo de inquietud, una amenaza invisible. Sintió un escalofrío y bajó la intensidad del aire acondicionado del coche. Al volver a poner la mano sobre el volante, notó que se le ponía la piel de gallina. Cuando un pensamiento aterrador empezó a formarse, la piel de gallina se extendió por brazos y piernas, trepó por su espalda en un cosquilleo helado hasta llegar a la nuca y le hizo cosquillas con dedos premonitorios.

Instinto.

Ahora entendía de lo que hablaba Hunter.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Se encontró alguna otra prueba en el vertedero?

BARBARA OTWELL, DETECTIVE: Sí. Recuperamos una toalla empapada de sangre. Determinamos que pertenecía a la víctima.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Cómo llegaron a esa conclusión?

BARBARA OTWELL, DETECTIVE: La policía científica comparó el ADN de la sangre con el pelo recogido de un cepillo encontrado en la residencia de la víctima durante el registro inicial y la incautación.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Se recuperó alguna otra prueba del lugar donde se arrojó el cuerpo?

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: Protesto, señoría.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: Retiro la pregunta. ¿Recuperaron alguna otra prueba del vertedero?

BARBARA OTWELL, DETECTIVE: Un mechón de pelo de la víctima y una astilla de madera que coinciden con una de las sillas de la cocina, todo cubierto de sangre.

26

RECUERDOS

Andi estaba cómodamente sentada en el sofá, con los pies apoyados en el reposapiés de piel desgastada y un gran álbum de fotos abierto en el regazo. El té estaba olvidado en la mesa de centro; el vaso frío y sudoroso goteaba agua sobre el posavasos de cartón con el logotipo de Heineken.

Sentada a su lado en el borde del sofá, la señora Brafford explicaba cada foto con todo lujo de detalles. A veces, los Brafford no se ponían de acuerdo sobre las circunstancias en las que se habían hecho algunas de las fotos o recordaban los mismos hechos, pero en una secuencia diferente, lo que sembraba amistosas y humorísticas disputas entre ambos.

Andi apartó la vista una foto de Craig tomada cuando tenía unos siete u ocho años y, al mirar a la señora Brafford y encontrar el parecido con facilidad, se preguntó cómo no se había dado cuenta antes. *«El ojo de la mente ve lo que quiere ver* —pensó—. *En la cafetería he visto a dos extraños. Aquí veo familia»*.

Parecían haberle cogido cariño al instante, y ella disfrutaba de la sensación de calidez, de aceptación y de amor. Los dos eran encantadores y serían unos abuelos maravillosos para su bebé si Craig les permitiera convertirse en una parte más cercana de su familia. Frunció el ceño por un instante. Ella encontraría la manera de que así fuera. Tenía que hacerlo.

—Aquí, se había raspado la rodilla al caerse. —La señora Brafford señaló una foto en la que se veía a Craig sentado en el suelo en medio de un parque infantil, sujetándose la rodilla. Tenía una expresión de puro horror en su carita. Estaba pálido, boquiabierto y con los ojos

abiertos como platos, mirando directamente a la cámara—. Craig tiene..., mmm, se me ha olvidado cómo se llama. Se desmaya cuando ve sangre, en cuestión de segundos, y no puede evitarlo. Se despierta, vuelve a ver la sangre y se desmaya de nuevo. Hematofobia, eso es. En esta foto, acababa de desmayarse y se recuperó antes de que pudiera limpiarle la sangre, pero se la cubrió con las manos para no verla más. —Soltó una risita y pasó las yemas de los dedos por la fotografía donde estaba el rostro del niño pequeño—. Su padre estaba ocupado haciendo fotos y Craig se enfadó porque nos reímos de él —dijo en tono culpable—. Estaba muy gracioso, escondiendo la sangre bajo las manos mientras le gritaba a su padre.

—Ese día fue la primera vez que me gritó —añadió su padre—. Creo que fue entonces cuando nos dimos cuenta de lo orgulloso que era. —Silbó—. Ese niño, con diez años y un metro y medio de estatura, era capaz de fulminar a cualquiera que lo mirase mal.

A medida que Andi pasaba las páginas, el niño crecía de una foto a otra, pareciéndose más al hombre que ella conocía y amaba, y al mismo tiempo, menos. El Craig adolescente tenía un ceño fruncido que unía sus cejas, una mirada ferozmente oscura en sus ojos y una expresión de aguda determinación, casi como una forma enfurecida de ambición. Algo de eso seguía existiendo en el Craig adulto, aunque de una forma más suave, más apacible, menos intensa. Ella sabía que él se estaba matando a trabajar, impulsado por la ambición que había florecido muchos años atrás, en esa casa, cuando era un adolescente. Se preguntó qué se lo habría inculcado a aquel niño.

Aun así, las fotos mostraban a una familia feliz, con unos padres cariñosos que cuidaban bien de su hijo.

—¿Qué fue lo que pasó? ¿Por qué ya no forman parte de su vida? —Andi miró primero a la señora Brafford, quien enseguida bajó la vista, y luego a su esposo, que respiraba de forma ruidosa.

—Se avergonzaba de nosotros, por... —empezó a decir el señor Brafford, pero su mujer lo cortó.

—Murray, no —le suplicó, secándose una lágrima con la yema del dedo—. Piensa en lo que él diría si supiera que se lo hemos contado.

Murray dirigió la mirada hacia su mujer.

—Esta chica está casada con nuestro hijo, Louise. ¿No crees que tiene derecho a saberlo?

Louise bajó los ojos y se miró las manos mientras las retorcía.

—Está bien —dijo al fin—. Pero deja que yo cuente la historia.

—De acuerdo —respondió Murray, abandonando su sillón para coger una cerveza fresca de la nevera. Quitó la chapa y la lanzó a la basura, donde tintineó brevemente antes de quedarse quieta.

Louise se giró hacia Andi, que sentía que se había excedido. Sin embargo, tenía curiosidad por averiguar qué había provocado una ruptura tan profunda entre su marido y esas personas aparentemente tan agradables.

—Craig siempre fue muy, ¿cómo decirlo?, consciente de cómo funciona el mundo —dijo Louise, desviando la mirada a izquierda y derecha, como si buscara una forma de escapar de la habitación, de la conversación—. No nos iba muy bien económicamente cuando él era pequeño. Lo pasamos…

—Éramos muy pobres —intervino Murray—. Yo trabajaba como jornalero cerca de Austin, y mi mujer daba clase a primero cuatro horas al día, aquí, en el pueblo. Pagábamos el alquiler a duras penas.

La pequeña casa de campo contaba parte de esa historia. Incluso veinte años después, los muebles parecían destartalados, las paredes necesitaban una mano de pintura fresca y la nevera, que era vieja y ruidosa, traqueteaba como si estuviera a punto de venirse abajo cada vez que el compresor se ponía en marcha.

—Todavía trabajo algunas tardes y todos los fines de semana, pero aquí, en el pueblo, en la ferretería. Repongo las estanterías y a veces trabajo de cajero. Louise se jubiló después de que le detectasen un cáncer de mama.

«Oh, no». Andi miró a Louise y se percató de cosas que antes no había notado: los hombros que se le marcaban a través de la tela fina de la blusa; la extrema delgadez de su rostro, casi imperceptible gracias a su cálida sonrisa.

—No te preocupes, querida —dijo Louise—, estoy bien. Ya lo he superado.

—Uf. —El alivio llenó de lágrimas los ojos de Andi—. Me alegra mucho oír eso.

La mujer alargó la mano y apretó la suya.

—Y mi mayor deseo se está haciendo realidad. Voy a ser abuela.

—Sí —dijo Andi enseguida, sintiéndose parte de la familia. Entonces se acordó de Craig y su sonrisa se desvaneció—. Espero poder conseguir que ustedes y Craig se reconcilien. Si quieren, claro.

Murray se acercó a ella con pasos fuertes, casi pisoteado.

—No hay nada más desgarrador que quedarte fuera de la vida de

tu hijo. Nada me gustaría más que reunirnos todos en torno a una mesa en Acción de Gracias, o un domingo, o lo que él esté dispuesto a aceptar. Pero no creo que sea posible. Nunca nos aceptará.

—Craig es muy ambicioso —intervino Louise—. Es así desde los doce años. Descubrió cómo vivían otras personas cuando su padre lo llevó un otoño a la feria de Austin. Vio los coches lujosos y a la gente con dinero que no olía a granja, paja y caballo. Regresó cambiado después de aquella feria; avergonzado de quién era y de quiénes éramos mi marido y yo.

—Nunca nos perdonará que seamos pobres —afirmó Murray con sencillez y una aceptación descorazonadora—. Nunca nos dejaría cruzar su puerta porque seríamos una vergüenza para él, recordándole de dónde viene y que creció en la pobreza. —Se inclinó hacia ella y le tocó la mejilla con sus dedos callosos—. Por eso no asistimos a vuestra boda, querida, aunque nos hizo ilusión saber que por fin iba a sentar la cabeza con una buena chica.

—Sí, nos habría encantado ir, pero él nos llamó y nos advirtió que nos mantuviéramos alejados. —Louise se limpió las lágrimas.

Andi se quedó de piedra. ¿Eso era todo? ¿O había habido una discusión gorda entre ellos, algo que había ocurrido hacía muchos años y que no se podía olvidar?

—Después de aquella feria —continuó Louise con voz suave y resignada—, no quiso que nos vieran con él en ningún sitio. Ni siquiera nos permitía ir a recogerlo al colegio cuando podíamos hacerlo. Ni al campamento de verano. Y se negaba a ir con nosotros a la iglesia.

Sin palabras, Andi pasó una página del álbum de fotos, esperando irracionalmente encontrar respuestas allí. Una foto mostraba a Craig mirando a la cámara con ojos oscuros, casi amenazadores. La otra foto lo mostraba riendo feliz con otro niño de su edad, corriendo agarrados de la mano, un ejemplo de libro de texto de una infancia feliz. La cabeza del otro chico estaba girada, pero aun así ella pudo ver que se estaba riendo igual de fuerte.

—Ese era su mejor amigo de aquel entonces, el hijo de unos ricachones del otro lado de las vías —dijo Murray—. Craig se obsesionó con ese chico. Pasaba todos los días en su casa, a la que no pertenecía, probando cómo era esa vida, con criados, comidas finas y todo eso. Eso alimentó su rabia contra nosotros. Cada día que iba allí, volvía odiándonos más.

—No nos odiaba —intervino Louise—. Yo no iría tan lejos. Volvía más avergonzado de nosotros, rechazándonos más.

—Y no creas que no intenté ganar más dinero —dijo Murray—. Acepté un segundo trabajo, pero me pagaban un sueldo mínimo. No tengo estudios. —Frunció los labios y se quedó un momento mirando el suelo de madera lleno de rayones—. Pero ese chico y Craig se volvieron inseparables. —Suspiró y desvió la mirada mientras sus mejillas ardían—. Pensábamos que era gay, al menos por un tiempo, hasta que apareció su primera novia.

—No es gay —replicó Louise—. Te lo dije hace mucho tiempo. Él y ese chico eran solo amigos, eso es todo. No me creíste entonces, pero podrías creerme ahora que estamos pasando la tarde con la encantadora mujer de tu hijo. A lo mejor así te convences —dijo riéndose.

—No habría pasado nada si hubiera sido gay, ¿sabes? —añadió Murray, ensimismado en lo que parecían ser unos pensamientos bastante dolorosos—. Puede que seamos de Texas, pero lo habríamos aceptado. Lo único que queríamos era que él fuese feliz.

—Craig no es gay —dijo Louise con voz decidida—. Murray intentaba comprender el poder que ese chico tenía sobre nuestro hijo, eso es todo. Creo que no era tanto el chico como su familia, su gran casa, su dinero. Nuestro hijo quería esa vida con tanta desesperación que habría hecho cualquier cosa por conseguirla. —Tragó saliva, conteniendo las lágrimas—. Y entonces esa chica... le rompió el corazón.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Andi.

—Conoció a una chica encantadora, se llamaba Julie. Se enamoró perdidamente, olvidándose incluso de su mejor amigo durante un tiempo. Solo hablaba de ella. Queríamos conocerla, pero la mantuvo alejada de nosotros. —Se detuvo un momento, eligiendo sus palabras —. Aquella primavera se cogió un resfriado muy fuerte y estuvo en cama un par de días. Fue entonces cuando Julie apareció en la puerta, con los deberes como excusa. —Otra pausa—. Fue el destino... que él enfermara, que esa chica viniera a verlo...

—Nos echó un vistazo a nosotros y a nuestra casa, se marchó y nunca miró atrás —añadió Murray con frialdad—. Al parecer, también era rica. Craig nunca nos lo perdonó. Unas semanas después, se había ido.

Andi no tenía palabras. ¿Qué podía decirles a unos padres que

habían perdido a su hijo por un motivo tan absurdo? El hombre que describían no se parecía en nada a Craig y, al mismo tiempo, lo reconocía en algunas fotos, en algunas de las cosas que sus padres contaban sobre él y en la ambición feroz que describían.

Pasó otra página del álbum y se quedó paralizada. La foto mostraba a Craig con catorce años o así llevando su colgante. Por reflejo, lo tocó con los dedos.

—¿Era suyo? —preguntó Andi, incapaz de apartar los ojos de la foto.

No tenía ni idea de que el colgante fuera de Craig; él le habían hecho creer que se lo había comprado justo antes de la fiesta. ¿O ella lo había dado por hecho sin preguntarle? A veces sacaba conclusiones precipitadas.

—Sí —respondió Louise, sonriendo, con un matiz de tristeza en la voz—. Y viene acompañado de una historia. —Miró a Murray para preguntarle si quería contarlo, pero él hizo un gesto con la mano, invitándola a que lo compartiera ella—. Se trata de ese amigo suyo otra vez. Cuando cumplió catorce años, unos meses antes que Craig, lo aceptaron en un lujoso club de campo de Austin. Y todos los miembros recibían un anillo. Craig fue a su fiesta de cumpleaños y él le enseñó el anillo. —Lanzó una rápida mirada a Murray. Su marido asintió y se metió las manos en los bolsillos.

—¿Qué pasó? —preguntó Andi, intrigada por la expresión sombría de sus rostros.

—Craig volvió de esa fiesta con el corazón roto. Para él, ese anillo era un símbolo de un estatus que él no tenía. Lloró desconsoladamente esa noche, sollozando en su almohada hasta que llegaron las primeras luces del amanecer. Luego sacó un caballo y lo montó hasta que el pobre animal quedó empapado de sudor y echando espuma por la boca. Ese día fue la primera vez que no fue a ver a su amigo. No quería verlo más.

—Sin embargo, al final hablaron —añadió Murray.

—Sí, tienes razón. Puede que fuera por teléfono.

—¿Por qué? ¿Qué ocurrió? —preguntó Andi.

—¿Puedo? —Louise acercó la mano al colgante. Andi se lo quitó y se lo entregó. Con dedos delicados, Louise giró el colgante y le mostró dos líneas irregulares en lados opuestos del colgante—. Esto era un anillo antes de convertirse en un colgante. Aquí es donde estaba unido.

Andi jadeó.

—¿Quiere decir que este es *el* anillo? El que…

—Sí —dijo Murray en tono serio—. Y, al parecer, es muy valioso porque lleva zafiros y un topacio, creo. Vale una fortuna. Ese chico lo llevó a una joyería para que hicieran un colgante con él y que Craig pudiera llevarlo debajo de la ropa sin que se viera.

Louise sonrió con calidez mientras le devolvía el colgante a Andi.

—Debe quererte mucho si te lo ha dado. Para Craig, representa el acceso al mundo en el que no nació, pero al que estaba dispuesto a llegar a cualquier precio. Lo llevaba siempre, es su propia versión de la llave del mundo al que quería pertenecer.

—Vaya —susurró Andi—. No tenía ni idea. —Entonces un pensamiento cruzó su mente y los miró a los dos con humor en los ojos—. Lo han reconocido cuando me han visto en la cafetería, ¿verdad?

—Sí —sonrió Murray, avergonzado.

—¿Por qué no me han dicho nada?

—En primer lugar, no sabíamos si ibas a venir a vernos o no, o si querías conocernos —dijo Louise—. Y, en segundo lugar, porque nos hemos quedado de piedra. No podíamos creer lo que veían nuestros ojos. Luego has dicho que tenías que ir a un sitio y hemos regresado rápido para llegar antes que tú.

Andi se rio y negó con la cabeza.

—Qué historia tan increíble para contarles a sus nietos —dijo ella, pasando otra página del álbum. Había unas cuantas fotos más de Craig, a veces sonriendo, pero la mayoría de las veces con esa expresión sombría y dura en la cara. No había fotos de él y Julie.

Andi golpeó con la uña una de esas fotos y dijo:

—Este no es el Craig con el que me casé. Mi marido es amable, servicial y siempre está ahí para mí. Es divertido y dulce, muy trabajador, un triunfador. No está tan… enfadado con la vida.

—¿A qué se dedica? —preguntó Louise.

—Trabaja en una inmobiliaria como agente de viviendas caras y propiedades comerciales.

Louise y Murray intercambiaron una mirada rápida.

Después Louise sonrió y dijo:

—Me alegro de que haya cambiado. Quizá la pubertad fue más dura con él de lo que creíamos. Parece que, después de todo, ha

encontrado su camino y se ha convertido en un hombre de provecho. Os deseo toda la felicidad del mundo.

—Gracias —respondió Andi, pasando otra página, pero el resto del álbum estaba vacío. Levantó la vista de las páginas en blanco con una expresión inquisitiva en la cara.

Murray se rascó las raíces del escaso mechón de pelo que aún le quedaba en la parte superior de la cabeza.

—Un par de semanas después de que Julie lo dejara, cuando tenía unos dieciséis años, Craig desapareció, dejándonos atrás y a su amigo también.

—Ese chico tenía el corazón tan roto como nosotros —añadió Louise.

—Nunca olvidaré su última noche —dijo Murray.

—Murray... No —susurró Louise con voz suplicante.

Él fingió que no la había oído.

—Nuestro hijo nos preguntó, ahí mismo, mientras estábamos sentados a la mesa, que por qué habíamos tenido un hijo. Nos gritó, nos llamó irresponsables por traer a un niño al mundo siendo tan pobres. Luego procedió a explicarnos que nos habría ido mucho mejor si no lo hubiéramos tenido. Si no hubiéramos «procreado»; él usó ese verbo.

Andi escuchó las palabras de Murray con el corazón encogido. Eso explicaba la reacción de Craig ante su embarazo.

—Por la mañana, ya no estaba —susurró Louise.

—Nuestro hijo desapareció sin decirnos nada. Nos descartó como si fuéramos basura. Pasaron varios años hasta que volvimos a saber de él. Incluso presentamos una denuncia a la policía, aunque no hicieron nada con ella, salvo ponerle un sello de *fugitivo* e ignorar nuestras llamadas.

—¿Puedo? —preguntó Andi, sosteniendo su teléfono y pidiendo permiso para fotografiar algunas de las fotos del álbum.

—Por supuesto —respondió Louise—. De todos modos, algún día serán tuyas.

A Andi le resultaba difícil dejar la hospitalidad de sus suegros, pero tenía que darse prisa si quería estar en casa antes que Craig, que solía llegar alrededor de las siete. Ambos le dieron un largo abrazo, le besaron las mejillas y se despidieron de ella con la mano mientras se alejaba en el Beetle, hasta que desaparecieron de su retrovisor. Sin

embargo, en su interior surgió un temor inquietante, el de que nunca volvería a verlos.

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: Señora Brafford, ¿cuál diría que es la posesión más preciada de su hijo?

LOUISE BRAFFORD: No sé si seguirá siendo la misma, pero durante mucho tiempo fue un colgante cuadrado y azul con una cadena de plata.

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: ¿Ha visto ese colgante recientemente?

LOUISE BRAFFORD: Sí. En el cuello de su mujer.

27

CONTRATADA

Toda la semana había sido de vértigo para Craig.

Tras la inesperada llamada de Truman Haskett sobre su casa y su imperiosa necesidad de liquidez inmediata, ideó un plan para conseguir firmar una oferta a la baja. Para que todo saliera bien, necesitaba que Jude hiciera exactamente lo que él le dijera cuando él se lo dijera.

A primera hora del viernes, invitó a Haskett a su despacho para discutir las opciones. Por suerte, Andi se había ido esa mañana a otra estúpida entrevista de trabajo o a visitar a su padre, como hacía todos los días.

Haskett refunfuñó un poco porque habría preferido hacerlo todo de forma remota mientras se ocupaba de su negocio desde la oficina que tenía en un rascacielos. Pero su necesidad de liquidez debía ser muy fuerte, porque se presentó en la casa de Craig y esperó pacientemente mientras sorbía café y llenaba el salón de humo de puro.

La estrategia de Craig implicaba un tiempo de espera, destinado a tensar los nervios del vendedor hasta el límite, ya que se acercaba el fin de semana y la ventana de oportunidad se estaba cerrando. Durante ese tiempo, hizo algunas llamadas a algunos clientes que sabía que no estarían interesados en comprar la casa. Después, cuando Haskett estaba a punto de estallar, llamó a Jude.

Siguiendo sus instrucciones, Jude mostró un mínimo de interés por la propiedad. Craig compartió la dirección y puso la llamada en altavoz para que Haskett pudiera escuchar. Utilizó el nombre real de Jude, ya que, una vez realizada la venta, ese nombre quedaría

registrado, sería información pública para quien estuviera interesado en conocerlo.

Jude, que era un hijo de puta muy astuto, le puso los dientes largos a Haskett, diciendo que el precio de dos coma dos millones era lo bastante interesante como para hacerle abandonar la agenda del día para cerrar la venta. Entonces dio la estocada final. Dijo que estaba a punto de firmar otro acuerdo por una casa similar, cuatrocientos mil dólares más barata; se trataba de una propiedad que Craig había elegido cuidadosamente para él entre las que estaban disponibles.

La llamada telefónica se convirtió en un baile; Craig alababa la casa de Haskett, alegando que era mucho mejor que la otra y Jude se hacía el duro. Mientras tanto, Haskett sudaba a mares y se paseaba furioso por el suelo de madera del despacho de Craig.

Finalmente, Jude dijo que firmaría y cerraría ese mismo día por cuatrocientos mil dólares menos. Craig regateó un poco más hasta que Jude amenazó con poner fin a la llamada. Solo entonces Haskett, murmurando una palabrota, dijo:

—De acuerdo, cierra la maldita venta en un millón ochocientos.

Luego empezaron la entrada y salida de papeles del fax y la recopilación de firmas, hasta que todo estuvo listo en menos de una hora. Jude había cumplido con su parte y tenía el dinero preparado como le había indicado Craig. Para cuando se cerró el trato, eran casi las cuatro de la tarde, hora en que los bancos cierran por el fin de semana, pero consiguieron firmar la compraventa en el último momento.

Tras la firma, Haskett abandonó la oficina del abogado después de darle un firme apretón de manos a Craig, seguido de una palmada en el hombro. Incluso estrechó la mano de Jude. Normalmente, Craig se habría asegurado de que los dos hombres no se conocieran en persona —era una práctica recomendada en el sector—, pero la presión del tiempo lo había hecho imposible.

Luego el muy imbécil se fue y Craig también se marchó, sin pasar ni un segundo más con Jude, ni en la oficina del abogado de la agencia ni en la acera que había delante de ella.

No dejó de sonreír hasta que llegó a casa, poco después de las seis. Encontró la casa vacía, apestando a humo de puro y al sudor con aroma a colonia de Haskett, perceptible aún en el despacho de su casa. Pero ya había acabado todo. Encendió el aire acondicionado,

bajó la temperatura unos grados y luego abrió algunas de las ventanas con mosquiteras para que entrara aire fresco. Se sirvió un *whisky* y gritó tan alto que sus palabras resonaron contra las paredes:

—¡Vivaaa! ¡A disfrutar del fin de semana! ¡Nos lo merecemos!

Se puso unos vaqueros y una camiseta blanca que se le ceñía al torso, se dejó caer en un gran sillón del salón y llamó a Jude. Cuando contestó, le dijo:

—¡Enhorabuena! Es usted el orgulloso propietario del número mil quinientos nueve de Timber Hill Court.

—*Somos* los orgullosos propietarios, amigo. Los *dos* —respondió Jude con una risita—. He transmitido la casa a un fideicomiso que he creado. Y tú eres uno de los beneficiarios.

«Maldita sea». Dejar un rastro de papel nunca era bueno.

—No me dijiste nada de eso. Deberías haberme preguntado. Hemos roto algunas reglas con este trato, ¿sabes?

—No pasa nada —respondió Jude, con aparente despreocupación —. Ya lo verás. ¿No quieres deducirte los gastos que vamos a tener en la casa hasta que se venda?

—Sí, pero…

—Entonces, hay que hacerlo así. Ahora te toca a ti confiar en mí.

—Me parece justo, pero la próxima vez dímelo con antelación, por favor. Podrías haber dejado mi nombre fuera del fideicomiso; habría sido mejor. Sé que no me la jugarías, aunque nuestro acuerdo no estuviera por escrito.

Terminó la llamada, un poco irritado con Jude. ¿Ese fideicomiso iba a causar algún problema? Probablemente no. ¿Qué probabilidades había de que Haskett sospechara que había existido alguna irregularidad y empezara a investigar el trato? Casi cero. Pero no *exactamente* cero. *«Joder»*.

¿Y dónde demonios estaba Andi?

Últimamente, parecía pasar cada vez más tiempo fuera, haciendo quién sabe qué, quién sabe dónde, en lugar de ocuparse de la casa y pensar en el menú de la próxima fiesta. Tenía una cantidad enorme de trabajo que hacer y ella podría sacar adelante la mayor parte, dejándole tiempo para concentrarse en lo importante, lo que solo él podía hacer. ¿Por qué no paraba en casa?

Llamó a su móvil y dijo una palabrota al escuchar el timbre amortiguado, pensando que debía habérselo dejado en casa. No era

así. Cuando empezó a seguir la fuente del sonido lejano, Andi entró por la puerta, sonriente, con el teléfono sonando en la mano.

—Ya he vuelto. —Se reunió con él en medio del salón y le dio un beso fugaz en los labios, luego se apartó. Mientras se quitaba los zapatos, preguntó—: ¿Me has echado de menos?

—Siempre lo hago —sonrió Craig, apoyándose en la mesa y cruzándose de brazos—. ¿Dónde estabas?

—Aj... Estaba haciendo lo de siempre —respondió, apartando la mirada un momento—. Entrevista de trabajo, visita a papá y recados.

Estaba mintiendo. Estaba seguro de ello.

—¿Qué tal tu día? —preguntó rápidamente, deseosa de desviar la atención de ella.

—He ganado mucho dinero para ti y para mí, cariño. —Se acercó a ella, la rodeó con los brazos y la atrajo hacia él.

Andi respondió a sus caricias como siempre, con los ojos entrecerrados y un beso apasionado.

—¿Cuánto? —preguntó. Había un destello en su mirada de algo oculto que él no entendía.

—Unos quinientos mil —anunció con orgullo—. Hemos firmado los papeles hoy.

Andi se quedó boquiabierta.

—¡Madre mía! ¿Tanto? ¿De verdad?

—De verdad. No podremos disponer de él hasta el año que viene, cuando vendamos la casa, pero está ahí. Es nuestro.

—¿Qué casa?

—Jude y yo hemos comprado una casa a muy buen precio; era una oportunidad única, no podíamos dejarla pasar.

—Pero ¿podemos permitirnos otra hipoteca? —Parecía preocupada, su alegría había desaparecido.

—Jude se encarga de la parte financiera. Tiene dinero de sobra.

Algo de lo que Craig acababa de decir llamó la atención de Andi, porque inclinó ligeramente la cabeza, como si fuera un perro confundido.

—No te preocupes por eso —dijo él—, vamos a celebrarlo. ¿Por qué no me esperas en el porche? Voy enseguida.

Él sonrió de manera alentadora mientras ella abría la puerta que daba a la terraza. Una vez fuera, ella chilló de alegría.

—¡Oh, Craig, esto está precioso! Me encanta.

Había comprado una mesa y unos sillones de mimbre negro con

cojines resistentes a la intemperie. El conjunto podía colocarse como un diván grande redondo o dividirse en varias secciones. A través de la ventana, Craig vio a Andi tumbada en él y rodando de lado, luego de espaldas, probando diferentes posturas y recolocando los cojines, encantada.

Su hermosa y fantástica mujer... Podía hacerlo tan feliz...

Cogió una botella de champán y un par de copas, y se unió a ella en el diván. Después de descorcharla con un ruido fuerte, sirvió el líquido espumoso en las dos copas y le entregó una.

—Salud, cariño. Por muchos muchos más días como este.

Ella se deslizó hacia el borde del diván y se sentó, luego cogió la copa de champán con vacilación.

—Los bebés y el alcohol no se llevan bien. —Apenas tocó el líquido con los labios, luego dejó la copa a un lado sobre la mesa de hierro forjado—. Bebe tú, yo te haré compañía.

Así, sin más, se esfumó toda su alegría. Tenía que recordarle su embarazo, la traición que tanto había intentado perdonar y olvidar, aunque no había podido hacerlo. No había conseguido ni lo uno ni lo otro. ¿Cómo iba a hacerlo si todos los días ella se aseguraba de mencionarlo de alguna manera? ¿Y cómo demonios podía estar tan orgullosa de algo que él nunca había querido? ¿De algo que ella le había robado?

Su hermosa mujer estaba muy lejos de ser lo bastante dócil.

Pasó la mano por la superficie lisa del cojín.

—¿Te gusta?

—Me encanta —dijo Andi, sonriendo ampliamente y pestañeando con coquetería.

—Muy bien. Ahora hablemos de negocios —dijo Craig en un tono un poco frío y serio.

—Oh —dijo ella, girándose con cara preocupada y algo triste—. Vale.

—Tenemos que planificar otra fiesta. —Andi frunció el ceño y se apartó de él, no mucho, solo unos centímetros, pero el gesto estaba ahí, el mensaje era alto y claro. Le encantaba ese estilo de vida, pero no quería hacer nada para ganárselo. Menos mal que, en realidad, no era decisión suya—. Tenemos que seguir haciéndolas.

—Pero ha habido una hace poco —argumentó ella—. ¿Por qué no esperamos un poco más? —Se mordió la uña un momento,

mirándolo fijamente, mientras él veía cómo trabajaba su mente—. Celebremos primero la fiesta del bebé.

Una pizca de ira corrió por sus venas. Respiró, dispuesto a mantener la calma.

—Pensé que habíamos acordado que lo haríamos en un par de meses.

—Sí, es verdad, pero he pensado que, si lo que te apetece es hacer una fiesta, la del bebé sería más divertida.

—No busco diversión, joder, Andi —espetó—. Busco ganar dinero y estas fiestas son la forma de conseguirlo. Ya te lo he explicado varias veces.

—Sí, es verdad —dijo ella, con la voz cargada de tristeza y resignación, intentando calmarlo—. No sabía que teníamos que organizarlas tan a menudo, eso es todo.

—Si dejamos pasar demasiado tiempo, ¿sabes lo que sucede? Pues que esos imbéciles ponen sus casas en venta en otras inmobiliarias o compran las propiedades de otros. —Murmuró una palabrota entre dientes, enfadado por tener que explicárselo todo de nuevo. Andi no era idiota. ¿Por qué se comportaba como si lo fuera?—. Tendremos que hacer fiestas todo el tiempo. Si estamos en este juego, más nos vale jugar como profesionales para ganar, ¿no? —Se obligó a sonreír y pasó los dedos por el pelo corto y despeinado de Andi, colocándole un mechón detrás de la oreja.

Ese peinado suyo quizá funcionaba con las tortugas marinas y los delfines, pero no con gente como Donati y Haskins. Sus mujeres se gastaban cientos de dólares en la peluquería, y se notaba.

—¿Serás mi copiloto? —preguntó él, mientras seguía jugando con su cabello—. ¿Trabajarás conmigo?

Ella apretó los labios un momento.

—Sí, supongo que sí. —Soltó una risa amarga—. No tengo otra opción, ¿verdad?

—¿Tan horrible te parece trabajar conmigo?

Andi suspiró y apartó la mirada.

—La pasión que tú sientes por esto —señaló la casa—, por los bienes inmuebles, por ganar montañas de dinero, yo la tengo por el mar y todas sus criaturas. Ese es mi sitio —dijo con voz quebradiza—. Pero no estaba en mi destino, ¿verdad? Y tampoco lo estaba trabajar de cajera en un banco o de recepcionista en una clínica dental.

Aunque no he probado a pedir trabajo de camarera; seguro que me contratan en algún restaurante barato.

—¡Joder, Andi! Traza la línea en algún sitio y no la cruces.

Ella se mordió el labio.

—Parece que tú eres el único empresario de la ciudad que me quiere contratar. Supongo que debería estar agradecida. Me entristece, sin embargo, no poder ser más que tu mujer y ayudarte con tus cosas. Siempre soñé con ser algo más —dijo lloriqueando—. Ni siquiera puedo encontrar la energía y la motivación necesarias para terminar mi doctorado. ¿Para qué iba a hacerlo, verdad?

Él se quedó mirándola un momento. Andi siempre acaba diciendo las peores cosas posibles para hacerle sentir como una mierda. Pero él la necesitaba, y a ella terminaría por gustarle.

—Entonces, bienvenida a bordo —dijo, sonriendo y abriendo los brazos—. Este empresario está encantado de contratarte.

Andi se acurrucó en su pecho y suspiró.

—Trabajaré para usted, señor Brafford. ¿El empleo incluye baja por maternidad y seguro médico?

Craig se tragó una palabrota, contento de que ella no pudiera ver la expresión de su cara. Otra vez había tenido que sacar a relucir al mocoso.

—Lo que tú quieras, e incluirá también un BMW para sustituir ese coche de mierda que conduces y…

—Pero me gusta mi Beetle.

—Está bien, quédate con el Beetle si quieres, pero ¿podrías hacerme un gran favor?

Ella lo miró.

—¿Qué necesitas? —preguntó, muy seria, sin un atisbo de sonrisa en los labios.

—¿Por qué no te dejas el pelo un poco más largo? Los hombres tenemos fantasías con el pelo de las mujeres. —Sonrió—. Muchas fantasías.

28

DESCUBRIMIENTO

Los platos yacían a un lado en su mesa favorita de Mille Ponti, aún llenos de deliciosa comida italiana. Andi había pedido champiñones rellenos, pero apenas terminó uno de los dos Portobello rellenos de jamón y queso ahumado fundido. Janelle había dejado a un lado su salmón positano en el momento en que Andi había preguntado, señalando al delgado y lascivo camarero:

—¿Cuánto crees que gana?

—Ya está bien —dijo ella, y el plato chirrió en señal de protesta al chocar contra la superficie de hierro forjado de la mesa—. No puedo más, tía. ¿Todavía no tienes trabajo? —dijo, señalando de forma acusadora Andi con una uña decorada con brillantitos.

Los ojos de Andi miraron a Janelle un instante antes de buscar patrones en las baldosas granates del patio.

—Te lo habría dicho, ¿no crees?

—Esperaba que no me hubieras dicho nada porque eres imbécil —dijo Janelle, dándose toquecitos en los labios con la servilleta, y luego la arrojó sobre la mesa como si la hubiera ofendido—. Eso sería mucho mejor que seguir sin trabajo después de tanto tiempo.

Andi se encogió de hombros, deseando tener una respuesta.

—Craig me ha pedido que trabaje con él, y le he dicho que sí.

—¿Haciendo qué?

Andi gimió.

—No preguntes. Voy a ser una especie de ayudante para su negocio inmobiliario. Supermujer, anfitriona de sus fiestas y recadera con glamur. Ah, y también cocinera, casi se me olvida.

—Una cocinera con un doctorado —añadió Janelle, rematando la

jugada, como solía hacer siempre—. ¿Me estás tomando el pelo?

—Ojalá. —Estar allí con Janelle, diciendo lo que pensaba sin censura por primera vez en semanas, la acercó peligrosamente a un ataque de llanto. Bebió agua helada a toda prisa para contener las lágrimas y las náuseas.

Últimamente, las náuseas habían empeorado, y cada arcada le quemaba el estómago como si hubiera estado comiendo fragmentos de cristal. A veces, antes de que llegara un ataque de náuseas, sentía calambres tan violentos que la dejaban sin aliento y se quedaba encogida en el suelo hecha un ovillo o desplomada, apenas capaz de respirar. Entonces empezaban las arcadas. Había llegado a aceptarlas porque le aliviaba los calambres.

Ella quería ir al médico, pero Craig no paraba de retrasarlo y, además, decía que quería acompañarla. Tenía razón; los médicos de hoy en día no eran más que máquinas generadoras de dinero para el sistema sanitario con ánimo de lucro, no porque quisieran serlo, sino porque no tenían muchas opciones. Mientras pudiera aguantar y evitar gastos anticipados, lo haría. Todo ahorro ayudaba. Lo había mirado en Internet, y todas las mamás que estaban en el primer trimestre se quejaban de lo mismo, y los síntomas siempre desaparecían por sí solos.

—¿Estás bien? —preguntó Janelle, apretándole el antebrazo—. Te has puesto blanca.

Deseaba poder compartir la noticia con Janelle, pero le había dado su palabra a Craig. Ya se lo había contado a sus padres y si se enteraba, se pondría furioso con ella.

—Hoy no me encuentro muy bien. Perdón por estar tan insoportable últimamente. —Forzó una sonrisa y miró a Janelle.

—Pero ¿qué dices? No tienes nada por lo que disculparte. Si yo estuviera en tu lugar y llevara tanto tiempo buscando trabajo, ya me habría vuelto loca. —Frunció el ceño y se pasó la mano por su melena negra y rizada—. Se me ha ocurrido una idea —anunció—. Sabes lo que hago para ganarme la vida, ¿verdad?

—Hasta cierto punto. Estás en el Ministerio de Trabajo, eso es lo sé —se rio Andi—; pero no tengo ni idea de qué color son los formularios que le das a la gente —añadió, guiñando un ojo.

—Son del color adecuado —respondió Janelle, levantando la ceja derecha—. A veces investigo denuncias por discriminación en el lugar de trabajo y durante el proceso de contratación.

Andi la miró con una pregunta tácita en los ojos. ¿Qué tenía que ver todo eso con ella?

—Si, por ejemplo, presentaras una denuncia afirmando que sufriste discriminación durante una entrevista de trabajo, esa denuncia abriría un caso, y yo podría coger ese caso de la lista y encargarme personalmente de él.

—No me discriminaron —dijo Andi.

Janelle se rio.

—Sí que lo hicieron: por ser mujer. Créeme, es verdad.

—¿En serio?

Janelle asintió con la cabeza de forma lenta y exagerada.

—Venga, escribe una queja contra alguno de los imbéciles que se negaron a contratarte, declarando que crees que fuiste discriminada por una razón de género. Y después envíala aquí —añadió, mostrándole una dirección de correo electrónico del Ministerio de Trabajo en su teléfono.

—¿Ahora? —Andi frunció el ceño, preguntándose si Janelle sabía lo que estaba haciendo.

—Sí, ahora. No tiene por qué ser larga. Con una línea es suficiente. «Yo, Andrea Wilmore Brafford, durante la entrevista para el puesto que sea, creo que fui discriminada por ser mujer. Por favor, ayúdeme».

Andi escribió el mensaje según las indicaciones y luego pulsó enviar. Un silbido marcó la exitosa transmisión del mensaje.

Janelle miró la pantalla de su teléfono.

—Vamos, vamos —murmuró—. Aquí está —dijo; después dio unos golpecitos en la pantalla y puso el teléfono en la mesa—. Me han asignado tu caso y eso significa que ya puedo investigar sin perder mi trabajo. Puedo hacer preguntas. ¿A quién llamamos primero? ¿A la universidad? Dime el nombre de la mujer que te hizo la entrevista.

—Marjorie —respondió Andi, con los ojos llenos de lágrimas. No tenía ni idea de lo que había hecho para merecer una amiga como Janelle—. Doctora Marjorie Hitchens, del Departamento de Biología Marina.

—Muy bien, allá voy. —Janelle marcó el número y puso el altavoz. Después de preguntar por la doctora Hitchens un par de veces, por fin consiguió que se pusiera al teléfono—. Doctora Hitchens —dijo Janelle, poniéndose el dedo índice en los labios, instando a Andi a

guardar silencio—. Gracias por atender mi llamada. Soy Janelle Larimer, del Ministerio de Trabajo.

—Dígame, ¿qué puedo hacer por usted?

Estamos investigando una denuncia relacionada con una tal..., mmm, Andrea Wilmore Brafford. Usted le hizo una entrevista...

—Sí, la recuerdo bastante bien. ¿Cuál es la pregunta?

—¿Estaba cualificada para el trabajo?

—Sí, era la mejor candidata para el puesto.

A Andi se le llenaron los ojos de lágrimas. Se tapó la boca con ambas manos para mantener los sollozos encerrados en su pecho.

—¿Le hicieron una oferta?

Se produjo un momento de silencio.

—No. Estábamos a punto de hacerlo, pero recibimos una llamada del FBI. Nos notificaron que estaba siendo investigada por contrabando de especies raras y exóticas.

Andi se quedó de piedra. Sacudiendo la cabeza, dijo en voz baja:

—No, eso es mentira.

Janelle levantó la mano y dijo:

—Gracias, doctora Hitchens, no tengo más preguntas.

Colgó, pero no dijo nada. Durante un largo momento, Janelle se quedó mirando el teléfono, mientras que Andi simplemente se quedó allí sentada, conmocionada, sin palabras.

—Dime otro trabajo para el que te entrevistaron —dijo Janelle con frialdad.

La siguiente llamada fue al banco. El hombre que la había entrevistado dijo que habían recibido una llamada avisándoles de que Andrea Wilmore estaba siendo investigada por robar en su trabajo anterior.

En el tercer trabajo afirmaron que Andrea Wilmore los había usado como referencia para un préstamo antes de que comenzara a trabajar allí.

Con cada llamada que hacía, Janelle se enfadaba más y más mientras Andi sentía que todo su mundo giraba fuera de control. Resistiendo cada vez con más dificultad las ganas de vomitar, sollozó en silencio, dejando que Janelle trabajara, haciendo llamada tras llamada.

En la clínica dental dijeron que habían oído que Andrea estaba siendo investigada por un fraude con tarjetas de crédito. Tras la llamada, Janelle colgó el teléfono y estrechó la mano de Andi.

—Mírame.

Andi intentó calmarse, pero no lo consiguió. Lloraba desconsoladamente, llamando la atención de los comensales que había en el patio y haciendo un ridículo espantoso.

—Yo no hice ninguna de esas cosas… —gimoteó.

—Ya lo sé.

—¿Quién querría hacerme tanto daño? —preguntó entre sollozos.

—No, Andi. La pregunta es: ¿quién *podría* hacerte tanto daño? ¿Quién sabía que ibas a hacer entrevistas en todos estos sitios?

La sangre desapareció del rostro de Andi mientras sus manos se enfriaban bajo el agarre de un miedo indescriptible.

Solo lo sabía una persona.

29

SOSPECHA

Andi no recordaba cómo había llegado a casa después de la comida con Janelle. Debió conducir sin prestar mucha atención, guiada por el instinto de esconderse del mundo hasta poder entender lo que estaba sucediendo.

Por un momento, pensó en ir a casa de su padre, pero no era propio de ella huir. Tendría que enfrentarse a Craig de todos modos, y cuantas menos cosas tuviera que explicar, mejor.

Se había arrastrado hasta el interior de la casa y, nada más poner un pie en el gran salón, un dolor le desgarró el abdomen, seguido de una oleada de náuseas tan intensa que apenas pudo llegar al baño. Intentó mantenerse en pie mientras vomitaba en el lavabo, pero sus piernas estaban débiles y temblorosas. Agarrándose débilmente a la encimera, se dejó caer apoyada contra la pared hasta sentir el frío mármol bajo sus nalgas. Tuvo unas cuantas náuseas más y luego todo se oscureció.

Al cabo de un rato, volvió en sí, temblando de frío. Mientras se orientaba e intentaba ponerse de pie, recordó los sucesos de ese mismo día y las verdades que había descubierto. Jadeando y gimiendo cuando la realidad la golpeó de nuevo, se obligó a levantarse y enjuagarse la boca, y luego entró tambaleándose en el dormitorio.

No se cambió; no le quedaban fuerzas en su cansado cuerpo. En lugar de eso, se tumbó en la cama, acurrucada de lado, con los ojos muy abiertos.

El único que sabía lo de las entrevistas era su marido. Nadie más estaba al corriente de todas. Su padre y Janelle sabían lo de la

universidad, los Ellefson también y probablemente todos los de la noche de póker. Pero solo Craig estaba al tanto de la entrevista en el banco, en la clínica dental y en los demás sitios. Le daba vergüenza compartir con nadie lo desesperada que estaba, encadenando un fracaso tras otro.

Pero ¿cómo iba Craig a hacerle algo así? No podía ser.

Él la amaba.

Lo creía con cada fibra de su ser. Se había convertido en alguien tan íntimamente ligado a lo que ella era que no podía concebir que él hiciera algo para herirla. Era tan inimaginable como la idea de que su mano derecha apuñalara a la izquierda.

Él nunca le haría eso, no podía haberlo hecho. Al contrario, se había ofrecido a hacer unas llamadas para conseguirle trabajo en las empresas de sus contactos comerciales o clientes o lo que fueran esos hombres tan poderosos. Se había ofrecido a ayudarla.

Pensó en preguntarle si él era quien estaba difundiendo mentiras entre sus posibles empleadores y, por un momento, imaginó cómo se desarrollaría esa conversación. Preguntarle sería tan insultante que causaría un daño irreparable y fracturaría su relación. Craig sentiría que lo estaba traicionando, que desconfiaba de él, y la apartaría de su corazón. Para siempre.

La sospecha era algo terrible. Su mente hiperactiva no dejaba de crear escenarios horribles, encadenando imágenes cada vez más perturbadoras que la acosaban sin descanso. La sospecha, una vez sembrada, nunca podría eliminarse por completo, no hasta que se encontrara con su enemigo mortal: la certeza.

Tenía que saberlo. Y si no podía preguntar, ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Cómo podía estar segura?

Unos escalofríos sacudieron su cuerpo. Se tapó con las sábanas y trató de dormirse, pero los calambres volvieron y pronto le sobrevino otra oleada de náuseas.

Todavía estaba vomitando cuando sintió la mano de Craig en la frente, sujetándole la cabeza. Sobresaltada, intentó apartarse.

—Shhh, soy yo —dijo él.

Andi levantó la vista del lavabo y se encontró con sus ojos cálidos y cariñosos en el espejo. Por un breve instante, no lo reconoció. Las mismas sospechas que estaban envenenando su mente habían extendido un manto de duda y miedo sobre todo lo que tenían,

filtrándose por todas partes y avanzando como las mareas, imparables.

Las arcadas se convirtieron en sollozos y sus hombros se agitaron espasmódicamente mientras Craig intentaba sujetarla. Ella se retorció y se apartó.

—No, no —gimoteó, extendiendo la mano para impedir que se acercara a ella.

Desconcertado, Craig dejó caer los brazos a los lados en un gesto de desesperación y abandono.

—¿Qué te pasa? Esto no es normal. Te voy a llevar al médico.

Débil y temblorosa, se metió en la cama.

—No. Seguro que solo es un virus estomacal. —Una mentira había inspirado otra—. Deberías mantenerte alejado para no contagiarte.

Craig le tocó la frente febril y palpitante con una mano fría y refrescante, mirándola con ojos preocupados.

—¿Quieres que te traiga un poco de sopa? ¿Te apetece?

—No, gracias. Soy incapaz de retener nada. Solo… necesito dormir. —Cerró los ojos, tiró de las mantas hasta la barbilla y se acurrucó de lado.

Él permaneció en silencio un rato, probablemente observándola, luego atenuó las luces y salió, cerrando la puerta con suavidad detrás de él.

Andi abrió los ojos.

Ese sí que era su marido. Cariñoso, amable, considerado. Ofreciéndole sopa y a llevarla al médico, diciendo y haciendo todo bien; el hombre increíble del que se había enamorado perdidamente.

No era un sociópata que había permitido que se presentase a entrevistas durante meses, para luego arruinar sus posibilidades de que le dieran el trabajo, buscando que ella…

¿Que ella qué? ¿Qué podría ganar él con que ella no tuviera trabajo?

La respuesta a esa pregunta la golpeó en el plexo solar como el puño de un boxeador.

«¿Serás mi copiloto?», le había preguntado el viernes anterior, y no era la primera vez que le pedía que trabajara con él. No… No tenía sentido. La sospecha era algo terrible. Creaba monstruos que no existían, que no eran reales. ¿Cómo sabía que no le había ofrecido trabajar con él por lástima, porque nadie más quería contratarla?

Enterrando la cara en la almohada, soltó un gemido. Podría haber

tenido el trabajo de sus sueños, con Marjorie en la universidad, mientras terminaba su doctorado. Pero alguien le había jodido la vida, se la había robado.

No podía haber sido Craig. Acababa de enterarse por sus padres de que le gustaba el dinero, así que habría preferido tener más. Su salario habría ayudado a la familia a ganar más.

Cerró los ojos, deseando quedarse dormida. A través de las paredes, podía oír a Craig haciendo llamadas a clientes desde el teléfono de su despacho, una tras otra, con una paciencia sobrehumana. Junto a su voz lejana, surgió otra de su memoria, la de su padre, diciendo: «¿Quién sabe cómo habría sido tu vida si no lo hubieras conocido?».

El recuerdo la estremeció hasta despertarla del todo. ¿De verdad había dicho su padre esas palabras? ¿Era posible que, durante todo ese tiempo, él tuviera razón y ella estuviera equivocada?

No podía vivir con esa terrible sospecha pesando sobre su cabeza o perdería la cordura.

Durante un rato respiró, apartando las náuseas, y se tocó el vientre, pensando en su bebé. Su embarazo cambiaba las cosas más de lo que se había tomado la molestia de reconocer.

Necesitaba saberlo. Tenía que estar segura, sin la menor duda.

Y solo había una forma de averiguarlo.

Con la luz tenue, tomó su teléfono e hizo otra búsqueda de ofertas de trabajo en su campo. Encontró una en el Downtown Aquarium. Era para un trabajo de técnico y pedían dos años de universidad como mínimo, aunque lo ideal eran cuatro. Con su título superior, estaba más que cualificada. Y lo que era más importante: Craig no sabía nada de ese trabajo.

Respondió a la oferta enseguida, utilizando el currículum que tenía guardado en Internet. Luego, con dedos temblorosos, cambió la contraseña de su teléfono. Eligió un código aleatorio de seis dígitos que no tenía nada que ver con ninguna fecha importante de sus vidas.

Una lágrima le surcó la mejilla mientras dejaba el teléfono sobre la mesita de noche. Si el acuario le ofrecía el trabajo, lo sabría.

—Dios mío, por favor, que esté equivocada —susurró en la silenciosa oscuridad de la habitación—. Por favor, haz que esté equivocada. No puedo perderlo.

Antes de quedarse dormida, la última imagen que rondó la

creciente oscuridad que se apoderaba de su mente fue la de dos chicos corriendo de la mano, riendo.

30

VESTIDO

Ese día de mediados de septiembre era tan tórrido como uno de julio y el aire era húmedo, polvoriento e irrespirable. Craig había decidido salir antes del trabajo y se detuvo en el centro comercial The Galleria de camino a casa. Había planeado hacer una visita a Neiman Marcus para comprar un vestido para Andi. Ella usaba una talla treinta y seis, aunque podría entrar en una treinta y cuatro si se esforzara un poco, pero él ya estaba resignado a comprarle la treinta y seis. Su barriga estaba creciendo y sobresalía como si fuera un pulgar hinchado a través de cualquier tejido que quedara demasiado ajustado a su cuerpo. Era una pena.

Aparcó en la parte sur del centro comercial y se detuvo a comer algo antes de ir de compras. Como no le gustaban las cadenas de comida rápida, optó por The Cheesecake Factory. Su *piccata* de pollo no estaba mal.

Aún estaba esperando la cuenta cuando vio a una rubia alta que se dirigía hacia la salida. Ella representaba todo en lo que quería que Andi se convirtiera. Elegante, refinada, apestaba a dinero y a lujo, con un culito prieto apenas cubierto por una minifalda roja elástica y unos pechos perfectos asomando por la delicada tela semitransparente de su blusa blanca.

Sus tacones de aguja eran unos Louboutin del mismo modelo que quería regalarle a Andi por su cumpleaños, de charol negro con puntera abierta y suelas rojas. Los tenían en Neiman Marcus. Podía comprárselos también, ya que estaba allí.

El pelo de la mujer era deliciosamente liso, le llegaba hasta la mitad de la espalda y tenía unas mechas finas que le daban

dimensión. Ondeaba como hebras de seda mientras ella se paseaba, contoneando las caderas sobre aquellos tacones de diez centímetros, avivando su imaginación. ¿Cómo sería sentir esa ola de seda rozando su cuerpo duro y desnudo?

Algo se agitó bajo su cinturón. Murmuró una palabrota en voz baja y luego bebió un sorbo de agua helada, sin dejar de mirar las largas piernas de la mujer mientras ella estaba a punto de salir del centro comercial. Llevaba una bolsa con la Medusa de Versace.

Ahí era donde tenía que comprar el vestido de Andi. Al diablo Neiman Marcus.

Resultó ser una decisión estupenda.

Versace tenía justo lo que buscaba: un minivestido negro sin mangas con un generoso y profundo escote y detalles dorados. Unos treinta minutos más tarde, estaba en casa, feliz de descubrir que Andi estaba levantada y con un aspecto un poco mejor que el del día anterior.

—Hola —lo saludó cuando entró por la puerta—. Llegas pronto. —Le sonrió desde el fregadero de la cocina, donde estaba llenando el lavavajillas.

—Y vengo con regalos para mi hermosa mujer —anunció, ofreciéndole la bolsa de Versace.

Tras limpiarse las manos a toda prisa, ella cogió la bolsa y sacó el vestido.

—Madre mía, Craig, este vestido es increíble —dijo mientras le lanzaba una mirada que le hizo fruncir un poco el ceño. Había una pregunta tácita en sus ojos, una preocupación que no le gustó nada —. Y también hay unos zapatos —añadió, sacando la caja con el logotipo en cursiva de Louboutin.

—¿No quieres probártelo? —Craig se sentó en un sillón, apoyó los codos en los reposabrazos y juntó las yemas de los dedos.

Andi ladeó la cabeza de forma juguetona.

—Eso te gustaría, ¿verdad?

—Mucho —susurró, con una voz grave, cargada de deseo.

Andi desapareció en el dormitorio con el vestido y los zapatos y lo dejó esperando durante unos minutos que se le hicieron muy largos. Cuando por fin salió, se le cortó la respiración.

No podía ser más sexi. Estaba perfecta.

El teléfono de Andi emitió un pitido. Echó un rápido vistazo a la

pantalla y luego le sonrió, girándose despacio, lo que hizo tintinear sus largos pendientes de amatistas.

—¿Qué te parece? —Se mordió el labio inferior, volviéndolo loco —. ¿Es lo bastante corto para ti? ¿O debería añadir un cinturón?

—Ajá —respondió él, luchando por no moverse del sillón cuando lo que ansiaba era tomarla con cada fibra ardiente de su cuerpo—. Un cinturón estaría bien. —Todos y cada uno de los once hombres que habían confirmado su asistencia a la próxima fiesta tendrían una erección, pero a aquella sensual reina del baile solo se la podía follar él.

Andi levantó los brazos por encima de la cabeza en una pose elaborada, desviando la mirada hacia un lado, con un atisbo de una extraña sonrisa en los labios. Su falda se levantó con el movimiento, dejando al descubierto un poco más de sus muslos.

—Date la vuelta despacio —susurró él, lamiéndose los labios.

Ella obedeció, sin dejar de mirar hacia otro lado, perdida en sus pensamientos. ¿Por dónde vagaba su mente? ¿Qué estaba pasando por su cabeza? Había logrado cortarle el rollo con más eficacia que si le hubiera tirado un cubo de agua con hielos.

Frustrado, dejó escapar un largo suspiro.

—¿De quién era el mensaje? —preguntó con voz normal, sin rastro ya de excitación.

Los brazos de Andi cayeron como si fuera una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos.

—¿Qué mensaje?

—El que acaba de llegarte. Ha sonado tu teléfono.

—Ah… Era de Janelle. Quiere que tengamos una noche de chicas el jueves de la semana que viene.

La mención de ese nombre le hizo apretar las mandíbulas y rechinar los dientes. *«Maldita Janelle»*.

—No te preocupes —respondió ella con dulzura en la voz—. Ya le he dicho que no puedo. La próxima fiesta es ese día, ¿verdad?

—Sí —contestó Craig, con una sonrisa de oreja a oreja.

Abdi estaba aprendiendo cuáles eran sus prioridades y su lugar. El pelo tardaría un tiempo en crecer y necesitaría bastante arreglo para estar perfecto, pero él seguía deseando tenerla de rodillas, allí mismo, frente al sillón, mirándolo mientras le desabrochaba el cinturón.

Estirando el brazo en dirección a ella, le susurró:

—Ven aquí.

Andi no se movió, permaneció de pie a pocos metros de distancia, con una extraña expresión en el rostro.

—¿En qué estás pensando?

Ella se quitó los tacones y se sentó en otro sillón; luego cruzó las piernas con rapidez, no como en *Instinto básico*, sino como si estuviera en un dormitorio universitario. De manera fría, práctica y nada sexi.

—Si consigo un trabajo de lo mío en el Instituto Oceanográfico Scripps de San Diego, ¿considerarías la posibilidad de que nos mudáramos allí?

Craig casi se atragantó del susto. *No había descanso con ella… ¿Qué le pasaba a esa mujer? ¿Cuándo iba a olvidarse de eso?*

—¿Y empezar de nuevo en el sector inmobiliario en California? —consiguió decir en tono normal y equilibrado; su voz no transmitía nada de la rabia que sentía bullir en su interior.

Andi sonrió.

—Cuanto más caras son las viviendas, mayores son las comisiones.

—Sí… Eso es verdad.

Craig frunció el ceño, considerando la inesperada idea sin encontrar muchos inconvenientes. En primer lugar, esa molesta zorrita, Janelle, y el gilipollas del padre de Andi quedarían en el olvido. Por supuesto, tendría que empezar de nuevo, encontrar a los Donati y Haskett de California, pero ya lo había hecho una vez. Seguro que podría volver a hacerlo. La única pregunta era si Jude consideraría mudarse. Porque sin él, nada tenía sentido. Sin duda tenía el dinero suficiente para que pudieran empezar de nuevo en la Costa Oeste, pero ¿lo haría?

Miró a Andi, estudiando su rostro. No parecía haber conseguido aún el trabajo de San Diego; su pregunta no tenía la urgencia que habría conllevado eso. Estaba tranquila y relajada, pero también un poco distante, casi aprensiva. No tenía ningún sentido. Tal vez era todo culpa de la tontería esa del embarazo. Por lo que había leído en Internet sobre el primer trimestre, era un milagro que la especie humana hubiera sobrevivido. Las mujeres se convertían en auténticos zombis, con un lío de hormonas y cambios de humor y todo tipo de cosas desagradables como pechos caídos, retención de líquidos y aumento de peso. *«Mierda»*.

Mudarse a California podría ser una buena idea.

Se inclinó hacia delante, sonriendo.

—Si eso te hiciera feliz, estaría dispuesto a hacerlo. Haría cualquier cosa por ti.

¿Cómo demonios no había pensado antes en California y en su mercado inmobiliario en alza? Jude estaría encantado. Pero Craig quería hacer una cosa antes.

Se levantó y se acercó a ella despacio, desnudándola con la mirada, mientras observaba sus reacciones para ver si el fuego que estaba encendiendo se extendía. Andi respondió un poco más despacio de lo habitual, pero le cogió la mano y se levantó; luego aceptó su abrazo y lo besó con pasión, gimiendo con cada respiración. Una lágrima rebelde encontró inexplicablemente su mejilla, pero ella no lo apartó, no dejó de besarlo y empezó a desabrocharle los botones de la camisa con dedos fríos y temblorosos.

Con suavidad, centímetro a centímetro, Craig le bajó la cremallera del vestido y lo deslizó fuera del cuerpo de su hermosa mujer como si desenvolviera un extravagante regalo atado con un elegante lazo de seda.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Cuándo fue la última vez que vio a su hija?

DOCTOR HUNTER WILMORE: El siete de octubre. Era jueves.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Y dónde fue?

DOCTOR HUNTER WILMORE: En el Centro de Rehabilitación Cardiaca, donde he estado desde mi ataque al corazón. Vino a verme. Venía casi todos los días.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Mencionó Andrea Wilmore Brafford algo fuera de lo común?

DOCTOR HUNTER WILMORE: No. Sin embargo, se sentía mal. Estaba pálida y le temblaban las manos.

31

CERTEZA

Aproximadamente una semana después, Andi recibió noticias del acuario. La invitaban a pasar por allí para firmar su contrato. Si sus antecedentes y el informe de crédito estaban limpios, la contratarían. La oferta estaba adjunta al correo electrónico, y le pedían que la devolviera firmada en las cuarenta y ocho horas siguientes.

Al principio, leyó el correo y no lo comprendió bien. Entendió las palabras, su significado, pero no su dimensión. Había conseguido el trabajo. Estaban entusiasmados de darle la bienvenida al equipo del Downtown Aquarium y tenían plena confianza en que sería una excelente incorporación.

Entonces lo asimiló de verdad, y el impacto la dejó sin aire. Emitió unos sonidos ininteligibles y luego rompió a llorar de forma desconsolada. Había conseguido el trabajo... El único al que se había presentado sin que lo supiera Craig.

Había ido a las entrevistas en absoluto secreto, mintiéndole y diciéndole que iba de compras o a visitar a su padre. Todos los correos electrónicos que recibió de ellos los guardaba inmediatamente en una carpeta que había creado llamada «cupones y ofertas». Craig jamás miraría ahí. Todo el tiempo que había pasado desde que había solicitado el trabajo en el acuario, todos y cada uno de los días, había deseado fracasar en la entrevista, sabiendo que, si conseguía el empleo, tendría la certeza que tanto temía.

Sus sollozos se calmaron cuando una nueva idea cruzó su mente. Quizá la prueba que había preparado para averiguar si Craig tenía la culpa de su fallida búsqueda de empleo no era tan segura. «La ausencia de evidencias no es evidencia de ausencia». Andi recordó el

aforismo que había aprendido en la escuela. El hecho era que aún no lo sabía con certeza, ni en un sentido ni en otro.

¿Y si la oferta de trabajo en el acuario no era más que una coincidencia, una manera del destino de jugarle una mala pasada, de gastarle una dolorosa broma? Todos los artículos que había leído sobre cómo encontrar trabajo hablaban de un período de tres a seis meses y decían que conseguir un trabajo era un ejercicio de paciencia y de estadística. Llevaba meses buscando, pero ¿y si estaba predestinada a trabajar en el acuario? El hecho de que Craig no tuviera ni idea de ello no significaba en absoluto que fuera él quien la había estado saboteando. Podría ser una coincidencia.

Necesitaba que fuera una coincidencia.

El inquietante correo electrónico la había encontrado enjuagándose la boca tras otro ataque de vómitos, tan intensos que la habían dejado jadeando y preguntándose por qué demonios se llamaban náuseas matutinas cuando eran las cuatro de la tarde y aún no habían parado.

Se lavó la cara surcada de lágrimas, salpicando agua fría una y otra vez para reducir la hinchazón y el enrojecimiento. Era miércoles, la víspera de otra de las fiestas de Craig, y ya no podía aguantar más; lo único que quería era gritar y preguntarle de una vez por todas: «¿Fuiste tú quién lo hizo?».

En su imaginación, se vio a sí misma haciéndole esa pregunta, pero ahí se quedó todo. No vio lo que él respondería o lo que ocurriría después si la respuesta más temida se hacía realidad. Mientras deambulaba sin rumbo por la casa, retocando detalles aquí y allá para preparar el evento del día siguiente, se abandonó a los pensamientos que habían estado llenando sus noches de pesadillas y sus días de amarga ansiedad.

¡Cuánto deseaba poder preguntarle a alguien qué debía hacer! pero su padre y sus amigos estaban descartados. Su padre ya odiaba a Craig; decirle algo así probablemente lo mataría. Pensó en llamar a Rebecca; era como una madre para Andi y la habría ayudado con mucho gusto. Con el teléfono en la mano, buscó su número, pero luego canceló la llamada y bloqueó la pantalla. No se atrevía a manchar la reputación de Craig con sus sospechas. No era algo que la gente pudiera olvidar si al final estaba equivocada.

Mientras quitaba el polvo de los corales de la repisa de la chimenea con un plumero, empezó a tomar forma una idea, un plan

que podría funcionar para demostrar, más allá de cualquier atisbo de duda, si Craig había hecho esas llamadas. Para ello, necesitaba ser lo que nunca había podido ser: una buena actriz. O una política, capaz de decir lo contrario de lo que pensaba.

Siempre había sido exasperantemente directa; su franqueza rayaba en la mala educación, pero sin el componente malicioso, tan solo era la expresión directa de una mente honesta, sincera y sin filtro. Era un poco ingenua, inmadura incluso. Carente de la sofisticación de los políticos de carrera, Andi sabía que pertenecía al mundo de los académicos e investigadores, donde sus habilidades de comunicación eran consideradas adecuadas y libres de cualquier confusión innecesaria. En ese momento, lo que más deseaba era poder responder a las preguntas sin decir nada, ofrecer toda una retahíla de tópicos y charlas triviales, interrogar a Craig sin hacerlo realmente, mentirle y actuar como si no pasara nada, al menos hasta que encontrara las pruebas que estaba buscando.

Se cambió de ropa y se maquilló un poco para ocultar su palidez y las ojeras. Se puso un vestido ligero de verano, uno que le gustaba a Craig, e hizo todo lo posible por no pensar en lo que tendría que hacer si era él quien le había robado sus oportunidades.

Lo perdería. Tendría que marcharse. Dejarían de existir como pareja.

Obligándose a inspirar hondo para combatir las lágrimas, se puso el colgante azul y miró a la desconocida que había en el espejo. Quizá tenía la capacidad de interpretar el papel, de mentir y engañar al hombre que amaba. Lo más probable era que todas las mujeres la tuvieran.

Miró el reflejo de sus ojos azules y se armó de valor, segundo a segundo, hasta que estuvo segura de que estaba preparada para la tarea. Solo iba a ser por unas horas; no iba a morirse.

Luego esperó.

Cuando Craig regresó del trabajo, la encontró quitando el polvo de las estanterías del salón, con aquel vestido veraniego y sandalias blancas de tacón bajo, proyectando la imagen de la esposa perfecta. El sueño de Craig.

Una oleada de náuseas la invadió cuando él cruzó la puerta, pero la contuvo con una respiración profunda y una sonrisa. Luego se dirigió a la nevera y se bebió medio vaso de agua con gas.

—¿Qué tal tu día?

—Normal —respondió él, mirándola de pies a cabeza con una sonrisa de satisfacción—. No todos los días consigo cerrar un trato espectacular, ¿sabes? —Sonrió con cierta torpeza, casi como si se estuviera disculpando—. La mayoría de los días trato con imbéciles indecisos que quieren una casa que no pueden permitirse con el dinero que tienen. Ah, y lidiar con Hughes, el mayor imbécil de todos.

—¿Sigue dándote la lata?

—Últimamente no —respondió Craig, mientras se aflojaba el nudo de la corbata, y se la quitó.

Andi se la cogió de la mano y esperó a que le diera el resto de su atuendo para colgarlo todo en el armario. A continuación, se quitó la camisa y luego los pantalones. Contempló el cuerpo atlético y familiar de Craig, y lo encontró extraño y su desnudez, obscena.

—Cariño, ¿puedes cogerme unos pantalones cortos? —preguntó mientras llevaba los zapatos al zapatero en calzoncillos.

—Claro —respondió ella sin girar la cabeza. No podía esperar más, tenía que saberlo.

Unos instantes después, se acercó a él con una camiseta limpia y un pantalón corto informal, pero dudó antes de entregárselos.

—¿Por qué no te das una ducha? Te sentirías mejor. Hoy hace mucho bochorno. —Ladeó un poco la cabeza—. Tómate tu tiempo ahí dentro. Te lo mereces.

Craig la observó durante un momento. Andi sostuvo su mirada sin inmutarse. La sonrisa falsa que había en sus labios funcionó.

—Buena idea.

Le cogió la ropa de las manos y desapareció dentro del cuarto de baño. Un momento después, Andi oyó correr el agua de la ducha.

Tenía unos diez minutos, tal vez más. A veces le gustaba pasar mucho tiempo bajo el chorro de agua, alternando agua fría y caliente hasta que se sentía relajado.

Su teléfono estaba en la encimera, junto a la llave del Mercedes. Andi conocía el pin de acceso y lo desbloqueó rápidamente, luego abrió la lista de llamadas recientes. Había cientos... Craig pasaba la mayor parte del tiempo al teléfono, pero ella creía que en algún lugar de aquella interminable lista de números podía haber alguno que estuviera fuera de lugar. Como, por ejemplo, el número del Departamento de Biología Marina de la universidad, el de un banco donde no tenían ninguna cuenta y en el que Andi había hecho una

entrevista para un puesto de cajera o el de una clínica dental a la que no iban, donde le habían hecho una entrevista para un puesto de recepcionista.

No había tiempo suficiente para buscar. En lugar de eso, Andi empezó a hacer fotos de sus llamadas recientes, una pantalla tras otra, hasta que llegó al final de la lista, bloqueó el teléfono y lo volvió a dejar en la encimera, donde lo había encontrado.

A salvo en la cocina, mientras mantenía el oído atento a los ruidos provenientes de la ducha, revisó las imágenes buscando números que pudiera reconocer. No encontró el número de la universidad, pero sí el de la clínica dental, y también el de Brisbane Corporation, la empresa en la que había hecho una entrevista para un puesto de atención al cliente hacía un mes.

Estaba allí, mirándola a la cara, la asesina de toda sospecha.

La certeza.

La portadora de un dolor inimaginable.

La había retenido como si fuera un rehén, cautiva tras los muros de ladrillo de una enorme mansión de las afueras, para que limpiara la casa e hiciera de anfitriona para sus invitados.

Ya no podía negarlo, por mucho que deseara que no fuera cierto.

Cuando Craig salió de la ducha, con el cabello mojado peinado hacia atrás, pero separándose al azar bajo su propio peso, la encontró vestida con vaqueros y una camiseta vieja de Bon Jovi. Las sandalias habían desaparecido y en su lugar estaban sus Reebok favoritas. Justo al lado de sus pies, había una pequeña bolsa de viaje con lo poco que realmente consideraba suyo.

En el momento en el que Craig la vio, se detuvo en el umbral, paralizado.

—¿Qué está pasando?

Andi se puso de pie y le puso el colgante azul en la mano.

—Quiero el divorcio.

32

ME QUEDO

Caminar hasta la puerta le exigió a Andi hasta la última pizca de fuerza que le quedaba. Cada paso era definitivo, más difícil de dar que el anterior, como si estuviera atada a Craig con una goma elástica que se negara a romperse. En lugar de ceder, se tensaba cada vez más, y cuanto más se estiraba, más difícil era dar un paso adelante.

—Andi —la llamó Craig, y su paso vaciló. Unos pocos más y llegaría al garaje. Luego, al coche. Y después, se iría por fin—. Por favor, no te vayas.

Deseó poder bloquearlo de algún modo, no verlo ni oírlo hasta que tuviera la energía suficiente para completar la insoportable acción que estaba a punto de llevar a cabo.

Dejar a Craig.

Solo dos semanas antes le habría parecido imposible. No, le habría parecido una completa locura. Esa misma mañana, Andi aún no creía que pudiera ser verdad. Cautiva en las despiadadas garras de la ansiedad mientras esperaba para saberlo con certeza, se había sumergido en innumerables escenarios, tratando de justificar su comportamiento, razones que lo eximieran de toda responsabilidad.

Luego pasó a inventar formas de restar importancia a lo que había hecho. Inventando excusas. Racionalizando lo inconcebible. Después de todo, no era tan malo quedarse en casa y disfrutar de una vida sin preocupaciones, ¿verdad? Bueno, tal vez eso era cierto para otras mujeres, pero no para ella. Era una científica, le faltaban meses para convertirse en doctora en Biología Marina, una experta en su campo. No solo le había robado una carrera, sino también su autoestima y el

fruto de todos los años que había pasado estudiando. Toda su visión del mundo en el que vivía estaba manchada por lo que él había hecho.

—¿Podrías al menos decirme por qué? —le gritó él mientras se alejaba.

Había un matiz de profunda tristeza y desesperación en su voz que la dejó helada. A su corazón todavía le afectaban las inflexiones de la voz de Craig.

Se giró despacio, respirando con dificultad, temiendo desmayarse. Una oleada de debilidad le recorrió el cuerpo en el momento en el que se detuvo y lo miró. Allí de pie, en mitad del salón, todavía mojado, con una toalla alrededor de las caderas y sin importarle las gotas que se acumulaban en el parqué, parecía vulnerable y derrotado. Una expresión de total confusión se plasmaba en su rostro, en la boca entreabierta, en las cejas levantadas y en la mirada suplicante.

Se merecía una explicación. ¿O no...? A lo mejor era *ella* la que se merecía saber por qué, y esa curiosidad latía en cada recoveco de su mente. El motivo no podía ser solo por sus estúpidas fiestas. Era imposible. No tenía sentido.

Sintiendo que ya no podía sostenerla durante más tiempo, dejó que bolsa de viaje cayera al suelo con un golpe sordo.

—Sé lo que has hecho, Craig.

—¿De qué estás hablando? —Dio dos pasos hacia ella, pero Andi levantó la mano y él se detuvo—. Por favor, cariño, dime qué crees que he hecho.

—No me llames cariño —susurró, con la voz teñida de tristeza y rabia. Quería darle una bofetada mientras gritaba: «¿Cómo has podido?». Pero ella no era así.

Sus lágrimas se habían secado y habían sido sustituidas por una fría determinación. Ella y Craig habían terminado. La historia de amor, el romance, el matrimonio... todo se había acabado. Lo único que quedaba era tierra quemada, marcada y contaminada, árida para siempre. ¿Cómo podría volver a confiar en alguien después de aquello?

—¿Qué he hecho? ¿Me lo puedes decir, por favor? —susurró—. Haré lo que sea...

—No hay nada que puedas hacer, Craig. Ya has hecho bastante —dijo con una risa amarga—. Demasiado.

—¿Qué quieres decir? Me estás asustando.

Los labios le temblaron antes de hablar.

—Sé que llamaste a todos los sitios donde hice una entrevista de trabajo, difundiendo mentiras sobre mí. —Apenas soportaba mirarlo. Sentía como si una pesada carga le estuviera aplastando el pecho—. Llamaste a la universidad, Craig. Ese lugar es como un hogar para mí, como una segunda familia. ¿Te imaginas lo que deben estar pensando de mí ahora todas esas personas que conozco, respeto y quiero? —Sollozó y se secó una lágrima con un gesto de enfado—. ¿Cómo pudiste? ¿Cómo voy a volver a asomar la cara por allí? —Empezó a respirar de forma entrecortada y superficial luchando por mantener encerrada su rabia—. ¡Tú... me has *matado*! Has destruido todo por lo que he trabajado, todos mis sueños. ¿Por qué lo has hecho?

Con los hombros encorvados, Craig dejó caer la cabeza hacia delante.

—Sí, lo hice —murmuró—. Lo siento mucho. No tienes idea de cuánto lamento...

—¿Qué? ¿Que te haya pillado? —Comenzó a pasearse furiosa por la habitación; la adrenalina estaba inyectando algo de energía en su debilitado cuerpo—. Fuiste implacable, Craig. No te saltaste ni un solo trabajo y contaste una mentira diferente cada vez. —La bilis le subió por la garganta, amenazándola con otro ataque de náuseas—. Eres muy creativo, lo reconozco, pero de una forma despreciable.

—Por favor, perdóname —susurró él, mirándola con ojos suplicantes.

Ni siquiera entonces le estaba dando una respuesta directa. Era un mentiroso compulsivo.

—Creo que lo que querías era una anfitriona para tus fiestas y, si yo hubiera encontrado trabajo, el papel que habías imaginado para mí en tu pequeño negocio inmobiliario se habría visto amenazado.

Craig apoyó las manos en las caderas y se giró de lado con frustración.

—¿Es eso lo que piensas? *Al diablo* mi negocio inmobiliario —gritó—. Al diablo con todo.

Andi lo miró sorprendida. No era propio de él levantar la voz. Pero si lo pensaba bien, ¿quién era ese hombre y qué sabía ella realmente sobre él? ¿Existía el Craig del que se había enamorado?

—Cancelaré la fiesta del jueves —dijo él, dando un par de pasos

más hasta que Andi le lanzó una mirada fulminante, obligándolo a mantener las distancias—. Cambiaré de trabajo. Me dedicaré a lo que tú quieras, pero no me dejes. Todo lo que he intentado hacer ha sido por ti.

Ella se rio.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Esta casa, nuestra vida en las afueras, este estilo de vida, todo ha sido por ti. Para ti.

La duda, alimentada por su deseo de hacerla realidad y por el amor que creía ver en los ojos de él, empezó a abrirse camino en su mente. ¿Y si estaba diciendo la verdad?

—Piénsalo… Cuando me conociste, estaba contento viviendo en ese edificio de apartamentos casi sin muebles. No era nadie, no tenía nada, y no me importaba. —Juntó las manos, rogándole en silencio que le creyera—. Hasta que te conocí.

Si se obligaba a creerle de nuevo y descubría que todo era mentira, nunca volvería a ser la misma. Nunca se recuperaría. Y, aun así, alejarse del amor de su vida era casi imposible bajo el peso de todas esas dudas.

—Si todo era por mí, ¿por qué no querías que trabajara? ¿Por qué saboteaste mi trabajo en la universidad? ¿Y todos lo demás?

Craig bajó la mirada.

—Ya te lo he dicho. Yo no era nada, solo un donnadie. Tú habrías tenido un éxito inmenso en cualquier cosa que hubieras hecho. Y entonces me habrías tirado a la acera, como un mueble viejo que ya nadie necesita. —Se calló un momento—. No quería perderte… no quiero perderte. Estoy dispuesto a todo para hacer que te quedes.

Esas palabras aparentemente inocentes resonaron de forma negativa en su cabeza.

—*¿Hacer* que me quede? —repitió Andi, levantando una ceja.

—Para convencerte. —Craig apretó las mandíbulas durante un breve instante—. Ha sido una mala elección de palabras.

«O un lapsus freudiano», pensó Andi. Pero el hielo que había levantado alrededor de su corazón para poder marcharse seguía derritiéndose.

—Déjame llevarte de vacaciones —dijo Craig de pronto, pillándola desprevenida—. Solo tenemos que cancelar lo del jueves y marcharnos. Donde tú quieras: al Caribe, a las Bahamas…, donde sea. Tú eliges.

Andi dejó escapar un largo suspiro que derritió el hielo que quedaba. Los matrimonios necesitan trabajo, mucho trabajo. Craig no gritaba ni la pegaba, no bebía y no la engañaba. Era un hombre inseguro, nada más, y había cometido un error. Craig se había escapado de casa a los dieciséis años y había luchado por labrarse un futuro, mientras que ella tenía una familia, un padre que le ponía todo al alcance de la mano. Tenía casa y comida gratis mientras asistía a la universidad, hacía un máster y empezaba el doctorado. Mientras que él... no tenía a nadie, hasta que había llegado ella.

Quizá merecía otra oportunidad.

—Si alguna vez me vuelves a mentir, me iré en el acto. Desapareceré. No te daré ninguna explicación y no volveré a hablar nunca más contigo.

Craig se acercó un paso más.

—Me parece justo. —Sonrió tímidamente, con el labio inferior tembloroso y los ojos brillantes—. ¿Compro los billetes de avión? ¿A dónde quieres que vayamos?

—No he terminado —contestó Andi con frialdad—. Celebraremos la fiesta del jueves y nos iremos el sábado, para que tengas tiempo de hacer las llamadas de seguimiento. Has trabajado muy duro.

—Oh, Andi —murmuró Craig, llevándose la mano de ella a los labios—. Eres la mujer más increíble del mundo. ¿Me perdonarás alguna vez?

Se le cortó la respiración. Era una pregunta complicada. ¿Podría? ¿Era posible? No lo sabía. Esperaba poder hacerlo, pero no había manera de saber qué efectos tendría el paso del tiempo en ellos. Su matrimonio apenas se sostenía; era frágil y estaba deshilachado, hecho trizas, por los vientos huracanados de la adversidad y el engaño.

—No lo sé. Trabajaremos en ello, día a día.

—No necesito nada más —dijo él en voz baja, antes de besarle la mano—; solo eso y tu destino de vacaciones preferido, mi maravillosa dama.

¿Estaba preparada para pasar una semana a solas con él? ¿Para dormir entre sus brazos y que le hiciera el amor mientras la fealdad de sus mentiras y la incertidumbre sobre su futuro seguían pesando tanto en su corazón? Pero para que los matrimonios funcionaran se requería mucho esfuerzo. Marcharse resultaba duro, complicado,

desgarrador; pero quedarse era mucho más difícil. La vida que crecía dentro de ella le dejaba muy pocas opciones.

—Quiero ir al Caribe —respondió con calma, una vez tomada su decisión—, a Montego Bay. Pero solo una semana, porque empiezo en un nuevo trabajo.

33

UNA DE LAS BUENAS

Había sido una semana de extremos, lo que le había provocado a Craig una sensación de vértigo por culpa de tantos giros repentinos y desastres superados. Cansado y sintiéndolo en los huesos, se frotó la nuca mientras escuchaba la última charla de uno de sus invitados en el camino de entrada.

Las llamaba «últimas charlas» porque ese era el momento en el que algunos invitados parecían más comprometidos, compartiendo una historia más, otro chiste o un comentario antes de marcharse por fin. Era una señal de que habían disfrutado de la fiesta y que lo recordarían a la mañana siguiente, cuando él se pusiera en contacto para cerrar cualquier trato.

Emocionado por el éxito de la fiesta, contó mentalmente las victorias mientras el parlanchín invitado, un director general del sector de las telecomunicaciones llamado Virgil Eastland, hablaba y hablaba sin parar. Fingió no darse cuenta de que la mirada libidinosa de Eastland se clavaba en el escote de Andi y recorría sus piernas de arriba abajo. Sus piernas eran preciosas; el hombre no tenía la culpa.

Se habían presentado once parejas poderosas. Tres eran conocidos de Donati. Últimamente, Craig había estado durmiendo mal porque no dejaba de preguntarse qué esperaba Donati de él. ¿Quería sobornos? Eso era poco probable. Tenía tanto dinero que no sabía qué hacer con él, y probablemente se sentiría insultado por cualquier cantidad que Craig pudiera permitirse darle. Pero Craig no sabía lo que quería, y eso lo inquietaba, disparando sus inseguridades. Tampoco podía preguntárselo; sería una metedura de pata terrible. Al menos eso lo tenía claro.

De los once, cuatro le habían prometido convertirlo en el agente inmobiliario de cabecera para sus empresas, lo que incluía acceso a todos sus empleados, que vivían en el área de Houston, si Craig accedía a reducir en un punto porcentual su comisión, o tal vez uno y medio. Eso significaba que le lloverían acuerdos sin tener que esforzarse nada durante años. Por supuesto, por algo así merecía la pena bajar su comisión.

Hughes estaba tan encantado con cómo había transcurrido la noche que le ofreció a Craig una mejora a clase *business* para su próximo viaje al Caribe. Seguro que a Andi le encantaría. ¿A quién no?

Finalmente, el aparcacoches condujo el Land Rover de Eastland hasta la entrada circular. A regañadientes, Eastland apartó la mirada de las piernas de Andi y se subió al asiento del conductor. Su mujer, pálida y tensa y lanzando dardos de odio con la mirada, ocupó el asiento del copiloto sin siquiera despedirse con la mano. Eso no era bueno. Tal vez Andi había causado demasiada impresión. Después de todo, eran las mujeres quienes tomaban las decisiones y, por lo que parecía, la señora Eastland haría todo lo que estuviera en su mano para asegurarse de que su marido nunca volviera a hablar con los Brafford. Con los Eastland, lo más probable es que hubiera fracasado; había echado a perder una excelente oportunidad por llevar las cosas demasiado lejos.

Una vez que el Land Rover se alejó, solo quedaba Hughes y tenía un montón de emociones que compartir. Andi se disculpó y entró en la casa, y Hughes observó el contoneo de sus caderas hasta que desapareció de su vista. El vestido de Versace apenas le cubría el trasero. No recordaba que fuera tan corto, pero ella había estado fabulosa toda la noche, haciéndolo sentirse orgulloso. Con los Louboutin puestos, era al menos cinco centímetros más alta que él, pero no le importaba. Muchos hombres de éxito se casaban con supermodelos más altas que ellos. Pero Andi era más que una cara bonita. Sabía desenvolverse muy bien en una habitación llena de invitados: repartía sonrisas, frases triviales y deliciosos aperitivos, haciendo que todos se sintieran como en casa. Su chica tenía estilo, algo extremadamente raro. Tenía clase, al igual que Jude. Llevaba en la sangre la forma de relacionarse con la gente rica como una igual. Se notaba que provenía de una familia adinerada.

—Es una de las buenas —dijo Hughes, sin dejar de mirar el

trasero de Andi—. No como la otra, si no te importa que te lo diga.

—¿La otra?

—Conocí a tu exnovia en la fiesta de Navidad de hace un par de años. ¿La morena alta y delgada?

—Ah, sí. —Craig sonrió y guiñó un ojo—. Ya me había olvidado de ella.

—Puedo entender por qué. —Hughes sonrió mientras se palpaba el bolsillo del pecho, como para asegurarse de que el grueso sobre que Craig le había dado antes continuaba allí—. Sigue así, hijo. Tienes lo que hay que tener.

Le apretó el hombro, luego se subió a su todoterreno y se marchó, con la señora Hughes a su lado. Con ellos, las cosas habían ido mucho mejor: la señora Hughes se había mostrado ansiosa por ayudar a Andi sirviendo a los invitados y le había ofrecido suficientes consejos no solicitados como para que a Craig le dieran ganas de pegarle un tiro.

Agotado, pagó generosamente al hijo del vecino y se despidió de él. Luego entró en la casa, cerró la puerta tras de sí y echó el pestillo.

Con el sonido sordo de la cerradura, su expresión cambió. Había logrado sobrevivir la velada, aunque había estado tenso, preocupado por si Andi cambiaba de humor, aún dolida tras su conversación del día anterior. Aunque parecía que ya no quedaba nada de su rencor... Había estado maravillosa.

Pero... ¿Lo del divorcio? Eso aún le escocía. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Se había vuelto loca?

Eso significaría su fin, de todo lo que era y podría llegar a ser. Ella recibiría la mitad de todo lo que él poseía, su casa e incluso la mitad de su parte de la propiedad de Timber Hill porque Jude había sido un inmenso idiota y la había puesto a nombre de los dos. Dos millones de dólares. Ella podía conseguir una cuarta parte de eso, quinientos mil, y eso era solo por una casa. En teoría, él podría llevarla a juicio, con un dinero que no tenía, y arriesgarse a exponer su acuerdo turbio solo para evitar que se llevara ese dinero. O Jude podría vender la propiedad de inmediato, levantando todo tipo de banderas rojas con Haskett y perdiendo un montón de pasta.

Ni hablar... No iba a divorciarse de él. Se aseguraría de ello.

Por ahora, podía respirar con un poco de tranquilidad. La difícil noche por fin había terminado, y el sábado se irían una semana en la

playa, donde lograría que ella se enamorase de él de nuevo. Estaba seguro de que lo conseguiría.

Sí, Hughes tenía razón, era una de las buenas.

No podía dejarla escapar.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Cuál cree que era el papel de la víctima en las fiestas del acusado?

JANELLE LARIMER: La exhibía delante de sus clientes como si fuera un trozo de carne. Le gustaba cómo lo miraban todos cuando ella le cogía del brazo, cuando estaban juntos en algún sitio.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: Que usted sepa, ¿estaba Andrea Wilmore Brafford al tanto?

JANELLE LARIMER: Sí, y eso la entristecía. Ella pensaba que Craig era lo bastante fuerte profesionalmente como para no necesitar ese tipo de tácticas. Deseaba ser algo más que la mujer esposa por la que la gente envidiara a Craig; algo más que una posesión, un trofeo en su brazo. Se sentía utilizada, exhibida para que esa gente contratara los servicios de Craig.

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: Protesto, señoría. Testimonio indirecto.

34

PARAÍSO

Era una playa orientada al norte, de arena blanca y olas que se movían lentamente. Todo en aquel lugar era tranquilo, relajante. El olor del mar era tan fragante que Andi había abandonado su margarita sin alcohol en la mesa auxiliar que había junto a su tumbona de mimbre blanco y se había sumergido en la naturaleza circundante, llenándose los pulmones de aire salado, una bocanada tras otra.

En algún lugar detrás de las altas palmeras que bordeaban la playa, empezaba a asomar la luna creciente; sus débiles rayos cada vez se hacían más fuertes, asomando entre las hojas. Escuchó con atención el susurro de las hojas de las palmeras durante un momento, con los ojos cerrados, sabiendo que quería aferrarse a ese sonido para siempre.

Craig había alquilado una cabaña que estaba en el agua. Desde la puerta de la habitación, podía bajar unos escalones que daban directamente a las cálidas aguas del Caribe. Desde que llegaron el sábado por la noche, había disfrutado cada momento de su tiempo allí. Incluso se sentía mejor, sus náuseas habían desaparecido casi por completo y el dolor punzante que a veces le desgarraba el vientre había quedado olvidado. Probablemente solo necesitaba descansar.

Alargó la mano hacia la sudorosa copa de Margarita y bebió un sorbo, dándose cuenta de que el hielo hacía tiempo que se habían derretido. La versión sin alcohol de la bebida estaba buena, pero le faltaba el efecto del alcohol. Sin embargo, no se arrepintió; la salud de su bebé era lo primero. Tan solo no le gustaban mucho los cócteles sin alcohol.

—Voy a pedirte otro —se ofreció Craig, que levantó la mano y chasqueó los dedos para llamar la atención de la camarera. En cuestión de segundos, apareció a su lado una joven vestida con la parte superior de un bikini rojo y una falda blanca corta con volantes que apenas le cubría el trasero.

—¿Qué desean?

—Otro margarita sin alcohol para mi…

—Ponme mejor un zumo de manzana si tienes —dijo Andi, sonriendo mientras miraba a la chica. No tendría más de veinte años. Su larga melena, recogida en una coleta suelta, le colgaba sobre el hombro derecho. Una flor de hibisco blanca adornaba su oreja izquierda, al estilo hawaiano.

—¿Solo… zumo de manzana?

La sonrisa de Andi se ensanchó. Tenía antojo del líquido frío y sudoroso.

—Sí, con hielo, por favor.

La chica asintió y se giró hacia Craig.

—Y otra cerveza para mí, la más fría que puedas encontrar.

—Entendido.

La camarera se dirigió hacia el bar de estilo hawaiano con un juguetón contoneo de caderas. Andi miró a Craig, pero él no estaba mirando a la chica; había vuelto su atención al mar.

Cada momento de cada día desde que habían salido de Houston, Craig se había comportado de una manera increíble. El viaje estaba siendo como una segunda luna de miel, su corazón herido se estaba calmando y sus miedos se estaban apaciguando. Andi lo amaba lo suficiente como para querer desesperadamente perdonarlo y olvidar. Aunque solía ser racional en todas las cosas de su vida, decidiendo con el cerebro y no con los sentimientos, se encontró a sí misma rehuyendo el recuerdo de lo que Craig había hecho, como los dedos que se apartan de golpe tras tocar algo caliente.

Pensar en lo que había hecho era insoportable.

Estar a su lado también era insoportable y, al mismo tiempo, embriagador.

La noche que llegaron, ella había señalado con el dedo el pequeño sofá que había en el salón de su cabaña después de decidir dormir sola entre las lujosas sábanas de la enorme cama. Él lo aceptó sin rechistar, con un matiz de tristeza en su tenue sonrisa y la mirada baja.

Se sintió como si estuviera pateando a un perro herido. Culpable. Avergonzada. Vengativa.

De alguna manera, durante tres exquisitos días, se había convertido en la mala, mientras que Craig había sido un hombre maravilloso, cariñoso y paciente, el hombre que ella recordaba de antes de que su vida se convirtiera en un infierno.

Se estaba volviendo a enamorar de él. Quería creer en un futuro juntos. Tal vez desearlo lo suficiente lo haría real.

Con los ojos entrecerrados, cogió de la mano de la camarera el vaso lleno hasta el borde con el cristalino zumo de manzana y le dio las gracias. Lo agitó con suavidad y escuchó cómo los cubitos de hielo chocaban en el líquido, tintineando suavemente al golpear el vaso.

—Este es mi paraíso, ¿sabes? —susurró, mirando las estrellas reflejadas en la tranquila superficie del mar—. Con «p» minúscula.

Craig bebió un sorbo de cerveza y la miró de forma inquisitiva.

—¿Qué quieres decir?

—Que no lo digo en el sentido bíblico. No es *el* Paraíso, sino un lugar similar, aquí en la tierra, que puedes visitar sin tener que morir antes.

—Entiendo lo que quieres decir —dijo Craig sonriendo.

Por un momento, Andi se imaginó que los labios de Craig recorrían su piel caliente, encendiendo un fuego en lo más profundo de su cuerpo. Sus mejillas se sonrojaron y apartó la mirada. Craig no iba a volver a dormir en el sofá.

—Por supuesto, si pudiera elegir, tendría un margarita de verdad en la mano. —Soltó una risita—. Sí... Ese es mi paraíso personal. El Caribe, descansando junto al mar, con un margarita en la mano. He soñado muchas veces con él y se parecía a esto. Arena blanca, luz de luna, olas acariciando la orilla. Mi paraíso.

Craig se movió en la tumbona para poder mirarla sin girar la cabeza.

—¿Qué te pasa con las palabras? Letras minúsculas, juegos de palabras...

—Es culpa de Rebecca. —Bebió un sorbo de zumo refrescante. Era perfecto, fragante y dulce—. Ella me inculcó el amor por el lenguaje.

—Entonces, ¿por qué no te licenciaste en Literatura Inglesa?

—Amo más el mar. —Esa sencilla afirmación le hinchó el pecho—. Las tortugas, los delfines, las ballenas y todo lo demás. Tienes que admitir que suena un poco más interesante que la literatura inglesa.

—Apuesto a que sí —dijo Craig riéndose—. Me aseguraré de que puedas ir a verlo tantas veces como quieras.

Una sombra cruzó el rostro de Andi. Sus palabras la habían devuelto de golpe a la realidad, demasiado pronto, antes de que estuviera preparada para afrontarla. Un escalofrío le recorrió la piel, erizándosela. Se frotó los brazos con las manos.

—Quería hablarte de algo —dijo ella, incorporándose en la tumbona—. Necesito que aceptes algunas condiciones para que podamos tener algún futuro juntos.

Craig dejó la cerveza, se sentó en el borde de la tumbona y entrelazó las manos sobre su regazo.

—Te escucho.

—Te propongo un trato —añadió ella, suavizando el tono de voz—. Yo trabajaré donde me apetezca y, si no tengo tiempo de cocinar para tus fiestas, contrataremos un *catering* y un servicio de limpieza.

—Hecho —dijo él enseguida.

—Incluso si ese trabajo está en San Diego. Siempre he querido trabajar con leones marinos.

Craig no se inmutó.

—En cuanto me lo digas, nos mudamos allí.

Ella asintió, agradecida por su entusiasmo. Un pensamiento lejano e indeseado le hizo preguntarse si su entusiasmo y su determinación por cambiar sus vidas era real. Estaba a punto de descubrirlo.

—Me gustaría que tus padres formaran parte de nuestras vidas.

—Andi…

—Por favor —insistió ella, tocándose el vientre con la mano—. Nuestro bebé se merece todos los abuelos que tengamos disponibles, ¿no crees? —Estaba embarazada de casi dos meses; pronto empezaría a notarse.

—Pero no nos hablamos. Nosotros…

—Es importante para mí, Craig. Por favor, inténtalo. Me haría muy feliz, y estoy segura de que a la larga también te hará sentir mejor a ti.

Casi podía oírle rechinar los dientes.

Craig bajó los ojos para ocultar el brillo de frustración que había en ellos.

—Vale, de acuerdo —dijo con voz tensa, áspera—. ¿Algo más?

—Y una noche de chicas a la semana, para Janelle y para mí. —

Había infundido humor en su voz, esperando que eso calmara el ego de Craig.

Una sonrisa ladeada se dibujó en la comisura de sus labios.

—Vale, siempre y cuando no te traigas a ningún chico guapo a casa. —La sonrisa no llegó a sus ojos. Esas malditas inseguridades suyas estaban aflorando de nuevo.

—Ya tengo un chico guapo. No necesito otro.

—Entonces, ya está todo. Janelle y tú saldréis a divertiros por la ciudad mientras yo me quedo en casa trabajando o discutiendo eternamente con mis padres para hacerte feliz.

Soltó una risita. Lo primero probablemente era cierto: Craig trabajaría.

Un largo momento de silencio capturó la tensión que había entre ellos. El rítmico sonido de las olas bañando la orilla resonaba con los latidos del corazón de Andi. Conmoción. Inquietud. El peligro acechando más allá de la superficie.

—¿Crees que aún tenemos alguna posibilidad? —preguntó, jugando con el colgante—. ¿Tú y yo?

Los labios de Craig se tensaron durante un breve instante.

—Espero que sí. Cumpliré mi parte y me esforzaré con cada fibra de mi ser. —Bebió un sorbo de cerveza y se lo tragó, sediento, con una sonora respiración—. ¿Qué quieres hacer mañana?

A Andi se le iluminó la cara.

—¿No lo sabes?

Craig puso los ojos en blanco, bromeando.

—¿A oler caca de tortuga en alguna parte?

—Vamos a bucear mañana. Nos pueden llevar en barco a los bancos de coral. Espero ver caballitos de mar. Y a lo mejor puedo enseñarte un pez león. —Siseó e hizo un gesto con la mano—. Justo antes de matarlo con un arpón. —Craig la miró con incredulidad—. Son invasores y venenosos. Se supone que debemos matarlos.

—Ah, vale —respondió Craig con cautela—. Me había preocupado. Pensaba que te habías convertido en una asesina o algo así. —Andi se rio—. ¿Puedo quedarme en el barco esta vez?

—Claro, sin problema —respondió ella en tono alegre, ocultando la tristeza que sentía.

No le interesaba explorar su mundo con ella, aceptar lo que le ofrecía como regalo. Ver el paisaje oceánico bajo la superficie era una experiencia transformadora, su belleza y serenidad eran únicas y

memorables, un auténtico mundo de fantasía. Sin embargo, él había dicho que no, y ella iría sola. Su entusiasmo disminuyó.

Escuchó las olas un momento más, luego miró a Craig y le preguntó, tocándose el colgante:

—¿De dónde lo sacaste?

35

VOLVER A LA NORMALIDAD

Visitar a su padre era la primera prioridad tras regresar del Caribe, pero a Andi le había costado salir de casa. Las náuseas matutinas habían vuelto con una violencia implacable, oleadas de náuseas precedidas por un dolor abrasador que le atravesaba el estómago, dejándola sin aliento, hecha un bulto informe en el suelo dondequiera que la encontrara el ataque. Era como si Houston fuera de alguna manera perjudicial para su bebé. Tal vez fuera el estrés que inevitablemente le provocaba su regreso a casa y la realidad de su matrimonio que aún la atormentaba. Craig había sugerido que el buceo podría haber sido un factor desencadenante, pero ella sabía que esa no era la causa. Había sido cuidadosa; no se había sumergido más de tres metros, se había movido despacio y había vigilado cuidadosamente la mezcla de oxígeno.

«Pronto se acabarán los estúpidos vómitos», se dijo a sí misma mientras entraba en el aparcamiento del Centro de Rehabilitación Cardiaca. Se acercaba a los dos meses de embarazo; ya habían pasado dos tercios del temido primer trimestre. *«Tendré que decírselo a papá un día de estos»*.

Pensar en su reacción le supuso un gran peso en el pecho. No se lo iba a tomar bien, su antipatía por Craig le impediría disfrutar de su primer nieto. Pero ¿podía culpar a su padre, ahora que sabía lo que Craig había hecho? Quizá las personas mayores eran más sabias, veían cosas que ella no veía por aquel entonces, cuando se enamoró de él y ni siquiera ahora, cuando se suponía que debía ser más inteligente en todo lo relacionado con Craig. Todavía estaba cegada por sus sentimientos hacia él.

Firmó en el registro de visitantes de la entrada principal.

—Buenos días —saludó a la recepcionista, una rubia alta y desgarbada que apenas apartó la vista de su teléfono para ver quién había entrado en el edificio. Menos mal que la mayoría de la gente era honesta y rara vez alguien visitaba un centro de rehabilitación con malas intenciones.

—Buenos días, señorita Wilmore —respondió la rubia, sorprendiéndola un poco. Había visitado a su padre casi todos los días desde que el centro de rehabilitación de tres plantas se había convertido en su residencia temporal, pero no esperaba que la reconocieran. La mujer bajó la mirada al teléfono que tenía en la mano y dijo—: A esta hora estará afuera, intentando fumarse un puro sin que lo vean los celadores. Pero puede esperar aquí, enviaré a alguien...

Andi soltó una risita.

—No, gracias. Iré yo a buscarlo.

Parecía que la recepcionista prestaba más atención a lo que ocurría de lo que Andi pensaba.

Cruzando el reluciente suelo de baldosas hacia la salida trasera, Andi se fijó al pasar en otros residentes que miraban por la ventana desde la comodidad de sus sillas. Era una hermosa mañana de octubre. El aire era fresco y estaba lleno de la promesa de que el follaje otoñal estaba a punto de cambiar de color, y había gotas de rocío aferradas a la hierba y a los arbustos bajos. Hacía un tiempo perfecto para pasarlo fuera, en el patio lleno de sol, y sin embargo preferían quedarse dentro, derrotados, sin vida.

Su padre no era así. Él era un luchador. No estaba listo para rendirse y esperar la llamada de la muerte en una silla de ruedas tras una ventana. Se sentía orgullosa de él.

El patio era grande, con vistas a un terreno de una hectárea que estaba ajardinado a la perfección. Caminos de asfalto estrechos y lisos seguían la forma del paisaje, con algún que otro banco bajo la copa de un árbol secular, el lugar perfecto para detenerse y descansar a la sombra.

Sin embargo, su padre había elegido otra zona. Se había retirado al extremo derecho del patio, entre dos hileras de arbustos de metro y medio, donde solo su pelo blanco era visible para cualquier celador que pasara por allí. No se veía la mano que sostenía el puro responsable de las nubes azuladas de humo que parecían emanar del

follaje, apenas discernibles antes de desintegrarse en la brisa matinal. Desde donde estaba, el patio daba a una extensión de bosque, parte de un gran parque; al menos desde ese lado nadie podría sorprenderle y quitarle el puro.

Andi se acercó con paso ligero.

—Eres un tramposo —dijo ella, manteniendo la voz baja. Tramposo o no, no iba a llamar la atención de los celadores hacia él.

Su rostro se iluminó al verla, pero un par de arrugas se dibujaron en su frente.

—No estoy haciendo trampa —dijo rápidamente, escondiendo el puro detrás de él como si fuera un colegial—. Estoy en mi derecho.

—Pero ¿te viene bien fumar? —Andi enarcó una ceja mientras lo miraba a los ojos.

—No me trago el humo, solo juego con él —replicó, y a continuación hizo una rápida demostración, como si ella no tuviera ni idea de cómo se fumaban los puros—. ¿Ves? Ya no hay nada. Puf.

Andi se inclinó, lo abrazó y le dio un beso en la mejilla. Un cuaderno se deslizó de su regazo y cayó al suelo. Nervioso, Hunter dejó caer el puro e intentó levantarse.

—No te preocupes —lo detuvo ella—, yo lo cojo. —Aplastó el puro con el pie y luego lo empujó bajo el arbusto con un rápido golpe de zapato—. No queremos provocar un incendio, ¿verdad?

Cogió el cuaderno y miró la colorida portada. Un delfín sonriente... Justo lo que ella habría elegido. Varios papeles sueltos estaban a punto de caerse, pero él extendió las manos, ansioso por recuperarlo.

—¿Qué es esto? —preguntó Andi, dejándolo con cuidado sobre su regazo.

—Solo Rebecca siendo Rebecca. —Evitó su mirada—. Esa mujer no debería haberse jubilado; echa de menos dar órdenes a la gente y asignarles tareas de escritura.

—Entonces, ¿ahora escribes? —preguntó, encantada. Su energía estaba volviendo, impulsándolo a realizar actividades. Estaba mejorando, y Rebecca, que era un regalo del cielo, había sabido exactamente lo que debía hacer.

—Me entretiene —murmuró él, colocando con cuidado los papeles sueltos debajo de la portada del cuaderno, pero sin abrirlo, como si le estuviera ocultando algo—. No esperes que salga ningún libro de mi convalecencia. Eso no va a pasar.

—¿Cuándo te dan el alta, papá? —La amenaza de las lágrimas hizo que su voz sonara entrecortada, estrangulada.

—Pronto. Dentro de un mes como mucho. No veo la hora de salir de aquí. Quiero recuperar mi vida. —Sonrió; sus ojos azules estaban llorosos, pero era reconfortante verlo sonreír así con el rostro iluminado por el sol.

Andi le revolvió el cabello blanco y se agachó delante de su silla de ruedas.

—Tengo buenas noticias, papá. He conseguido un trabajo. Empiezo el lunes.

—¡Eso es fantástico! —exclamó él, deslizando el cuaderno debajo de sus piernas—. Me alegro mucho por ti. ¿Dónde es, en la universidad?

Ahora le tocó a ella apartar la mirada.

—No, en el Downtown Aquarium.

—No sabía que tenían un centro de investigación allí.

Andi seguía mirando la hilera de árboles.

—No lo tienen. Voy a trabajar de técnica. Daré de comer a las rayas y a los delfines, y limpiaré las piscinas. Por ahora, haré ese tipo de cosas. Luego, ya veremos.

—Andi, ¿por qué? ¿Por qué te conformas con un trabajo de técnica?

Mientras su padre pronunciaba esas palabras, un dolor desgarrador atravesó su abdomen. Jadeó, apoyó las rodillas en el suelo y se agarró el vientre con ambas manos. Las arcadas llegaron con violencia, como si el revestimiento de su estómago estuviera a punto de desprenderse. Aferrándose a la silla de ruedas de su padre para sostenerse, se puso a vomitar mientras él sostenía su frente lo mejor que podía, con manos temblorosas.

Cuando por fin terminó, se limpió la boca con un pañuelo.

—Por casualidad no tendrás agua, ¿verdad?

—Siempre estoy preparado —contestó él, sacando una botella del bolsillo lateral. Su voz había sonado alegre, pero sus ojos preocupados miraban el charco de vómito que ella había dejado junto a su silla—. ¿Estás embarazada?

Oh, cómo deseaba poder decirle la verdad. Le había prometido a Craig otro mes antes de contárselo a la gente, y temía que la noticia de su embarazo hiciera enfermar de nuevo a su padre. No parecía lo bastante fuerte como para soportar una sorpresa así. La ironía de

ocultar la verdad a su padre porque quería mantener una promesa hecha a su marido mentiroso y traidor no pasó desapercibida para ella. Si la situación hubiera sido diferente y su padre estuviera más sano, habría compartido la buena noticia a pesar de la promesa que le había hecho a Craig.

—Yo… no lo creo —balbuceó Andi, incómoda por mentirle. Él no se merecía sus mentiras, solo la verdad.

Los dedos cálidos y temblorosos de su padre le tocaron la cara y luego le bajaron con suavidad el párpado inferior.

—Mira hacia arriba, cariño. —Entrecerró los ojos mientras la miraba con concentración—. Tienes un poco de ictericia. Debes ir a ver a un médico.

—No, no creo que sea tan grave…

—Hoy. Estás pálida y demacrada, y más delgada de lo que recuerdo.

—Nadé mucho en el Caribe. —Intentó sonreír, pero la tranquilidad que trataba de transmitir no engañaba a nadie.

—¿Por la noche?

Andi soltó una risita.

—No, es que soy una fiel defensora del factor solar setenta.

—Pues entonces deberías tomar un suplemento de vitamina D. —Sacó un bolígrafo del bolsillo del pecho, luego cogió el cuaderno de debajo de las piernas y arrancó un trozo de papel de la última página. Garabateó una nota rápida y le entregó el papel doblado por la mitad —. Vas a ir a ver a este hombre, el doctor Bruce Hanfield. Es el jefe de Medicina Interna del Memorial Hermann. Enséñale esto. Te recibirá hoy mismo.

—Papá, me estás asustando. He vomitado, eso es todo. Ya me ha ocurrido antes.

—Eso no me tranquiliza nada. —Le cogió la mano y se la apretó con suavidad mientras un par de líneas verticales surcaban el puente de su nariz—. Si tuvieras un perro que hubiera vomitado así, y tampoco fuera la primera vez, ¿qué harías? —Le acarició el pelo corto con una súplica tácita en los ojos—. ¿No llevarías al pobre Fido al veterinario?

Andi suspiró.

—De acuerdo, iré.

—Hoy. Ahora mismo.

Ella asintió, luego se inclinó y le dio un beso en la frente.

—Ahora mismo. Te lo prometo.

Cuando su padre había mencionado al médico, el miedo había empezado a revolverse en sus entrañas. ¿Le pasaba algo a su bebé?

Caminando hacia el centro de rehabilitación, respiró hondo unas cuantas veces y se sintió mejor. Su padre había reaccionado así porque ella le había dado una información errónea. Le había mentido. Si le hubiera dicho que estaba embarazada, probablemente la habría mandado a comprar pepinillos.

Justo antes de entrar en el edificio, se giró y vio una voluta de humo azulado que salía de los arbustos donde había dejado a su padre hacía un momento. Sacudiendo la cabeza y ocultando una sonrisa, decidió que lo menos que podía hacer era ir a ver a aquel médico. Vomitar así no podía ser bueno para el bebé. Cuando estaban en Montego Bay, pensaba que ya se habían acabado los vómitos.

Estaba claro que no era así.

36

VISITA AL MÉDICO

La bata estaba limpia y olía a detergente antibacteriano. Estaba áspera. El proceso de lavado de la ropa del hospital no debía incluir el uso de suavizante.

Inquieta, se paseaba por la sala de reconocimiento esperando a que apareciera el doctor Hanfield. Le sorprendió que hubiera accedido a verla sin cita previa; el nombre de su padre debía tener mucho peso para el internista.

Deseando que Craig estuviera allí con ella, releyó los mensajes de texto que le había enviado, diciéndole dónde estaba y por qué. Todavía no había respondido.

Al final se sentó en el borde de la camilla y se quedó mirando el techo por un momento. Algunas de las placas blancas habían sido sustituidas por un panel de cristal o plástico que representaba un paisaje: un campo de coloridas flores silvestres retroiluminado por varias bombillas. Lo más probable es que estuviera pensado para tranquilizar a los pacientes que se tumbaban allí para someterse a procedimientos.

La puerta se abrió y entró rápidamente un hombre con una carpeta en la mano.

—¿Es usted la señorita Wilmore?

—Sí, soy Andrea Wilmore Brafford. —Le estrechó la mano mientras reprimía una sonrisa. Era más joven de lo que ella había esperado para el jefe de Medicina Interna de un hospital de ese tamaño. Tenía unas orejas grandes que sobresalían como las de Dumbo porque los lóbulos se negaban a pegarse al cráneo. Un par de

gafas de montura negra se posaban sobre una nariz larga y aguileña y tras ellas había unos ojos inteligentes, inquisitivos y vivaces.

Se sentó en un taburete y abrió la carpeta.

—Ya tenemos los resultados de sus análisis —dijo con una voz tranquilizadora teñida de preocupación.

A ella se le cortó la respiración.

—¿Ya?

Él se encogió de hombros como si estuviera disculpándose.

—Somos un hospital universitario. Aquí las cosas suelen ir bastante rápido.

Andi se tragó el nudo que crecía en su garganta.

—Lo escucho.

—Hay algunos valores fuera de los rangos normales, y algunos son preocupantes. —Resultaba interesante su uso del lenguaje. No había dicho que *le* preocupaban, sino que eran preocupantes.

El médico se levantó y acercó el carro con el ecógrafo a la cama.

—Túmbese, por favor. —Andi obedeció sin decir una palabra—. Supongo que sabe que está embarazada.

—Sí.

—¿De cuánto tiempo?

—Estoy casi de ocho semanas —dijo sonriendo. Le gustaba hablar de su bebé.

—¿Ha ido ya al obstetra?

Andi miró las flores silvestres del techo.

—Todavía no. Iba a hacerlo la semana que viene.

—¿Tiene a alguien en mente?

—Pues... la verdad es que no. —Soltó una risita; estaba un poco avergonzada. Había estado posponiendo la tarea, sin saber a quién confiar la salud de su bebé. Necesitaba el consejo de su padre. Había estado demorando contarle la noticia, esperando a que él se sintiera mejor.

—Puedo recomendarle a alguien —dijo el médico, concentrado en la pantalla mientras conducía el transductor del ecógrafo sobre su abdomen, se detenía en varios puntos y presionaba con suavidad. El tacto del gel en su piel era agradable, calmante—. Creo que debería ver a un obstetra lo antes posible.

El miedo le desgarró el corazón.

—¿Le pasa algo a mi bebé?

—Creo que no, pero me gustaría estar seguro. En la sexta o

séptima semana, normalmente podemos detectar latidos cardíacos fetales y no se oye ninguno. Pero puede que sea demasiado pronto. —Le dirigió una mirada tranquilizadora—. Tranquila. A los médicos nos gusta estar seguros, eso es todo.

—De acuerdo. —Andi intentó tragar, pero tenía la garganta seca—. He estado vomitando mucho. A veces siento dolor, justo antes de…

—¿Dolor? ¿Dónde?

—En el estómago, aquí. —Se llevó la mano al abdomen, pero chocó con el trasductor y con la mano del médico, y él la retiró enseguida.

Respiró entrecortadamente durante todo el tiempo que el doctor Hanfield estuvo examinándola. Unas lágrimas silenciosas surgieron de las comisuras de sus ojos y se deslizaron hacia sus sienes.

Después de lo que pareció una eternidad, el doctor Hanfield volvió a colocar el transductor en su soporte y le entregó una toalla pequeña.

—Puede usar esto para limpiarse el gel.

Lo hizo con rapidez, aunque creía que el médico esperaba que lo hiciera cuando él se hubiera ido. Pero él parecía paciente, comprensivo, nada crítico, y ella no era vergonzosa.

—Ya está —anunció Andi, y se sentó en el borde de la camilla, esperando sus palabras con la pesadez de un condenado a muerte que aguarda su sentencia.

—De acuerdo —dijo el médico, abriendo la carpeta—. Veo valores elevados de…

Se oyó un rápido golpe en la puerta, que se abrió tímidamente, y apareció la cabeza de Craig. Parecía sin aliento. Llevaba el pelo alborotado, cayéndole hacia delante sobre la frente despeinada.

—Te he estado buscando por todas partes.

Entró apresurado y cerró la puerta, luego se detuvo a su lado y le cogió la mano. Su presencia la debilitó, como si en ese momento pudiera apoyarse en él para obtener fuerzas, sin necesidad de reunir las suyas. Una vez que Craig le rodeó los hombros con el brazo, Andi empezó a sollozar, tapándose la boca con la mano para mantener los lamentos encerrados dentro.

—No hay latido, Craig. El bebé…

—¿Qué le pasa al bebé? —preguntó Craig, mirando al médico con una extraña intensidad en los ojos, que parecía rabia.

—Podría no ser nada —respondió el doctor Hanfield—, o podría

ser que los síntomas bastante graves de su mujer sean un indicio temprano de complicaciones. Recomiendo una consulta obstétrica lo antes posible. —Anotó algo en el historial—. He descartado el embarazo ectópico de la lista de posibles causas, pero me preocupan algunos valores sanguíneos.

—¿Qué valores? —preguntó Andi. Tenía la voz quebrada y respiraba de forma entrecortada.

—Algunos de los valores hepáticos están un poco más altos de lo normal. En la ecografía, el hígado aparece un poco agrandado. No mucho, pero para alguien de su edad y en forma, es una señal de alarma. —Ella lo miró fijamente, esperando más información, mientras Craig le apretaba la mano con fuerza—. Su ALT está por encima del límite. Voy a ponerle una dieta baja en grasa y en dos semanas le repetiremos los análisis. Las plaquetas están relativamente bajas y tiene un poco de anemia, pero mejoraremos esos valores con suplementos de hierro. Además, el calcio está anormalmente alto, y no puedo explicarlo basándome en lo que estoy viendo. Podríamos estar ante un caso de hiperparatiroidismo, así que le haremos una prueba para mirarlo antes de que se vaya.

Se hizo un gran silencio en la pequeña sala de reconocimiento. Andi buscó en los ojos del doctor Hanfield una promesa tácita de que todo iba a salir bien. Su voz había sido tranquilizadora, su lenguaje corporal iba en consonancia, pero sus ojos contaban otra historia.

—En el peor de los casos, doctor, ¿a qué nos enfrentamos? —Se oyó hablar y no reconoció su propia voz.

El médico apretó los labios un instante antes de responder.

—El nivel de calcio debe estar por debajo de diez y medio. El suyo es de once coma ocho. A partir de doce, hay un alto riesgo de muerte fetal.

Un gemido salió de su pecho. El brazo que tenía Craig alrededor de sus hombros se tensó, apoyándola, tranquilizándola.

—Shhh… —susurró Craig—. Todo se arreglará, ya verás.

Ella miró al doctor Hanfield entre lágrimas.

—¿Cree usted eso, doctor? ¿Mi bebé aún tiene alguna posibilidad? —Un escalofrío recorrió todo su cuerpo—. ¿Qué me diría si yo fuera su hija?

—Le recomendaría reposo absoluto, consulta inmediata de obstetricia, panel completo de tiroides y paratiroides, y revisiones cada dos semanas; además de una dieta baja en grasas y rica en

proteínas saludables y fruta. —Se levantó y la miró con calidez—. Todavía no está todo perdido, señorita Wilmore. Hay esperanza.

Andi bajó la cabeza. Una lágrima cayó sobre la bata. Se quedó mirando la mancha durante un largo rato, viéndola crecer, engullendo las diminutas flores rosas del estampado y volviéndolas rojas, como si fueran sangre.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Haremos todo lo que nos ha dicho.

—Le voy a recetar antieméticos. Eso debería ayudar un poco con los síntomas. En recepción le darán la primera cita disponible para la obstetra; ya les he enviado un mensaje. Lo más probable es que sea mañana. Nos vemos en dos semanas, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

—Sí, doctor, aquí estaremos —respondió Craig. Parecía sombrío, incluso enfadado. Y tenía todo el derecho a estarlo.

El doctor Hanfield se despidió y salió de la consulta, cerrando la puerta tras de sí y dejándolos en silencio.

Andi lloraba suavemente, con la cara enterrada en el hombro de Craig, mientras él le acariciaba el pelo con movimientos rítmicos.

—Todo irá bien, cariño —susurró—. Ya verás.

Momentos después, apareció una enfermera y le extrajo unos cuantos viales de sangre, con rapidez y profesionalidad, sin apenas mirar a Andi. Para ella, era solo una paciente más. Anónima. Una tarea laboral, no una persona real, no una madre cuyo corazón se estaba rompiendo.

Cuando llegaron a la recepción, se sentía entumecida y se movía por inercia, como si todo le estuviera ocurriendo a otra persona, no a ella.

La primera cita disponible con la obstetra era el viernes. La doctora se tomaba libres los miércoles y los jueves, y ese día ya se había ido; nadie podía hacer nada. Andi tendría que soportar dos interminables días de preocupación y espera.

—Maldita sea —dijo Craig mientras salían del hospital cogidos de la mano—. El jueves tengo el congreso en Miami. Tendría que irme mañana por la tarde. Cancelaré el viaje.

Era el Congreso Anual de Agentes Inmobiliarios, y Craig llevaba meses hablando de ello. Hughes se las había arreglado para que lo invitaran como ponente, y él había estado obsesionado con el discurso que iba a pronunciar.

—No —respondió Andi—. Vete. Estaré bien sola. Si necesito ayuda, Janelle puede ocuparse de mí, o una de las ayudantes de papá. No te preocupes por mí.

Craig se detuvo y la miró con esa intensidad que tenía a veces. Era ardiente y a la vez escalofriante.

—¿Estás segura, cariño?

Andi asintió.

—Ajá. Por supuesto que estoy segura. —En secreto, deseaba que aun así lo cancelara y le dijera que ella y su bebé eran más importantes que un estúpido congreso.

Craig le apretó la mano con fuerza y se la llevó a los labios.

—Eres la mejor —susurró. Sintió su cálido aliento en sus dedos helados—. ¿Estás bien para conducir?

—Sí —respondió ella, sorprendida de sentirse un poco ansiosa por estar sola.

Caminaron en silencio hasta el coche, aún cogidos de la mano. Cuando el capó rojo de su Beetle estuvo a la vista, Craig le preguntó:

—¿Este médico es amigo de tu padre?

—Más bien un conocido. ¿Por qué?

—Porque te ha llamado señorita Wilmore, y yo estaba ahí, a tu lado, llevando el mismo anillo de boda que tú. —Su voz era oscura, cargada de frustración.

—No sé por qué lo ha hecho. Yo me he presentado con los dos apellidos. —Pulsó el mando y el coche parpadeó y emitió un pitido.

Craig le abrió la puerta.

—¿Por *qué* conservaste el apellido Wilmore?

Las lágrimas ahogaron a Andi y corrieron por su rostro. Se sentó al volante y arrancó.

—Lo siento mucho, mi amor —susurró Craig, intentando cogerle la mano. Andi se apartó de su contacto y se quedó mirando el coche que estaba aparcado delante del Beetle—. Soy un capullo egoísta y sin tacto.

Ella no se inmutó ni se apresuró a perdonarlo como haría normalmente.

Craig permaneció de pie junto al coche, mirándola en silencio mientras su arrepentimiento se convertía en una ira volátil y vertiginosa. Andi cerró la puerta, metió la marcha atrás y salió del aparcamiento.

Durante todo el tiempo que condujo hasta su casa, Craig la siguió

a corta distancia, pero ella hizo como que no se daba cuenta y lo ignoró. A solas por fin con sus pensamientos, lloró lágrimas amargas por su bebé, por el futuro feliz que había imaginado para sí misma como una madre joven. Tocándose el vientre, susurraba una y otra vez con la voz cargada de lágrimas:

—Por favor, pequeño, no me dejes. Quédate conmigo. Aguanta.

A lo lejos, el sol se estaba poniendo, dejando tras de sí un maravilloso cielo azul teñido de tonos púrpura y violeta. Una nube oscura, que se cernía sobre el horizonte, se llevó trozos del majestuoso espectáculo celeste, arrojando negrura sobre los rayos del sol poniente, amenazadora, como la promesa de un mañana aterrador.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Pidió usted un análisis de sangre para determinar los niveles de vitamina D?

DOCTOR BRUCE HANFIELD: Al principio, no.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Y no lo hizo por alguna razón en concreto?

DOCTOR BRUCE HANFIELD: No lo solemos pedir en pacientes embarazadas que presentan náuseas, vómitos y calambres.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: Pero ¿luego lo reconsideró?

DOCTOR BRUCE HANFIELD: Sí, después de ver sus elevados niveles de calcio en sangre. Pedí la prueba como parte de un panel hormonal y metabólico completo.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Qué sospechaba que tenía en ese momento, doctor?

DOCTOR BRUCE HANFIELD: Hiperparatiroidismo primario.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Discutió los resultados con su paciente, Andrea Wilmore Brafford?

DOCTOR BRUCE HANFIELD: Le dejé un mensaje en el buzón de voz el jueves por la mañana para que viniera a verme y otro

al día siguiente. Nunca me devolvió las llamadas. Más tarde descubrí que la habían asesinado ese mismo jueves por la noche.

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: Protesto, señoría.

37

DISCUSIÓN

El sonido de la puerta cerrándose tras Craig, cuando se había marchado al aeropuerto un par de horas antes, aún resonaba en la mente de Andi. Entumecida y más asustada de lo que jamás hubiera imaginado posible, no se había movido del amplio sillón donde estaba sentada con las piernas recogidas bajo el cuerpo.

Ella había agradecido durante un rato el silencio que dejaba su ausencia porque así podía pensar y abandonarse al pánico que la invadía mientras las horas pasaban demasiado despacio. Su cita con la obstetra era el viernes por la mañana, a las diez. Ni antes ni después. Se alegraba de que Craig estuviera lejos. No sabía cómo sentirse respecto a él, estaba dudosa y angustiada. Cada vez que lo ponía a prueba, él aprobaba. Le había preguntado por el colgante y él le había contado lo mismo que sus padres, la conmovedora historia de su adinerado amigo de la infancia que no quería que se sintiera excluido. Había sido un encanto todo el tiempo, salvo por unos minutos de inseguridades desatadas que lo hicieron comportarse de forma absurda por su apellido.

Ella también le había perdonado eso; aunque demasiado pronto, como hacía siempre, ya que era incapaz de verlo disgustado. Sus labios eran adorables cuando sonreía, sus ojos se iluminaban y su rostro resplandecía mientras ella permanecía atónita, observándolo empaparse de felicidad con cada oportunidad que tenía. Andi hacía posibles la mayoría de esas oportunidades, aunque Craig no estaba muy dispuesto a reconocerle el mérito.

Pero, cuando se trataba de su bebé, seguía teniendo dudas sobre él. El día en el que le contó lo del embarazo se repetía en su memoria,

doloroso y punzante; la herida que le había provocado su reacción seguía estando fresca y dolorosa. ¿De verdad Craig quería a ese bebé? ¿O deseaba en secreto que lo perdiera?

Bueno, ante la improbable y desgarradora posibilidad de que ese fuera el caso, estaba mucho mejor en la convención de agentes inmobiliarios, dando su precioso discurso. Quizá con un poco de persuasión podría convencerlo de que fuera a trabajar el viernes por la mañana, en vez de acompañarla al médico.

Por un momento, una pregunta inquietante se formó en su mente. ¿Por qué seguía con él si ni siquiera podía estar segura de que quisiera tener un hijo con ella? ¿Qué creía que podía hacer, cuando su matrimonio era frágil, estaba roto y pegado con tiritas y cinta adhesiva? ¿A qué se aferraba?

Un golpe en la puerta rompió el inquietante pensamiento.

—Adelante —dijo, sabiendo que era Janelle.

Su amiga entró con paso ligero y una sonrisa radiante, y se quedó paralizada en medio del salón. Su sonrisa se desvaneció, dejando tras de sí una mueca de sorpresa.

—Tía, ¿qué demonios te pasa? —preguntó, dejando caer el bolso al suelo y apoyando las manos en los muslos. Llevaba unos vaqueros ajustados rotos y elásticos, y un top blanco. Las finas pulseras y los largos pendientes tintineaban suavemente con cada movimiento.

—Yo también me alegro de verte —respondió Andi con una sonrisa tímida—. Tampoco tengo tan mal aspecto.

—¿Que no? —respondió Janelle, que cogió la mano de Andi y tiró de ella con determinación—. Ven a mirarte en el espejo.

Andi la siguió hasta el espejo de pared del vestíbulo y entrecerró un poco los ojos cuando Janelle encendió todas las luces. Luego, empujada por su decidida amiga, se acercó al espejo y estudió su rostro con detenimiento.

Había llorado durante varias horas y se le notaba. Tenía los ojos hinchados y rojos, inyectados en sangre, como si se hubiera pasado la noche bebiendo.

—Estás muy pálida, cielo —dijo Janelle—. ¿Acabas de volver de unas vacaciones en el Caribe y tienes este aspecto? Me pregunto qué aspecto tenías antes de irte.

Tenía la piel amarillenta y ojeras. Sus labios estaban descoloridos, manchados en algunas partes como si hubiera comido arándanos.

—De acuerdo, tienes razón —admitió ella—. Lo estoy pasando mal

con el embarazo, eso es todo…

—¿Embarazo? —dijo Janelle en un tono o dos más alto por la excitación.

En el calor del momento, Andi había olvidado que no debía decir nada al respecto. Pero esas eran las reglas de Craig, no las suyas, y ella ya se estaba cansando de las interminables reglas de Craig.

—Sí —respondió ella tímidamente, justo cuando Janelle la envolvía con sus fuertes brazos—, pero no hay nada que celebrar todavía —añadió, y Janelle se apartó, mirándola con ojos preocupados—. No estoy muy bien, Jan. He estado vomitando y el bebé… —No se atrevía a decirlo—. Aún no sabemos sí… No lo saben. Tengo que volver pasado mañana para hacerme más análisis.

Janelle se tapó la boca con su mano de uñas perfectas.

—Dios mío, cielo. ¿Por qué no me dijiste nada? ¿Por qué vomitar en silencio y soledad cuando podrías haberme tenido a tu lado, trayéndote pepinillos, helados y cualquier otra cosa que se les antoje a las embarazadas hoy en día?

—Craig y yo íbamos a celebrar una fiesta para todos nuestros amigos. Pero me puse mala…

—Ya… Craig y tú —dijo despacio, con un tono cargado de desprecio sin filtrar—. Siento decirle esto a una mujer embarazada, pero ¿estás loca de remate?

Sorprendida, Andi se apartó del espejo y volvió a su sillón favorito. Se acurrucó en él y se abrazó las rodillas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—No puedo creer que lo perdonaras después de lo que te hizo. «Es imposible», me dije a mí misma, «mi inteligente e independiente Andi nunca haría eso. Mi amiga no».

Andi asintió, con los ojos clavados en la fina tapicería de piel del sillón, donde dos líneas de costura perfectamente paralelas recorrían los bordes de los mullidos cojines. Nunca había visitado una fábrica de muebles; no tenía ni idea de cómo se hacían los sillones. Era algo que quería hacer algún día. Con Craig.

—Sí, Janelle, lo perdoné.

—¿Por qué? —El tintineo de los pendientes de Janelle subrayó el movimiento de su cabeza mientras negaba, consternada.

—Es… difícil de explicar. —Andi lanzó una rápida mirada a su amiga. Los ojos de Janelle estaban llenos de una determinación feroz

y la estaban juzgando con severidad. Odiaba eso… ¿Por qué Janelle no podía ser más comprensiva?—. Estoy embarazada, y yo…

—Vaya, ¿así que sigues con él solo porque estás embarazada?

Andi se mordió el labio y bajó los ojos, trazando de nuevo la costura con la uña.

—No. Mentiría si dijera que es la única razón. La verdad es que sigo enamorada de él. —Una vez que las palabras salieron, se sintió mejor. Era la verdad—. No puedo imaginarme *desenamorada* de él. No sé cómo es estar así.

Janelle se rio.

—Claro, es increíblemente guapo y totalmente follable, lo entiendo. Aun así, lo que te hizo fue una guarrada monumental.

Andi miró a Janelle con incredulidad. Incluso en la sincera boca de su amiga, esas palabras le resultaron un poco inesperadas.

—Bueno, espero que disfrutes de tu nuevo trabajo limpiando caca de pescado de las paredes de la piscina y haciendo trabajos de segunda cuando podrías estar trabajando como investigadora en tu *alma mater*. ¿Te has preguntado alguna vez cómo vas a volver a mirar a esas personas a la cara? ¿A gente que *te* importa?

Andi se puso de pie, con una oleada de rabia corriendo por sus venas.

—Venga, Janelle, no te contengas.

Sus fosas nasales se ensancharon, pero no se atrevió a insultar a Janelle en el calor del momento. Estaba menos enfadada con su amiga que avergonzada por su aluvión de preguntas válidas y lógicas que la hacían dudar de su propia cordura. ¿Era una tonta que se estaba autoengañando? ¿Otra vez? Perdonar al hombre que amaba parecía una obviedad. Los matrimonios requerían esfuerzo.

Jugueteando con el colgante, se preguntó, por vigésima vez aquel día, si debía quedarse. Si debía seguir aferrándose a su matrimonio, con uñas y dientes, y luchar por él hasta que la última bocanada de aire abandonara su pecho. Sonaba romántico e incluso caballeroso, pero ¿era lo más inteligente? ¿De verdad conocía al hombre con el que se había casado?

Su nuevo trabajo empezaba el lunes y esperaba que la obstetra no le mandara reposo absoluto durante todo el embarazo. Estaba entusiasmada porque iba a trabajar en su campo, aunque fuera en el escalafón más bajo, limpiando… ¿Qué era lo que había dicho Janelle, caca de pescado?

Se echó a reír.

Janelle la miró fijamente.

—Vale... Ahora lo entiendo. Has perdido la cabeza por completo.

—Caca de pescado. Es buenísimo.

Janelle empezó a reírse también.

—La verdad es que no sé si los peces hacen pis, caca o lo que sea. He improvisado.

Andi soltó una risita.

—Eres increíble, ¿sabes?

La sonrisa de Janelle se desvaneció. Se sentó en el brazo del sillón de Andi.

—Podría ser un narcisista, cielo —dijo en voz baja.

Andi no contestó. El escalofriante pensamiento se le había pasado por la cabeza, solo para ser rápidamente rechazado por racionalizaciones apresuradas y pruebas de lo contrario en su comportamiento, pruebas que nunca se había tomado la molestia de verificar, deseando con tantas ganas que fueran ciertas que le daba miedo comprobarlo.

—¿Sabes que siempre he tenido envidia de tu relación con ese hombre? —preguntó Janelle.

Andi se apartó de ella. ¿La envidiaba? No tenía ni idea y estaba decepcionada por ello.

—¿De verdad?

—Sí, pero ese sentimiento se me borró de golpe al enterarme de las cosas tan terribles que te había hecho; fue como si me hubieran echado un cubo lleno de agua helada en la cabeza. —Hizo una pausa, pero Andi, que tenía las mandíbulas apretadas y el alma helada, se mantuvo en silencio—. Ahora veo claramente cómo es. Quiere usarte, presumir de ti delante de sus amigos. —Janelle arregló el cuello torcido de Andi, pero ella se apartó y se puso de pie, deseosa de poner más distancia entre ellas—. Para él solo eres una propiedad, Andi.

—Cállate, Janelle —susurró ella en voz baja y amenazadora—. No deberías haberme dicho que me tenías envidia.

Janelle levantó los brazos en señal de frustración. Sus pulseras tintinearon.

—Soy yo, Andi. ¿Te acuerdas de mí? Soy Janelle, tu mejor amiga de toda la vida. ¿Sabes quién es realmente ese hombre?

—Ahora mismo, no sé quién eres *tú* —respondió Andi con frialdad

—. Quizá tienes tanta envidia que no puedes ver las cosas claras.

—Andi, eso no es lo que yo...

—Dime, ¿estás enamorada de mi marido, Janelle? Porque si es así, creo que deberías irte.

Janelle se quedó un momento con la boca abierta mientras se esforzaba por encontrar las palabras adecuadas.

—Dios mío, estás loca. Creo que te ha jodido tanto el cerebro que ya no tiene arreglo.

Cogió su bolso al pasar, llegó a la puerta con paso decidido y salió, cerrando de un portazo detrás de ella.

El silencio cayó pesadamente, dejando a Andi sola con sus pensamientos oscuros y preguntas sin respuesta, cada una más molesta y escalofriante que la anterior.

¿Hasta qué punto conocía a Craig en realidad?

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: ¿Había discutido con Andrea Wilmore Brafford antes?

JANELLE LARIMER: No, esa fue la única vez que discutimos.

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: ¿Sobre qué fue la discusión?

JANELLE LARIMER: Andi estaba diciendo cosas sin mucho sentido. Bueno, sin ningún sentido, la verdad.

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: Cuéntenos lo que dijo, de todas maneras. Aún está bajo juramento.

JANELLE LARIMER: Me acusó, sin venir a cuento, de estar colada por su marido. Teniendo en cuenta lo que había hecho, yo habría tenido que ser...

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: ¿Era cierto? ¿Estaba usted enamorada del acusado?

JANELLE LARIMER: Por supuesto que no. Las cosas que ella decía no tenían mucho sentido al principio, hasta que comprendí por lo que estaba pasando. Hasta que me enteré de lo que ocurrió después.

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: ¿A qué se refiere? ¿Qué ocurrió?

JANELLE LARIMER: Que él la mató.

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: ¿Puede testificar, bajo juramento, que Craig Brafford mató a su mujer? ¿Presenció usted el asesinato?

JANELLE LARIMER: No.

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: De hecho, acaba de admitir que usted fue la última persona que la vio con vida y que discutió con Andrea Wilmore Brafford el miércoles por la noche. ¿Es eso correcto, señorita Larimer?

JANELLE LARIMER: Sí.

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: ¿Mató usted a Andrea Wilmore Brafford, señorita Larimer?

38

EL HALLAZGO

Andi estuvo sentada en aquel sillón durante toda la noche, con los ojos muy abiertos y la mano en el teléfono. Quería llamar a Janelle y disculparse, pedirle que volviera, decirle que tenía razón y que había perdido la cabeza. Sin embargo, lo pospuso hasta la madrugada y luego decidió esperar. Despertarla en mitad de la noche con una llamada tenía aún menos sentido que todo lo que había hecho últimamente.

Qué idiotez preguntarle a su mejor amiga si estaba enamorada de Craig. Se dio cuenta de que se había obsesionado con el hombre al que amaba hasta el punto de que ya no podía pensar con claridad, y esa noche de introspección la acercó a una decisión. Por suerte, había algunas personas en su vida en las que podía confiar: su padre, Rebecca y Janelle. Si no confiaba en su propio juicio, quizá tuviera que cederles la toma de decisiones.

Pero no era necesario. Janelle, la única que sabía lo que Craig le había hecho, había sido bastante clara al respecto. Su padre y Rebecca probablemente dirían y harían cosas mucho peores. Su padre no dudaría en involucrar a las autoridades, y eso destrozaría su vida, la expondría, la convertiría en la comidilla más reciente de la ciudad, en el blanco de todas las bromas, coronándola como la mujer más crédula e idiota del universo.

¿Era eso mucho peor que el hecho de que las personas a las que más respetaba en el Departamento de Biología Marina creyeran que era una contrabandista de especies exóticas, el ser humano más despreciable en el que podía pensar un biólogo? Al menos esa parte de su reputación quedaría limpia, pero siempre sería tachada de

víctima de Craig. La gente ya no olvidaba nada, Google no permitía que eso sucediera; por lo menos en Estados Unidos, donde las personas habían perdido su derecho a la privacidad hacía eones.

Parpadeó para contener las lágrimas, molesta consigo misma. No había tiempo para llorar, antes debía responder a otra gran pregunta.

¿Por qué estaba allí? ¿Por qué se había quedado?

Porque amaba a Craig, por supuesto. La respuesta inmediata y superficial era fácil de encontrar y aún más fácil de usar como escudo. ¿A quién amaba exactamente? ¿A un hombre encantador y entrañable que satisfacía cada uno de sus caprichos, le hablaba como solo los hacen los hombres de las novelas románticas, le hacía el amor como Patrick Swayze a Demi Moore en *Ghost* y siempre estaba ahí para ella, apoyándola y deseando amarla con cada fibra de su cuerpo?

¿O había caído rendida ante un estafador, un manipulador, controlador y sociópata narcisista, un hombre que le había mentido a ella y a todos los demás para atraparla tras los muros de ladrillo de una mansión de las afueras de Houston y tenerla a su servicio mientras no se detenía ante nada para alejarla de todo lo que daba sentido a su vida? Si no hubiera sido por el empeño de Janelle en hacer esas llamadas, habría seguido viviendo atrapada y esclavizada, sin poder escapar tras haber sido capturada en la red de mentiras cuidadosamente construida, aprendiendo poco a poco a aceptar que nadie la quería, que era una criatura lamentable e inútil que no podía ganarse su propio sustento. En uno o dos años más se habría rendido y habría estado cada vez más agradecida al hombre que la amaba a pesar de sus defectos, convencida de que sin él no podría sobrevivir.

La bilis le subió por la garganta. Se levantó del sillón y se dirigió a la cocina bajo la luz gris del amanecer. Alargó la mano para coger un vaso del armario cuando algo le hizo cosquillas en la nariz. Sacó un pañuelo de la caja que había sobre la encimera, se limpió la nariz y encontró sangre en el pañuelo.

No era la primera vez que le sangraba la nariz últimamente, aunque era un problema menor comparado con las náuseas y los calambres, y no le molestaba tanto. Se pellizcó el puente de la nariz hasta que dejó de sangrar y luego cogió el vaso y lo llenó de agua helada en el dispensador de la nevera.

Tras un par de sorbos, una oleada de náuseas le revolvió el estómago. Era como si el agua lo hubiera provocado. Se sentó a la

mesa del desayuno, dejó el vaso en un posavasos y apoyó la frente en la mano.

Luchando por evitar las arcadas, respiró hondo mientras las lágrimas inundaban sus ojos. Se había enamorado de la historia de amor, de la idea de que estaban viviendo un sueño. Había intentado desesperadamente ignorar los hechos que tenía delante de ella, las pequeñas señales, con el único propósito de evitar que el sueño se desmoronara.

Las señales habían estado ahí todo el tiempo. La obsesión de su padre con él... Tal vez tenía razones para esa obsesión. La reticencia de Craig a tener a cualquiera de sus amigos cerca, incluso a Janelle. Solo podía invitarla a casa cuando él estaba fuera por negocios. Su reacción ante el embarazo. Su desprecio por su pasión por la biología marina, por los corales de la repisa de la chimenea y las tortugas que a Andi le encantaba observar en la orilla. Por todo lo que le importaba, incluido su bebé nonato.

Los primeros rayos de sol atravesaron la penumbra y empezaron a llenar la casa de una luz amarillenta, prometiendo un perfecto día de otoño. Tenía hasta la noche para tomar una decisión y actuar en consecuencia. Craig no volvería de Miami hasta cerca de las siete.

Otro sorbo de agua le quitó el mal sabor de boca, pero le revolvió el estómago. Una punzada de dolor le atravesó el abdomen; era tan agudo que la dejó sin aliento. Se agarró al borde de la mesa para sostenerse y se inclinó hacia delante en un intento de aliviar el dolor, antes de ponerse de pie entre temblores.

Sintió un chorro de líquido caliente entre las piernas, que se extendió por el interior de sus muslos, tiñendo sus vaqueros con los tonos mortales de la sangre. Otro fuerte calambre la hizo caer de rodillas, jadeando.

—No... No... No... Mi bebé, no —se lamentó, mientras se sujetaba el vientre con ambas manos—. Oh, por favor, no.

Permaneció en el suelo, en medio del creciente charco de sangre, incapaz de levantarse, mientras los calambres iban y venían, cada uno ligeramente más débil que el anterior. Llorando y después sollozando en voz baja cuando se quedó sin fuerzas, no fue capaz de coger el teléfono para llamar a emergencias. ¿Para qué? Su bebé ya se había ido. Estaba segura... Lo sabía desde que el doctor Hanfield había dicho que no había latido fetal perceptible, pero ella se había negado a aceptarlo, como parecía hacer con todos los desastres de su

vida. Ahora quería llorar en paz, no quería que la pincharan, le pusieran una sonda y la tocaran unas personas para las que no era más que una tarea. Un número.

El tiempo pasaba mientras las sombras de los muebles iluminados por el sol se movían y bailaban sobre el suelo manchado de sangre. Debió quedarse dormida un rato sobre el frío mármol, con el frío penetrándole hasta la sangre, porque se despertó temblando, débil y temerosa de no tener fuerzas para ponerse de pie.

Despacio, planeando cuidadosamente sus movimientos, se agarró a una silla para apoyarse en ella y luego se levantó del suelo. Sus vaqueros empapados estaban pegajosos y se habían endurecido en algunas partes, adhiriéndose al suelo. Cuando por fin se puso de pie, otra oleada de náuseas la hizo correr hacia el fregadero.

Al pasar, golpeó sin querer el vaso de agua, que voló por los aires y se hizo añicos al caer al suelo, justo cuando ella se inclinaba sobre el fregadero para vomitar.

Las dos horas siguientes estaban borrosas. Había conseguido asearse. Se había duchado durante lo que le pareció mucho tiempo, sollozando y cerrando los ojos para no ver la sangre que se desprendía de su cuerpo y se arremolinaba en el desagüe. Luego, despacio, mientras lloraba la vida que había abandonado su cuerpo, se vistió y se armó de valor ante la idea de limpiar el desastre que había en el suelo de la cocina.

La sangre se había coagulado sobre las baldosas blancas, el contraste de colores era muy marcado, desalentador. Todavía conmocionada, se quedó de pie junto a la isla de la cocina, mirando las manchas granates llenas de fragmentos de cristal, con la boca abierta y tapada con la mano.

Uno a uno, los detalles de lo que tenía que hacer empezaron a llegar a su mente como pensamientos a medias, atisbos de ideas, destellos de imágenes. Había agua oxigenada en el armario del baño. Había una escoba en el armario del pasillo. Solía haber un recogedor bajo el fregadero. Craig nunca la dejaba hacer el «trabajo sucio», como él lo llamaba. Tareas como sacar la basura y barrer el suelo siempre las hacía él. Pero él… no estaba allí.

Dejó la escoba apoyada contra la pared y avanzó con cuidado, evitando los fragmentos de cristal y las manchas de sangre lo mejor que pudo. Se agachó frente al armario que había debajo del fregadero y abrió la puerta.

El cubo de la basura estaba allí, con una bolsa nueva y vacío, igual que lo había dejado Craig el martes por la noche. Detrás, asomaba el mango del recogedor. Al apartar el cubo de la basura, se quedó inmóvil, con la mano atrapada en el aire a escasos centímetros del recogedor que iba a coger.

Había una botella de veneno para ratas medio vacía escondida detrás del cubo de la basura.

Al leer la colorida etiqueta que prometía resultados inmediatos y duraderos, Andi jadeó y el aire se negó a llenar sus pulmones. El sonido de su corazón golpeando contra su pecho fue lo único que pudo oír durante un rato; su respiración era entrecortada y su mente estaba paralizada.

Estaba soñando. No podía ser verdad.

Sin embargo, la inconcebible verdad estaba justo ahí, debajo del fregadero de la cocina, mirándola a la cara con letras verdes sobre la imagen de una rata regordeta masticando unos granos de color verde.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: Por favor, explique al tribunal cómo mata el veneno para ratas.

DOCTOR AARON ELLEFSON: El veneno específico utilizado en este caso era una mezcla de dos productos químicos bastante potentes. Uno de ellos, el colecalciferol, aumenta la concentración de calcio en la sangre hasta comprometer el funcionamiento de los órganos. El segundo, la bromadiolona, se conoce como superwarfarina y es un potente anticoagulante con efectos acumulativos.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: En su experiencia como médico forense del condado de Harris, Texas, ¿con qué frecuencia se encuentra con casos de envenenamiento por raticidas?

DOCTOR AARON ELLEFSON: No muy a menudo. Es el primer caso que me encuentro en unos cinco años. La gente sabe que no debe tocar eso; es una muerte terriblemente lenta y dolorosa.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Por qué cree que la gente ha dejado de usarlo para actividades delictivas?

DOCTOR AARON ELLEFSON: El veneno para ratas mata muy despacio. No es un arma homicida eficaz.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Mata despacio? ¿No es eso contrario a lo que se busca en un veneno eficaz contra las plagas? ¿La eliminación rápida y eficaz de los roedores?

DOCTOR AARON ELLEFSON: Las ratas han evolucionado durante miles de años como plagas que los humanos siempre han querido erradicar. En consecuencia, las ratas han desarrollado un mecanismo de defensa contra los venenos. Solo unas pocas ratas en la colonia consumirán alimento nuevo y desconocido, y solo una pequeña cantidad de este. El resto esperan a ver si los alimentos son lo bastante seguros para ser consumidos. Es bastante sorprendente, la verdad. Por eso los raticidas modernos tienen efectos combinados y acumulativos.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: No hay más preguntas, señoría.

39

REALIDAD

Andi sintió que la sangre abandonaba su rostro, dejando tras de sí carámbanos, fríos y despiadados, agotando sus ganas de luchar como si, de repente, se enfrentara a un enemigo demasiado poderoso y cruel, invencible. Con cada pieza del rompecabezas encajando lentamente en su lugar, la verdad era más irrefutable, más cruda, más mortal.

Su elevado nivel de calcio en sangre. La culpa la tenía el colecalciferol que aparecía en la etiqueta. Llevaba tiempo matándola poco a poco, dañándole el corazón, calcificándole los riñones. Las hemorragias nasales, el bajo nivel de plaquetas en los resultados de los análisis, el aborto espontáneo, el dolor agudo en el estómago... Todos esos síntomas apuntaban al segundo ingrediente del veneno, la bromadiolona, un fuerte anticoagulante.

Su pobre bebé nunca había tenido una oportunidad.

Las lágrimas corrían por su cara, silenciosas, conmocionadas, amargas. Respirando entrecortadamente, recordó cómo habían empezado las náuseas y los vómitos, lo doloroso que había sido desde el principio y el mal sabor de boca por las mañanas, un tenue sabor químico, algo que no podía identificar.

El cuento de hadas se había acabado, su trama de engaños se había roto para siempre, se había deshecho con la venda que cubría sus ojos, dejando tras de sí nada más que la fría realidad de la verdad.

—Has matado a mi bebé —dijo en voz alta como si Craig estuviera allí para oír sus palabras. Su voz sonaba distante, objetiva, como si

las palabras hubieran sido pronunciadas por un extraño lejano que afirmaba lo obvio.

Y, aun así, la duda asomó su fea cabeza. A lo mejor, la botella de veneno ya estaba allí cuando se mudaron. ¿Había alguna posibilidad de que no fuera Craig quien la había estado envenenando?

Nadie más que ellos dos tenía acceso a la casa. A través de una bruma, recordó el día en que vio la propiedad por primera vez. Craig le había hecho de guía, fingiendo que era un agente inmobiliario que le quería vender la casa, mientras ella estaba en una nube. Le enseñó la lujosa encimera y los armarios nuevos; incluso abrió algunos, entre ellos el de debajo del fregadero.

Estaba vacío.

Poco después de mudarse, se empeñó en ser el único que sacaba la basura.

—Te estoy malcriando con pequeños gestos —había dicho.

¿Qué mejor manera de ocultarle el veneno? Estaba demasiado enferma para ocuparse de las tareas que él se ofrecía a hacer y agradecía que la dejara descansar más, para seguir buscando trabajo.

Con los ojos aún clavados en la botella de veneno, palpó la superficie de la mesa en busca de su teléfono y marcó el nueve, uno, uno. Su dedo tembloroso se mantuvo suspendido sobre el botón verde durante un largo momento, pero luego canceló la llamada y dejó el teléfono de nuevo sobre la mesa.

Si venía la policía, investigarían. Probablemente lo acusarían de algo, quizá incluso de intento de asesinato por haberla envenenado, pero nunca pagaría por la vida que había arrebatado. Su hijo nonato, según la ley, no era una persona real, ya que no había nacido vivo.

Su querido marido se había asegurado de que eso nunca sucediera.

Del mismo modo, ella tendría que asegurarse de que pagara por la vida que le había arrebatado.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y miró la hora. Era casi mediodía; tenía seis, quizá siete horas hasta que Craig regresara.

Cuidando de no dejar ninguna evidencia, limpió el charco de sangre del suelo con trozos de papel de cocina y rompió los trozos más grandes de vidrio en pedazos más pequeños usando una sartén pequeña. Empapó las manchas con agua oxigenada y eliminó todo rastro de sangre, quemándola con agua oxigenada hasta que el suelo quedó reluciente, incluida la lechada de las baldosas. Luego arrojó el

montón de trozos de papel empapados en sangre al inodoro en pequeñas cantidades, tirando de la cadena cada vez, hasta que toda evidencia de la muerte de su bebé fue eliminada de la casa. Vertió el resto del agua oxigenada por el desagüe del fregadero de la cocina y fregó el inodoro a fondo.

Entonces, sintiéndose débil, pero impulsada por la rabia que ardía en su pecho, se fue de compras.

En una ferretería que había al otro lado de la ciudad encontró el mismo veneno para ratas. Andi aparcó enfrente de la tienda y pagó el veneno en efectivo con la cabeza baja. Llevaba una gorra de béisbol y unas gafas de sol de gran tamaño para asegurarse de que nadie pudiera reconocerla.

La siguiente parada fue una oscura gasolinera, donde compró un teléfono desechable de prepago, que también pagó en efectivo.

Luego condujo hasta la casa de su padre. Al rebuscar en el cajón superior de su escritorio, encontró su cartera con todas sus tarjetas de identificación justo donde ella la había puesto después de que lo ingresaran en el hospital. Extrajo su tarjeta de licencia veterinaria, expedida por el Tribunal de Examinadores Médicos Veterinarios de Texas. Ahí aparecía el número de licencia del doctor Wilmore. Fido no podía ir al veterinario, pero había otros medios para conseguir el mismo fin. Podía curarse ella misma, al menos durante un tiempo.

Conteniendo la respiración, Andi marcó el número de la red del Centro de Intoxicaciones de Texas desde el teléfono desechable.

—Llamo de la oficina del doctor Hunter Wilmore, su número de licencia es el cinco, seis, cuatro, cuatro, dos, cinco. ¿Cuál es el último protocolo para la intoxicación por colecalciferol y bromadiolona? —preguntó después de que el operador hubiera validado las credenciales.

—Para el anticoagulante, es la vitamina K1 intravenosa, diaria, durante un máximo de ciento sesenta y ocho días. El recuento de plaquetas y los factores de coagulación le indicarán cuándo puede dejar de administrarlo. —Andi casi se atraganta al oírlo. ¿Casi seis meses de inyecciones intravenosas diarias? Era una barbaridad—. Para controlar la hipercalcemia, debe administrar gluconato de calcio intravenoso diario hasta que se normalicen los niveles en sangre.

—¿Algo más?

—Un lavado gástrico si la ingestión es reciente.

Colgó y cerró los ojos, tratando de recordar cuándo había sido la última vez que había comido algo que le hubiera preparado o servido Craig. Unas lágrimas frescas la ahogaron. Las cenas románticas a la luz de las velas, para las que Craig preparaba sus comidas favoritas extrapicantes, tal como a ella le gustaban. Solo eran una treta para envenenarla. Nada más. No eran parte del cuento de hadas.

—Qué idiota soy —murmuró mientras revisaba el suministro de medicamentos de su padre. El doctor Wilmore tenía una consulta en casa preparada para la mayoría de las urgencias veterinarias y, por suerte, los dos medicamentos recomendados estaban entre los que tenía guardados en abundancia.

Utilizando una de las corbatas de su padre a modo de torniquete y preguntándose cómo era posible que todos los yonquis de la calle o de las películas fueran tan hábiles encontrando sus propias venas con lo que le estaba costando a ella, consiguió administrarse la primera dosis de vitamina K1 y gluconato cálcico. No tenía ni idea de si se había puesto la cantidad suficiente o demasiada, pero, fuera como fuera, seguro que era mejor que no hacer nada.

Murmurando una palabrota mientras miraba la hora, Andi cogió un par de guantes quirúrgicos del despacho de su padre y algunas cosas de la despensa, y salió corriendo por la puerta.

En el corto trayecto de vuelta a casa, planeó cuidadosamente cada paso de lo que quería hacer a continuación. Quedaba menos de una hora para que el vuelo de Craig procedente de Miami aterrizara en Houston y no tenía mucho tiempo que perder.

En cuanto llegó a casa, se puso los guantes de nitrilo y cogió la botella de veneno de debajo del fregadero. Olfateó el contenido; no olía a nada demasiado penetrante, solo tenía un ligero olor ácido-amargo que reconoció. Entonces hizo una nota mental del nivel del líquido de la botella: llegaba hasta donde la cola de la rata alcanzaba el borde de la etiqueta.

Dejó la botella a un lado sobre un trozo de papel de cocina, cogió la que había comprado ese mismo día y la vació en el fregadero. Luego la enjuagó a fondo, enjabonando el interior con detergente para vajilla y aclarándola varias veces hasta que desapareció todo rastro de veneno. Por suerte, la etiqueta era de plástico termorretráctil y no se arrugó ni se despegó.

Se tomó su tiempo para secar bien el exterior de la botella, asegurándose de que no quedara ni una sola gota de agua atrapada

bajo la pegatina. Luego empezó a mezclar los objetos que había traído de casa de su padre en un pequeño cuenco lleno de agua. Ácido cítrico, sal y colorante alimentario hasta que el tono del líquido en el cuenco se acercó al color del veneno.

La cuchara tintineaba mientras mezclaba el líquido, escuchando atentamente los suaves ruidos que producían los granos de ácido cítrico al disolverse. Durante todo ese tiempo, supo que debería haberse marchado, haber dejado atrás esa locura sin mirar atrás, pero tenía que mirar a Craig a los ojos mientras la envenenaba de nuevo. Tenía que ver lo que probablemente estaba allí antes, y de algún modo no había visto. La mala intención. El odio brillando en los ojos del hombre que parecía cariñoso, divertido y encantador mientras rociaba su comida con veneno. Sus hermosos ojos, fijos en los de ella, observando cada bocado que comía y sonriendo, sabiendo que la estaba acercando a una muerte dolorosa y lenta.

Le encantaban los alimentos salados, también disfrutaba con los de sabor ácido y le gustaba el pescado frito empapado en zumo de limón. Esa vez, por poco veneno que añadiera a su comida, ella lo percibiría. La probaría y al instante sabría, por encima de cualquier atisbo de duda, que el hombre que la miraba con cariño mientras encendía velas y le ofrecía el postre era un asesino.

Solo entonces ella podría irse, y empezaría la penitencia Craig.

Sin dejar de mezclar la solución, añadiendo poco a poco colorante alimentario hasta que la combinación fue casi perfecta, se imaginó sentada frente a él en la mesa. Hablarían, ella le preguntaría por su viaje, por el discurso que había dado, mientras su boca saboreaba la prueba salada y agria de su intento de asesinato que ella buscaba.

¿Qué diría? ¿Qué vería ella en sus ojos en ese preciso momento?

Se merecía una oportunidad para...

No. No se merecía más oportunidades. Pero ella sí. Ahora era su turno.

Él solo merecía pagar por la vida no nacida que le había arrancado de su vientre.

Cuando Craig llegó a casa esa noche, la botella que había debajo del fregadero estaba llena de la mezcla salada-amarga hasta el nivel adecuado, mientras que la verdadera botella de veneno con las huellas dactilares de Craig estaba escondida dentro de la unidad de climatización del garaje.

Y ella estaba esperando.

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: Usted testificó que los síntomas que presentaba Andrea Wilmore Brafford eran consistentes con la ingestión de veneno para ratas. ¿Es correcto?

DOCTOR BRUCE HANFIELD: Sí.

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: Sin embargo, usted no trató a Andrea por envenenamiento.

DOCTOR BRUCE HANFIELD: No había ninguna razón para sospechar que se trataba de eso. Los síntomas que presentaba son relativamente comunes, y son más probables otras dolencias que un envenenamiento, sobre todo en una mujer embarazada.

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: Entonces, ¿no creía usted que su vida estuviera en peligro?

DOCTOR BRUCE HANFIELD: Al principio, no. Pero después de ver su panel metabólico ampliado...

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: No hay más preguntas para este testigo.

40

DECISIONES

Cuando Craig entró en el garaje, eran casi las diez. Se suponía que iba a llegar a casa mucho antes, pero su avión estuvo retenido en la pista durante varias horas mientras él se asfixiaba y rompía a sudar innumerables veces, enfadadísimo, atrapado dentro de un avión lleno de gente apestosa. Era *su* tiempo el que estaban malgastando, y para él, el tiempo significaba dinero. ¿Y todo por qué? Por una simple tormenta eléctrica y unos rayos estúpidos que ni siquiera cayeron cerca del maldito aeropuerto, pero hicieron que todos los aviones se detuvieran antes de llegar a sus respectivas pistas mientras se encendían las luces estroboscópicas y una extraña alarma pulsante sonaba durante casi tres horas.

Había expresado su frustración a los auxiliares de vuelo a gritos, en repetidas ocasiones, sin ceder, hasta que lo amenazaron con detenerlo en el momento de desembarcar si no paraba. Eso le hizo callar, pero la ira bullía en su interior.

El resto del viaje había ido de maravilla, había merecido la pena la angustia de viajar en clase turista. Ahora quería ducharse y relajarse en la mesa, contarle a Andi cómo le había ido y planear la semana siguiente. Ella iba a empezar en su trabajo nuevo. Pensar en ello le hizo rechinar los dientes y decir una palabrota en voz baja. Justo cuando él y Jude estaban a punto de constituir una sociedad y necesitaban ayuda con el papeleo, la página web y el primer lote de materiales de *marketing*. Pero ¿qué quería hacer la muy zorra? Dar de comer a los jodidos peces por una miseria la hora, eso era lo que quería. Por eso lo estaba dejando tirado.

Pensar en su desafío encendía en él un deseo por su cuerpo

rebelde que apenas podía esperar por saciar. La quería sometida, gimiendo y queriendo más, rogándole que la tomara. Pero había un escalofrío en sus entrañas, un presentimiento. Llevaba dos días fuera y ella no lo había llamado ni una sola vez. No había mensajes en su buzón de voz ni textos llenos de corazones, abrazos y besos.

Solo silencio.

La había llamado varias veces desde la pista y al final ella había descolgado, solo para decirle fríamente que estaba esperando a que volviera para que pudieran hablar. Le preguntó por qué, pero ella se mantuvo hermética al respecto.

—Maldita sea esa mujer —murmuró, apagando el motor y cerrando la puerta del garaje.

Pensó que el Caribe había suavizado su enfado. De lo contrario, nunca habría perdido una semana entera matando el tiempo en la playa o pasando el rato en un barco apestoso con un jamaicano medio borracho mientras ella buceaba y hacía fotos de cada trozo de porquería submarina que encontraba. El único beneficio del viaje, aparte de hacer que Andi se callara y volviera a estar tranquila, había sido una evaluación rápida de las oportunidades inmobiliarias que había en Montego Bay. Aún no había hablado con Jude al respecto, pero podrían ganar mucho dinero con la estrategia de inversión adecuada.

Craig encontró el salón a oscuras, salvo por una tenue luz procedente de uno de los cuartos de baño. Buscó el interruptor, encendió la luz y entrecerró los ojos, parpadeando un par de veces hasta que se adaptaron a la claridad.

—Hola, cariño —dijo Andi, sin acercarse a recibirlo.

Estaba sentada en su sillón favorito, el que estaba junto a la chimenea, con las piernas dobladas y vestida con un sencillo albornoz blanco de rizo.

Estaba a punto de acercarse y cogerla en brazos, ansioso por sentir su cuerpo retorciéndose bajo su peso, pero se fijó en unas sábanas dobladas, una manta y un par de almohadas apiladas ordenadamente en el sofá. Eso lo dejó clavado en el sitio.

—¿Se ha quedado alguien a dormir aquí mientras yo no estaba? —dijo intentando mantener un tono de voz amable, nada amenazador, pero no estaba seguro de haberlo conseguido.

Andi soltó una risita.

—No, no te preocupes, no se ha quedado nadie. Luego te lo

explico. —Ella le sonrió, ladeando ligeramente la cabeza.

Estaba de buen humor e incluso parecía encontrarse un poco mejor. Eso significaba que seguía embarazada. De lo contrario, estaría pálida, descansando en la cama y berreando como un gato escaldado. *«Maldita sea. ¿Por qué está tardando tanto en acabarse esa mierda?»*.

—¿Qué tal te ha ido en el congreso? —preguntó Andi—. ¿Diste tu discurso?

—Sí —respondió él, emocionado—. Y tuvo una acogida tan buena que Hughes me ofreció ser socio en cuanto terminé de hablar. —Se acercó a ella y tomó sus manos entre las suyas. Estaban frías al tacto, poco acogedoras. Dejaba que la tocara, pero no estaba respondiendo como de costumbre—. Habrá condiciones, y tendremos que aportar cierta cantidad de negocio a la empresa durante el periodo de carencia, pero... ¡he conseguido ser socio! ¿Te lo puedes creer?

Su sonrisa se ensanchó, rozando brevemente sus ojos.

—Lo hemos conseguido... Eso significa más dinero, ¿no?

Él asintió con energía.

—Sí, mucho más. Mi porcentaje de cada operación que cierre aumentará, y además ganaré algo de dinero con cada operación de la empresa, aunque no la haya cerrado yo. Es una asociación real, no solo sobre el papel.

—¿Cuándo será suficiente, Craig? —preguntó Andi con calma, sin sonreír—. Vas a ser socio y tienes ese otro negocio con Jude. ¿Te conformas con eso?

Craig le soltó las manos y empezó a pasearse furioso por el salón.

—¡No! Nunca se tiene suficiente dinero. —Se metió las manos en los bolsillos para evitar golpear algo—. Ojalá lo entendieras.

—Claro que lo entiendo —dijo ella en voz baja, sin emoción. No estaba discutiendo ni suplicando—. Lo que pasa es que no soy la mujer adecuada para ti, Craig, eso es todo. Quiero el divorcio.

Ya estaba otra vez con lo del divorcio. Todos sus esfuerzos habían sido en vano. Estaba dispuesta a salir de su vida, dejándolo atrás sin preocuparse por sus sentimientos ni por lo que eso le haría.

Podría encontrar a otras mujeres, claro, pero Andi tenía clase y provenía de una familia con dinero. No con mucho dinero, pero lo suficiente como para que la consideraran aceptable las personas a las que él quería impresionar. Había invertido tiempo y recursos en transformarla en lo que era ahora. Le había enseñado a llevar bien

un vestido, a convertirse en el centro de atención y a vender su cuerpo. Si fuera por ella, nunca dejaría de usar vaqueros rotos, camisetas viejas y zapatillas desgastadas que dejan arena de playa en cada paso.

Era una zorra desagradecida.

Después de ingeniárselas para quedarse embarazada, ahora quería dejarlo, sabiendo que él tendría que pagar la pensión alimenticia y la manutención de su hijo durante dos décadas; eso sería un jugoso porcentaje de todo lo que él ganara. O tal vez era una cantidad fija, no lo sabía con seguridad. Sin embargo, lo había engatusado para estafarle. Pronto toda la comunidad empresarial de Houston se reiría de él. Otro pringado más, tirado a la cuneta por una mujer.

Ella no iba a ir a ninguna jodida parte.

Craig no estaba pensando con claridad, y lo sabía. Ya se había enfurecido así antes. Más tarde, cuando las nubes de la ira se disipaban, se arrepentía de algunas de sus acciones. Pero la rabia estaba ahí, cruda, dolorosa, exigiendo que se derramara sangre. Había que hacer justicia por el insulto que le habían infligido.

Esa vez, sin embargo, era más que rabia. Era una necesidad. No importaba cuál fuera la cantidad que un juez le ordenara pagar en el acuerdo de divorcio, sencillamente no la tenía. Y esas cosas, como su incapacidad para pagar el acuerdo, tenían la desagradable costumbre de aparecer en las noticias, en boca de la gente, en las redes sociales, como un sabroso bocado de chismes que pasaba de una mujer aburrida a otra hasta que destruir su reputación. Su vida se acabaría.

Porque la gente perdonaba muchas cosas: indiscreciones, errores de juicio e incluso fracasos empresariales, pero hay algo que nadie perdona ni olvida.

La pobreza.

La insolvencia.

Eso es lo que lleva al fin de todo, de amistades, de carreras, de oportunidades…

Pero para él todavía no estaba todo perdido. Su traidora mujer seguía acurrucada en el sillón, vestida con un albornoz, al parecer sin intención de irse a ninguna parte, al menos esa noche. Aún podía ganar.

—¿Qué te ha alejado de mí mientras no estaba? —Reanudó su paseo, pero despacio, mirándola, estudiando su reacción. Se obligó a

respirar, aún enfurecido, ya que si esa rabia se filtraba en su voz, ella desaparecería en un instante—. ¿Ha sido tu padre? —Se rio con amargura—. Nunca le he gustado a ese viejo hijo de puta.

Una sonrisa torcida aleteó en los labios de Andi durante un breve instante.

—No, no ha sido él, e insultar a mi padre no ayuda, Craig.

Él se detuvo delante de su sillón, con la cabeza baja y los ojos clavados en el suelo.

—Tienes razón, lo siento. Es que me estás partiendo el corazón, cariño. No puedo perderte. No sabría cómo seguir sin ti. —Esa afirmación sonó sincera y captó la atención de Andi. Su mirada se suavizó y las arrugas de su ceño casi desaparecieron.

—Ha sido culpa mía, Craig. —Juntó las manos con nerviosismo y apartó la mirada un momento. Le pareció ver lágrimas en sus ojos—. Soy yo... No puedo superar lo que pasó. Pensé que podría, pero no puedo. —Su respiración era agitada, superficial—. Estuve llorando en tus brazos por el trabajo de investigación, después de recibir la carta. Estábamos en nuestro antiguo apartamento, ¿recuerdas?

—Por supuesto que lo recuerdo. No tienes ni idea de cómo me sentí...

—Me abrazaste y me consolaste cuando fuiste *tú* quien hizo la llamada que acabó con mis posibilidades. ¿Cómo se supera eso? —Se retorció las manos en el regazo, nerviosa, mirando el suelo—. Es que no sé cómo hacerlo. No puedo.

—En el Caribe estabas bien —argumentó él débilmente. El mismo escalofrío premonitorio le atenazó la voz—. Estabas empezando a perdonarme. Aún estabas enamorada de mí. —Sonrió con timidez y buscó su mano. Andi no se apartó, pero tampoco pareció agradecer su contacto—. Nunca olvidaré esa noche...

Ella se rio con amargura.

—*Sigo* enamorada de ti, Craig, y soy una idiota sin remedio porque nunca debería haberme ido a las islas contigo. —Se sorbió la nariz—. ¿Qué tipo de paraíso es ese si está basado en traición, mentiras y engaños? —Un atisbo de sonrisa triste se dibujó en sus labios cuando lo miró un segundo y luego apartó la vista—. Si alguna vez regreso a mi paraíso, será sola, siempre echándote de menos, pero sola. No puedo volver a confiar en ti, por mucho que lo intente. —Cuando levantó la vista hacia él, las lágrimas habían desaparecido y su boca era una línea firme—. Lo siento, Craig. Se acabó.

La chaqueta le daba calor y le apretaba, y la corbata Armani lo estaba ahogando. Con gestos apresurados, se quitó la chaqueta, tiró de la corbata y arrojó ambas prendas al sofá antes de arrodillarse delante de ella.

—Andi… —Alargó la mano para tocarle el pelo, pero ella se apartó. Su mano se quedó suspendida en el aire un momento, luego la retiró —. No puedo vivir con la idea de que estés en brazos de otro hombre, de que me abandones, de que me dejes atrás. De que me descartes como si fuera un cubo de basura.

Por un momento, Andi se quedó mirándolo, como si estuviera calibrando si era sincero.

—No te preocupes por el dinero ni por esta casa. No traje nada a nuestro matrimonio y tampoco me llevaré nada. Firmaré una renuncia completa. —Apretó los labios un momento—. No quiero nada de ti. Ni un solo centavo.

El alivio que sintió fue tan intenso que no pudo evitar soltar un largo suspiro, aunque lo contuvo tanto como pudo. Andi sacudió ligeramente la cabeza, sin que apenas se notara el movimiento. Lo había visto con total claridad y cada segundo que pasaba lo despreciaba un poco más. Era un donnadie, alguien insignificante. Lo miró con un desprecio indescriptible antes de que sus ojos se humedecieran y desviase la mirada hacia la repisa de la chimenea.

—¿Y qué pasa con el bebé? —preguntó él, levantándose del suelo, y caminó despacio hacia el sofá.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Andi con calma, con una frialdad preocupante, peligrosa que recordaba a la quietud de una serpiente antes de abalanzarse—. No creo que quieras ser parte de su vida, ¿verdad? —Craig se encogió de hombros—. Me lo imaginaba. Así que no, no quiero manutención ni pensión alimenticia. Este bebé ya no es asunto tuyo.

Craig tenía las mandíbulas tan apretadas que le dolían los dientes. No podía fiarse de su palabra. No podía arriesgarse. Al día siguiente, a primera hora, tenía que hablar con un abogado. Ella había dicho que no quería manutención ni pensión alimenticia, pero la amenaza de que la pidiera en el futuro se cerniría sobre su cabeza durante años y años.

Tal vez todavía había una manera de salir de ese lío. Una forma de deshacerse del niño no deseado y de la mujer que le había tendido una trampa al mismo tiempo. La gente no pensaría que era un idiota

al que su mujer había abandonado, sino alguien cuya felicidad perfecta había sido brutalmente truncada por una mano criminal, un villano que al que nunca encontraron, que la había atacado mientras él estaba retenido en un avión con unos doscientos testigos. La simpatía por el encantador y desconsolado viudo llegaría de todas partes, y con ella, montones de nuevos negocios.

«Lo siento, Andi, he intentado todo lo que se me ha ocurrido, pero está claro que quieres que esto suceda. No me dejas otra alternativa. Todo es culpa tuya».

—Está bien —concedió con un suspiro profundo—. Pero no tienes que marcharte esta noche, ¿verdad? Podemos cenar juntos. —Andi levantó la mano en señal de protesta y descruzó las piernas, preparándose para ponerse de pie—. Te prometo que no insistiré más. Respeto tu decisión, aunque me rompa el corazón. Eres toda mi vida, Andi, y no sé cómo podré sobrevivir sin ti, pero aún podemos pasar esta noche juntos.

—Esta noche no —dijo ella en voz baja—. Solo la cena. —Se secó rápidamente una lágrima con la yema del dedo.

Craig sonrió con aparente sinceridad.

—Gracias. ¿Por qué no preparo un salteado chino con arroz al vapor mientras te das una ducha?

Andi dudó un momento y luego esbozó una leve sonrisa.

—Vale, gracias.

Durante un instante, lo miró a los ojos con una intensidad indescifrable; también con angustia, tristeza y determinación. Se iba a marchar. Ya tenía la decisión tomada.

Y él también había tomado la suya.

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: En su experiencia con el envenenamiento, ¿se ha encontrado con algún caso en el que le hubieran dado demasiado poco veneno a una víctima?

DOCTOR AARON ELLEFSON: No. Normalmente, a las víctimas se les da demasiado veneno, no demasiado poco.

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: ¿Sería posible que Andrea Wilmore Brafford hubiera ingerido esas cantidades de veneno por accidente?

DOCTOR AARON ELLEFSON: No veo cómo eso habría sido posible, no.

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: Pero, si la intención era matar a Andrea Wilmore Brafford, ¿no habría usado el asesino una cantidad mayor? ¿Para asegurarse de que moriría?

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: Protesto, señoría. Invita a la especulación.

JUEZ BARRY CROMWELL: Admito la pregunta.

DOCTOR AARON ELLEFSON: Es difícil de decir. Si el objetivo era acabar con su vida rápidamente, entonces sí, lo normal es que se hubiera utilizado más veneno. Si el objetivo era torturar o...

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: No hay más preguntas para este testigo.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Puede interrogar la Fiscalía, señoría?

41

FUERZA DE VOLUNTAD

En cuanto la puerta del baño se cerró, Andi se apoyó en ella y respiró, dejando caer la máscara. El rostro que le devolvía la mirada en el espejo era el de una mujer conmocionada y destrozada por el dolor, cuyo sufrimiento era casi imposible de soportar, intenso y retumbando en su pecho al ritmo de sus agotados latidos.

Cada pocos segundos, su mente volvía a entrar en el terreno de la duda, la dolorosa realidad era demasiado difícil de soportar. ¿Y si se había equivocado sobre el veneno? ¿Y si Craig la quería de verdad y solo se había equivocado, temeroso de perderla? ¿Y si ella…?

No. El veneno estaba allí. Sus análisis de sangre, su aborto espontáneo, el dolor atroz de su abdomen… Todo apuntaba en la misma dirección, al mismo hombre, al dedo descarnado y pálido de la muerte que había tocado su vida.

Pero ¿cómo había podido ser tan crédula, tan ilusa?

—Vemos lo que queremos ver —susurró con voz entrecortada y llorosa mientras abría el grifo y dejaba correr el agua.

Esas palabras eran la forma endeble en la que su mente analítica y sana luchaba contra la debilidad de su corazón.

Ella *era* débil; eso era un hecho. Más frágil de lo que jamás había creído posible, tan vulnerable que se avergonzaba de sí misma. Quizá su pensamiento estaba alterado por el veneno, o al menos eso quería creer; era una excusa para su propia inconstancia cuando no estaba demasiado ocupada inventando excusas para Craig.

A medida que el baño se llenaba del vapor de la ducha, la imagen reflejada en el espejo se volvía borrosa e irreconocible. ¿Por qué seguía allí? ¿Por qué no cogía el móvil prepago que llevaba en el

bolsillo del albornoz para llamar a Aaron y a Rebecca? El doctor Ellefson aparecería en la puerta en cuestión de minutos con media comisaría de policía a cuestas.

Cogió una toalla pequeña de un estante, enterró el rostro en ella y lloró, presionándola contra su boca para ahogar los sollozos hasta que el ardor asfixiante en su pecho cedió un poco y pudo volver a pensar con claridad. Ella sabía que él iba a intentar matarla esa noche. A pesar de toda lógica y en contra de sus instintos, quería mirarlo a los ojos mientras se comía la comida contaminada.

Era ridículo. Se iba a jugar la vida por una tontería. Sin embargo, no podía marcharse. Hipnotizada, atrapada como una mosca desprevenida en una tela de araña, era incapaz de liberarse de su agarre. ¿A dónde había ido a parar su coraje? ¿Su fuerza de voluntad? Actuaba como una niña ingenua, tan enamorada del acosador que había conocido por Internet que no podía comprender que se estaba enamorando de un depredador, un animal peligroso listo para atacar.

Aun así, como si estuviera viendo un choque de trenes a cámara lenta, había sido incapaz de alejarse hasta que creyó con cada fibra de su cuerpo que Craig era el asesino de su bebé. Deseó poder salvarse, ponerse a sí misma en primer lugar en lugar de cenar con él. Deseaba con amargura y desesperación tener la fortaleza mental suficiente para huir. «Vete. Llama a alguien. Llama al doctor Ellefson. Haz algo que tenga un mínimo de sentido».

Entonces pensó en su padre. ¿Qué diría él si supiera lo que ella planeaba hacer? A lo largo de los años, él había sido su brújula moral. Si no le contaba algo, si le ocultaba un secreto, ella sabía que estaba haciendo algo intrínsecamente malo. Sin embargo, quería seguir adelante. Y ella nunca le habría dicho lo que planeaba hacer.

Apoyó la cabeza contra la pared y se mordió el puño hasta que un dolor agudo despertó sus sentidos.

—¿Por qué? —susurró—. ¿Por qué quiero hacer esto?

«Porque lo amaba más que a la vida misma. Porque cuando me duela el corazón como si lo hubieran apuñalado con mil cuchillas, tendré que recordar quién es en realidad».

La respuesta, que afloraba de su subconsciente y transmitía una calma tranquilizadora a su angustiada mente, le infundió la fuerza de voluntad que tanto necesitaba.

Cenaría con él.

Luego se marcharía y pasaría la noche en casa de su padre.

Una vez decidido, cerró el agua de la ducha y encendió el secador, dejando algo de humedad en su pelo corto. Luego se puso unos vaqueros y una camiseta limpios, sintiendo un frío inexplicable. Llevaba la llave del coche en un bolsillo y el teléfono prepago en el otro, pero aún le faltaba algo.

Con dedos temblorosos y vacilantes, se puso el colgante azul que Craig le había regalado. Era adecuado para la ocasión, un símbolo del abismo que se había abierto entre los dos.

Iba a ser la última vez que se lo pusiera.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: Doctor Ellefson, considerando las cantidades relativamente pequeñas de veneno que la víctima había ingerido, ¿cuál cree que pudo ser el objetivo del autor, si no era quitarle la vida?

DOCTOR AARON ELLEFSON: Teniendo en cuenta que Andrea Wilmore Brafford estaba embarazada en el momento del envenenamiento, creo que es razonable suponer que el autor podría haber querido poner fin a su embarazo químicamente.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: Según el análisis forense del cabello de la víctima, ¿durante qué período de tiempo se le administró el raticida?

DOCTOR AARON ELLEFSON: El crecimiento normal del pelo en los seres humanos es de media de un centímetro a un centímetro y medio al mes. Encontramos veneno en las fibras capilares de la víctima en una sección de unos dos centímetros desde la raíz, así que tendría que decir un mes, quizá cinco semanas, no más.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: Basándonos en el testimonio del doctor Hanfield, sabemos que la víctima estaba embarazada de ocho semanas en el momento de la consulta. ¿Es seguro suponer que el autor empezó a envenenarla justo después de enterarse de que estaba embarazada?

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: Protesto, señoría. Invita a la especulación.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: La retiro. No hay más preguntas para este testigo.

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: La Fiscalía solicita interrogar al testigo, señoría.

42

CENA

Con cada paso que la acercaba a la cocina, la sangre de Andi se helaba un poco más. Un escalofrío la recorrió cuando se sentó a la mesa mientras Craig le sostenía la silla como el caballero que aparentaba ser. Inquieta porque él estaba de pie detrás de ella, giró la cabeza y lo miró. El miedo se desplegó en sus entrañas mientras su instinto gritaba. ¿Y si no iba a envenenarla esta vez? ¿Y si hacía algo diferente, algo para lo que ella no estaba preparada?

Craig sonrió con calidez mientras le ofrecía una servilleta, que ella desplegó con los dedos entumecidos y colocó sobre su regazo. Había puesto la mesa con un único candelabro de plata a un lado, que sujetaba una vela blanca y delgada que esperaba ser encendida.

—¿Estás lista, mi amor? —preguntó, girándose hacia los fogones, donde los platos esperaban calientes, apilados ya con generosas raciones de salteado chino con guarnición de arroz al vapor.

El olor a verduras bañadas en soja y salsa de gambas le hacía la boca agua, pero las náuseas le atenazaban el estómago.

—No me llames así —contestó Andi; sus palabras le habían llegado al corazón más de lo que se atrevía a admitir. Quería gritarle, gritar hasta que las ventanas vibraran, abofetearlo y preguntarle cómo se atrevía a llamarla así después de lo que había hecho.

Craig se giró un instante para mirarla por encima del hombro, con una sonrisa triste aleteando en sus labios.

—Puede que me dejes esta noche y que mañana pidas el divorcio, pero siempre serás mi amor. Mi único amor. Mi Andrea.

Andi tragó con fuerza, ahogando unas lágrimas que no venían a cuento. Craig se giró y puso un plato delante de ella y otro delante de

su asiento vacío. Se movía con suavidad, con naturalidad; estaba relajado. No había tensión en sus hombros ni miradas furtivas cargadas de culpa. Nada. Solo era un marido encantador y cariñoso sirviendo a su mujer una cena casera.

Andi lo observó, buscando cualquier indicio de sus verdaderas intenciones. No había nada. Aferrándose a una esperanza absurda como un náufrago a una pajita, cogió el tenedor y dio un pequeño mordisco a la ternera.

En cuanto se lo metió en la boca, lo supo. El sabor era intensamente salado y ácido, como si los alimentos se hubieran cocinado en la mezcla de ácido cítrico. Esta vez iba en serio. La quería muerta.

Mientras masticaba despacio la asquerosa comida, lo vio sentarse frente a ella y encender la vela. Sus ojos eran francos y cálidos. Su comportamiento era completamente relajado y libre de culpa.

Estaba mirando a un sociópata.

La idea le heló la sangre y le puso la piel de gallina. Aunque, al mismo tiempo, la redimió de su propia culpa. Ella no responsable de no haber notado que algo andaba mal con Craig todas las veces que la había envenenado en el pasado. No había nada que pudiera notar.

—¿Cómo está? —preguntó él, como hacía siempre que cocinaba—. ¿Te gusta?

Andi logró esbozar una débil sonrisa.

—Mucho, gracias por preparar la cena. No tenías por qué hacerlo —agregó, encontrando un extraño consuelo en jugar a los dobles sentidos con un asesino, bailando al borde del abismo.

Tomó otro bocado de comida y lo masticó más rápido. El sabor agrio le aliviaba un poco las náuseas, pero el salado era insoportable.

—¿Podrías darme un poco de nata? Creo que te has pasado un poco con la salsa de soja.

Ni un parpadeo de preocupación. Ni la más mínima reacción en sus pupilas.

—Claro —contestó. Se apartó de la mesa y las patas de la silla rechinaron sobre las baldosas. Cogió una cuchara del cajón de los cubiertos, abrió la nata y la puso delante de ella con la cuchara dentro, lista para servir—. Ahí la tienes.

Andi echó una cucharada sobre el arroz y luego tomó un bocado, mezclado con carne y verduras. Estaba algo mejor.

—Te agradezco que me dejes ir —dijo. No pudo resistirse a hacer

un juego de palabras, como si burlarse de un asesino fuera lo más inteligente que podía hacer. Otro bocado bajó por su garganta con facilidad—. Sé que debe ser muy difícil para ti.

Craig alargó la mano y apretó la izquierda de ella.

—No te haces una idea. Dejarte ir es lo más difícil que he tenido que hacer en la vida. Nunca volveré a ser el mismo después de que te hayas ido.

Por un breve y aterrador momento, pensó que tal vez él también estaba haciendo juegos de palabras. ¿Y si había descubierto que ella había cambiado el veneno? ¿Y si la mataba, en ese mismo momento, allí mismo, pero de una forma diferente, una que ella no había visto venir?

Se había comido más de la mitad de la comida. Y no tenía ni idea de lo que contenía.

El pánico se extendió por su cuerpo como un reguero de pólvora. Con el corazón golpeándole el pecho, se sintió mareada, la cabeza le daba vueltas mientras un pensamiento inquietante afloraba en su mente. ¿Qué había dicho su padre? Algo sobre mareos y la cabeza. Había que tumbarse antes de que llegase… ¿Qué era lo que iba a llegar?

No se acordaba. Agarrándose a los bordes de la mesa con dedos temblorosos y débiles, intentó levantarse, pero las náuseas le revolvían el estómago. Consiguió ponerse de pie, jadeando, intentando respirar, pues sabía que tenía que huir de allí lo más rápido posible. Pero su cuerpo la estaba traicionando.

Miró a Craig y gimoteó, pero él se quedó sentado tranquilamente en su silla, observándola.

—¿Necesitas algo, cariño? —le preguntó.

Su voz era la de un extraño, la de un hombre que nunca había conocido, frío, indiferente, que esperaba con tranquilidad su muerte.

Todo su mundo empezó a oscurecerse, despacio al principio, mientras intentaba comprender lo que estaba ocurriendo. Entonces el suelo se precipitó hacia ella en un movimiento giratorio y vertiginoso, y no pudo hacer nada para escapar de él.

Al caer, se golpeó la cabeza contra el borde de la silla. Las estrellas salvajes y verdes estallaron en su cráneo antes de que pudiera sentir dolor. Antes de que todo se oscureciera.

43

SANGRE

Craig observó cómo su mujer titubeaba y gemía, sin inmutarse, esperando que todo acabara pronto. Su querida esposa ya no iba a marcharse. Había vertido suficiente veneno en su comida como para derribar a un caballo. Pero no había planeado que se golpeara contra la silla y sangrara por todo el suelo.

—Mierda... ¡Sangre!

Jadeando nervioso, Craig corrió hacia el fregadero y se quedó mirando el desagüe, concentrándose en el círculo de acero inoxidable para fijarse en los detalles: las letras en relieve de la marca del fabricante, el toque de óxido que desafiaba la promesa del acero inoxidable y que le hizo preguntarse de qué estaba hecho en realidad. Cualquier cosa servía con tal de no mirar el creciente charco de sangre que manchaba el suelo cerca de la cabeza de Andi.

¿Qué iba a hacer? No debería haber ocurrido eso.

Si hubiera sido capaz de soportar la visión de la sangre durante más de unos segundos, Andi ya estaría muerta. Había formas más sencillas de tratar esos asuntos; por desgracia, la mayoría implicaban el derramamiento de sangre. Había barajado esas opciones en el Caribe, ya que ese lugar estaba repleto de oportunidades. El barco de buceo, por ejemplo, habría sido un lugar ideal para que Andi «resbalara y cayera» y se golpeara la cabeza contra la borda cuando el jamaicano borracho no estuviera mirando. Pero ¿después qué? Él se desmayaría allí mismo, a su lado, incapaz de manejar la situación, y despertaría en la cárcel. No era una opción.

Sus pensamientos se aceleraban y el corazón le latía frenéticamente en el pecho. Si miraba a Andi, se desmayaría.

Volvería en sí en algún momento y se desmayaría otra vez en cuanto abriera los ojos y viera el charco de sangre. Ya se sentía débil, a punto de desmayarse solo por el olor metálico de la maldita cosa.

Necesitaba pensar, encontrar una solución; y tenía que hacerlo rápido.

—Adormecer mis sentidos —murmuró, abriendo armarios de cocina sin pensar, buscando una solución—. Vamos, vamos —dijo, con cuidado de no girar la cabeza por error y ver el cuerpo.

No había nada en los armarios que pudiera funcionar para su propósito. Caminando de lado, llegó a la nevera y abrió la puerta. Cogió la botella de vodka de uno de los compartimentos de la puerta, dio un par de tragos y respiró con fuerza, sintiendo el ardor del alcohol recorriendo su garganta. Devolvió el vodka a su sitio y siguió mirando.

—Esto debería servir —murmuró, abriendo una botella de vinagre balsámico, y se frotó un poco bajo las fosas nasales. Enseguida se atragantó y tosió, pero ya no podía oler la sangre.

Cerró la puerta de la nevera y se preparó, respirando lenta y profundamente, tratando de dominar el pánico que corría por sus venas. Todo su plan dependía de que se deshiciera del cuerpo rápido, para que su coartada funcionara. Pero ¿cómo iba a sacarlo de la casa si no podía mirar la sangre sin desmayarse?

—¡Maldita sea, joder! —gritó, golpeando con furia el puño contra la encimera de granito—. Este no puede ser el final. Así no.

Otro trago del vodka de la nevera le dio una nueva idea. Lo único que tenía que hacer era cubrir la sangre. Eso bastaría. Así no la vería y tampoco la sentiría en su piel. Los guantes se encargarían de eso. Andi guardaba algunos en un cajón.

Encontró un par de guantes azules de nitrilo en un cajón que había al lado de los fogones y se los puso. Sin apartar la mirada de la pared, salió de la cocina y se dirigió enfurecido al baño. Una toalla azul oscuro colgaba de la barra que había junto al lavabo. La cogió y regresó a la cocina. Obligándose a respirar hondo, tranquilizándose, arrojó la toalla sobre el cuerpo de Andi sin mirar, más adivinando que viendo dónde se había acumulado la sangre.

Sujetándose al borde de la encimera, se arrodilló y despacio, centímetro a centímetro, dirigió la mirada hacia el cuerpo de Andi. Estaba tumbada en una posición antinatural, con las piernas dobladas bajo el cuerpo y los brazos extendidos. Una silla estaba

volcada en el suelo. La toalla se empapó con rapidez y, al verlo, sintió que una oleada de calor le recorría el cuerpo. Aunque el líquido se viera de color morado oscuro en la toalla en lugar de rojo, *él* sabía que era sangre.

—Oh, no, no, no…

Apartó la mirada y respiró hasta que el calor disminuyó. Luego volvió a mirarla.

¿De verdad estaba muerta?

Por la cantidad de sangre que empapaba la toalla, tenía que estarlo. Pero sus ojos estaban entreabiertos, de una forma inquietante. Mirando de reojo, le buscó el pulso, pero no sintió nada. Cerró los ojos y escuchó su respiración. Nada. No podía oír ningún sonido, solo el zumbido de su propia sangre corriendo por sus venas a un ritmo frenético.

—Piensa, piensa, maldita sea —murmuró.

No podía llevarla al coche si eso significaba que su sangre se derramaría por todas partes. Nunca sería capaz de limpiarlo. Nunca pasaría de la puerta de la cocina antes de desmayarse. Solo visualizarlo era demasiado para él. A duras penas, consiguió llegar a la nevera para ponerse un poco más de vinagre en la nariz.

Sus ojos se desviaron y se detuvieron en la alfombra del comedor. Se suponía que era impermeable, para proteger la madera dura de posibles derrames. Llegó hasta allí dando unos cuantos pasos largos. Apartó la mesa y las sillas, cogió la alfombra y la llevó a la cocina. Allí, cubrió el cuerpo de Andi con un extremo. Luego, mirando hacia otro lado, hizo rodar su cuerpo inerte sobre la alfombra. Justo cuando estaba a punto de terminar, recordó que llevaba puesto el colgante durante la cena.

—Mierda —susurró.

Sin apartar los ojos de la lámpara del techo, metió la mano en la alfombra, buscando su garganta. Con los dedos enguantados le costó encontrar la cadena, pero al final la tocó, y tiró con fuerza. Salió con el cierre roto. Algunos cabellos de Andi seguían pegados a él, y la sangre manchaba el colgante y partes de la cadena.

Jadeando, se precipitó hacia el fregadero y abrió el grifo, donde lo enjuagó con agua mientras sus piernas se volvían demasiado débiles para sostenerlo. Con la desaparición de los restos de sangre del colgante y de los guantes, recuperó las fuerzas. Abandonó el colgante sobre la encimera y se giró para mirar la alfombra enrollada.

Uno de los extremos estaba empapado de sangre. Un pequeño vistazo fue todo lo que pudo soportar antes de tener que apartar la mirada. Estaba a punto de darse por vencido, de dejar el cuerpo como estaba, darse a la fuga y quizá conducir hasta la frontera con México, cuando se le ocurrió una idea descabellada.

Solo podía ver la sangre si la luz estaba encendida.

En la oscuridad tendría que moverse despacio y tantear los muebles, pero podría hacer el trabajo.

Con un suspiro de alivio, corrió al cuarto de baño, cogió la cortina de plástico de la ducha y la llevó al garaje, donde la utilizó para forrar el interior del maletero de su todoterreno. Consideró el Beetle de Andi por un momento, pero era demasiado pequeño.

Apagó todas las luces, fue a la cocina y cogió la alfombra enrollada, sujetándola por el centro, donde estaba limpia de sangre. Luego, despacio, paso a paso y con cuidado de no tocar nada con su carga, la llevó hasta el garaje y la metió en el maletero del Mercedes. Tuvo que empujar y forcejear hasta que logró meterla. Cuando por fin consiguió cerrar el portón, estaba cubierto de sudor.

Más tarde, tendría que limpiarlo todo. Pero podía hacerlo en la oscuridad, utilizando mucha lejía y papel de cocina, que luego podía quemar en el patio trasero, junto con su camisa de Armani y sus pantalones de Brooks Brothers.

Con las luces apagadas, buscó el fregadero del lavadero y se enjuagó bien las manos enguantadas en él. Luego regresó al garaje, dispuesto a marcharse.

Se puso al volante de su coche, accionó el mando de la puerta y se marchó con las luces apagadas; no las encendió hasta que salió del barrio. El vertedero solo estaba a unos pocos kilómetros de distancia y eran casi las dos de la madrugada, allí no habría nadie que pudiera verlo deshacerse del cuerpo.

44

SUPERVIVIENTE

Era el hedor más insoportable que Andi había olido nunca y, aun así, tomó aire con fuerza, intentando desesperadamente llenar sus pulmones. No podía moverse mucho, aunque se retorcía con todas las fuerzas que le quedaban, intentando liberarse. Estaba oscuro, había una negrura absoluta a su alrededor. Un dolor punzante en la sien izquierda enviaba destellos verdes al interior de su cráneo, que empeoraban con cada movimiento que hacía.

Se impulsó contra lo que fuera que la tenía inmovilizada, lo arañó, lo empujó con los pies, hasta que una brizna de aire más frío corrió a través de su pelo y le tocó la cara. En ese momento, el hedor se hizo mucho peor, insoportable, pero sus pulmones se llenaron de aire con avidez. Jadeante, abrió los ojos y solo vio oscuridad. Durante un momento de pánico, se preguntó si se había quedado ciega. Pero entonces empezaron a formarse sombras tenues en la distancia. Una estrella, un pequeño punto de luz justo sobre su cabeza. Aparecieron otras más pequeñas, más débiles, pero una visión igual de bienvenida. Probablemente había más, pero sus ojos seguían parcialmente cubiertos.

Rodando hacia un lado, consiguió meter el brazo entre su cuerpo y lo que la envolvía y lo estiró por encima de la cabeza hacia el lugar de donde procedía el aire. Una vez liberada esa mano, tanteó en busca de algo a lo que agarrarse, pero no encontró más que bolsas de plástico blandas y pequeños escombros. Algo le recorrió los dedos y gritó, sin que el penetrante sonido de su voz obtuviera respuesta en la inquietante y silenciosa oscuridad.

La comprensión le produjo un escalofrío. Estaba en el vertedero,

enterrada viva en la basura. Deseando que su mente se librara del intenso pánico, respiró hondo y contó los segundos entre respiraciones para bajar el ritmo cardíaco y pensar con lógica. Palpó lo que envolvía su cuerpo con la mano que había liberado y sintió un borde fibroso, sedoso al tacto por un lado, áspero y gomoso por el otro. Estaba enrollada dentro de una alfombra. Había algo más alrededor de su cuello, una textura diferente, empapada en algo pegajoso. Parecía una toalla.

Intentó rodar en sentido contrario al borde de la alfombra, pero no pasó nada. Sentía las rodillas fuertemente sujetas y algo apretado le recorría el estómago. Lo tanteó con la mano libre y enseguida identificó lo que era.

Se trataba de cinta americana.

Sin más alternativas, se deslizó para liberarse, avanzando penosamente centímetro a centímetro hasta que pudo sacar las piernas, primero una y luego otra, y alejarse de la alfombra, jadeando por el esfuerzo y sollozando.

Se puso de pie tambaleándose, sintiendo las piernas débiles e inestables, ya que la montaña de basura que había bajo sus pies era una superficie irregular y traicionera. Tras caer de rodillas cada dos pasos, finalmente desistió de intentar mantenerse de pie y se arrastró para salir del inmenso mar de desperdicios, dirigiéndose hacia la tenue luz que veía a lo lejos.

Cuando llegó a tierra firme, se puso de pie y forzó la vista para distinguir algo en la oscuridad. Trozos de papel dispersos ondeaban al viento, apenas iluminados por la luz residual procedente de la manchada capa de nubes bajas, que eran como diminutos fantasmas que se perseguían unos a otros y nunca se asentaban. No se veía ni un alma por ninguna parte. Cerca, un par de compactadoras y una excavadora se alzaban silenciosas y amenazantes en la oscuridad, como si de repente pudieran cobrar vida y perseguirla hasta la basura, para después aplastarla contra el suelo y que nunca más viera la luz del día.

Por un momento, sintió que la invadía una oleada de vergüenza. De vergüenza y culpa. No debió quedarse. Tendría que haber huido cuando tuvo la oportunidad. Pero ahora estaba allí, todavía viva. No había tiempo para lamentaciones.

El cielo empezaba a volverse gris a su derecha, y eso ayudó a Andi a orientarse. Si eso era el este, entonces la zona iluminada de su

izquierda tenía que ser la interestatal en dirección a Houston. Estaba a unos quince minutos de la casa de su padre.

En coche.

Empezó a caminar y cada paso avivaba el dolor palpitante de su sien. Consciente de lo sucias que tenía las manos, palpó con suavidad la zona con las yemas de los dedos. Estaba llena de sangre y suciedad, y tenía el pelo enmarañado. Sintió un bulto bajo la piel lacerada. Eso eran malas noticias, podría tener una conmoción cerebral. Cerró un ojo cada vez y se concentró en las luces lejanas de la interestatal para comprobar si veía borroso. Veía bien.

Aguantaba bien el dolor.

Al parecer, no se cansaba de él. Era su castigo por asumir riesgos innecesarios.

Una sensación de ardor le hormigueó en la nuca. Se palpó la piel con los dedos; le escocía justo donde llevaba la cadena del colgante. No estaba. Craig debía habérselo arrancado del cuello; era un objeto demasiado preciado para desecharlo con su cuerpo.

Metió la mano en el bolsillo y encontró el teléfono desechable. Lo abrió y vio que aún tenía batería. La policía y una ambulancia estaban a una llamada de distancia, pero empezó a dudar. Craig merecía mucho más que una condena por intento de asesinato por lo que le había hecho. No había quitado una vida, sino dos, aunque, por algún giro del destino ella siguiera viva. Por lo que a ella respectaba, Craig la había matado.

A cada paso que daba, el hedor disminuía un poco. Caminando tan deprisa como se lo permitía el fuerte dolor de cabeza, pronto llegó al límite del vertedero. Una valla metálica de dos metros de altura la impedía salir a la calle. Caminó junto a la valla hasta que encontró un agujero en ella, probablemente de un coche que había chocado por accidente contra un poste inclinado que había cerca. Se arrastró por la abertura con dificultad, luego subió a la carretera y sonrió débilmente.

Se iba a poner bien.

El móvil no tenía GPS ni aplicación de mapas, pero siguió avanzando por las calles que veía, eligiendo siempre la más ancha en cada giro hasta llegar a una que reconoció. Ya casi había salido el sol y el tráfico empezaba a aumentar.

Cuando pasaba un coche, se escondía detrás de un árbol o del cubo de basura de alguien, o se tiraba al suelo en una zanja para que

no la vieran. Lo más probable era que cualquiera que la viera cubierta de sangre y suciedad llamara a la policía, y ella no quería que ocurriera eso. Era mejor no tener testigos de lo que iba a hacer.

A medida que se hacía más tarde, el tráfico se hacía más denso y era casi imposible de evitar. Pero estaba lo bastante cerca; reconoció las curvas de Clear Creek y el cercano parque Walter Hall, y decidió salir de la calle y caminar junto al lecho del río el resto del camino, atravesando el bosque detrás del lugar donde entrenaban los bomberos y la planta de tratamiento de agua.

Eran casi las nueve cuando llegó a casa de su padre. Instintivamente, buscó las llaves en su bolsillo, pero solo encontró las del Beetle. Las llaves de la casa estaban en la guantera de su coche, fuera de su alcance, dentro del garaje de lo que solía ser su hogar.

Rodeó la parte trasera de la casa e intentó abrir la puerta de atrás, pero la había cerrado con llave la última vez que estuvo allí. Sin opciones, cogió una piedra y rompió uno de los pequeños cristales de la puerta, el más cercano a la cerradura. Luego metió la mano dentro y giró el pestillo para abrirla.

Una vez dentro, respiró aliviada, pero no se tomó ni un momento para descansar. En lugar de eso, fue directa al baño, deseosa de quitarse de encima el hedor del vertedero. Abrió el grifo y, mientras esperaba que saliera agua caliente, examinó la herida de su sien.

Era profunda, estaba cubierta de suciedad y sangre coagulada que le apelmazaba el pelo, y probablemente necesitaría puntos. Y una vacuna contra el tétanos. También antibióticos.

El agua que le corría por la cabeza hacía que la herida le escociera cada vez más a medida que limpiaba los grumos de sangre y suciedad. Con tanta suavidad como pudo, se lavó el pelo un par de veces, insegura de haber eliminado el hedor a vertedero de su cabello. No estaba segura, pero se había arraigado tanto en su piel y en sus fosas nasales que lo único que percibía era el repugnante olor a basura.

Cuando terminó, salió a las frías baldosas y se envolvió en una toalla. Limpió el vapor del espejo con la palma de la mano y observó su reflejo. No reconoció a la mujer que la estaba mirando.

La herida volvía a sangrar, recorriendo su mejilla, su cuello y tiñendo de rojo la toalla blanca donde caían las gotas. A través de una neblina, recordó que el veneno tenía un componente

anticoagulante; si no controlaba la hemorragia pronto, podía perder la vida.

Todavía con la toalla puesta y dejando huellas húmedas por todas partes, cogió las cosas que necesitaba: una aguja quirúrgica e hilo del botiquín de emergencia de su padre, una botella sin abrir de agua oxigenada, anestesia local en una pequeña jeringa provista de una aguja subdérmica, tiritas y la navaja de su padre.

Luego regresó al baño.

Inclinó la cabeza hacia la derecha sobre el lavabo y se echó agua oxigenada sobre la herida, rechinando los dientes y jadeando mientras el líquido burbujeaba y limpiaba el corte. Se afeitó el cuero cabelludo con cuidado alrededor y se lo enjuagó con agua a conciencia.

Luego empezó el verdadero dolor cuando tuvo que coserse la herida. Incluso con la anestesia local que se había inyectado torpemente en varios puntos de la laceración, seguía sintiendo el dolor, el tirón del hilo al atravesar la piel.

—No soy Rambo, eso está claro —se dijo a sí misma en un débil intento de humor, solo para romper el pesado silencio y oír algo más que su respiración entrecortada.

Coser su propia piel fue mucho más difícil de lo que había previsto. El cuero cabelludo era grueso, e incluso el más leve roce enviaba descargas de dolor a través de sus irritados nervios. Sin embargo, estaba agradecida por el trabajo de laboratorio que había hecho en San Diego y por las pocas veces que había visto a su padre suturar a sus pacientes.

La angustia parecía eterna, pero, varios insoportables minutos después, estaba lista para ponerse una tirita grande.

La herida era visible, justo encima de la oreja y dentro de la sien; era un bulto grande y doloroso al tacto. Nada que un poco de hielo no pudiera arreglar y una gorra de béisbol no pudiera ocultar de los ojos de su padre. Tenía que verlo esa misma mañana, no podía esperar. No podía permitirse que él se enterara de que estaba desaparecida o que la policía la diera por muerta y arriesgarse a que le diera otro ataque al corazón.

Justo antes de apagar la luz del baño, volvió a mirarse. La desconocida del espejo tenía una voluntad de acero, que se filtraba por cada poro de su piel. Sus ojos estaban secos. No había derramado ni una sola lágrima desde que se había despertado en el vertedero.

Había pagado caro su insensatez, su necesidad de confirmar las intenciones de Craig, cuando debería sabido desde hacía tiempo. Había aprendido la lección. El Craig del que se había enamorado nunca había existido; no había nada por lo que llorar. Pero pronto pagaría por lo que le había hecho.

Al dirigirse a la cocina para comer algo antes de ir a ver a su padre, se fijó en la pila de correo que había cogido del buzón la última vez que estuvo allí. Con una chispa de picardía en los ojos, rebuscó entre los sobres hasta encontrar uno que le sirviera. Era una carta de agradecimiento de uno de los pacientes del doctor Wilmore, con un sello de la Campana de la Libertad y una marca ondulada de USPS que indicaba la fecha y el lugar desde donde se había enviado.

Luego, agradecida por no haber llegado a vaciar la nevera de su padre, cogió un cazo del armario y se puso a hervir unos huevos.

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: Doctor Ellefson, ¿le sorprendió enterarse del embarazo de Andrea Wilmore Brafford?

DOCTOR AARON ELLEFSON: No.

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: ¿No esperaba usted, como amigo íntimo de los Wilmore, enterarse de su embarazo de primera mano, por la propia Andrea, en lugar de por la prensa sensacionalista?

DOCTOR AARON ELLEFSON: La gente tiene sus razones…

GOODRIDGE, ABOGADO DE LA DEFENSA: ¿No debería haberse recusado de testificar en este juicio como perito, considerando su relación personal con Andrea Wilmore Brafford?

45

MENTIRAS

Era primera hora de la tarde del viernes cuando Andi llegó al Centro de Rehabilitación Cardiaca. Condujo la camioneta de su padre hasta el parque contiguo al patio trasero del centro y luego recorrió a pie el parque utilizando un GPS de mano que ella y su padre llevaban cuando hacían senderismo. Era un hermoso día de otoño, el aire era fresco y las hojas empezaban a cambiar de color. El cielo tenía el tono más puro del azul de California, probablemente ayudado por un bajo índice de humedad, algo poco habitual en Houston.

Redujo la velocidad al acercarse al límite de la propiedad y se puso la gorra que se había llevado, haciendo una mueca cuando la banda rozó la tirita que cubría la laceración de su sien. Cuando llegó a la cerca, se detuvo, se agachó detrás de un arbusto y observó lo que ocurría en el patio del centro.

Solo había un puñado de pacientes fuera, y casi nadie del personal. La razón era la comida. La servían entre las doce y las dos, y la mayoría de los residentes querían ser de los primeros en sentarse a la mesa. Por suerte, su padre no era uno de ellos.

Apenas visible entre los dos setos paralelos, una voluta de humo azul apareció brevemente y luego se desvaneció. A Andi se le hinchó el corazón, y luego frunció el ceño. ¿Quién le proporcionaba los puros? A ese ritmo, ya debía haberse fumado una caja entera.

Avanzando por detrás de los arbustos sin perder de vista a los pocos pacientes y miembros del personal que paseaban por el jardín, llegó a un punto en el que podía saltar la cerca sin mucho riesgo de ser vista. Unos instantes después, salió de entre los setos que había junto a la silla de ruedas de su padre.

Ya sin el puro, estaba absorto en su trabajo, escribiendo en su cuaderno nuevo algo que parecía una lista. Probablemente no era lo que Rebecca tenía en mente cuando le había recomendado que escribiera.

Parecía que estaba un poco más fuerte. Había firmeza en su mandíbula y en la forma en que sus cejas se erizaban mientras escribía. Su pelo blanco necesitaba un corte; las puntas sobrepasaban el cuello de la camisa casi un palmo.

Se quitó las gafas de sol e hizo una mueca de dolor cuando la patilla izquierda le rozó la herida. Se puso de lado, para que él no viera la tirita.

—Hola, papá —en el instante en que esas palabras salieron de sus labios, las lágrimas inundaron sus ojos. Se agachó a su lado y le rodeó el cuello con los brazos.

—Ah, qué sorpresa tan maravillosa —dijo él, que cerró rápidamente el cuaderno y lo deslizó bajo su pierna. Luego rodeó los hombros de Andi con los brazos y suspiró, con un largo suspiro de alivio—. Te echo de menos. ¿Lo sabías? Sí... Te echo de menos todo el tiempo. Eso es lo que hago durante todo el día. Me siento aquí fuera a echarte de menos.

Esas pocas palabras abrieron las compuertas. Lloró con la cara hundida en su pecho; su conversación no era como ella la había planeado.

—Mi niña, ¿qué te pasa? —preguntó, con la voz teñida de preocupación—. Cuéntame lo que ha ocurrido. —Con suavidad, la apartó un poco para mirarla a los ojos. Andi los mantenía bajos, ocultos. Con dos dedos, Hunter le levantó la barbilla—. Estás muy pálida. ¿Comes bien? ¿Qué te dijo el médico?

—Estaré bien, papá, te lo prometo —dijo ella, secándose las lágrimas y soltando un largo suspiro—. Pero necesito tu ayuda.

—Cuenta conmigo para lo que sea —susurró él, acercándola de nuevo a su pecho. Olía a loción para después del afeitado y a detergente. Con la mejilla pegada a él, podía oír su corazón latiendo en un ritmo constante y tranquilizador.

—¿Confías en mí? —preguntó ella en un susurro.

—Más que en nadie en este mundo. —La preocupación se notaba en su forma de hablar. La cadencia de sus palabras se había vuelto seria, apresurada pero tranquila al mismo tiempo, perspicaz, preparada.

—¿Mentirías por mí? —Andi levantó sus ojos azules y lo miró durante un breve instante, luego volvió a esconder la cara, avergonzada.

—Hija mía, moriría por ti. —La meció suavemente de un lado a otro, tranquilizándola como solía hacer cuando era pequeña—. Por favor, dime qué pasa. Es algo malo, puedo sentirlo. Los padres somos así, ¿sabes? Percibimos cuando algo va mal con nuestros hijos.

Andi se rio con tristeza.

—Tenías razón, papá —dijo tomando aire con fuerza—. Sobre Craig.

Él no dijo nada. El balanceo se interrumpió un instante y luego se reanudó.

—Dime qué tengo que hacer.

Andi disfrutó de su cercanía durante un largo rato. La alimentaba, la hacía más fuerte. Pero no podía quedarse mucho tiempo. Cada minuto que pasaba, corría el riesgo de que alguien pasara por su lado o de que alguna cámara remota captara su rostro. Llenándose los pulmones de aire, se apartó un poco y miró a su padre a los ojos.

—No le digas a nadie que he estado aquí. Prométeme que no lo harás. Si alguien te pregunta, la última vez que me viste fue justo cuando volví del Caribe, el lunes. Y la última vez que hablamos por teléfono fue ayer por la mañana.

Tras una leve vacilación, Hunter respondió:

—Entendido. ¿Qué más? —Sonaba más alerta, revitalizado, listo para ponerse de pie y luchar a su lado.

—Prométeme que, oigas lo que oigas, sabrás que estoy bien.

Él frunció el ceño.

—Me estás asustando, Andrea. ¿Qué ocurre? ¿Estás en peligro?

Ella negó con la cabeza.

—No, papá. Ya no. Necesito que lo creas. No importa lo que la gente venga a decirte, yo estaré en tu casa, escondida, y nadie puede saber que estoy allí.

—¿Quién te está buscando? —preguntó con pánico en la voz. Andi sintió cómo se le tensaban los músculos—. Puedo ayudarte. Ya estoy recuperado. Me siento en esta silla porque es más fácil, y porque no se les ocurrió poner un banco aquí, donde nadie puede verme fumar, pero puedo moverme. Tú y yo podemos salir corriendo de aquí ahora mismo.

—No hace falta nada de eso, papá —le dijo, antes de besarle la

mano y apoyar la mejilla en ella—. Necesito que te quedes aquí, que descanses y te recuperes, para que cuando todo esto termine, puedas volver a casa. Y podamos aprender a vivir y ser felices de nuevo. Los dos. —Tragó saliva. Podría pasar un tiempo antes de que eso sucediera, antes de que ella fuera libre—. Solo recuerda que has dicho que confiabas en mí.

Su padre exhaló.

—Confío en ti.

—Entonces, deja que yo me encargue de esto, papá.

—Como quieras, pero ten mucho cuidado con Craig. Es... Hay algo en él que me pone los pelos de punta. Eso ya te lo he dicho, ¿no? Estos medicamentos son muy malos para mi memoria. —Parecía que estaba intentando recordar lo que le había dicho sobre Craig—. Aún no sé lo que es, pero prométeme que tendrás cuidado. Me da miedo. —Esas últimas palabras salieron titubeantes de su boca, como si las hubiera pronunciado sin intención.

—Lo sé. Ahora te creo. —Le apretó la mano—. Y recuerda que nada de lo que digan de mí es cierto.

—¿Como qué? —preguntó, moviéndose en su silla—. ¿Qué debo esperar exactamente?

No estaba preparada para compartirlo, sobre todo porque ni ella misma lo sabía.

—Aún no estoy segura. Tendrás que confiar en que estoy bien y en que nos veremos pronto.

—Por el amor de Dios, Andi. ¿Qué demonios ha pasado?

—Nada, papá —dijo en un tono un poco más fuerte, frustrada—. Como puedes ver, estoy bien.

—Sí, así es. Lo creo porque me estás mintiendo como hacías cuando eras pequeña y planeabas alguna travesura.

Una lágrima asomó en el rabillo del ojo de Andi.

—Por favor, créeme. No hay otra manera. Tengo que hacerlo sola.

Él la miró durante un largo rato y acabó asintiendo, con los labios apretados.

—Está bien.

Andi miró a su alrededor para comprobar si se acercaba alguien. Había menos personas que antes. Luego lo miró y le cogió las manos.

—Te pregunten lo que te pregunten, di que no lo sabes. Estás enfermo, aún recuperándote; no sospecharán.

—Lo que tú digas —dijo en tono serio. Probablemente había

decidido confiar en ella y estaba actuando en consecuencia.

—¿Todavía tienes la llave de mi casa?

—¿De *tu* casa? —Sus cejas se alzaron—. Claro. Está en mi escritorio, en el cajón superior izquierdo.

—¿Y tienes dinero en casa?

Sus cejas permanecían levantadas, arrugando su frente.

—En el mismo lado, el segundo cajón desde arriba, en una caja vieja de puros.

—Gracias —susurró ella, bajando los ojos, avergonzada por tener que pedir dinero. Debería tener el suyo propio—. Ahora, vamos a trabajar en algunas preguntas hipotéticas, ¿de acuerdo?

Su padre volvió a fruncir el ceño y sus ojos se oscurecieron con preocupación.

—Dispara.

—Si alguien hipotéticamente necesitara vacunarse contra el tétanos, ¿cuánto podría retrasar la administración de dicha vacuna sin correr ningún riesgo?

—Por Dios, Andi… —dijo atónito, negando con la cabeza—. Ese alguien no debería esperar más de veinticuatro horas desde el momento de la lesión, o correría el riesgo de morir. Si no es por el tétanos, por mi propia mano —añadió, y su chiste hizo que a ella se le llenaran los ojos de lágrimas.

—Los perros no necesitan vacunas contra el tétanos, ¿verdad?

—No, y los gatos tampoco —respondió Hunter, apretando la mandíbula—; pero si ese alguien espera aquí unos veinte minutos después de que hayamos terminado de hablar, puede que le consiga un vial. Si este centro tiene uno, lo cogeré. Sé dónde guardan sus caramelitos y cómo cogerlos. Luego ese alguien podrá inyectárselo en el músculo del muslo.

—Gracias. —Andi parpadeó y se le saltaron las lágrimas—. ¿Por qué no me recomiendas también un antibiótico general, algo que funcione igual de bien para perros y personas?

—Andi… —Volvió a negar con la cabeza y bajó la mirada. Parecía entristecido porque ella no le confiara sus problemas. Merecía saber qué estaba pasando, pero ¿cómo reaccionaría si supiera la verdad? Llamaría a la policía en un santiamén—. Doxiciclina, cien miligramos, dos veces al día. Durante diez días como mínimo. Está en mi despacho —lo dijo con voz grave, plagada de matices de tristeza, de derrota. Levantó la mirada y la contempló con una

angustia indescriptible—. Mantente alejada de ese bastardo, Andi. Sea lo que sea lo que estás haciendo, no vale la pena. Es peligroso. Huye, vete a un hospital a recibir la atención adecuada.

Ella asintió.

—Lo haré. Pero no es tan sencillo, papá.

«No después de que me matara», añadió en sus pensamientos, temerosa de pronunciar las palabras en voz alta.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Recuerda el nombre del amigo de la infancia de Craig? ¿El que le dio el colgante?

LOUISE BRAFFORD: Sí. Su nombre era… es Jude Drennon.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: Durante su visita a su casa o en cualquier momento posterior, ¿compartió usted esa información con Andrea Wilmore Brafford?

LOUISE BRAFFORD: No. Ella no preguntó y yo no se lo dije. No vi ninguna razón para hacerlo. Hasta ahora, creía que Craig había dejado atrás a Jude, igual que nos había dejado a nosotros.

46

PRUEBAS

El fin de semana había sido largo y complicado, aunque Andi había previsto que sería tranquilo. No se atrevía a salir de casa, temía que la vieran. Además, había cerrado todas las cortinas y no encendía las luces cuando oscurecía. Se limitaba a descansar para recuperar fuerzas, al menos físicamente.

La parte emocional era otra historia, resultaba más difícil de manejar, sobre todo después de que el sol desapareciera tras las copas de los árboles que había en la parte trasera de la casa y comenzara a caer la oscuridad de la noche. A veces se sentía afligida, sin saber bien por qué lo estaba más, si por la pérdida de su bebé, de la vida que creía tener, de todas sus esperanzas y sueños o por Craig, el hombre con el que creía haberse casado. El dolor venía y se iba en oleadas, renovándose después de cada ocasión en que ella se había quedado dormida o se había mantenido ocupada con otra cosa, olvidando brevemente lo que había sucedido. Entonces todo se venía abajo, y ella se tambaleaba, sufriendo otra vez la conmoción y la pérdida sin sentido.

El domingo limpió meticulosamente el desastre que había dejado en el cuarto de baño en el que se había duchado por primera vez tras escapar del vertedero. Lavó su ropa en la lavadora dos veces, para luego secarla, doblarla y guardarla al fondo de su armario, sellada en una bolsa de la compra atada con un nudo lista para deshacerse de ella a la primera oportunidad que tuviera de sacar la basura. No pensaba volver a ponerse la ropa que llevaba cuando su marido había intentado asesinarla y deshacerse de su cuerpo.

Reemplazar el pequeño cristal de la puerta trasera requirió algo

de creatividad, pero no podía llamar a la tienda y pedir un repuesto. En su lugar, cogió un cristal un poco más grande de un armario de la cocina y, con la infinita paciencia de una mujer con un propósito, lo limó con su vieja lima de uñas de diamante hasta que encajó en su sitio.

Durante las muchas horas que estuvo limando, de pie sobre el fregadero, su mente divagó y dio vueltas a los problemas que había estado posponiendo. ¿Cómo iba a restablecer la confianza de la gente en ella después de las mentiras que Craig había difundido por toda la ciudad? ¿Cómo reconstruiría su vida después de que él desapareciera de ella, sin tener que dejar atrás su querido Estado de la Estrella Solitaria?

La respuesta llegó cuando le faltaba un centímetro para terminar de limar. Necesitaba purificarse de la suciedad que él había esparcido sobre ella, salir como una mariposa de la crisálida, dejar atrás la envoltura manchada para que se marchitara bajo la luz del sol. Y, para eso, necesitaba el poder ardiente y feroz de los medios defendiéndola, necesitaba lanzarlos sobre Craig como una manada de lobos hambrientos para que lo devorasen.

En cuanto sustituyó el cristal de la ventana, encendió el portátil de su padre dentro de una habitación sin ventanas y empezó a escribir un artículo. Releyó su trabajo un par de veces, haciendo correcciones aquí y allá hasta que quedó perfecto; hasta que le pareció lo bastante incendiario como para que los periodistas investigaran y publicaran algo.

Hacía tiempo había leído en alguna parte que los periodistas agradecían las colaboraciones bien escritas, ya que les ahorraban el tiempo que tendrían que dedicar a reescribirlas. También les gustaban los artículos breves con información concisa y hechos verificables. Ella consideró que había hecho precisamente eso, después de leerlo una vez más, esta vez en voz alta.

Cuando terminó, creó una nueva cuenta de correo electrónico seguro y envió el artículo a todos los contactos de los medios de comunicación locales que pudo encontrar. Luego se fue a la cama, contenta de que hubiera terminado el fin de semana.

En la fresca y sombría mañana del lunes, Andi esperaba a una distancia segura de la casa de Craig, ansiosa por verlo salir para ir al trabajo. Había consultado los titulares durante el fin de semana; no decían ni una palabra sobre Craig o sobre ella. La aplicación del

vecindario no mencionaba su desaparición, lo que significaba que Craig aún no se había atrevido a denunciarla.

Se estremeció cuando la puerta del garaje se abrió a lo lejos y se deslizó hacia abajo en el asiento de la camioneta de su padre. Llevaba unas gafas de sol grandes y una gorra, y aun así temía que la reconocieran a más de cien metros de distancia. Pero el Mercedes-Benz negro giró a la izquierda y desapareció a la hora habitual, poco después de las nueve.

Esperó unos minutos más, solo para asegurarse de que no volvía, y luego caminó hacia la casa. Se coló en el jardín después de comprobar que nadie la hubiera visto. No había tráfico en la calle sin salida y los altos setos ofrecían cierta protección.

La llave que tenía en la mano abría tanto la puerta delantera como la trasera, un toque de genialidad del constructor. Ella optó por la puerta trasera y la abrió con facilidad, luego entró a la casa y cerró la puerta en silencio tras de sí.

La casa le parecía extraña, ajena, como si no hubiera sido suya durante dos meses. Como si nunca hubiera vivido allí. Sin embargo, eso no la sorprendió. Aunque había elegido las alfombras y un par de muebles, la casa era toda de Craig. Olía a él, a su colonia. Su presencia llenaba el aire, helándola hasta los huesos.

—Venga, vamos a hacer esto —susurró mientras se ponía un par de guantes en las manos, ansiosa por terminar con la visita.

La primera parada fue el armario de la cocina que había debajo del fregadero. Lo abrió de par en par y sacó el cubo de la basura tras fijarse en su posición y en cómo estaba orientado. La botella con la mezcla de ácido cítrico había desaparecido, tal y como ella había previsto. Por supuesto, Craig se había deshecho de ella para no dejar pruebas.

Entró al garaje, donde le dedicó a su Beetle abandonado una mirada triste, luego abrió la puerta del sistema de climatización y recuperó la botella de veneno, manipulándola cuidadosamente con dos dedos para no comprometer las huellas dactilares de Craig. Después la colocó debajo del fregadero, en el armario, donde la había encontrado el miércoles por la noche. Tras eso dejó el cubo de basura tal como lo había encontrado. El día de la recogida de basuras era el jueves; Craig no tenía ningún motivo para mirar detrás de ese cubo hasta el miércoles por la noche.

Luego encontró su antiguo teléfono en el dormitorio, sobre la

cómoda, enchufado a la pared, justo como lo había dejado. Copió varios números importantes en su teléfono desechable, luego lo bloqueó y lo volvió a dejar en la cómoda.

El baño fue lo siguiente. Encontró su cepillo de pelo en la encimera y lo limpió de pelos, que tiró al retrete antes de accionar la cisterna. Después se cepilló el cabello durante unos momentos, evitando el lado izquierdo, hasta que algunos mechones nuevos se adhirieron a él. Se desprendieron con bastante facilidad; probablemente la caída del cabello era un efecto secundario del envenenamiento.

Al salir del baño, se quedó helada. Había alguien en la puerta. ¿Era Craig?

Contuvo la respiración, preguntándose dónde podría esconderse. Había espacio suficiente dentro del vestidor, detrás de los vestidos, en la esquina más alejada, tras la maleta grande. Conteniendo la respiración, escuchó. La persona llamó al timbre y luego dejó caer algo sobre el felpudo. Un momento después, se cerró de golpe la puerta de una camioneta y el rugido de un motor se alejó en la distancia.

Debía tratarse de un mensajero.

Respiró hondo, calmó sus manos temblorosas y empezó a buscar el collar. Era la última prueba que necesitaba. Casi treinta minutos después, ella seguía buscándolo, abriendo cajones y metiendo la mano en los bolsillos de Craig. ¿Dónde diablos estaba?

Se detuvo en medio del dormitorio, preguntándose dónde lo habría guardado. Había tirado el veneno para borrar sus huellas. ¿Habría metido el colgante entre sus cosas, ya que todo el mundo sabía que era ella quien lo llevaba?

Sonrió y abrió el cajón donde guardaba sus joyas. Estaba allí, con la cadena perfectamente enrollada bajo el colgante y el cierre roto.

Ya podía irse.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿En qué momento se dio cuenta de que había sido víctima de una estafa?

TRUMAN HASKETT: Cuando vi a mi agente inmobiliario, el acusado, cenando con el comprador, Jude Drennon, en un asador del centro. Parecían muy amigos. Mucho más cercanos de lo que Craig Brafford había revelado durante la venta a la baja de mi propiedad.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Tomó alguna medida?

TRUMAN HASKETT: Nadie me obligó a vender, aunque no fue una transacción totalmente transparente. No creo que pueda hacer mucho en este momento. Sin embargo, un abogado puede que opine de otro modo.

47

ANÓNIMO

La comisaría apestaba a comida mexicana, aunque aún no eran ni las once. Alguien había calentado algo grasiento y apetitoso en el microondas, y ahora todos tenían que convivir con el olor durante el resto del día. Hacía frío fuera y no tenían ninguna intención de encender el aire acondicionado para despejar el ambiente.

Ese alguien era su compañero.

Sintiendo hambre, la detective Otwell golpeó con las manos el expediente que había abierto delante de ella. No iba a merodear por la cocina a las once de la mañana solo porque tenía antojo de comida mexicana. No. Iba a comportarse como una adulta al respecto. Bebería más café, diría palabrotas entre dientes y se tomaría uno o dos caramelos de menta. De lo contrario, pronto estaría tan gorda como Alonzo, el detective de ciento treinta y seis kilos que estaba engullendo una quesadilla cubierta de un apetitoso guacamole mientras leía las noticias en su ordenador de sobremesa.

—Vaya, gracias, Alonzo —comentó Otwell, incapaz de contenerse —. Ahora me gruñe el estómago.

—¿Quieres un poco? —le ofreció Alonzo, hablando con la boca llena.

—Ni de coña. —No tenía claro si la comida le apetecía o le repugnaba—. Pero gracias. La próxima vez, por favor, espérate a que salga del edificio.

Un par de agentes uniformados se rieron detrás de sus pantallas.

—Callaos los dos —ordenó Alonzo, y las risas se intensificaron en vez de amainar.

Masticó en silencio durante un rato mientras Otwell revisaba el

expediente por enésima vez desde que el caso se había cerrado oficialmente. Había algo en Nikki Edwards que no le cuadraba a Otwell, aunque era más una corazonada que una prueba contundente o una pista que pudiera seguir. Una chica de veinticinco años de una familia de clase media-alta, con un apartamento ordenado, un buen trabajo y un coche decente no sufre una sobredosis así por las buenas. ¿Y dónde estaba el novio o el hombre que la había dejado embarazada? No aparecía en ninguna de sus redes sociales, y ella había perdido decenas de horas de su tiempo personal rebuscando en interminables cadenas de basura digital en busca de la más mínima referencia a un nombre, a una pista o a cualquier cosa. El ADN fetal no había arrojado ningún resultado al meterlo en el CODIS. No tenía nada. Incluso el forense había dictaminado que había sido una sobredosis accidental. No había signos de lucha, la entrada no estaba forzada y en la jeringuilla solo estaban sus huellas. Unos testigos la ubicaron comprándole droga a un vendedor de poca monta.

No tenía nada, pero era una clase especial de nada.

Según la experiencia de Otwell, ese conjunto particular de circunstancias ocurría si la víctima había sido violada. Eso habría explicado la repentina caída de la chica en el mundo de los opiáceos, abandonando una buena vida por momentos fugaces de olvido. Sin Nikki, nunca podría atrapar al hijo de puta que había arruinado la vida de esa joven.

Aun así, no cerró el expediente. En lugar de eso, pasó otra página y releyó despacio las conclusiones del forense, preguntándose qué se le habría pasado por alto.

—Joder... Ven a leer esto, Otwell —dijo Alonzo, riendo a carcajadas mientras señalaba la pantalla—. ¿Cómo puede ser alguien tan estúpido? Lo único que tenemos que hacer es aparecer y ponerle las esposas a este patético hijo de puta.

Intrigada, se levantó de su desgastada silla, se acercó al escritorio de Alonzo y se inclinó para leer la pantalla. Era un artículo publicado esa mañana en *The Morning Journal,* un periódico digital e impreso de Houston. Alonzo señaló el titular, riéndose tan fuerte que su abdomen se estremecía.

—No me lo puedo creer.

Al principio ella lo leyó por encima, pero algo le llamó la atención y volvió a leerlo, palabra por palabra.

Marido mancha la reputación de su mujer, comprometiendo su capacidad para conseguir trabajo

En esta versión moderna del cuento de la esposa encerrada en el castillo, Craig Brafford, de veintinueve años, residente de Brookhaven, ha recurrido a la mentira y al engaño para frustrar los esfuerzos de su mujer, Andrea, por conseguir un trabajo. Haciéndose pasar por una agente de la ley, hizo innumerables llamadas a los posibles empleadores de su mujer, difundiendo mentiras y poniendo sobre aviso a los Departamentos de Recursos Humanos de que era una fugitiva buscada. O una contrabandista de especies raras y exóticas. O una sospechosa de fraude con tarjetas de crédito.

Nuestra publicación ha investigado varias de esas llamadas y ha establecido, más allá de toda duda, que las realizó Brafford; algunas desde su teléfono móvil, otras desde el teléfono fijo de su oficina. Fuentes que prefieren permanecer en el anonimato han proporcionado la información necesaria para reconstruir este desconcertante rompecabezas. En cuanto a la razón por la que Brafford decidió actuar así, solo podemos especular. No ha sido posible contactar con el señor Brafford para que hiciera algún comentario.

—Conozco a estas personas —murmuró Otwell, mientras Alonzo y un agente uniformado, atraídos por las carcajadas del detective, seguían comentando el artículo en voz alta. Las palabras de Otwell los silenciaron.

—¿De qué los conoces? —preguntó Alonzo.

—Comprueba una cosa, por favor. Averigua si la antigua casa de Brafford estaba en el edificio de Nikki Edwards. Creo que conocí a esa mujer, a su esposa.

Los dedos regordetes de Alonzo bailaban sobre el teclado, escribiendo con rapidez.

—Sí, has dado en el clavo. Tú y tu expediente de Nikki Edwards. Das miedo. —Tomó otro mordisco de quesadilla—. En cuanto me termine esto, vamos a por ese bastardo. Después de todo, se hizo pasar por un agente de la ley, ¿no?

El otro policía se rio.

—Claro que sí.

Otwell ya estaba de vuelta en su escritorio cuando un pitido la avisó de un nuevo correo electrónico. No reconoció al remitente; aparecía como una serie de números. Cuando lo abrió y pulsó la dirección, era una cuenta de ProtonMail, completamente ilocalizable. El servidor no solo estaba alojado en Suiza, donde las autoridades estadounidenses no tenían jurisdicción, sino que también era mundialmente famoso por su cifrado y seguridad. Era el tipo de cuenta de correo electrónico desde la que la gente enviaba pistas anónimas a la policía y a los medios de comunicación.

La línea de asunto del correo electrónico le atravesó las entrañas como un puñal. Leyó el mensaje con la boca abierta y la mano derecha tapándosela.

¿Ha visto a Andrea Wilmore Brafford?

Quizá quiera investigar el paradero de Andrea Wilmore Brafford. Fue vista por última vez el jueves siete de octubre. Si su marido la tiene encerrada en casa, no es con su consentimiento. Está embarazada y necesita atención médica.

El mensaje de correo electrónico no estaba firmado.

—Eh, compañero —llamó Otwell, haciendo señas a Alonzo—. Tenemos que irnos ya. Olvida esa quesadilla. Esto se está poniendo serio. —Se giró hacia el agente uniformado—. Necesito que me pidas varias órdenes: una de arresto para ese tipo, Craig Brafford, y otras de registro para su casa, su coche y su oficina. Quiero poder registrarlo todo. Después localiza su teléfono y hazme saber dónde está.

Abrió el cajón, cogió su arma reglamentaria, comprobó el cargador y la enfundó, con la imagen de Andrea Wilmore Brafford aún fresca en la mente. Su felicidad, su brillo de recién casada, su ingenuidad juvenil y confiada. La forma en que había reaccionado cuando Otwell le entregó la carta que había encontrado en el suelo del descansillo, con la cara como un libro abierto y el corazón en un puño. La voz de su marido, haciendo llamadas en la otra habitación. Pilas de cajas, listas para la mudanza prevista para el día siguiente. Una vida que acaba de empezar, con sus altibajos.

¿Qué tenía Andrea Wilmore Brafford que había grabado su recuerdo en la mente de la detective Otwell?

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Cuál era su percepción sobre la solvencia de Craig?

JUDE DRENNON: No tenía ni idea de que Craig estuviera arruinado. De haberlo sabido, habría pagado su fianza y le habría conseguido un abogado mejor.

48

DETENIDO

Craig había pasado toda la mañana en el campo de golf, en el Wildcat Golf Club, con Bill Parsons. Era un hombre importante en el mundo de la distribución del petróleo y había asistido a sus fiestas un par de veces. Sin embargo, hasta ese día, Parsons había permanecido ilocalizable siempre que Craig había intentado llamarlo para hablar de negocios.

Hasta esa mañana.

Parsons lo había llamado a siete de la mañana, cuando Craig todavía estaba dormido, para invitarlo a jugar al golf. Se vistió a toda prisa, cogió sus palos y salió corriendo hacia el club, donde llegó a las ocho.

Parsons, como toda la gente con dinero, se tomó su tiempo. Primero quería desayunar y tomar café. Hablaba sin cesar sobre la producción de petróleo, la manipulación de precios, la distribución y el papel de las criptomonedas en la creciente amenaza de los ataques de *ransomware* contra las empresas de oleoductos. El hombre estaba enamorado de su voz y podía hablar eternamente, aunque nada de lo que decía tenía verdadero interés para Craig.

Para empeorar las cosas, durante toda la mañana, el teléfono de Craig había estado sonando con llamadas perdidas, mensajes de voz y mensajes de texto como si el mundo no pudiera girar sin él. Después de unos cuantos pitidos y un par de ceños fruncidos en el rostro engreído de Parsons, puso el teléfono en modo silencio, pero aún sentía las vibraciones en el bolsillo cada pocos minutos.

¿Qué demonios estaba pasando?

No podía librarse de Parsons ni un momento para averiguarlo, y

eso lo estaba volviendo loco. Cuando por fin el tipo apoyó las manos en los muslos y dijo: «Hora de ir al baño», fue una invitación, no un anuncio. Parsons no se dirigió hacia el edificio hasta que Craig lo siguió, dejando los palos con el *caddie* junto al hoyo once. Mientras estaban en el baño, no paraba de hablar, incluso en el urinario, cuando le preguntó a Craig:

—¿Sabes por qué juego al golf en un club de golf público en lugar de en uno privado? Por la gente —respondió enseguida, sin esperar la respuesta de Craig—. Me gusta ver caras nuevas y estudiarlas.

Luego quiso comer mientras el *caddie* se sentaba bajo un árbol, protegido del sol. La penumbra del lunes se había desvanecido, dejando atrás un cielo azul despejado y vientos del norte que traían un aire fresco. No fue hasta el hoyo dieciocho cuando por fin dejó de hablar un momento y dijo:

—Tengo una mansión en Galveston y me gustaría que la vendieras. Vale unos siete millones, quizá más. Después, a mi mujer y a mí nos gustaría que nos buscaras otra, en algún lugar donde las playas sean más bonitas y el mar sea azul y claro, no turbio como aquí. Quizá en Tampa o en Naples. A cualquiera de los dos sitios hay que ir en avión, así que no me importa si la casa está en una ciudad o en la otra.

—Por supuesto —respondió Craig, sonriendo. Estaba empezando a suceder. Su plan, cuidadosamente trazado, comenzaba a dar sus frutos. Aterrado ante la idea de pasar medio día más escuchando hablar a Parsons, le dijo—: Señor Parsons, si quiere firmar ya, tengo los papeles en mi coche.

—Llámame Bill —replicó él, mirándolo fijamente como si quisiera advertirle de que su amistad venía con condiciones.

Media hora más tarde, estaban firmando el contrato sobre el capó de su Mercedes cuando se acercaron dos coches de policía sin distintivos con las luces intermitentes rojas y azules encendidas. Las tripas de Craig se retorcieron en un nudo, pero luego se relajaron. No podían estar allí por él. Entonces recordó las innumerables llamadas perdidas y se quedó helado.

—¿Craig Brafford? —preguntó una mujer mostrando su placa. Era una rubia alta, vestida con unos pantalones de poliéster marrones baratos y una camisa azul de algodón. Algunas mujeres se esforzaban mucho por tener un aspecto horrible. No tenía ni una pizca de estilo.

—Sí —respondió sonriendo—. ¿En qué puedo ayudarlos?

Ella no le devolvió la sonrisa. En lugar de eso, tiró del brazo de Craig, le dio la vuelta y le puso la anilla de unas esposas en una muñeca. El contacto del metal frío lo sobresaltó. Intentó apartarse, pero los dedos de ella eran como garras de acero clavándose en su carne, implacables.

—Queda detenido por hacerse pasar por un agente de la ley. Tiene derecho a guardar silencio.

—¿Qué? —Craig intentó girarse para mirarla, pero ella lo empujó contra el capó de su coche, le cogió la otra muñeca y cerró la anilla alrededor de ella—. ¿De qué está hablando?

—Todo lo que diga puede y será usado en su contra ante un tribunal...

Pero Craig ya no estaba escuchando. Miraba a Parsons mientras este sacaba el contrato que acababa de firmar del maletín abierto de Craig y lo hacía pedazos.

—Menuda pérdida de tiempo —dijo, mirando tranquilamente a Craig a los ojos con decepción mientras lanzaba los trozos de papel al aire. Luego se puso al volante de su Maybach y se marchó.

—Deberíamos multarlo por ensuciar la vía pública —comentó Alonzo.

—Con este pedazo de mierda tenemos suficiente por hoy —respondió Otwell. Luego, cogiendo a Craig del brazo, le dio la vuelta y lo miró directamente a los ojos—. ¿Dónde está su mujer, señor Brafford? —Lo cacheó, le registró los bolsillos y le quitó el teléfono.

Craig se quedó helado. Su mente comenzó a dar vueltas, repasando escenarios. ¿Habían encontrado el cuerpo en el vertedero? Tal vez no la había enterrado lo bastante profundo. No... Si hubiera aparecido, lo habrían acusado de asesinato, no de esa mierda de suplantación. Decidió mantener la calma y guardar silencio, a ver qué pasaba. Puede que tuviera que contratar a ese abogado que había encontrado, solo para estar seguro.

Parecía como si no le estuviera pasando a él. La detención, las esposas, el viaje en el coche de policía... Su mente estaba obsesionada con el rostro de Parsons y con la idea de que ese hijo de puta engreído llamaría todos sus amigos, incluido Donati, para contarles la noticia de su arresto. Estaba acabado. La gente rara vez se recuperaba de algo así; a no ser que fueran Martha Stewart o Lindsay Lohan.

Horas después, encadenado a una mesa de acero inoxidable

desvencijada y sucia dentro de una pequeña habitación gris, seguía esperando a que alguien hablara con él; que lo interrogaran. Cuando por fin se abrió la puerta y entró la policía alta y rubia de antes, suspiró aliviado.

—Por fin —dijo—. Vamos a aclarar esto, porque es solo un gran malentendido.

—Ah, ¿sí? —La policía sacó una silla de debajo de la mesa, y las patas rechinaron en el suelo irregular. Después, tiró una pequeña bolsa de pruebas sobre la mesa, con su teléfono dentro—. Debería haber contestado a sus llamadas, señor Brafford. —A través del plástico, tocó la pantalla y esta se iluminó—. Diecisiete llamadas perdidas. Veintitrés mensajes nuevos. Casi cincuenta correos electrónicos sin leer.

—Soy un hombre muy ocupado —respondió él con calma—. ¿Puedo irme ya, por favor?

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No irá a ninguna parte hasta dentro de tres o cinco años, señor Brafford, y eso solo para empezar. —Deslizó el teléfono por la mesa en dirección a él—. Mucha gente ha estado intentando ponerse en contacto con usted para avisarle. Los periódicos querían una declaración suya.

—¿Los periódicos? ¿Una declaración sobre qué? —Nada tenía sentido, parecía que estaba en una de esas pesadillas surrealistas que a veces tenía.

—¿Dónde está su mujer, señor Brafford?

—N... No lo sé —dijo, tal y como había ensayado en su mente innumerables veces—. Se enfadó conmigo porque me fui a un congreso a Miami. Cuando llegué a casa, no estaba. Supuse que se habría marchado a la casa de su padre. Él está en el hospital y tendría la casa para ella sola.

—No está en casa de su padre. Lo hemos comprobado.

¿Cuándo habían ido a la casa de Wilmore? Iban un paso por delante de él, y se suponía que no debía ser así. Se suponía que él debía ser la víctima, el pobre desgraciado cuya mujer había desaparecido.

—¿Ha ocurrido antes, señor Brafford?

—¿A qué se refiere?

—¿Su mujer ha desaparecido así antes, durante días, sin decir una palabra? —Se produjo un silencio. No sabía qué decir. Era una

pregunta trampa—. ¿Dejando su coche y su teléfono? ¿Ha ocurrido antes, señor Brafford?

Era increíble. Lo llamaba señor Brafford y le hablaba de usted, pero quería encerrarlo y tirar la llave.

—No —acabó diciendo. Era mejor no mentir al respecto cuando innumerables testigos podrían declarar lo contrario—. Es la primera vez.

—Usted no denunció su desaparición. ¿No le preocupaba que le pudiera haber pasado algo?

—Por supuesto que estaba preocupado, todavía lo estoy. Pero recapacitará y volverá a casa. Solo necesita tiempo para calmarse.

—¿Por qué? ¿Qué ocurrió?

No iba a decírselo.

—Puede que no lo sepa, señor Brafford, pero conocí a su mujer cuando usted y ella estaban a punto de mudarse a la casa nueva. Hablé con ella sobre una chica de su edificio que murió por una sobredosis.

—Ah, usted es esa policía —dijo él—. Andi me dijo que le hizo algunas preguntas. Me enseñó su tarjeta, pero había olvidado su nombre. Lo siento.

Otwell lo fulminó con la mirada.

—Hace dos meses, su mujer era muy feliz, señor Brafford. ¿Qué ha pasado desde entonces para que necesite un tiempo de reflexión lejos de usted?

Craig se encogió de hombros. Tal vez era mejor permanecer en silencio después de todo.

—Quiero que venga un abogado, si no es mucho pedir. Conozco a uno, se llama Lamar Goodridge. —Había hecho los deberes, específicamente para un escenario como ese. Aún no conocía a Goodridge, pero esperaba que no lo rechazara en su momento de mayor necesidad.

—Claro —respondió ella, poniéndose de pie. Justo en ese momento, se abrió la puerta y entró el otro policía, llevando un montón de bolsas de pruebas en una caja—. ¿Qué tienes para mí? —preguntó Otwell a su colega.

Craig contuvo la respiración.

—Han encontrado esto debajo del fregadero —dijo el hombre, levantando una bolsa de plástico sellada con la botella de raticida en su interior.

«¿Qué demonios…?». No podía estar pasando eso. No estaba loco. Sabía perfectamente lo que había hecho. La había vaciado en el fregadero y luego había cogido la botella vacía y la había tirado a un contenedor cercano a una obra al otro lado de la ciudad.

—¿Veneno para ratas? ¿En Brookhaven? Qué interesante, ¿verdad? —dijo Otwell.

—Ya lo creo —respondió el otro policía, visiblemente entretenido —. Y, además, tiene las huellas de Brafford. Qué inteligente…

Los dos se rieron a su costa.

Craig golpeó la mesa con los puños encadenados.

—No. Esto no puede ser verdad. No puede estar pasando… En serio, esto no puede ser real. No puede ser… —Su voz sonaba estrangulada, aguda, teñida de desesperación. Estaba perdiendo la cabeza.

—Tenemos el cepillo del pelo de su mujer. Hay cabellos en él. ¿Qué quieres que haga con él? —preguntó el policía mientras levantaba en el aire la bolsa que contenía el cepillo de Andi y la agitaba delante de Otwell. Actuaban como si no lo hubieran oído.

—Llévalo a la oficina del forense —respondió Otwell.

—¿Me están escuchando? —gritó Craig—. Les estoy diciendo que esta mierda no es real. No puede serlo.

Otwell se giró hacia él, frunciendo el ceño.

—¿Renuncia a su derecho a un abogado, señor Brafford?

Sorprendido, Craig vaciló.

—No.

—Entonces, no podemos hablar con usted. Lo siento. —Sonriendo perversamente, se volvió hacia su compañero—. ¿Algo más?

—Sí, algo muy gordo. La cortina de la ducha estaba arrancada. Han hecho una prueba con luminol en la cocina y el suelo se ha iluminado como un árbol de Navidad. Y una silla también. Creo que él la mató.

—¿Y la dejó en algún sitio?

—Están revisando el GPS de su coche mientras hablamos. —El policía con sobrepeso se frotó la barriga, como si acabara de pegarse un atracón, y se lamió los labios—. ¿Lo acusamos de asesinato?

—Intentemos encontrar el cuerpo primero —respondió Otwell. Sus ojos se habían oscurecido y estaban llenos de furia—. Al fiscal le gustan los casos bien cerrados.

—Entendido —respondió el detective. Luego cogió la caja de

pruebas y se marchó, dejando a Otwell sola en la sala con Craig.

Ella esperó a que la puerta se cerrara y se inclinó sobre la mesa hasta que él pudo sentir su aliento en la cara.

—Si ha matado a su hermosa y joven mujer, señor Brafford, le juro por Dios que lo meteré en un agujero tan profundo que no volverá a ver la luz del día. Deseará estar muerto cada hora de cada día. —Luego se levantó y agarró el picaporte de la puerta, dispuesta a marcharse.

—Por favor, no lo entiende. Yo no he matado a mi mujer, lo juro. Ella ya no estaba cuando regresé del congreso. Pregunte a la aerolínea, nos retuvieron en la pista hasta las diez o así. Cuando llegué, ya se había ido. Por favor, tiene que creerme.

—Para que conste, señor Brafford, no puedo hablar con usted sin la presencia de su abogado. Lo ha solicitado usted. Por favor, guarde silencio. Volveré cuando logremos localizarlo.

El sonido de la puerta al cerrarse reverberó en su mente durante interminables instantes. ¿Había soñado que se deshacía de la botella? Lo recordaba con claridad, o al menos eso creía. La había estrellado contra el contenedor y se había roto en mil pedazos. ¿O es que se estaba volviendo loco?

Era una pesadilla de la que no se podía despertar.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: Por favor, diga su nombre y cargo para que conste en acta.

ARTHUR FLANAGAN: Arthur Flanagan. Soy un abogado patrimonial en Houston.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: Prueba número catorce, señoría. Señor Flanagan, ¿reconoce este sobre?

ARTHUR FLANAGAN: Sí.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: Por favor, dígale al tribunal cómo llegó a su poder este sobre.

ARTHUR FLANAGAN: El sobre y su contenido, sellado, me fue enviado por Andrea Wilmore Brafford, con la petición de que, en caso de su muerte, se lo entregara en mano a su marido, Craig Brafford. Su solicitud incluía un formulario de autorización de cargos

a su tarjeta de crédito para cobrar nuestros honorarios, tal y como nuestra oficina le había indicado previamente que procediera.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Cuándo recibió el sobre y las instrucciones?

ARTHUR FLANAGAN: Lo recibí el viernes ocho de octubre. El sobre llevaba un matasellos del cuatro de octubre. Un lunes.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: ¿Entregó el sobre como se le pedía?

ARTHUR FLANAGAN: Sí, lo hice, tan pronto como supe por los medios de comunicación que mi cliente había fallecido y que su marido había sido acusado de su asesinato y estaba en prisión preventiva. Localicé al señor Brafford y le entregué el sobre al día siguiente.

BUSCHER, FISCAL DEL DISTRITO: No hay más preguntas para este testigo, señoría.

ACTUALMENTE

49

ESTRATEGIA

Las mañanas empezaban temprano en la cárcel. A las seis, los reclusos salían de su intranquilo sueño sobresaltados por un fuerte zumbido, que Craig había aprendido a odiar desde su primer día en la penitenciaría Houston Southeast Jail.

No tenía que estar en el juzgado hasta las diez. Era el tercer día de su juicio por asesinato. Con cada prueba presentada, cada testimonio de cada testigo y cada argumento legal esgrimido por el sanguinario fiscal del distrito Isaac Buscher, sentía que la soga que tenía alrededor del cuello se tensaba cada vez más.

Haber perdido todo control sobre su existencia lo estaba volviendo loco cada minuto de su vida entre rejas. No era algo que Craig fuera capaz de aceptar, ni siquiera cuando las circunstancias lo exigían. Cada vez con más frecuencia deseaba estar muerto, pero se aferraba a la esperanza de que pronto sería puesto en libertad por el jurado.

Esa esperanza se había desintegrado la noche anterior, cuando había leído la carta de Andi y había tocado la piedra central del colgante azul.

De algún modo, ella había sobrevivido. Después de todo, no la había matado. Luchando por comprender cómo era posible, revivió cada momento de aquella noche de jueves, reproduciéndolo a cámara lenta dentro de su cabeza con el propósito de averiguar en qué se había equivocado. Debió ser su maldito miedo a la sangre lo que le jugó una mala pasada. No pudo comprobar si estaba muerta. Tal vez ella aún tenía pulso, pero, en su estado elevado de fobia, él no lo percibió. Tan solo lo dio por hecho.

Era el destino, burlándose de él antes de acabar con su vida, riéndose mientras él agonizaba en una fría celda de la cárcel.

Y ahora Andi estaba jugando al gato y al ratón con su vida. Había arrancado el colgante del cuello de Andi antes de tirar su cuerpo al vertedero. Sin embargo, le había llegado en una carta supuestamente enviada por Andi a ese abogado cuando ella aún estaba viva. ¿Cómo demonios lo había conseguido?

¿Se estaba volviendo loco? ¿Algo de todo aquello era real?

Si dijera la verdad, se incriminaría de asesinato y, al mismo tiempo, arrojaría suficientes dudas razonables sobre la validez de la acusación de homicidio como para esperar un... ¿Qué exactamente? No iban a darle una palmadita en el hombro, desearle que tuviera una buena vida y dejarlo libre. No. Reducirían los cargos a intento de asesinato y lo declararían culpable. Eso era menos tiempo entre rejas, pero no aguantaría ni un mes más. No podía.

No había forma de que pudiera irse de rositas. La mano vengativa que estaba poniendo la soga alrededor de su cuello era hábil, astuta y malvada. Le destrozaba no saber con certeza si era Andi después de todo. ¿Seguía viva?

Si no era ella, ¿quién podría odiarlo tanto? ¿Quién podía saber con tanto detalle lo que había ocurrido, aparte de la propia Andi? Pero había enterrado su cuerpo con sus propias manos en ese vertedero. Andi había sangrado en el suelo de la cocina, tanto que la alfombra se había empapado. No se imaginaba cosas; solo pensar en toda esa sangre le daba náuseas y lo hacía sentir débil.

Sentado en el borde de su litera, con la cabeza entre las manos, no se dio cuenta de que Chávez se acercaba.

—Las manos, siete-uno-nueve —dijo, sobresaltando a Craig—. Tu abogado ha vuelto.

Mientras metía las manos a través de la abertura y se preparaba para el frío metal de las esposas que se cerrarían sobre sus muñecas, Craig pensó en preguntar cuál era el abogado que había regresado. Aunque, de todos modos, iba a averiguarlo dentro de un momento.

Chávez abrió la celda y lo agarró del brazo para guiarlo por el pasillo.

—¿Vas a tener otro ataque como el de ayer?

—No —respondió Craig rápidamente—. Siento mucho lo de anoche. No me esperaba tener noticias de mi mujer después de... —tartamudeó, sin saber cuánto daño se estaba haciendo a sí mismo

con cada palabra—, después de que se hubiera ido. Desapareció sin más —añadió, probando lo que en su mente parecía una posible nueva línea de defensa—. No han encontrado su cuerpo. No hay autopsia ni nada, pero aun así me han acusado de su asesinato. Ella me ha tendido una trampa. Estoy seguro.

Chávez se encogió de hombros al abrir la puerta de una pequeña sala de entrevistas que apestaba a lejía y a orina.

—Lo siento, siete-uno-nueve, yo no puedo hacer nada por ti. La vida no es justa.

Lamar Goodridge estaba sentado en la pequeña mesa de acero inoxidable, vestido para el juicio con un traje color carbón, camisa blanca y corbata gris. Tenía los labios apretados en una fina línea, las manos entrelazadas delante de él y una mirada muy intensa. Craig le hizo un gesto con la cabeza y tomó asiento frente a él en la pequeña mesa abollada mientras Chávez se colocaba cerca de la puerta y se apoyaba en la pared.

—No me agrada tener que venir a toda prisa aquí a esta hora infernal en un día de juicio —siseó— porque mi cliente consideró necesario montar un numerito por una carta estúpida. —Tomó aire con fuerza—. ¿Qué dice esa carta?

—¿No se la han dado?

—Todavía no. El fiscal me dará una copia hoy, probablemente después del juicio, pero no me gustan las sorpresas.

Craig miró de reojo, preguntándose cuánto debía decir. A Goodridge no le había interesado saber si era culpable o no. La estúpida carta complicaba las cosas más de lo que quería admitir.

—Estoy esperando —dijo Goodridge, moviendo el pie con impaciencia; la suela de su zapato golpeaba el suelo con un sonido rítmico y desconcertante.

—Es... una carta de mi mujer. Se la envió a un abogado patrimonial para que me la entregara si moría.

—Fabuloso —espetó Goodridge, rechinando los dientes—. ¿Qué dice?

—Básicamente, algo parecido a «La chica que mataste te está mirando desde el paraíso con una copa en la mano», o una cursilería parecida. Y también que yo era el amor de su vida.

La mandíbula de Goodridge se aflojó un poco. Sus cejas se fruncieron, arrugando su frente.

—Creo que ha llegado el momento de hacerle esta pregunta, y le

aconsejo que diga la verdad. Por su bien. —Craig asintió—. ¿Mató a su esposa, señor Brafford?

No se esperaba esa pregunta. Aún no estaba preparado para contestarla.

—Pensé que no le importaba nada de eso. Usted dijo que creía que todos los clientes merecen la mejor defensa que su dinero pueda comprar.

—Eso fue antes de que empezara a preguntarme si soy el mejor abogado para su caso. Me estoy cansando de bailar a su son, señor Brafford. Me parece que no puede decir la verdad bajo ninguna circunstancia, y eso lo convierte en un lastre. —Lo fulminó con la mirada por encima de la mesita hasta que Craig bajó la vista—. Cada vez que mueve los labios me miente, señor Brafford, Y no me está pagando lo suficiente como para perder un caso.

—¿Qué está diciendo? —La garganta de Craig se secó al instante. Lo intentó, pero no pudo tragar. Si Goodridge lo abandonaba, estaba prácticamente condenado a pasar el resto de su vida entre rejas. No le quedaba dinero para contratar a un abogado decente. Moriría en la cárcel por culpa de un abogado de oficio incompetente.

—Digo que me está mintiendo, y esa fue una de mis condiciones para aceptar su caso, señor Brafford. Aunque no tuvo la decencia de ir a verme antes de convocarme aquí como su abogado, acepté representarlo. Aunque tengo razones para creer que es insolvente, estoy aquí. Y, aun así, me miente.

—No lo haré más —soltó Craig, suplicante, con la respiración agitada bajo la amenaza de las lágrimas—. Se lo juro. Pregunte lo que quiera, solo le diré la verdad.

Goodridge se recostó en su silla y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Mató a su mujer?

—No, no lo hice —contestó Craig, creyéndoselo cada vez más. Era el único escenario que tenía sentido. Si no, habrían encontrado su cuerpo.

—¿Y no me está mintiendo?

—No, lo juro. —Sostuvo la mirada de Goodridge hasta que el abogado se relajó un poco. La tensión de sus hombros había disminuido cuando posó las manos sobre la mesa—. Pero estamos perdiendo. Puedo sentirlo. Siento la soga apretándose alrededor de mi cuello.

—No estamos perdiendo. Todo lo que tienen es circunstancial. Me

sorprende que presentaran cargos sin tener un cadáver. ¿Sabe que la Fiscalía rara vez gana un juicio por asesinato en ausencia del cuerpo de la víctima? Eso casi nunca ocurre.

—Pues no lo parece desde donde yo estoy sentado —dijo Craig, bajando la cabeza y mirando el suelo de hormigón rayado y manchado durante un largo momento.

—En uno o dos días, le ofrecerán un trato, y entonces sabremos lo convencidos que están de la solidez de su caso. Dele tiempo, señor Brafford. El embarazo de su mujer y esa prueba de veneno en su pelo son difíciles de desmontar.

—Súbame al estrado —pidió Craig, con la emoción corriendo por sus venas al ver la oportunidad de poder aclararlo todo.

—Cuando le ofrezcan ese trato, y después de que yo lo negocie hasta rebajar la condena el máximo posible, le sugiero que acepte, señor Brafford —respondió Goodridge como si no hubiera escuchado ni una sola palabra de lo que Craig había dicho.

—No, no puedo cumplir una condena —dijo; la desesperación impregnaba su voz—. No puedo. Me moriré. Tengo que arriesgarme con un veredicto si eso significa que tengo la más mínima oportunidad de salir de aquí como un hombre libre. —Se inclinó hacia delante sobre la mesa e intentó alcanzar la mano de Goodridge, pero este la retiró—. Súbame al estrado. Puedo explicar muchas cosas, incluso lo que dice esa carta.

—¿Qué más dice la maldita carta?

—Solo referencias al paraíso y cómo me observa desde allí. Menciona nuestra vida juntos, cómo nos enamoramos..., ese tipo de cosas.

—Pero también dice algo así como «la chica que mataste», ¿no? ¿Así es como se refiere a sí misma en esa carta?

Craig bajó la cabeza y tragó saliva con dificultad.

—Sí.

—¿La estaba envenenando, señor Brafford?

Se produjo un segundo de silencio.

—Sí.

Goodridge volvió a cruzarse de brazos.

—Debería aceptar cualquier trato que le ofrezcan. Esa carta podría ser muy perjudicial. La gente tiende a escuchar las voces que hablan desde la tumba, y las pruebas forenses muestran que llevaba un tiempo intentando envenenarla. Tienen pruebas de que usted

estuvo en el vertedero tirando una alfombra ensangrentada, por el amor de Dios. —Frunció el ceño y bajó la cabeza sin romper el contacto visual con Craig—. Me parece un hombre inteligente, señor Brafford. ¿Por qué no le disparó o algo así? —preguntó en un susurro —. ¿Por qué el estúpido veneno para ratas? Es lento y deja rastro.

Craig apretó los labios durante un instante.

—Tengo hematofobia. Si veo cualquier cantidad de sangre, me desmayo.

—¿Está de broma? —espetó, alzando los brazos por un breve momento.

—Ojalá —sonrió Craig con amargura—. Súbame al estrado, señor Goodridge, por favor. Es mi única oportunidad. Puedo darle la vuelta a todo.

El abogado se levantó y empezó a pasearse por la sala.

—Si renuncia a sus derechos de la Quinta Enmienda, se verá obligado a responder a cualquier pregunta que le haga el fiscal. ¿Lo entiende?

—Sí —dijo, mirando a Goodridge a los ojos.

El abogado dejó de pasearse, se inclinó sobre la mesa y apoyó las palmas de las manos sobre la superficie arañada.

—Ayúdeme a entenderlo, ¿por qué quiere correr el riesgo? ¿Por qué está dispuesto a arriesgarse a un veredicto de culpabilidad en un juicio por asesinato?

—Por lo que dice la carta —contestó con rapidez, sabiendo que era su última oportunidad de persuadir a Goodridge. El abogado había trabajado duro toda su carrera para tener un índice de victorias casi impecable, y su tarifa por hora dependía de su éxito continuado. No estaba dispuesto a arriesgarse a perder en los tribunales, pero Craig tenía que intentar convencerlo. Al fin y al cabo, estaba en juego su vida.

—Explíquemelo.

—Es la palabra «paraíso». Está escrita con «p» minúscula, y para mi mujer, eso quiere decir el Caribe. Está hablando de Montego Bay, no el lugar bíblico donde la gente va después de morir. Está jugando conmigo.

Goodridge ladeó ligeramente la cabeza mientras su mirada se tornaba dubitativa, incrédula, como si dudara de la cordura de su cliente.

—¿Qué está diciendo, señor Brafford?

—¡Que está vivita y coleando, jodiéndome, eso es lo que estoy diciendo! —exclamó, un poco asustado por la reacción de Goodridge, pero también aliviado porque por fin iba a contarle la verdad a alguien que podía ayudarlo—. Me ha tendido una trampa para vengarse de mí.

—¿Por qué?

—Por matarla. Porque, técnicamente, lo hice.

—¿Está loco? —Goodridge se pasó la mano por la boca entreabierta y luego se rascó las raíces de su cabello corto—. Estoy pensando que debería declararse no culpable por demencia, aunque en los últimos años no ha funcionado tan bien como solía hacerlo en los ochenta.

—No estoy loco —respondió él con amargura—. Ojalá lo estuviera.

—E-entonces, dígame qué pasó —balbuceó Goodridge—. Con claridad. Luego veremos lo de subirlo al estrado, si quiere correr ese riesgo. —Miró la hora y dijo una palabrota—. Tengo que irme en cinco minutos, y a usted no le quedará mucho más. Tenemos que ir al juzgado, así que hable rápido.

Craig se recostó en su silla y respiró hondo. Solo necesitaba un minuto de los cinco, quizá dos. Después, Goodridge no tendría más remedio que subirlo al estrado.

50

TESTIMONIO

La sala ya estaba abarrotada y apenas eran las diez. Todos los asientos estaban ocupados, sobre todo los de las primeras filas, por personas relacionadas con el proceso. Los padres de Craig estaban allí, acurrucados y cogidos de la mano. Desde que la señora Brafford había testificado, no habían faltado a ninguna sesión.

El doctor Wilmore estaba sentado justo detrás del fiscal, con Rebecca Ellefson a su lado. El doctor Blass y el doctor DeMaria también habían asistido, y estaban sentados en la segunda fila, detrás de Hunter Wilmore.

Había un zumbido persistente y tenso alimentado por la charla en voz baja, un poco más alta hacia el fondo de la sala, donde estaban sentados los medios de comunicación, los estudiantes de Derecho y los carroñeros habituales de los juicios, ansiosos por seguir el proceso más comentado del año a medida que se acercaba su conclusión. Circulaban chismes entusiasmados, diseccionando cada aspecto de la vida de Andrea Wilmore Brafford y las cosas que los medios habían publicado sobre ella y sobre su marido.

Las opiniones estaban tan divididas en la sala como en todo el país, y la notoriedad del caso se había propagado como la pólvora. Aunque todo el mundo estaba de acuerdo en que Craig hizo mal al sabotear la búsqueda de empleo de su mujer, algunos creían que en realidad no era tan grave ser ama de casa, llevar una buena vida en un barrio acomodado y residir en una casa con la que la mayoría ni siquiera soñaba. Mientras que otras personas, las feministas, las voces defensoras de los derechos de las mujeres, hablaban de encarcelamiento, de esclavitud, de una vida profesional ganada con

esfuerzo arrebatada a una joven esposa amorosa e inocente. Esas voces exigían un fuerte castigo.

Y todo eso solo era respecto al tema de la situación laboral de Andrea.

Si se añadía el cargo de asesinato a ese trasfondo de chismes, se avivaba el fuego como si hubieran vertido combustible sobre él.

¿Craig era culpable? Tenía que serlo. Era un gilipollas dominante, un cabrón egoísta que solo quería impulsar su carrera a costa de la de su mujer. Tenía que ser un maniático del control. Su naturaleza narcisista y manipuladora, expuesta, analizada y abrasada bajo el láser del escrutinio público, había servido como una prueba incriminatoria en las calles, en sustitución de lo que la Fiscalía no había podido presentar ante el jurado. En el tribunal de la opinión pública, Craig Brafford hacía tiempo que había sido juzgado y declarado culpable. Algunas voces pidieron incluso la pena de muerte, algo imposible, ya que no se había encontrado el cuerpo de la víctima. Otras voces, menos numerosas y mucho más débiles, hablaban de juicio nulo.

—Todos en pie —ordenó el alguacil, y el murmullo de conversaciones en voz baja se apagó mientras los presentes se ponían de pie. El roce de zapatos contra el suelo de madera, el reclinar y chirriar de los asientos, creció y luego se desvaneció en silencio—. Se abre la sesión. La preside el honorable juez Cromwell.

El juez Cromwell era alto y delgado, y caminaba con una extraña rigidez y un poco torcido, probablemente por un dolor crónico en la parte baja de la espalda. Bien entrado en los sesenta, llevaba gafas de montura metálica fina con lentes redondas que le daban un aire de ratón de biblioteca a un rostro por lo demás distinguido y elegante. Una barba blanca bien recortada y el pelo rapado complementaban su alta frente y su imponente estatura.

El fiscal del distrito Isaac Buscher ya estaba en la mesa de la acusación, flanqueado por su mano derecha, la ayudante del fiscal Kendra Coben. Buscher, un devorador de casos de guante blanco en la industria financiera y petrolera, un carnívoro insaciable de la carne de magnates y multimillonarios, era una presencia poco habitual en un juicio por asesinato. De no haber sido por la notoriedad repentina del acusado y el potencial del caso para prosperar en su carrera, lo normal habría sido que Coben llevara el caso ella sola. Pero Buscher había estado allí todos los días, con sus

ojos pequeños brillando de satisfacción cada vez que anotaba un punto a favor de la acusación o hacía valer un argumento.

En la mesa de la defensa, Lamar Goodridge estaba sentado junto a su cliente y parecía un poco nervioso. Había dejado caer el bolígrafo al suelo dos veces; la segunda vez, murmuró una palabrota mientras lo recogía, lo bastante alto como para que Buscher mostrara los dientes en una sonrisa burlona y preguntara:

—¿Se encuentra bien esta mañana, abogado?

Craig Brafford estaba vestido con uno de sus mejores trajes y estaba sentado tranquilamente en su asiento, con las manos entrelazadas delante de él. Mirando hacia el estrado vacío, parecía abstraído, desconectado de lo que ocurría a su alrededor. La prisión no había sido amable con él; tenía un moratón hinchado en su mejilla izquierda que se extendía alrededor de su ojo en tonos negros y azules. Hacía poco, le habían abierto el labio por la mitad y le había quedado una fina cicatriz vertical.

Se rumoreaba que su mejor amigo había pagado la fianza el día anterior, pero el sistema se estaba tomando su tiempo para procesarla, porque debería haber sido liberado el día previo. En las dos últimas filas seguía el murmullo de las conversaciones en voz baja, y una quiniela empezaba a cobrar fuerza, con probabilidades de tres a uno a favor de un veredicto de culpabilidad. Sentada en la última fila junto al pasillo, una pelirroja alta y más bien pálida acaparó muchas miradas, pero permaneció concentrada en el jurado, la mesa del acusado y la parte delantera de la sala. Llevaba unas gafas de sol grandes y reflectantes que le cubrían gran parte de la cara. Su pelo largo y liso le caía por los hombros, parte del cual llevaba hacia delante, como un accesorio más de su elegante atuendo: una blusa de seda blanca y pantalones negros.

—¡Orden en la sala! —dijo el juez, golpeando el mazo con fuerza un par de veces hasta que la sala del tribunal quedó en silencio, lo suficiente como para oír caer un alfiler—. Por favor, tomen asiento —dijo a continuación, y por un momento se reanudaron los movimientos y chirridos mientras todos obedecían. Los miembros del jurado ocuparon sus asientos habituales y estuvieron inquietos un rato hasta que se acomodaron—. Llamando al caso del Pueblo del Estado de Texas contra Craig Brafford. —Tenía una voz profunda y agradable que imponía respeto—. ¿Está la defensa lista para proceder con su siguiente testigo?

Lamar Goodridge se levantó y se abotonó la chaqueta de color carbón.

—Sí, señoría. La defensa llama a Craig Brafford al estrado.

La sala reaccionó al anuncio como un solo organismo vivo jadeando. Las respiraciones se detuvieron en incontables pechos y había murmullos bajos y miradas llenas de asombro.

El acusado se puso de pie y prestó juramento con rapidez. Subió al estrado, tranquilo, sereno, bien preparado.

Goodridge se dirigió hacia el estrado, aprovechando para saludar con la cabeza a los miembros del jurado. Siempre les prestaba atención y hacía que cada uno de ellos se sintiera importante, involucrado. Luego se detuvo junto al estrado y miró directamente a Craig con una expresión alentadora en los ojos.

—Señor Brafford, ha decidido renunciar a sus derechos de la Quinta Enmienda por la oportunidad de limpiar su nombre, ¿es correcto?

—Sí —dijo el acusado con voz fuerte y firme.

—Comencemos con la desaparición de su mujer. ¿Cuándo fue la última vez que vio a Andrea Wilmore Brafford?

—La mañana antes de irme a un congreso en Miami. El miércoles seis de octubre.

—¿Cómo estaban las cosas entre ustedes dos ese día?

Tras un momento de vacilación, Craig se aclaró la garganta.

—No muy bien. Habíamos tenido problemas, sobre todo por su embarazo y, bueno..., también por la situación laboral.

—Por favor, aclare qué quiere decir con eso.

Craig bajó la cabeza, aparentemente avergonzado.

—Es de dominio público que cometí un grave error de juicio y saboteé intencionadamente las aspiraciones profesionales de mi mujer. Nunca me lo perdonó.

—También ha mencionado su embarazo.

—Sí, no fue planeado... Eso empeoró las cosas. Yo estaba encantado de tener un bebé con ella, pero ella se puso furiosa cuando se enteró. Y todo por culpa de lo del trabajo. Para ser justos, la manipulé y le causé muchas dificultades, una decepción injustificada. Todo eso era culpa mía. Entiendo por qué se siente así respecto a nuestro bebé.

—¿Qué ocurrió el jueves, cuando usted regresó del congreso?

—El avión se quedó parado en la pista a causa de una tormenta

eléctrica. No nos permitieron despegar hasta que pasaron varias horas. Andi se enfadó, especialmente después de cortarse pelando unas cebollas para el salteado que estaba preparando para la cena. Cuando la llamé desde el avión, ella lloraba, histérica, diciendo que nunca estaba allí, que estaba herida y sola, y que esa no era la vida que quería. Me pidió el divorcio y dijo que se iba a marchar.

«Cuando llegué a casa, ya se había ido. Supuse que se habría marchado a ver a su padre. Se está recuperando de un infarto en un centro de rehabilitación cardiaca. Están muy unidos. Andi pensaba traerlo a vivir con nosotros.

—¿Se fue a ver a su padre sin su coche?

Craig bajó la cabeza un momento y luego miró a Goodridge con calma.

—En aquel momento supuse que el corte en la mano que había mencionado era lo bastante grave como para impedirle conducir. La cantidad de sangre que había en el suelo daba miedo. Por un momento, temí que se hubiera hecho daño a propósito.

—¿Qué quiere decir con eso? —Goodridge seguía hablando con voz amigable, comprensiva.

—Había mucha sangre en el suelo de la cocina, demasiada para un simple accidente doméstico. Temía que se hubiera cortado las venas. Estaba desesperada por su embarazo, no pensaba con claridad.

—Sin embargo, no la llamó después de llegar a casa. Los registros de llamadas lo demuestran.

—Su teléfono seguía enchufado en el dormitorio. Lo vi cuando entré allí a buscarla. No tenía manera de ponerme en contacto con ella.

—Durante su interrogatorio con la policía, antes de que atendieran su petición de que estuviera presente un abogado, usted declaró, y cito textualmente: «Solo necesita tiempo para calmarse». ¿Es eso cierto?

—Eso es lo que creía que estaba haciendo cuando me abstuve de llamar a su padre o de conducir hasta su casa para hablar con ella. —Hizo una pausa un momento, como si estuviera ordenando sus pensamientos—. Le había afectado mucho lo del trabajo. Yo era muy consciente de eso. Esperaba que aún tuviéramos un futuro juntos después de que ella hubiera tenido tiempo para pensar, para recordar cuánto me quería. Sigo aferrándome a esa esperanza, incluso ahora, contra todo pronóstico.

—¿Qué hizo usted después ese jueves por la noche?

Craig apretó los labios un instante.

—Me desmayé. —La sala reaccionó a sus palabras con un grito ahogado colectivo—. Más de una vez.

—¿Por qué le ocurrió eso?

—Sufro de hematofobia severa. La tengo desde que era niño. Ver sangre, en cualquier cantidad, hace que me desmaye.

Las conversaciones se elevaron como una ola gigantesca desde el público, inundando la sala.

—¡Orden! —dijo el juez Cromwell, golpeando el mazo un par de veces—. Si no se callan, haré que desalojen la sala.

La amenaza provocó un silencio instantáneo.

—¿Qué hizo entonces con la sangre que había en el suelo?

Craig se quedó un rato mirándose las manos, retorciéndoselas.

—Entre desmayo y desmayo, pude ver que la sangre estaba sobre todo en la alfombra de la cocina. Mirando hacia otro lado, la enrollé, la até y luego la llevé al vertedero.

—¿A las dos de la mañana?

Una sonrisa triste se dibujó en los labios del hombre.

—Si está oscuro y no puedo ver la sangre, mejor. No mucho, pero lo suficiente.

—Algunas personas podrían pensar que usted tenía algo que ocultar y que eligió ir al vertedero en plena noche por ese motivo; para mantener sus acciones ocultas.

—Estaba desesperado por la sangre que había encontrado y porque se había ido sin su coche y sin su teléfono. Quería hacer algo, lo que fuera, para devolver algo de normalidad a nuestra casa mientras esperaba su regreso. —Se aclaró la voz y continuó con calma—: Puede sonar sospechoso para algunos, pero no encontraron un cuerpo con esa alfombra, ¿verdad?

—No, eso es verdad. ¿Para qué usó la cortina de la ducha?

—Para evitar que la maldita alfombra manchara la casa y mi coche.

—Pasemos a la botella de veneno para ratas. La que recuperó la policía científica de debajo del fregadero. Tenía sus huellas. Explíquelo, por favor.

—Tenemos ratas en el patio trasero, junto al cobertizo. O ratones, la verdad es que no lo sé. Encontré excrementos. Compré el veneno,

y luego mi mujer me dijo que no lo usara, porque mataría a las ardillas que tanto le gustan. Nunca lo usé.

—Pero en el laboratorio se encontraron rastros de veneno en las fibras capilares de su mujer que datan de hace aproximadamente un mes. Llevaba bastante tiempo ingiriendo ese veneno en concreto. ¿Qué explicación tiene para eso?

Craig se secó una lágrima, real o fingida, con la yema del dedo y desvió la mirada un momento.

—No tengo ninguna. Lo único que sé es que ella estaba furiosa por su embarazo, no quería que el hijo de un mentiroso hijo de puta creciera dentro de ella. Esas palabras las dijo Andi —añadió con amargura, tocándose la frente durante un breve instante, con la tristeza y la vergüenza reflejadas en su voz—. Lo único que se me ocurre es que, aunque no quiso someterse a un aborto por su padre y sus convicciones, a lo mejor intentó provocarse uno ingiriendo pequeñas cantidades de...

—¡Ese hombre es un mentiroso! —bramó el doctor Wilmore, poniéndose de pie bruscamente y señalando con el dedo al acusado —. Mi hija nunca se habría hecho eso. Jamás.

La mujer pelirroja de la última fila estuvo a punto de ponerse de pie, pero luego se acomodó en su asiento y se agarró a los reposabrazos hasta que se le pusieron los nudillos blancos. Al lado del doctor Wilmore, Rebecca Ellefson lo cogió del brazo y le susurró algo al oído.

El mazo del juez cayó.

—Doctor Wilmore, yo también soy padre y comprendo cómo debe sentirse. Es la razón por la que aún no he pedido que lo arresten por desacato. Pero esta es mi última advertencia.

—Le pido disculpas, señoría —dijo el doctor Wilmore, con voz quebradiza, temblorosa—. No volverá a ocurrir.

Tomó asiento con dificultad mientras Rebeca le sujetaba el brazo con fuerza, sin dejar de susurrarle al oído.

Goodridge miró al jurado, probablemente evaluando el nivel de daño que podía haber causado el arrebato del doctor Wilmore.

—Está haciendo una acusación bastante inquietante, señor Brafford. ¿Está diciendo que su esposa, una profesional altamente formada en el campo de la biología, no encontró una mejor manera de deshacerse de un embarazo no deseado que ingerir veneno para ratas?

La tristeza no abandonó el rostro de Brafford.

—¿De qué otra manera puede explicarse que no le contara a nadie que estaba embarazada? ¿Ni a su padre ni a los amigos de la familia ni a su mejor amiga, Janelle Larimer? Nadie lo sabía excepto yo. —Hizo una breve pausa—. Tal vez todo lo que pasó fue demasiado para ella. El infarto de su padre, la situación laboral que provoqué, el embarazo no deseado... Le propuse que fuera a un psicólogo, pero se puso furiosa conmigo, histérica. Esa noche ella durmió en el salón y yo... yo nunca volví a sacar el tema.

Goodridge se paseó despacio durante un rato, frotándose la barbilla, para digerir las palabras de Craig.

—Anoche, usted estaba muy afectado por una carta que recibió. Háblele al tribunal de esa carta.

—Mi mujer la escribió y se la envió a un abogado patrimonial para que me la entregara en caso de que falleciera.

—¿Y por qué le causó tanta impresión?

—En la carta, me llama asesino. Pero yo no la he matado. No podría hacerlo. Sigo enamorado de mi mujer —dijo con la voz quebrada—. Todavía estoy esperando que vuelva conmigo y que me diga que me ha perdonado.

—Entonces, ¿qué cree que está ocurriendo, señor Brafford?

Craig dudó un momento. Toda la sala contuvo la respiración.

—Creo que me está tendiendo una trampa para castigarme por haber arruinado su carrera. Pienso que es así de simple y retorcido. Yo arruiné su carrera y ahora ella está arruinando la mía y mi vida. Un día de estos, aparecerá y se demostrará que tengo razón.

—¿Qué está diciendo, señor Brafford? —insistió Goodridge. Era una forma inteligente de subrayar la conclusión para que el jurado la recordara.

—Estoy diciendo que está sana y salva en alguna parte, escondida. —Tragó saliva y ocultó brevemente la cara entre las manos—. Sé que parece casi imposible de creer, pero piénsenlo. Si hubiera envenenado a mi mujer, ¿habría dejado la botella de veneno en un lugar en el que pudiera encontrarla la policía? —Hizo una pausa, probablemente para crear un efecto dramático—. Me habría deshecho de ella, junto con su teléfono y quizá incluso su coche, porque eso es lo que haría una persona culpable. —Juntó y separó las manos un par de veces—. Además, no podría haberla apuñalado, disparado o matado de ninguna forma que justificara el charco de

sangre en el suelo de la cocina, porque me habría desmayado, una y otra vez, allí mismo, a su lado. —Sacudió la cabeza, parecía al límite de sus fuerzas. Luego, miró directamente al jurado y dijo—: Yo no maté a mi mujer. Juro por Dios que no lo hice. El tiempo me dará la razón.

Goodridge asintió con calma, luego se giró hacia el juez y dijo:

—No hay más preguntas para este testigo, señoría.

—Haremos un descanso para comer y reanudaremos la sesión a las dos. —El mazo de Cromwell selló su afirmación.

Desde la última fila, la mujer pelirroja fue la primera en abandonar la sala, sin que nadie se diera cuenta, mientras todas las miradas seguían fijas en Craig Brafford. Las probabilidades estaban ahora dos a uno a su favor.

51

APARICIÓN

El fiscal del distrito Buscher no siguió a la multitud hacia la cafetería de la planta baja. En lugar de eso, giró a la izquierda tras salir de la sala y caminó otros cien metros por un pasillo vacío con la ayudante del fiscal Coben detrás. Luego se detuvo y apoyó el hombro contra la pared. Estaba furioso. Los orificios nasales se le ensancharon, los ojos le brillaron con furia y golpeó la pared con el puño repetidamente.

Estaba perdiendo. Y eso nunca le había sucedido. Nunca.

—Esto es lo que ocurre cuando te saltas las normas —dijo en voz baja y tensa a su ayudante.

Kendra Coben escuchaba asintiendo, probablemente sabiendo que no debía interrumpirlo hasta que terminara de desahogarse.

—Nunca *nunca* se acusa a nadie de asesinato sin un cuerpo, y sin un informe de autopsia y pruebas forenses sólidas.

—¿Estás diciendo que crees a Brafford?

Él tensó la mandíbula durante un momento mientras clavaba la mirada en Coben hasta que ella bajó la vista.

—Claro que no. El cabrón es culpable como el pecado y un saco de mierda mentiroso, pero mi opinión no importa. Lo que importa es el jurado, y se han tragado su lacrimógena historia. —Golpeó la pared con el puño varias veces más, con discreción, ocultando el gesto con su propio cuerpo—. El problema es que hay que demostrarlo más allá de toda duda razonable. ¿Recuerdas esa parte? Nos lo enseñaron en el primer año de Derecho.

Coben no merecía ser el blanco de su amargo arrebato. Ella había

sido la voz de la razón, advirtiéndole una y otra vez que no aceptara el caso Brafford.

La ayudante del fiscal asintió; parecía derrotada, igual que él. Buscher estaba acostumbrado al sabor de la victoria, no al del fracaso. Lo odiaba con cada fibra de su cuerpo. Lo hacía sentirse pequeño, insignificante. Reemplazable. Ridículo.

—Una a una, ha ido desmontando todas nuestras pruebas circunstanciales, haciéndolas trizas. Lo único que tenía que hacer era crear una duda razonable, y lo ha conseguido con su patética historia de venganza.

Cerró los ojos y respiró despacio en un esfuerzo inútil por recuperar la calma. En una hora, tendría que interrogar a ese gilipollas mentiroso para que se incriminara de alguna manera. Nunca sería capaz de hacerlo si seguía echando humo, enfurecido más allá de su capacidad de razonar.

El silencio se apoderó del pasillo, ahora casi vacío, mientras los últimos espectadores se dirigían a la cafetería del piso inferior.

Buscher inspiró hondo y se recordó a sí mismo que el juicio aún no había terminado.

—No podemos demostrar que hubo intención y premeditación más allá de cualquier duda razonable. Ni siquiera después de lo que hizo con la carrera de su mujer, ni con sus huellas dactilares en la botella de veneno, porque ese cabrón no es tan estúpido como para no haberse deshecho de la botella si de verdad la hubiera matado. —Sus labios, apretados en una fina línea, impidieron que las palabras salieran durante un largo momento, sobre todo las que sabía que debía decir—. Tenemos que negociar y esperar que esté lo bastante asustado como para aceptar un trato.

Coben negó con la cabeza.

—No creo que…

—Yo tampoco creo que lo acepte —dijo Buscher, alzando la voz—, pero si ves alguna otra opción, no dudes en decírmelo. Estamos a punto de convertirnos en el hazmerreír de todo el sistema judicial. Hemos acusado a un asesino sin tener un cadáver y vamos a perder como unos idiotas. —Se mordió el labio y murmuró una palabrota bastante explícita. Estaba acabado; su carrera había terminado. Al año siguiente, el día de las elecciones, cuando la gente leyera su nombre en la papeleta, se echaría a reír y luego pondría la cruz junto al nombre de la otra persona—. Ese es el riesgo de los casos de gran

repercusión. Cuando sales a la palestra, cualquier error es visible a miles de kilómetros de distancia. Nadie lo olvida. Sigue vivo en la mente de la gente, en Internet, en las redes sociales, alimentando los cotilleos de todas las sobremesas del estado.

Coben lo miró con comprensión.

—¿Y si intentamos...?

Buscher exhaló un largo y pesado suspiro, interrumpiéndola de nuevo.

—Tenemos que salvar lo que podamos. Ofrécele homicidio en segundo grado. Quince años, ni un día más. Recuérdale que sus huellas dactilares estaban en la botella de veneno; aprovecha eso al máximo. —Otro largo suspiro—. Si hacen una contraoferta, acepta lo que sea, incluso homicidio no premeditado; o involuntario, si no podemos conseguir nada mejor que eso. Hay algo vil y retorcido en este hombre, y lo quiero entre rejas.

Coben se encogió de hombros y miró a Buscher con el ceño fruncido.

—Veré lo que puedo hacer. Lo más probable es que se rían en mi cara.

«Mejor en tu cara que en la mía», pensó Buscher.

—Haz lo que puedas. Salva este caso. Cuando acabe el año, te haré sonreír con la paga extra. —El ruido de unos tacones acercándose distrajo a Buscher por un momento, pero bajó aún más la voz y siguió hablando—: Qué te dice el corazón, ¿crees que es culpable? ¿Crees que asesinó a su hermosa mujer? ¿Qué te dice tu instinto?

Coben asintió con energía.

—Totalmente. Lo hizo él, estoy segura.

—Exacto —respondió Buscher—. Es culpable. Reconozco a un asesino cuando lo veo, pero este baboso en particular va a irse de rositas.

—Podrías intentar cuestionar el argumento de la hematofobia en relación con la limpieza que logró hacer. Si consiguió deshacerse de la alfombra empapada de sangre, también podría haberse deshecho del cadáver. Y no le he creído ni por un momento cuando ha dicho que estaba esperando a que ella regresara. No. Sabía que ella no iba a volver y siguió con su vida. Ni siquiera se molestó en denunciar su desaparición.

Buscher se pasó la mano por el pelo un par de veces.

—¿Crees que esta era su estrategia desde el principio? ¿Fabricarse

esos argumentos para su defensa? ¿Decir todas las cosas lógicas que habría hecho si la hubiera matado, pero que no hizo, y que se deduzca de ahí que es inocente?

Se produjo un momento de silencio.

—Es una estrategia arriesgada —respondió Coben—, pero sí, puede que la tuviera planeada desde el principio.

—Maldita sea, el muy cabrón nos ha tomado por tontos —susurró Buscher entre dientes—. Nunca debí acusarlo de asesinato sin tener un cuerpo. Deberíamos haber seguido con la suplantación de un agente de la ley mientras los polis encontraban el cuerpo. Está ahí fuera en alguna parte, por el amor de Dios. Tiene que aparecer.

—Va a salir libre, ¿verdad?

La pregunta sorprendió tanto a Buscher como a su ayudante. Al girar sobre sus talones, reconoció a una mujer pelirroja que había visto varias veces al fondo de la sala. Era despampanante, tenía un cuerpo de un diez, pero él la fulminó con la mirada. Lo último que necesitaba era una cotilla.

—Lo siento, señora, no podemos discutir este asunto con...

—Pero *están* perdiendo el caso, ¿no? —continuó ella, imperturbable, mirándolo a través de unas gafas de sol reflectantes de gran tamaño.

—Señora...

—No importa. Sus ojos ya han respondido a mi pregunta. —Sonrió brevemente, disculpándose—. Tengo la solución.

Buscher cruzó los brazos sobre el pecho. Seguramente era una pirada. Cada poco tiempo se topaba con gente así. Algunos eran médiums; otros, familiares de las víctimas o de los acusados que no tenían contacto con ellos o personas que vivían en otro estado, pero afirmaban saberlo todo.

—¿Y cuál es? —preguntó, con la voz cargada de sarcasmo.

—Súbame al estrado.

Buscher esbozó una sonrisa torcida.

—Lo siento, pero tendrá que disculparnos. Tenemos trabajo que hacer. —Agarró a Coben del brazo y empezaron a alejarse, pero el repiqueteo apresurado de los tacones detrás de él le dijo que era inútil. La desconocida los estaba siguiendo. Irritado, se detuvo y se encaró con ella—. Escuche, no podemos...

—Siento muchísimo no haber dado la cara hasta hoy —dijo la mujer, hablando en voz baja y con calma—. Temía por mi vida, aún

estaba conmocionada después de lo ocurrido. No pensaba con claridad. Lo siento mucho. —Tragó saliva y se aclaró la garganta—. Pero estoy dispuesta a subir al estrado.

Una sensación incómoda se desplegó en el estómago de Buscher; la aprensión se mezcló con una inquietud, con un presentimiento. ¿Podría empeorar su día?

—¿Quién es usted? —preguntó, sintiendo que se le secaba la garganta.

La mujer se quitó las gafas de sol y tiró de su larga y abundante melena. La peluca cayó, revelando los mechones cortos y con reflejos que reconoció de las fotos que había visto en el expediente del caso.

—Soy Andrea Wilmore Brafford.

La mandíbula de Buscher se aflojó durante un breve instante.

—¡Mierda!

52

CARTA

Tras el descanso, Craig Brafford se sentó en la mesa de la defensa. Desde el lado de la Fiscalía, Buscher le lanzó un par de miradas de enfado, apretando fuertemente la mandíbula. Habría jurado que ese hombre había matado a su mujer. Era la segunda vez que se equivocaba desde que había puesto los ojos en ese caso.

Goodridge miró inquisitivamente a Buscher y luego se encogió de hombros ante la preocupación tácita de su cliente.

—Todos en pie —ordenó el alguacil, y todos se levantaron.

Eran poco más de las dos de la tarde, y el ligero olor a comida rápida había acompañado a algunos de los asistentes a la sala, adherido a sus ropas y a su pelo como los abrojos al pelaje enmarañado de un perro callejero.

El juez Cromwell tomó asiento y dejó caer el mazo.

—Se reanuda la sesión. Señor Buscher, ¿está listo para interrogar al acusado?

No lo estaba. Ni de lejos. Inhalando con fuerza, se puso de pie, preparándose para la tormenta de mierda que sus palabras estaban a punto de desatar.

—Señoría, en este momento, el Estado solicita desestimar los cargos de asesinato. Hemos tenido conocimiento de pruebas nuevas... —Hizo una pausa; ya que la conmoción que había en la sala se estaba tragando sus palabras.

—¡Orden! —gritó el juez Cromwell, golpeando el mazo con furia varias veces—. Orden. Este es el último aviso. Una interrupción más, y continuaremos a puerta cerrada. —Otro golpe de mazo selló su amenaza, y el alboroto se apaciguó por completo. El murmullo sordo

de la gente moviéndose en sus asientos y algunos susurros aún perturbaron la paz por un momento, pero Cromwell miró enfadado al público desde el banco hasta que estuvo satisfecho—. Por favor, prosiga, señor Buscher.

El fiscal se aclaró la garganta con discreción y luego tiró instintivamente del nudo de la corbata, sintiendo que no podía respirar.

—Hemos tenido conocimiento de pruebas nuevas —repitió—. A la luz de dichas pruebas, el Estado desea presentar un cargo nuevo. —Se produjo un silencio tenso—. Intento de asesinato en primer grado.

La frustración que reemplazó la sorpresa inicial de Cromwell fue inconfundible.

—Señor Buscher —dijo con calma, en voz baja y amenazadora—, está convirtiendo mi sala en un circo, y no lo voy a permitir. Ya he pasado la edad en la que me interesaba ver payasos haciendo malabarismos. —Pareció considerar sus opciones durante un instante mientras miraba fijamente a Buscher, que le sostuvo la mirada sin inmutarse. No podía hacer otra cosa—. Abogados, acérquense —dijo.

Buscher esperó a que Goodridge lo alcanzara y se acercaron al estrado.

Cromwell tapó el micrófono.

—¿De qué va todo esto, señor Buscher?

—Hemos descubierto que la mujer del acusado está viva. y quiere testificar. Planeo llamarla a continuación.

—Señoría —dijo Goodridge, con el tono enardecido que habría usado Buscher si estuviera en el lugar del abogado de la defensa—, esto es ridículo. Mi cliente es claramente inocente, y el fiscal improvisando sin base, nada más. Solicito que se desestimen todos los cargos.

Cromwell miró a Goodridge con el ceño fruncido. Por culpa de su entusiasmo, la defensa había cometido un error crítico.

—No tan rápido, abogado. Hay un cargo del que su cliente se ha declarado culpable, y ese cargo se mantiene. —Apoyó las manos en la superficie brillante del estrado y apretó los labios—. Además, quiero oír lo que la mujer del acusado tiene que decir sobre todo este lío.

Goodridge alzó las manos en un gesto pacificador.

—Pero, señoría, no estamos preparados para interrogar…

—Pida un aplazamiento, señor Goodridge. Se lo concederé, pero

después de las preguntas del fiscal.

Goodridge miró a Cromwell como si tratara de evaluar si valía la pena suplicarle un poco más; luego cedió y dijo:

—Entendido. Gracias, señoría.

Buscher regresó a la mesa de la acusación y permaneció de pie mientras Goodridge tomaba asiento junto a Craig Brafford y lo agarraba del antebrazo, para después susurrarle algo al oído.

Tras aclararse la garganta de nuevo, Buscher dijo:

—El Estado llama a Andrea Wilmore Brafford.

A pesar de los numerosos golpes de mazo de la impaciente mano de Cromwell, los susurros y las exclamaciones de sorpresa se propagaron entre los espectadores, elevándose como una ola durante una tormenta.

—No ha tardado mucho, ¿verdad? —gritó Craig Brafford; su voz se oyó perfectamente por encima del ruido de la multitud—. Les he dicho que estaba viva.

—Orden en la sala —repitió Cromwell, frunciendo el ceño. Se inclinó sobre el estrado como si estuviera a punto de bajar de allí y disciplinar él mismo al desobediente público.

La entrada de la mujer del acusado provocó el silencio y el estupor del público. Andi levantó la mano, repitió el juramento y subió al estrado. Pálida, demacrada, muy delgada y visiblemente abrumada, clavó los ojos en su padre, cuya alegría, apenas contenida y llena de lágrimas, indicó a Buscher que su aparición también era una sorpresa para él. «Qué interesante…».

Buscher se acercó al estrado, pensando aún en la mejor estrategia para el interrogatorio directo de la testigo que nadie esperaba ver allí.

—Andrea Wilmore Brafford, permíteme empezar diciendo lo felices que estamos todos de ver que está viva.

—Gracias —dijo ella, inclinándose hacia delante para estar más cerca del micrófono.

—Empecemos por el principio, por la tarde del siete de octubre, el jueves en que su marido regresó del congreso de Miami. ¿Recuerda los acontecimientos de esa noche?

—Sí —respondió con calma; su voz era sombría y estaba cargada de tristeza—. Nunca la olvidaré . Fue la noche en que mi marido me mató.

El acusado se puso de pie de un salto, inclinándose sobre la mesa

de la defensa.

—¡Me tendiste una trampa! ¡Aún estás viva!

—Señor Goodridge, controle a su cliente —ordenó Cromwell.

Goodridge agarró el brazo de Brafford con ambas manos y tiró de él hacia su asiento. Por los susurros airados y los gestos cortantes que observó desde la distancia, Buscher dedujo que Goodridge estaba amenazando a su cliente para que se comportara de manera adecuada.

Imperturbable, la testigo continuó hablando:

—Fue la noche en que me mató, o al menos eso creyó él. —Se detuvo un momento, como si se hubiera quedado sin palabras—. Desde todos los puntos de vista, sí me mató, igual que mató a mi bebé nonato. Me desperté cubierta de sangre, envuelta en una alfombra y enterrada entre basura en un vertedero del sur de Houston. Sobreviví por pura casualidad.

El doctor Wilmore jadeó y se tapó la boca con las manos temblorosas mientras las lágrimas le corrían por la cara. Al verlo, Andrea empezó a llorar también, en silencio, sin hacer ruido. Se llevó las manos al pecho en un mensaje tácito a su padre.

—¿Qué hizo después de despertarse en el vertedero?

Ella sacudió la cabeza y bajó los ojos.

—Conseguí llegar a duras penas a la casa de mi padre. Allí pasé incontables días entrando y saliendo de la conciencia. Perdí a mi bebé —añadió, con la voz temblorosa, entrecortada.

—¿Llamó usted al nueve, uno, uno?

—No.

—¿Por qué? —preguntó Buscher, curioso por escuchar su explicación—. ¿Es una científica, una bióloga a la que le faltan unos meses para obtener su doctorado y, aun así, no buscó atención médica?

—Hasta hace muy poco no me di cuenta de que me había envenenado. Pensé que estaba conmocionada después de lo que había ocurrido, nada más. Temía por mi vida y estaba llorando la pérdida de mi bebé. —Volvió a mirar a su padre—. Tenía la cabeza hecha un lío... Y quizá todavía la tengo igual. Podría ser un efecto del veneno en mi cerebro, no lo sé.

—La policía estuvo en casa de su padre y no la encontraron allí. Fueron el martes siguiente, el doce de octubre, después de que un

correo electrónico anónimo alertara sobre su desaparición. ¿Dónde estaba ese día?

Andrea volvió a mirar a su padre con una leve sonrisa en los labios.

—Hay una pequeña cabaña junto al río. Ni siquiera es una cabaña, es solo una cubierta sobre una hamaca y una mosquitera; la construyó mi padre. Cuando no estaba en la casa, estaba allí.

—¿No escuchó a la policía mientras registraba la casa?

—Durante las dos primeras semanas, entraba y salía de la consciencia. No recuerdo que estuvieran allí.

Buscher se paseó ansiosamente por delante del estrado. Había algo en su testimonio que no cuadraba. ¿Qué había comido durante todo ese tiempo? Estaba pálida y delgada, así que quizá no había sido demasiado. ¿Por qué no llamó al menos a su padre?

—Una científica altamente cualificada no pide ayuda después de perder mucha sangre. ¿Cómo explica eso?

—Yo... No puedo hacerlo —respondió ella con franqueza—. Creo que aún estaba conmocionada tras lo ocurrido el jueves por la noche.

—¿Qué sucedió el jueves por la noche, después de que su marido regresara de su viaje a Miami?

Ella se movió ligeramente en su asiento y respiró hondo. Tal vez fuera la imaginación de Buscher, pero parecía que se había puesto aún más pálida, más blanca de lo que ya estaba.

—Esperé a que Craig volviera de su viaje y le dije que quería el divorcio. No le hizo mucha gracia, pero no era la primera vez que lo discutíamos. Le aseguré que no quería dinero ni mi parte de la casa ni nada. Pareció estar de acuerdo y me propuso que cenáramos juntos mientras concretábamos los detalles. Iba a marcharme esa noche para instalarme en la casa de mi padre.

—¿Y luego qué pasó?

—Nos sentamos a cenar juntos por última vez antes de que yo hiciera la maleta. La comida sabía rara, pero comí un poco. Luego sentí mareos y náuseas. Vomité y me desmayé. —Se detuvo un momento, con los ojos fijos en el vacío—. Justo antes de caerme, recuerdo que Craig me miraba con indiferencia y me preguntó: «¿Necesitas algo, cariño?». Me observó mientras caía y no movió ni un dedo. Debí golpearme la cabeza con algo porque lo último que recuerdo es ver estrellas. Luego me desperté en el vertedero, horas más tarde.

—Qué experiencia tan traumática. Sin embargo, después de despertar, no avisó a la policía. —Miró al acusado y percibió un odio salvaje en sus ojos mientras observaba a su mujer.

—Estaba, y sigo estando, conmocionada —respondió Andi, con voz débil, quebrada—. No sé cómo se puede superar algo así. Pensé que éramos felices. Pero luego, sobre todo después de decirle que estaba embarazada, empecé a sentir que algo estaba terriblemente mal. Hablé con Craig varias veces, pero él lo negó. Fue entonces cuando escribí la carta —dijo lloriqueando—. Temía por mi vida, pero no podía irme. —Sonrió con tristeza y miró un instante al jurado antes de inclinar la cabeza—. Estaba desesperadamente enamorada de mi marido. De una manera tonta e infantil, elegí esa forma de decirle que sabía lo que iba a hacer, en lugar de abandonarlo, en lugar de proteger mi propia vida y la de mi hijo. —Hizo una breve pausa—. Tendré que vivir con las consecuencias de mis actos el resto de mi vida.

Buscher miró al jurado. No vio ni un solo ojo seco. Las explicaciones de Andrea no justificaban el tiempo que había pasado observando el juicio disfrazada, pero su trabajo era lograr una condena para el despreciable y manipulador hijo de perra que estaba sentado al lado del abogado defensor. No iba a señalar ninguna incongruencia. Dejaría que Goodridge hiciera todas esas preguntas durante el interrogatorio.

—Hablando de esa carta, ¿le importaría leerla ante el tribunal? —Buscher se detuvo junto a su mesa, cogió dos copias de la carta y le entregó una al juez—. Prueba número quince, señoría.

Andrea cogió la carta con manos temblorosas mientras el público contenía la respiración. Su voz, frágil y temblorosa al principio, fue ganando un poco de fuerza a medida que leía, pero terminó ahogada en lágrimas.

Mi queridísimo Craig:

Pensé que el día en que te conocí era especial para mí, un motivo para celebrar nuestro amor con el paso de los años, una fecha para marcar en nuestros calendarios. Un día después de mi cumpleaños, el destino quiso que

recibiera un regalo tardío que aprecié más que nada en el mundo.

Era afortunada y estaba inmensamente agradecida por la forma en que los dioses me estaban sonriendo. Tenía todo lo que una mujer podría desear: un marido que la quería, familia y amigos, la promesa de una carrera de éxito y un hijo. ¿Quién puede pedir más?

Sin embargo, como si los dioses hubieran cambiado de opinión, con su último regalo llegó mi mayor pena. Tú no estabas preparado para ser padre. Elegiste mentirme, ocultar la verdad tras excusas transparentes y entusiasmo fingido. Habría preferido que fueras sincero.

Como en todos los cuentos de hadas, todo se desmoronó a partir de ahí. Poco después supe que no me habías pedido que abandonara mi carrera para que te ayudara con la tuya; simplemente me la arrebataste, dejándome lidiar con la decepción, el rechazo y un fracaso que no entendía ni merecía. Mientras tanto, me abrazabas por la noche cuando lloraba, ofreciéndome apoyo. Esa traición fue lo que más me dolió.

Aun así, te perdoné. Intenté comprender tus razones y opté por creer que de verdad estabas arrepentido de lo que habías hecho.

Cada día que pasaba, las cosas empeoraban. Confiar en ti se volvió imposible mientras que amarte me desgarraba el

corazón. ¿Cómo iba a dejarte si aún estaba enamorada de ti? Pero ¿cómo podría vivir a tu lado si no podía confiar en ti? ¿Cómo iba a criar a nuestro hijo contigo si sabía, en el fondo, que no querías que ese niño viera la luz del día?

Y, conociéndote, estaba segura de que harías cualquier cosa para evitarlo. Pero no sabía cómo lo harías. Paralizada, como un ciervo atrapado en la luz de tus potentes faros, esperé a que atacaras mientras deseaba de todo corazón que decidieras no hacerlo.

Y ahora lo has hecho.

La chica que mataste te está observando desde el paraíso, recostada en la nube número nueve con un margarita en la mano, esperando que tengas todo lo que te mereces en la vida después de que ella se haya ido. Adiós, mi amor. Tú eras el elegido.

Cuando Andrea terminó de leer, Buscher permitió que se extendiera un largo momento de pesado silencio mientras el jurado asimilaba lo que ponía en la carta, y luego dijo:

—No hay más preguntas, señoría.

53

LA LLAMADA

Habían pasado varias semanas desde la sentencia de Craig, pero a Andi aún se le saltaban las lágrimas al recordar los mordaces comentarios del juez. Mientras recogía la mesa y ponía el lavavajillas, aquellas palabras resonaban en su cabeza con claridad, doliéndole tanto como aquel día.

—De vez en cuando, en la carrera de un juez, hay un caso que es a la vez desconcertante e inolvidable —había dicho—. El jurado ha hablado, y el acusado, Craig Brafford, ha sido declarado culpable de intento de asesinato en primer grado. El testimonio de la víctima, por difícil de creer que fuera, está respaldado por las pruebas recuperadas por la policía. Múltiples vídeos de vigilancia muestran a la víctima saliendo a gatas del vertedero y caminando por calles desiertas, de camino a casa.

«Los análisis de sangre realizados en el hospital encontraron niveles de veneno lo bastante altos como para causar el deterioro mental que podría explicar por qué la víctima no pidió ayuda. —Dejó de hablar un momento y se frotó la frente—. Sin embargo, no puedo evitar preguntarme si lo que hemos presenciado aquí no era alguna forma de sadismo psicológico, enfermo y retorcido.

«Tenemos esclavitud y servidumbre. Una víctima que soporta la humillación y nunca se defiende. Una mujer joven con estudios que no defiende su vida cuando está claramente amenazada. Tenemos tortura y sadismo en un hombre dominante y temerario que disfrutó prolongando el sufrimiento de su víctima. ¿O debería decir, de su pareja? —Levantó los ojos y miró primero a Craig y luego a Andi a

través de los cristales redondos de sus gafas—. Por suerte, la ley es muy clara en estos casos.

«Sea sadismo o no, sea un juego enfermizo o no, envenenar a alguien, intentar matarlo y luego deshacerse de su cuerpo es ilegal y se castiga con largos años entre rejas. Sin embargo, no pedir ayuda después de haber sido víctima de algo no es un delito. —Cerró la carpeta que tenía delante y apoyó la mano sobre ella—. Señor Brafford, cumplirá quince años en una cárcel estatal. —Luego se giró hacia ella, ignorando las protestas de Craig—. Señorita Wilmore, como padre de una joven de su edad, le recomiendo encarecidamente que busque ayuda en un psicólogo o psiquiatra de confianza.

«Toda vida humana es preciosa, incluida la suya. El hecho de que no se haya dado cuenta me preocupa profundamente. Espero que reciba la ayuda que necesita.

Andi cerró la puerta del lavavajillas y pulsó un par de botones. La máquina empezó a coger agua. Se apoyó en el borde del mostrador, intentando quitarse de la cabeza el recuerdo de la voz de Cromwell. Se secó las lágrimas, tratando de ocultárselas a su padre, pero ya era demasiado tarde. Sus brazos le rodeaban los hombros.

—Shhh, se acabó, mi niña. No volverá a hacerte daño. Estás a salvo.

Con el rostro enterrado en su pecho, ella lloró unos instantes, permitiéndose sentirse protegida y amada.

—Lo sé —gimoteó—. Es por lo que dijo el juez durante la sentencia. Tenía razón. Ninguna persona en su sano juicio habría hecho lo que yo hice. Y él no sabe ni la mitad.

—El doctor Ellefson dijo que los niveles de veneno que había en tu torrente sanguíneo explicaban el deterioro del juicio. Ya escuchaste lo que dijo, le desconcertaba que hubieras sobrevivido.

—No tenía el juicio deteriorado, papá. Sentí muchas otras cosas, pero no sentí que estuviera loca. Tomé decisiones horribles, sí, pero parecían lógicas en aquel momento.

Él la guio hasta la mesa, le acercó una silla, se sentó a su lado y le cogió las manos.

—Te diré lo que fue, y tienes razón, no fue solo el veneno. —Sonreía, pero sus ojos azules brillaban—. Cuando te maltratan psicológicamente, pronto aprendes que no importas, que tu sufrimiento no tiene significado y que no hay escapatoria. —Sus ojos se oscurecieron cuando se desviaron hacia el brazo de Andi, donde

las marcas de los pinchazos señalaban sus venas—. Quería matarlo, ¿sabes? —Frunció el ceño y bajó la cabeza—. Igual que se sacrifica a un animal rabioso. Verte así, saber por lo que pasaste..., ojalá lo hubiera hecho, aunque eso significara que estaría cumpliendo condena yo en vez de él.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Andi.

—Me alegro de que no lo hicieras —susurró—. También te habría perdido a ti y nunca me lo habría perdonado. Yo traje este mal a nuestras vidas, papá. —Respiró hondo, deseando liberarse de las lágrimas y la tristeza por una noche—. Ahora estamos aquí, tenemos todo lo que necesitamos y podríamos ver una película juntos y comer un poco de helado. ¿Qué me dices?

—Me parece una idea estupenda —respondió él—. Tomemos ese helado en el patio. ¿Puedo *fingir* que fumo un puro? —Andi frunció el ceño en broma—. ¿La mitad de uno entonces?

Sonriendo, Andi se dirigió al congelador y sacó una tarrina de helado de chocolate *light*, cogió dos cucharas y salió al patio. Su padre ya estaba sentado en uno de los sillones de mimbre, echando humo. Permanecieron en silencio durante un rato, saboreando sus respectivos manjares y observando las profundas tonalidades púrpuras del crepúsculo.

—Todavía no me puedo creer lo que has hecho —dijo Hunter después de un rato—, pero estoy orgulloso de ti. Más de lo que te crees.

Andi sonrió, conteniendo un nudo que tenía en la garganta.

—Las cosas cambian —dijo él—, pero también permanecen igual. Todavía hierves huevos, ¿no?

La sonrisa de Andi se desvaneció.

—Lo había olvidado, pero me acabo de acordar. Tenías unos seis años cuando te enseñé a *robar* un matasellos con un huevo duro. ¿Te acuerdas?

El silencio fue su única respuesta.

—Un par de años después, lo pusiste a prueba. ¿Lo recuerdas? No querías que tu madre asistiera a una tutoría; estabas en segundo de primaria, ¿verdad? —Ella asintió, secándose una lágrima rebelde con el dedo—. Escribiste una notificación avisando a los residentes de que estuvieran en casa para una inspección de la instalación de gas y la sellaste y todo. No sé de dónde copiaste el texto, pero era perfecto.

Tu madre se quedó en casa esa tarde. —Se rio en voz baja—. No tuvimos valor para decirte que la fecha de la notificación estaba mal.

—¿Qué? —Andi se giró hacia él, con la boca abierta—. No me lo puedo creer. Entonces, ¿por qué no fue a la tutoría?

—Ya sabíamos lo del suspenso —respondió él, colocándole un mechón de pelo detrás de la oreja—. Pensamos que te esforzarías más si creías que te habías salido con la tuya, eso es todo.

—Ah, me manipulasteis —dijo ella, señalándolo con el dedo.

—Fue culpa tuya. Antes de falsificar una notificación oficial, revisa bien las fechas, señorita. —Empezaron a reírse y sus voces se unieron armoniosamente en el momento compartido de alegría—. Me he dado cuenta hace un momento, sentado aquí. Así es como lo lograste. La carta. No lo entendía, porque oí a ese abogado testificar que había recibido la carta con matasellos de cuatro días antes de tu... Pero debiste hervir unos huevos y...

Ella se llevó el dedo a los labios y él se calló. Durante un rato, escucharon el bullicio del bosque que había junto al arroyo, con el croar de los sapos, el canto de los grillos y el ulular ocasional de los búhos.

—Volverás a amar —dijo Hunter, de repente—. Te lo prometo.

La mano de Andi se congeló a medio camino de su boca. No podía imaginarse saliendo con otro hombre, acostándose con él, estando a solas con él. Se estremeció y abandonó la cuchara dentro de la tarrina antes de apartarla a un lado.

—Freddy quiere hablar contigo —dijo Hunter, mirando la punta de su puro, con el ceño fruncido como si el círculo incandescente le hubiera ofendido de algún modo—. Cree que puede ayudarte.

Andi bajó la cabeza ante la amenaza de las lágrimas.

—Es mejor hablar con un amigo que con un desconocido —añadió su padre en voz baja—. Freddy no te va a juzgar. Es un gran psiquiatra. —Se rio entre dientes y exhaló una bocanada de humo—. Me hice pruebas para la demencia cuando empecé a tener esas corazonadas sobre Craig. —Ella lo miró, sorprendida—. Sí, dos veces. No confiaba en mí mismo. Pensaba que me había vuelto loco. —Hizo un gesto con la mano cerca de la sien.

Andi respiró hondo, y la brisa húmeda y fresca del atardecer le dio la fuerza que necesitaba.

—Pregúntale a Freddy cuándo puedo ir a verlo.

Hunter lanzó un par de círculos de humo al aire nocturno.

—Pregúntaselo tú misma —respondió en voz baja.

Ella sonrió y le apretó la mano. Era hora de empezar a sanar.

Cuando él se fue a la cama, Andi recogió lo que quedaba en la mesa y revisó el correo del día. El logotipo de la Universidad de Texas A&M en un sobre blanco llamó su atención, provocándole un escalofrío al recordar la última vez que había recibido una carta como aquella.

La abrió con rapidez, rasgando el sobre, ansiosa por leer su contenido. Mientras leía el breve párrafo, se le dibujó una amplia sonrisa en los labios. Le ofrecían el puesto de científica investigadora. La doctora Marjorie Hitchens firmaba la carta, que terminaba con una nota personal en la que le daba la bienvenida a bordo, si seguía interesada.

Todavía sonriente, se coló en el dormitorio de su padre para compartir la noticia. Él dormía profundamente, roncando con suavidad. La buena noticia podía esperar hasta el día siguiente.

Era bastante tarde, más de las doce, pero no podía dormir. Decidió ver una película, se sentó en el sofá y se inclinó hacia la mesa de centro para coger el mando a distancia. Debajo de la mesa, en la estantería de madera, su padre había abandonado su cuaderno de delfines, con el bolígrafo aún sujeto a la tapa. Dudó un momento antes de cogerlo y lo abrió despacio, consciente del cuidado con que él se lo había ocultado. Era una invasión de la privacidad que su padre no merecía.

Sus dedos se congelaron cuando vio los papeles sueltos apilados dentro. El primero, una captura de pantalla del *software* de la clínica veterinaria del doctor Wilmore, mostraba la ficha de paciente de Nikki Edwards y su gato. En la clínica hacían una serie de fotos de los nuevos clientes con sus mascotas y las introducían en el sistema, para poder personalizar con ellas tarjetas de cumpleaños y notas recordatorias.

En la foto, Nikki Edwards llevaba el colgante azul.

Sintiendo que la sangre abandonaba su rostro, Andi miró la foto con incredulidad. Una flecha garabateada señalaba el colgante, y en una nota manuscrita que había encima ponía: «¿Se trata de un artículo fácil de encontrar en las tiendas? ¿Es una coincidencia?».

Con dedos temblorosos, pasó la página. La segunda imagen era otra captura de pantalla del sistema de la clínica, en la que aparecía la información de contacto de Nikki Edwards. En la página aparecían

dos números de teléfono. El de la propia Nikki, confirmado por una nota de su padre —que recordaba haberla llamado para comunicarle los resultados de las pruebas en varias ocasiones—, y un segundo número, rodeado por un círculo que el padre de Andi había dibujado con bolígrafo azul acompañado de las palabras: «¿De quién es este número?».

Leyó el número de teléfono dos veces, dígito a dígito, temiendo equivocarse. Su padre nunca lo había usado, pero ella sí, numerosas veces. Era el número de la oficina que tenía Craig en la inmobiliaria.

—Dios mío —susurró, sintiendo que un escalofrío le helaba la sangre.

La tercera página pertenecía al mismo sistema y era el registro de una de las visitas de Nikki Edwards a la clínica, donde salían los hallazgos de la consulta, el importe total facturado y algunos otros datos que saturaban el espacio de la pantalla. Sin embargo, la fecha de esa consulta saltaba a la vista. Era el cumpleaños de Andi, el año anterior, el día antes de conocer a Craig. El obsesivo subrayado de su padre casi había rasgado la página justo debajo de la hora de la visita: «5:25 p. m.». A esa hora, ella estaba allí, comiendo tarta con bigotes de gato y celebrando su día con su padre y su personal.

Sintiéndose mareada y débil, se obligó a pasar otra página. Era una imagen granulada de un vídeo de una cámara de vigilancia, con fecha y hora. Mostraba su Beetle, estacionado en el campus universitario de Galveston, un día después de su cumpleaños. Agachado junto a la rueda trasera izquierda, un hombre estaba haciendo algo en su neumático. La hora marcaba las «4:45 p. m.». La foto era demasiado granulada para distinguirla, pero reconoció el pelo ondulado del hombre, la forma en que se rizaba por encima de la oreja, incluso visto de perfil. «¿Quién es?», había anotado y subrayado su padre al menos dos veces. Lo había visto una vez, en su boda, pero no tenía motivos para recordarlo después de tanto tiempo ni para reconocerlo en una foto toma de lejos y de tan mala calidad.

Pero Andi sabía quién era ese hombre.

Era Jude.

Le estaba tendiendo una trampa, desinflando su neumático, para que Craig pudiera rescatarla.

Craig debió verla el día de su cumpleaños en la clínica y decidió ir a por ella. Pero ¿por qué la eligió? Se tapó la boca abierta con la mano, ahogando un sollozo.

Esa era la última página suelta insertada al principio del cuaderno de su padre. La dejó a un lado y se puso a leer las notas de su padre. Eran sus propias conclusiones, secundadas por las sospechas de su padre. Piezas de un rompecabezas perturbador encajando para formar una imagen de pesadilla.

Conmocionada, se quedó allí sentada, incapaz de moverse, mientras miraba fijamente sus peores temores, enumerados con la letra de su padre. ¿Por qué ella? ¿Qué vio Craig en ella para querer atraparla así?

Ya amanecía, y Andi no se había movido. El cuaderno abierto aún seguía en su regazo y las fotos estaban esparcidas por el sofá. Nunca sabría por qué. No importa lo que hiciera. Aunque fuera a ver a Craig a la cárcel, nunca le diría la verdad; ese hombre era incapaz de ser sincero.

¿Por qué ella? Nunca lo sabría.

Entonces pensó en Nikki. Una mujer hermosa, de éxito, proveniente de una buena familia.

Y embarazada.

Su muerte, completamente limpia, sin sangre.

La aguja que se había utilizado era subdérmica, del tipo que el doctor Wilmore daba a sus pacientes para inyectar insulina a los gatos diabéticos. Del tipo que Craig sabía que Nikki tenía.

—Andi —oyó decir a su padre desde la puerta. Vestido con un pijama arrugado, miraba el cuaderno abierto en su regazo con ojos preocupados—. No deberías haber leído eso. Es demasiado pronto…

Lo miró con una súplica tácita en los ojos y cogió el teléfono. Estaba dispuesta a hacer lo que había que hacer. Marcó un número guardado en la memoria del teléfono y escuchó cómo sonaba dos veces antes de que una voz familiar contestara.

—Detective Otwell, Departamento de Policía de Houston.

Table of Contents

La chica que mataste
___
1
VARIOS MESES ANTES
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29

30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
ACTUALMENTE
49
50
51
52
53